

UNA NOVELA DE REGENCIA

*La hija
del
Nabab*

JESS HEILEMAN

La hija del Nabab

Jess Heileman

Índice

[Página del título](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Capítulo treinta y ocho](#)

[Capítulo treinta y nueve](#)

[Capítulo cuarenta](#)
[Capítulo cuarenta y uno](#)
[Capítulo cuarenta y dos](#)
[Capítulo cuarenta y tres](#)
[Capítulo cuarenta y cuatro](#)
[Capítulo cuarenta y cinco](#)
[Capítulo cuarenta y seis](#)
[Capítulo cuarenta y siete](#)
[Capítulo cuarenta y ocho](#)
[Capítulo cuarenta y nueve](#)
[Capítulo cincuenta](#)
[Epílogo](#)

[Otros libros de Jess Heileman](#)
[Nota de la autora](#)
[Agradecimientos](#)
[Acerca de la autora](#)

Dedicatoria

A mis cinco queridos hijos.

Gracias por ser mis mayores fans, a pesar de no haber leído mis libros.

Capítulo uno

Madrás, India
Octubre de 1819.

HONORA

El constante zumbido de un insecto frustrado resonaba en el húmedo salón. Sus repetitivos intentos de escapar de las monótonas lecciones de la señora Purcell fueron tan inútiles como los míos.

—¿Y si la cena es formal? —Los finos labios de la matrona formaron una línea.

—Si la cena es formal, debo abstenerme de hablar con gente al otro lado de la mesa, conversando únicamente con las personas, a mi derecha o izquierda, a menos que alguien se dirija primero a mí. —Permanecí inmóvil con los tobillos cruzados, la espalda recta, el cuello alargado y las manos juntas. Gotas de sudor rodaron hacia abajo entre mis omóplatos, pero por mucho que deseaba agarrar mi abanico para dispersar la humedad, me resistí.

La señora Purcell examinó mi postura, en busca de cualquier movimiento, antes de finalmente dar su merecido gesto de aprobación.

—¿Y cómo debería usted sentarse?

—Los asientos siempre se asignan según el rango. —Respiré lentamente.

Ella bajó la barbilla y levantó la ceja, instándome a continuar.

—Es decir, la dama de mayor rango se ubica al lado del anfitrión, en un extremo de la mesa, y el caballero de mayor rango se ubica a la derecha de la anfitriona, en el otro extremo.

—¿Y *normalmente* dónde se sentaría usted?

Levanté la barbilla hacia arriba.

—Supongo que dependerá de las reuniones a las que *normalmente* suelo asistir, señora Purcell.

—Y lo estaba haciendo muy bien, señorita Crauford. ¿Ve cómo permitió que la pregunta la inquietara? Debe llegar a ser competente en ocultar todas las emociones. Especialmente cuando a usted la desprecian. —La señora Purcell chasqueó.

Mi paciencia ya estaba agotada, en este calor sofocante, pero no tenía ningún deseo que la señora Purcell prolongara la lección de hoy, como lo había hecho los últimos días. Enderecé el ángulo de mi cabeza y le ofrecí un levantamiento reservado de las comisuras de mis labios.

—Por supuesto. Perdone mi lapsus momentáneo.

Ella soltó un suspiro de lástima, como si no le gustara ser portadora de tal información.

—Debe entender... La nobleza inglesa no perdonará tales transgresiones de conducta, por triviales que sean. La alta sociedad evita voluntariamente a aquellos dentro de sus propias filas por cualquier cantidad de errores garrafales. Piense en lo despiadados que serán con la hija de un simple Nabab, sin importar su excesivo sentido de orgullo propio. —Su mirada recorrió mi piel pecosa y se posó en mi cabello rojo—. Y su desafortunado color no le hará ningún favor.

Reprimí mi supuesto orgullo propio, negándome a permitirle a la señora Purcell el placer de criticarme por segunda vez. Ella no era consciente que, a pesar de la insistencia de mi padre, en que asistiera a una eventual temporada en Londres, yo estaba en camino de volverme indispensable para él. Seguramente, no me enviaría al extranjero, cuando me necesitaran aquí en

la India, ayudándolo con su empresa comercial. Con ese conocimiento satisfactorio, me obligué a esbozar una sonrisa empalagosa.

—Y es precisamente por eso que estoy tan agradecida de estar bajo su tutela, señora Purcell.

Ella bajó la barbilla en señal de aceptación, incapaz de refutarme, o tal vez no queriendo ver la verdad detrás de mis palabras.

—Muy bien, muchacha. Descubrirá que esta, de todas las habilidades que le he enseñado, será la más valiosa para alguien de su posición. Las afrentas que seguramente recibirá cuando...

—Sus palabras se entrecortaron y ella tragó saliva.

—¿Cuándo, qué...? —Fruncí el ceño, incapaz de descifrar lo que ella no dijo.

—No importa —dijo, ocupándose de alisarse sus faldas.

Busqué las líneas de su mirada abatida, intentando vislumbrar lo que no me estaba diciendo, pero cuando su expresión tranquila se levantó, fue evidente que era una maestra en las técnicas sobre las que me sermoneaba.

—Continuemos...

—Señora Purcell...

—Señorita Crauford —dijo, silenciándose con su tono de advertencia—. Por favor, enumere los diferentes rangos de nobleza y cómo abordaría cada uno, aclarando también los títulos de cortesía.

—¡Muy bien! —No dejé que mi decepción se manifestara exteriormente. Anticipándome al siguiente sermón que estaba a punto de ofrecer, me permití quedarme entumecida—. El de mayor rango es el duque, al que se le debe llamar Su Gracia o duque. Si está casado, su esposa será llamada...

Un golpe en la puerta de la sala de estar me llenó de esperanzada anticipación.

La puerta se abrió y Muthu entró.

—Perdonen mi interrupción —dijo con una reverencia, dirigiendo sus disculpas a la señora Purcell—. El señor Crauford solicita una audiencia inmediata con su hija en el estudio.

No había esperanza de reprimir la sonrisa, que se abrió paso en mis labios, aunque tuve cuidado de no dejar que se volviera demasiado exuberante.

—¿Entonces mañana, señora Purcell? —pregunté, poniéndome de pie.

—Sí, supongo —asintió con fuerza en mi dirección.

—¿Puedo acompañarla afuera?

Los ojos de la señora Purcell examinaron mi postura por última vez, antes de negar con la cabeza.

—No deseo hacer esperar a su padre. Dele mis saludos.

—Yo debo... —Le ofrecí a la señora Purcell la reverencia necesaria—. Como siempre, ha sido un placer. —Me deslicé hacia la puerta, asegurándome que mis movimientos fueran lo suficientemente fluidos, como para evitar cualquier censura que ella pudiera impartirme durante las lecciones de mañana. No había nada que aborreciera más que la tarea de practicar la caminata.



El sol caía con fuerza sobre el patio con el tejado abierto. Me quedé en la sombra de los pasillos, devolviendo saludos a los innumerables sirvientes que me ofrecían *salaams*, hasta que llegué al otro lado de la casa, donde estaba situado el estudio. La puerta estaba entreabierta y golpeé suavemente, antes de abrirla y mirar adentro.

El dulce olor de la hierba *koosa* me recibió y la alfombra mojada que colgaba sobre la ventana casi eclipsaba el olor a tinta y libros viejos.

—¿Papá?

—Entra, Honora. —No levantó la vista del libro de contabilidad, que estaba analizando. Me acerqué a su escritorio y miré los papeles que él tenía por delante.

—¿Son esas las predicciones para el próximo envío?

Sus ojos se alzaron momentáneamente.

—Debería resultar lucrativo. —Hizo una pausa—. Si tus recomendaciones son correctas.

—¿Alguna vez te he aconsejado mal? —Una sonrisa de autocomplacencia adornó mis labios.

—Todavía no —dijo, cerrando el libro mayor. A la luz del día, los mechones grises de su cabello contrastaban con la oscuridad del resto, lo que aumentaba su apariencia llamativa. Hizo un gesto hacia la silla frente a él—. Toma asiento.

Hice lo que me dijo y le envié una sonrisa juguetona.

—Di que finalmente te apiadas de mí y pondrás fin a la tortura diaria de la señora Purcell.

Mi padre me vio fijamente.

—Ella mencionó que últimamente has logrado un progreso notable.

Bajé mis hombros un poco dramáticamente.

—Dudo en admitirlo, pero creo que ella finalmente me ha roto después de todos estos años. No podría soportar una más de sus consecuencias. ¿Sabías que ella le pidió al *punkah wallah* que dejara de abanicarnos durante nuestras reuniones? Dijo que hasta que yo pueda parecer perfectamente agradable en mi malestar, no le permitiría volver a entrar. —Bajé la voz—. Algo anda mal con esa mujer.

Los labios de mi padre se curvaron hacia arriba en las comisuras.

—Entonces, ¿de qué quieres hablar, sino de mi liberación de la señora Purcell? ¿Quizás un

nuevo negocio?

—En cierto modo. —Él consideró mis preguntas.

—¿En cierto modo? —Me incliné hacia adelante en mi silla—. ¡Qué intriga! Lo puedes exponer...

Él soltó una profunda exhalación, antes de mirar sus manos. No era frecuente que mi padre dudara en decir lo que pensaba, y no pude evitar sentirme incómoda, mientras esperaba en silencio. Sus ojos finalmente se encontraron con los míos.

—Es hora de regresar a Inglaterra.

Mi corazón dio un vuelco en mi pecho, lo que me hizo enderezarme.

—¿Inglaterra? ¿Con qué propósito? Seguramente, no será para esta temporada. Cuando lleguemos, ya estará por la mitad.

—No. No es la temporada. Me han contactado con una oferta demasiado tentadora para dejarla pasar.

Me quedé boquiabierta y consternada.

—¿Y qué oferta, si puedo preguntarte, es tan tentadora que nos vemos obligados a abandonar nuestra casa?

—La India no es tu hogar. —Sus ojos encontraron los míos con intensidad. Cuando no me acobardé, su palma golpeó contra el escritorio, el sonido desgarró el aire—. ¡Maldita sea! Honora... ¡Tú eres inglesa!

Respiré para tranquilizarme, sabiendo lo molesto que se volvía mi padre al ver que otros no se veían afectados por sus arrebatos.

—Quizás haya nacido en Inglaterra, pero no recuerdo... India es todo lo que conozco.

—Corregiré esa locura directamente. —Mi padre se reclinó en su silla y me evaluó con una mirada cautelosa—. En verdad, ya he discutido el acuerdo con el capitán Murray.

—¿Capitán Murray? —Mis palabras quedaron atrapadas en mi garganta—. Pero, ¿está listo para transportar nuestro próximo envío a Inglaterra?

—De hecho, lo está.

—Pero, sale dentro de una semana. —Se me hizo un nudo en el estómago, ante el reconocimiento de mi padre.

—No podemos demorarnos. —Sus ojos reflejaban una resolución inquietante.

A pesar de mi creciente pánico, no llegaría a ninguna parte, si nuestros temperamentos estallaban: el suyo siempre dominaba al mío. La lógica tranquila fue el camino más claro para ayudar a mi padre a reconocer el error de su elección precipitada.

—Si no estamos aquí, ¿quién se encargará de nuestro próximo envío? —Señalé el libro de contabilidad, que tenía por delante—. Eso no estará listo para enviarse hasta dentro de un mes. Seguramente, todavía no confiarías al señor Hyde una tarea así.

—Aunque el señor Hyde está casi listo, lo que dices es verdad. Necesito estar aquí para ese envío. —Una oleada de alivio me invadió, cuando mi padre se puso de pie y caminó hacia la chimenea con las manos entrelazadas a la espalda—. Y es por eso que me quedaré atrás, por ahora y tomaré un pasaje, en el siguiente barco.

Frenéticamente, miré su perfil, buscando algún tipo de indicación, la cual revelara que aún no había tomado una decisión. Pero la firmeza de su mandíbula me informó que el asunto no estaba sujeto a negociación. Mi pulso se aceleró y me sentí mareada al darme cuenta de sus intenciones.

—¿Me enviarás sola a ese viaje?

Prevaleció el silencio.

—¿Puedo al menos traer a Inayat? —Me resultó difícil evitar que la angustia alterara mi voz.

Los ojos de mi padre volvieron a mí.

—Inglaterra no es un lugar para una *ayah* anciana. Podrás contratar a una criada inglesa cuando llegues.

Me quedé horrorizada por su negativa, y él abruptamente se giró para mirar hacia la repisa de la chimenea, ahora de espaldas a mí. Siempre le había resultado más fácil, simplemente descartar las emociones de los demás, especialmente las mías.

Su mano trazó el retrato enmarcado de mi madre, que descansaba sobre la losa de piedra. ¿Se estaba disculpando con ella por su deplorable plan? ¿Quizás se preguntó cuál habría sido su respuesta a esta oferta que había recibido? ¡La oferta!

—¿Cuál fue la oferta, papá? —pregunté, dándome cuenta que no me lo había dicho.

—Es por ti, Honora.

—¿A mí? —repliqué, segura de haberlo entendido mal.

—Un conde, Lord Denhurst, tiene un hijo que busca esposa. Ahora estás en edad de casarte.

Mis pensamientos intentaron dar sentido a los dos hechos no relacionados. Me puse rígida. ¿Dio a entender que me casaría con el hijo de Lord Denhurst, un hombre del que ni siquiera había oído hablar hasta ahora? Seguramente, no.

—Hay cientos de señoritas en Inglaterra y todas ellas, a diferencia de mí, buscan activamente un marido.

—Lord Denhurst no necesita ninguna joven para su hijo: necesita una heredera de una gran fortuna. Una fortuna que no está inmovilizada en el patrimonio de su padre, pero que está disponible para su uso inmediato. Y una heredera que tenga una buena cabeza sobre sus hombros para asegurarse que la fortuna no se desperdicie por segunda vez.

La indignación me recorría con cada latido de mi corazón. Siempre hubo un propósito con mi padre.

—¿Y qué recibirás por ofrecer a tu única hija para salvar el patrimonio de este hombre?

Dio la vuelta y su expresión de horror indicaba que la respuesta debería ser obvia.

—Mi hija será la esposa de un vizconde, un futuro conde. Mis nietos serán plenamente aceptados dentro de la nobleza inglesa. Toda la riqueza que he ganado tendrá un propósito.

El calor me envolvió, aunque no podía estar segura, si era por dentro o afuera.

—¿Propósito? —Ya no pude controlar el volumen de mi voz y me levanté, acercándome a él—. ¿Posición? ¿Títulos? ¿Sabes que no me importa nada de eso!

—¡Porque llevas demasiado tiempo fuera de Inglaterra! —Su voz retumbó por la habitación, haciendo eco en mis oídos, mientras cerraba el espacio entre nosotros. Ahora él se elevaba sobre mí—. No eres capaz de entender la oportunidad que nos han dado.

—Te refieres a la oportunidad que te han dado. —Sabía que debía desvincularme de esta batalla de voluntades, pero no podía convencerme de ello. Sacudí la cabeza, demostrando lo consternada que estaba—. Pero, supongo que no debería sorprenderme en lo más mínimo. ¿Cuándo te has preocupado, alguna vez, por lo que yo deseo?

—¿Y qué es lo tú que deseas? —Apretó los dientes y se le dilataron las fosas nasales.

—Por un lado, no ser vendida como una mera mercancía, en una de tus transacciones comerciales. —Eché los hombros hacia atrás, asegurándome que no pensara que estaba derrotada.

—Me temo que esa ya no es una opción. Lord Denhurst y yo firmamos el acuerdo matrimonial. Si uno de tus dichos deseos debe ser satisfecho, no podrás romper mi palabra. —

Sus ojos me taladraron, rogándome que procediera con precaución.

—¿Desheredarías a tu propia hija por negarte un derecho indirecto a la nobleza? —Di un paso al azar para alejarme de él.

Su dedo puntiagudo se elevó a pulgadas de mi cara.

—Cada decisión que he tomado en estos últimos veinte años ha sido con este mismo propósito. —Su voz se volvió tranquila, amenazadora, y su formidable expresión me permitió vislumbrar al hombre que tantos otros temían—. No me frustrarás en esto.

—¿Cómo pudiste? Parece que ya me vendiste. —Me mordí el labio para evitar que temblara y miré hacia otro lado. Las lágrimas picaron en mis ojos.

Mi padre me dio la espalda y regresó a su silla detrás de su escritorio.

—Si las condiciones son satisfactorias para ambos viajes, solo tendrás unas pocas semanas para establecerte y hacerte el traje de boda, antes que yo llegue a Inglaterra. —Toda emoción desapareció de su tono, mientras consideraba el resto de sus asuntos conmigo—. No deberías necesitar mucho más, ya me he encargado de solicitarte varias prendas, pelisses y cosas así, para el clima más frío, que encontrarás tanto durante el viaje como en Inglaterra.

Simplemente, lo miré fijamente, incapaz de formar palabras. ¿Cuánto tiempo llevaba planeando mi partida?

No se arriesgó a mirarme, pero mantuvo la vista fija en el libro de contabilidad cerrado, que tenía ante él.

—Lord Denhurst se encargará que se obtenga una licencia común para que la boda pueda tener lugar inmediatamente, después que me reúna con todos ustedes, en Grandview. Les avisaré cuando llegue a Londres.

—¿Y qué hay de nuestra casa aquí? ¿Vas a venderla?

—La retendré y a todos los sirvientes por el momento. Una vez que te vea casada, tal vez regrese. —Abrió el libro y acercó su silla al escritorio, antes de mover su mano—. ¡Estás despedida!

Sin mirar atrás, cerré la puerta detrás de mí y logré dar unos pasos tambaleantes por el pasillo. Mi mente daba vueltas, en un intento de darle sentido a todo y captar la realidad: me iba de la India. ¿Era esto a lo que la señora Purcell había aludido antes? ¿Había sabido durante todos estos años el propósito final de papá para mí? La verdad se instaló como un cuchillo, en mi corazón adolorido. Todo el tiempo mi padre había tenido la intención de venderme a uno de los aristócratas de Inglaterra. Y ahora, con mi formación social y empresarial, sin saberlo, me había convertido en su activo más valioso: la única posesión que podría asegurar su legado. Me rodeé la cintura con las manos y me apoyé contra la pared.

—¡Oh! Hija mía.

Seguí el acento familiar para encontrar los grandes ojos marrones de Inayat, mirándome desde la puerta del salón. Salté hacia sus brazos, que me hacían señas y caí en ellos, sin poder contener más mi angustia. Sostuvo mi cuerpo tembloroso contra ella, mientras mis lágrimas brotaban.

—Me está enviando lejos, de regreso a Inglaterra. —Se me cortó la respiración y ni siquiera pude hablar de la otra parte: aquella en la que mi padre me había vendido a un hombre que no conocía.

—Vamos, no se ha perdido toda esperanza. —Sus manos cálidas y desgastadas limpiaron los pelos ahora pegados a mis mejillas por el sudor y las lágrimas.

—No quiero ir, Inayat... Estaré perdida en Inglaterra sin nadie que conozca, mi hogar está aquí con papá y contigo.

Ella me dio unas palmaditas en la mano, mientras su mirada se movía entre mis ojos.

—Siempre te he dicho que tu alma no puede decidir a dónde perteneces: a Inglaterra o a la India. Quizás esta sea tu oportunidad de descubrirlo.

Dejé escapar un suspiro tembloroso y sacudí la cabeza.

—Pertenezco aquí.

—Y siempre lo harás. No importa dónde estés. —Levantó su mano de la mía y señaló su corazón—. Perteneces aquí. —La rodeé con mis brazos, antes de sentir el calor de su aliento en mi oreja—. Pero eso no significa que no puedas pertenecer a otro lugar también.

Me incliné más profundamente hacia ella, permitiendo que su abrazo me consumiera una vez más. Ella siempre había sido hábil en usar su sabiduría y compasión para convencerme que me sometiera pacíficamente a las exigencias de mi padre, pero esta vez no tenía ningún deseo de dejar que sus maneras amorosas me indujeran a conformarme.

Capítulo dos

Kent, Inglaterra
Marzo de 1820.

HONORA

La gente corría por los muelles con un movimiento fluido, y me pregunté si eso sería un efecto temporal de meses en el mar: ver las cosas moviéndose como olas en el océano.

—Señorita Crauford.

Miré por encima de mi hombro hacia la voz ronca de la figura del abuelo que había llegado a admirar, ajustándome más la pelliza para protegerme del frío insoportable de una mañana de marzo.

—¿Sí? Capitán Murray.

—Me dijeron que los sirvientes de Grandview han terminado de cargar sus baúles.

Asentí, incapaz de moverme, mientras observaba la cubierta que ahora me era familiar. ¿Cómo fue que casi seis meses de repente parecieron un tiempo demasiado corto?

—¿Y está seguro que no puedo hacer el viaje de regreso a la India con usted?

El capitán extendió su mano para acariciar la mía, que se aferraba a la barandilla del barco.

—Estaría encantado de ayudarla, si no fuera la carga más preciada de este barco. Tal como están las cosas, debo acompañarla de camino a Grandview.

—¿Y su desgano no tiene nada que ver con mi estómago incondicional?

—No todo el mundo está apto para la vida en el mar. Además, como la señora Leenard acaba de partir, no encontrará compañía adecuada a bordo. —Él se rió entre dientes.

La señora Leenard y su cuidado matinal habían sido una salvación durante mis viajes. Cuando su hermana había venido a buscarla hacía un cuarto de hora, me había costado, cada onza de moderación, no separarme en un ataque de lágrimas, o rogar a las viudas que me permitieran ir con ellas. Solté un suspiro lastimero.

—Entonces, supongo que me acompañará a Grandview.

—No sea tan melancólica, señorita Crauford. Usted será la envidia de todas las mujeres solteras de Inglaterra. —Mi puchero se mantuvo sin cambios, lo que hizo que los ojos del capitán Murray brillaran y sus mejillas bronceadas se redondearan—. A pesar de sus años en el extranjero, ¡ha demostrado ser una dama impresionante! Su prometido es, en verdad, un hombre afortunado.

Su cumplido bien intencionado sirvió como recordatorio de lo que me esperaba: del plan que había ideado durante mis viajes para regresar a casa, en la India. Se me hizo un nudo en el estómago, pero esboqué una sonrisa en mis labios, sin querer decepcionar al querido hombre por su amabilidad.

—Gracias, capitán Murray. Por todo.

—Fue un honor tenerla a bordo de mi barco, señorita Crauford. ¡Cúidese!

Me encontré con su mirada y un destello de confianza se apoderó de mí.

—Tengo la intención de hacer exactamente eso.

Sus espesas cejas se juntaron, pero no le di la oportunidad de preguntar. Ofreciéndole una sonrisa de despedida, comencé a bajar por la pasarela.

Al principio me las arreglé bastante bien. Sin embargo, cuando subí al muelle y me dirigí hacia el carruaje que me esperaba, mi pecho se apretó con discordia. La sensación de constricción expulsó toda la certeza que acababa de tener hasta que se disipó en el aire húmedo, a mi alrededor. Respiré superficialmente, desesperada por recuperar alguna parte de mí. Ninguna regresó.

—¿Señorita Crauford? —El sirviente, cuya librea azul hacía juego con la opulenta tela del pescante del carruaje, se acercó a mí.

Mis palmas estaban húmedas, dentro de mis guantes, y sin pensar las froté contra mi cintura. ¿Realmente tuve la tenacidad para implementar un plan tan absurdo? No era demasiado tarde para simplemente cumplir con las exigencias de mi padre, y casarme con el hijo de Lord Denhurst. Dudé entre dos opciones aparentemente detestables. Entonces, una imagen de la India llenó mi mente. Si abandonara mi plan ahora, probablemente nunca volvería a ver mi casa. Una vez que mi padre estuviera en Inglaterra, me vería casada, tal como había dicho que haría. ¡Eso no serviría! ¡No! Necesitaba convencer a Lord Denhurst que revocara su oferta, cumpliendo así la advertencia de mi padre, que no le haría faltar a su palabra, por lo que debía regresar a casa, antes que papá llegara.

El hombre se detuvo, cuando todavía estaba un poco lejos.

—¿Es usted la señorita Crauford?

—Haré cualquier cosa para llegar a casa —susurré en voz baja, reuniendo mi coraje. Era ahora o nunca, y nunca no era una opción aceptable.

—Ciertamente, así es. —Levanté la barbilla a un nivel arrogante, actuando en completa oposición a las lecciones de la señora Purcell—. De lo contrario, habría hecho un viaje muy tedioso y en vano. —La expresión de asombro del hombre era prueba que había elegido el timbre vocal correcto: desagradablemente fuerte y rápido con una cualidad chirriante, que se había perfeccionado en la privacidad de mi camarote, durante los últimos meses—. ¿Ha venido a llevarme con mi futuro esposo? —Examiné su figura en una evaluación descarada, negándome a considerar mi propia mortificación para no arriesgarme a sonrojarme—. ¿O es usted?

—Sí, señorita —dijo, antes de darse cuenta de su error—. Quiero decir, no.

—¿Qué es? —pregunté, cerrando rápidamente la distancia entre nosotros—. No me importaría esto último, porque usted parece ser un hombre por el que vale la pena cruzar un océano, a pesar de su evidente descuido de la moda.

Su mirada se dirigió al cochero, estacionado encima del carruaje, antes de devolverla al suelo entre nosotros.

—No... Solo soy el lacayo. Me enviaron desde Grandview para recogerla. —Había absoluta desesperación en su voz.

—¿Recogerme? —Me burlé, fingiendo que estaba ofendida—. ¿Como si fuera una posesión de tu amo? ¡Qué idea tan absurda y absolutamente exasperante! Por favor, dígame, ¿todos los hombres en Inglaterra piensan tan poco en el sexo femenino, o es una visión particular de Lord Denhurst y su hijo?

La cara del sirviente se puso roja, antes que el color se concentrara en sus oídos.

—Le pido perdón, señorita. No quise dar a entender que ninguno de los dos creyera tal cosa.

Lo evalué por un momento y su nuez se balanceaba con cada trago, mientras esperaba que yo hablara.

—Muy bien. Dado que planeo erradicar tales percepciones bárbaras, inmediatamente después de mi llegada, no le contaré a Lord Denhurst ni a mi prometido su paso en falso. Tampoco les contaré sus insinuaciones hacia mí.

—¿Insinuaciones? No es así... —Su cabeza se disparó hacia arriba para revelar el pánico en sus ojos.

—Shpp —dije, extendiendo mi dedo y colocándolo torpemente contra su boca. La calidez de sus labios rígidos penetró en mi dedo enguantado, y fue entonces cuando me di cuenta que nunca antes había tocado los labios de un hombre. Aparté ese pensamiento de mí. No podía detenerme en esta desconcertante comprensión. Había elegido mi rumbo y no cambiaría, sin importar las consecuencias ni las situaciones incómodas que surgieran—. Ni una palabra más... Su evidente enamoramiento por mí permanecerá entre nosotros. Por ahora...

El sirviente giró tan abruptamente, que me tomó un momento darme cuenta que mi mano aún permanecía donde él acababa de estar. Di un paso para seguirlo, cuando una sensación extraña me invadió y casi me hizo perder el equilibrio. Miré a mis pies y luego por encima de mi hombro, asegurándome que era el barco balanceándose en el agua y no el suelo debajo de mí. ¡Qué extraño! Intentando pasar por alto la desconcertante sensación, corrí hacia la puerta abierta del carruaje.

—Señor... ¡Qué rápido es usted! —dije, mientras alcanzaba al lacayo con su mirada baja—. Si no lo supiera, pensaría que está ansioso por tenerme en camino. —Dejé escapar una risita desagradable y el sonido resonó en mi cabeza de una manera irritante—. Pero creo que usted dejó muy claros sus sentimientos al respecto.

No levantó los ojos, pero me ofreció una mano cautelosa para ayudarme a subir al carruaje. Entré a propósito, pero antes que tuviera la oportunidad de comentar sobre la ayuda excepcional que me había brindado, él cerró la puerta.

Respiré profundamente, permitiendo que el silencio me rodeara y calmara mis nervios. A pesar de la persistente culpa, que se retorció y giraba dentro de mí, me sentí un poco victoriosa. Si lo que Lord Denhurst necesitaba era la hija de un Nabab detestable, le daría nada menos que la hija más excéntrica que pudiera imaginar.

Capítulo tres

GRAHAM

Salí a la brillante luz del día y encontré a los sirvientes, reunidos en una larga línea recta a lo largo del camino, y mi padre me hizo un gesto para que me apresurara hacia donde él estaba. Judith y Marie estaban al pie de las escaleras.

—Ella ha llegado —llamó.

Mi mirada siguió la suya hasta que nuestro conductor giró por el camino y se dirigió hacia nuestro grupo de bienvenida. Los cascos de los caballos no podían seguir el ritmo de los golpes en mi pecho. Hacía más de medio año que sabía que este momento era inevitable y, sin embargo, ahora lo temía más que nunca. Pero no tuve elección. No podía tenerla en esto. En nada.

Con pasos pausados, me dirigí hacia donde estaba reunida mi familia.

Judith, siempre la hermana observadora, me tocó el brazo suavemente y se acercó.

—Ella será maravillosa, Stanbury. Lo sé.

Incapaz de ofrecer nada más, le di una mirada dudosa, antes de volver mi atención al conductor. Para bien o para mal, la mujer transportada dentro lo cambiaría todo. Y yo estaba mucho menos seguro que Judith, dudando si la llegada de la hija de un Nabab sería para nuestro bien.

Cuando el carruaje se detuvo delante de nosotros, el lacayo salió corriendo de su lugar en el asiento ruidoso, solo para vacilar, ante la puerta sin abrir. Agachando la cabeza, agarró la manija y, después de levantar lentamente los hombros, abrió la puerta del carruaje y ofreció su mano para dar ayuda.

El torrente de sangre, que me recorría, hizo que mis manos se inquietaran, a mis costados. Apreté mis puños para aliviar la inquietante sensación, esperando poder verla.

—Tal vez ella no vino después de todo —susurró Marie con demasiada esperanza en su voz.

—Silencio, ahora —dijo Judith—. Puedo ver sus faldas. Probablemente solo necesita un momento para recomponerse.

Moví mi peso con impaciencia, pero ella no emergió.

—¡Stanbury! —Mi padre se puso detrás de mí, ahora en voz baja—. Quizás deberías ir a ver a qué se debe el retraso.

—¿Yo? —siseé—. Tú fuiste quien la trajo aquí. ¡Ve tú!

Mi padre resopló y dio un paso vacilante a mi lado, pero se quedó quieto, cuando finalmente emergió una mano enguantada, agarrando el apoyo que le ofrecía el lacayo. La pequeña figura de una mujer con la cabeza agachada apareció en la puerta, mientras bajaba las escaleras con movimientos torpes, antes de encontrar el equilibrio.

Su mirada se levantó, fijándose en mi padre y se me cortó la respiración. Ella no era como la había imaginado todos estos meses, y no estaba seguro sobre qué hacer al darme cuenta. Aunque no era excepcionalmente guapa, al menos no en el sentido tradicional, era sorprendente. El pelo rojo ardía bajo su sombrero y su piel estaba cubierta por un manto de pecas. No podía apartar los ojos de ella.

—Señorita Crauf... —comenzó mi padre, pero la señorita Crauford levantó una mano para silenciarlo.

—Lord Denhurst. —Su tono agudo me molestó desagradablemente, liberándome de mi trance—. Su casa es satisfactoria, ¡por cierto! —Estiró los brazos, como en una ceremonia, señalando la casa y luego los jardines—. Me cuesta creer que todo esto pronto será mío.

Mi padre parecía tan aturdido por su declaración como yo, y el color desapareció de su rostro hasta volverlo casi tan gris como su cabello. Pero tal vez este sería un avance prometedor. Seguramente, él no permitiría que me casara con una mujer, que chillaba como una lechuza y se comportaba de una manera tan excéntrica.

—Bueno, señorita Crauford, nos hace un... gran cumplido... —La voz de mi padre se apagó y esperé a que le dijera que había cometido un error—. Y... bueno, estamos agradecidos que usted haya venido.

¡Maldición! No pensé de esa manera.

—No estoy tan agradecida como usted. —La señorita Crauford se subió las faldas y se acercó, casi tropezando, no una sino dos veces, mientras se dirigía hacia nosotros—. Honestamente, me había resignado a la soltería, al igual que mi padre. Y pensar en cuántas veces declaró que no puede hacer una fortuna lo suficientemente grande, como para tentar a un hombre a tenerme, pero, aquí estoy. —Mi mandíbula se aflojó, ante sus comentarios descarados y frente a tanta gente, pero ella ni siquiera se detuvo para respirar—. Parece que en su búsqueda desesperada por deshacerse de mí, hace mucho tiempo que debería haberle dado prioridad a un señor con graves dificultades financieras.

Todos los ojos se dirigieron a mi padre. Incluso los sirvientes se asomaron desde sus miradas abatidas, y él parecía inseguro de cómo responder.

—Bueno, me alegro que esto haya resultado ventajoso para todos nosotros.

Una oleada de ira me invadió. Ninguna herencia valía tal sacrificio y yo no jugaría como su peón. Y, sin embargo, incluso mientras lo pensaba, sabía que lo haría. El peón era la única pieza que me habían enseñado a jugar.

Mi padre levantó una mano hacia donde yo estaba con Judith y Marie.

—¿Hago las presentaciones?

—Ciertamente. —La señorita Crauford agarró el brazo extendido de mi padre con ambas manos, sujetándolo con torpeza, como si fuera un bate de críquet—. Debo admitir que he pensado muchas veces en este momento, durante mi largo viaje. Rezo para que su hijo haya valido la pena mi viaje, aunque si no es de esa manera, su título y esta casa son razones suficientes para contraer matrimonio.

Me enfurecí ante su declaración. Independientemente de la verdad de sus palabras, me horrorizó que dijera algo así en voz alta.

—Creo que le resultará un pretendiente admirable. —Mi padre dio un paso adelante, notablemente sorprendido, cuando ella no le soltó el brazo, y la pareja cerró torpemente el pequeño espacio entre nosotros—. Señorita Crauford, primero me gustaría presentarle a mi hijo, Lord Stanbury.

Sus ojos finalmente encontraron los míos y sus hombros bajaron un poco.

—Lord Stanbury —dijo, inclinándose en una reverencia desequilibrada, antes de tirar del brazo de mi padre para enderezarse—. ¡Qué extraño que usted no comparte el apellido de su padre! ¿Usted es legítimo? ¿No? No tengo ninguna intención de casarme con un hijo ilegítimo. —Ella captó mi expresión de asombro, sus labios se apretaron con fuerza, aunque las comisuras de su boca parecían estar dibujadas hacia arriba. Acaso, ¿encontró humor en esto?

—Stanbury posee mi título menor —dijo el padre, rompiendo el silencio que siguió—. Él es el vizconde Stanbury.

—¿No debería llamarse también Denhurst para que todos sepan que es su legítimo heredero? —La frente de la señorita Crauford se arrugó, ante ese esfuerzo.

¿No sabía nada de cómo funcionaba la nobleza inglesa? Pensé que era británica.

—Mi apellido no es Denhurst sino Whitworth, uno que mi hijo y yo compartimos. Aunque nos guiamos por nuestros títulos.

—¿Qué extraña la forma en que hacen las cosas aquí en la isla! Pero, no importa. Tengo la intención de llamarlo por su nombre de pila, ya que pronto nos casaremos. —Ella me miró expectante—. ¿Bien?

Miré a mi padre con incredulidad, no obstante, ese hombre insensible solo asentía con la cabeza a modo de aliento.

—Mi nombre de pila es Graham —dije sin ocultar mi irritación.

—Graham —repitió ella.

El sonido de mi nombre en sus labios fue discordante. De todas las personas, no debería ser esta mujer torpe la que resucitara mi nombre. Solo mi madre siguió llamándome Graham cuando, a los quince años, me convertí en el vizconde Stanbury. Todos los demás se referían a mí como Stanbury, y sentía como si mi nombre de pila hubiera muerto con mi madre.

—Bueno, es un nombre débil, pero supongo que no hay forma de cambiarlo ahora. —La señorita Crauford soltó el brazo de mi padre y se alejó un paso de mí, con sus ojos viajando desde mis pies hacia arriba, en una lenta evaluación. Apenas sabía qué hacer, así que simplemente me quedé allí hasta que ella suspiró y sacudió la cabeza—. Si se mira más de cerca, supongo que es un nombre apropiado para usted.

Marie se burló detrás de mí, ahorrándome la necesidad.

Con una última mirada decepcionada en mi dirección, ella giró hacia mi padre, quien observaba nuestro intercambio con expresión cautelosa.

—Continúe con las presentaciones, Lord Denhurst.

—Sí, por supuesto. Esta es mi hija mayor, Lady Judith Whitworth. Y esta es Lady Marie.

Mis hermanas hicieron elegantes reverencias y la señorita Crauford hizo otras, como si estuviera borracha. ¡Cielos! Casi no podía mirar...

Sus grandes ojos parpadearon en rápida sucesión, mientras cambiaba su mirada entre mis hermanas.

—Es un placer conocerlas a ambas. Aunque me temo que me han dado demasiados nombres para recordar. —¿Tres! A ella solo le habían dado tres, pues ya conocía antes el de mi padre—. Judith y Sara, ¿cierto?

Marie miró a la señorita Crauford.

—Es Marie, no es Sara.

—¡Oh, qué tonta soy! Tengo una mente muy simple, cuando se trata de asuntos tan triviales, ¿saben? Pero haré lo mejor que pueda para recordar sus nombres... Judith. Marie —repitió los nombres lentamente, golpeándose la sien cada vez que pronunciaba un nombre en voz alta—. Judith. Marie. —Ella hizo una pausa—. ¡Ah! Todos me llamarán Honora.

—Bueno —dijo mi padre, su tono era más benévolo de lo que hubiera creído posible—. Supongo que tiene sentido deshacerse de la formalidad, considerando que pronto seremos familia.

La señorita Crauford ladeó la cabeza.

—Me alegra mucho que usted esté de acuerdo. De hecho, comenzaré a llamarlo padre sin demora.

La mano de Marie encontró mi brazo, como si necesitara estabilizarse, ante la impertinente

exhibición que teníamos ante nosotros. No la culpé.

Un músculo de la mandíbula de mi padre se tensó.

—Si eso es lo que usted desea, señorita Crauford.

—Honora —dijo ella.

—¿Honora? —Mi padre vaciló.

—Y es lo que deseo, padre. —Ella sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro, como si fuera una vieja amiga suya—. ¿No le alegra haberme traído aquí desde la India?

El desdén en sus palabras era disimulado y por un breve momento me pregunté por qué actuaba así. La mayoría de las mujeres estarían ansiosas por tener la oportunidad de ser vizcondesa, una eventual condesa. Y, considerando todo, la señorita Crauford debería considerarse afortunada simplemente por casarse, y tener la oportunidad de obtener un título. No, no podía ser que estuviera molesta por el acuerdo: la ventaja era toda suya. Ella debía ser simplemente una arpía. ¡Que el Cielo me ayude!

La señorita Crauford miró a los sirvientes, como si recién ahora se hubiera dado cuenta que estaban allí. Ella juntó las manos con fuerza detrás de ella.

—¿Quiénes son el resto de estas personas que me miran boquiabiertos?

—Nuestro mayordomo aquí... es Jameson —dijo mi padre, haciendo un gesto—. Y nuestra ama de llaves es la señora Platt...

—Entonces, ¿todos son sirvientes? —interrumpió Honora.

Él asintió afirmativamente.

—Bueno, entonces no tiene sentido revelar sus nombres, ¿cierto? Simplemente, aplaudiré cuando necesite ayuda. —Con un ligero levantamiento de la barbilla, ella se encogió de hombros.

Incluso Judith pareció desconcertada por su insensible sugerencia, y los cuatro nos quedamos allí en silencio, sin saber cómo responder.

—Entonces, ¿esto es todo? ¿Las presentaciones finalmente han concluido? —Ella evitó encontrarse con nuestras miradas, cuando mi padre confirmó que así era—. Entonces, me gustaría que me llevaran a mi habitación. —Dio dos palmadas y la señora Platt, con los ojos muy abiertos, corrió a su lado.

—Por aquí, señorita Crauford —dijo la señora Platt, subiendo apresuradamente las escaleras de la entrada. Sin decirnos más palabras, la señorita Crauford la siguió.

—¡Ella es horrible! —gritó Marie, cuando las dos figuras desaparecieron por la puerta principal—. Padre, realmente, ¿no puedes esperar que Stanbury se case con una criatura tan espantosa!

Mi padre no respondió, pasó junto a nosotros y subió las escaleras.

—Estaré en mi estudio.

Todos lo miramos fijamente, los sirvientes se dispersaron, mientras procesábamos lo que acababa de suceder.

—No puedes casarte con ella. ¡Nos arruinará! —Marie hizo un puchero exagerado.

—Marie, no debes decir esas cosas —expresó Judith—. Estoy segura que ella es... —Sus palabras se fueron apagando—. Bueno, ella es probablemente...

—Mira —replicó Marie, enviándole una mirada mordaz—. Ni siquiera a ti se te ocurre nada decente que decir sobre ella.

—Eso no es verdad. Su vestido era absolutamente deslumbrante, por lo que probablemente tenga un buen sentido de la moda. —Judith pasó su brazo por el de Marie—. Pero tal vez deberíamos retomar esta conversación en el salón. Me vendría bien un refresco. Puedes venir con

nosotras, si lo deseas, Stanbury.

Apenas miré en su dirección, mientras avanzaba.

—Te lo agradezco, pero tengo la intención de hablar con nuestro padre. —Había una cosa de la que estaba seguro, después de esa desastrosa presentación: no tenía intención de casarme con esa mujer.

Capítulo cuatro

HONORA

En algunos aspectos, las presentaciones habían sido exactamente como esperaba, pero la forma en que mi estómago aún se revolvía y el mundo se tambaleaba, me presionó para ponerles fin, antes de lo que deseaba. Simplemente, necesitaba un respiro, una oportunidad para recomponerme, aunque solo fuera por un momento.

Al entrar en Grandview, me saludó la vista de un gran vestíbulo de entrada con un conjunto de escaleras de mármol blanco, situadas a cada lado. Oculté toda sensación de asombro por lo que me rodeaba y en lugar de eso seguí a la señora Platt, escaleras arriba a la derecha. Los únicos sonidos a nuestro alrededor eran los de nuestros propios pasos, y el silencio me inquietó. Avanzando por el pasillo, ella se detuvo en la tercera puerta a la derecha.

—Aquí estamos. —Abrió la puerta y me permitió pasar, antes que ella.

La habitación era más grande que la mía en casa y estaba decorada con lo que sabía que era la última moda. También estaba segura que la cama de cuatro postes, tallada de forma ornamentada, tenía el tamaño adecuado para acomodar a una familia pequeña con facilidad, al igual que la zona de estar, alrededor de la chimenea, donde se colocaron dos sillones con orejas a juego frente a un lujoso diván. Quizás las finanzas de Su Señoría, no se habrían agotado, si las hubiera usado de manera un poco menos extravagante.

—Sus baúles serán traídos pronto, señorita.

Reprimí mi gratitud y no respondí.

—¿Hay algo más que desea pedir? —La figura regordeta de la señora Platt permanecía rígida junto a la puerta, frotándose las manos en rotaciones nerviosas.

—Sí. Necesito que mi propia sirvienta me atienda.

—¿Una doncella?

—Sí. Necesito contratar una y ella debe ser la mejor. Soy rica, ¿usted lo sabe?

La señora Platt se movió, pero no respondió.

Aplaudí una vez.

—¿Sí, señorita Crauford?

—Eso significa que usted está despedida.

—¡Oh! Muy bien —dijo, volviendo a cruzar la puerta—. Hasta que pueda conseguirle una doncella propia, enviaré a la doncella de Lady Judith para que la ayude.

Aplaudí de nuevo. La señora Platt salió corriendo de la habitación y cerró la puerta tras ella.

Cuando el silencio de la habitación me invadió, dejé de pensar en el duro trato que había dado a la señora Platt y me senté en el borde de la cama. No podía permitir que mi conciencia acosadora dictara mis acciones. Todo mi futuro dependía de mi capacidad para lograr mi objetivo. No flaquearía, sin importar la tarea que tuviera por delante.

Mi mente vagaba por la reacción inicial de los Whitworth hacia mí. Ciertamente, había diferentes niveles de disgusto entre los cuatro, pero ninguno me hizo sentir tan desesperado como Lord Denhurst y su manera excesivamente generosa. Parecía que yo podía decir cualquier cosa y él me obedecería. Pero tenía una idea de lo que podría molestarle más allá de su capacidad para tolerarlo, y pensaba proponérselo en el momento, en que tuviera la oportunidad de hablar con él a solas.

Había sido bastante fácil juzgar a las hermanas Whitworth. Judith parecía tener un alma bondadosa, así que a pesar de su sorpresa por mis bruscos gestos, tendría que dejar un amplio margen para mantenerme a salvo de su naturaleza compasiva. Marie, por otra parte, resultaría de gran ayuda para mí. Su disgusto había sido palpable, y esperaba que su comportamiento significara que estaba tan mimada, como parecía, y que demostraría tener algún tipo de influencia sobre los demás.

Luego estaba Graham. No tenía intención de detenerme en el hecho que Lord Stanbury era mucho más atractivo de lo que había imaginado todos estos meses en el mar. Afortunadamente, aunque por poco, había logrado ocultar mi sorpresa inicial al verlo por primera vez. Pero ahora que me habían informado de la desafortunada circunstancia, no habría más riesgo de sufrir contratiempos en mi presentación. Un rostro atractivo nunca antes había tenido mucho poder sobre mí, y estaba decidida a que no tuviera tanto poder sobre mí ahora. Yo era una mujer en su sano juicio y con amplia determinación. No flaquearía.

Respiré, ante el recordatorio del curso indefinido que tenía ante mí. Ya había sido un día largo (en verdad, seis meses largos). Me levanté y caminé hasta el centro de las tres ventanas, esperando que la vista del terreno calmara mi mente atribulada y mi cuerpo inquieto. Mi corazón dio un vuelco, cuando me di cuenta que Grandview tenía el nombre apropiado. Ubicado en una colina, se mostraba una variedad de diferentes tonos de verde en todo el paisaje, pero la parte más hermosa era el brillo del agua en la distancia. ¿Cómo no me había dado cuenta al llegar que Grandview House estaba situada tan cerca del océano? El mismo océano que me llevaría a casa, a la India. Era exactamente la vista que necesitaba para recuperarme. Cuadrando mis hombros, di la vuelta hacia la puerta con determinación. Todavía quedaba trabajo por hacer para solidificar mi primera impresión, la cual fue extremadamente influyente.

Salí apresuradamente de mi habitación y bajé la escalera central, manteniendo mis oídos atentos a alguien a quien pudiera hacerle daño. Las puertas del salón estaban abiertas y los tonos bajos de voces femeninas flotaban por el vestíbulo de entrada. Me acerqué de puntillas.

—No puedo creer su mala suerte —dijo una de las hermanas—. Es el primero que descubre que está heredando una propiedad en ruinas, solo para encontrar que la solución es una extranjera pelirroja y pecosa.

Me quedé quieta, convenciéndome que sus opiniones no importaban. De hecho, cuanto más inflexibles fueran en su disgusto por mí, más útil resultarían ellas para mi causa.

—Ella nació aquí en Inglaterra. Vivir en el extranjero no la convierte en extranjera.

—No importa lo absolutamente ridícula que sea. Nunca podremos ir a ningún lado, si ella está con nosotros.

—Marie...

—No, es por mí... Las cosas ya estaban bastante mal, antes que mi padre dispusiera que Stanbury se casara con la hija de un humilde Nabab. ¿Qué pensará la gente de nosotros ahora?

—Somos hijas de un conde —dijo Lady Judith, su voz era imperturbable por la emoción.

—¡Con dotes despilfarradas! Por favor, dime, ¿Lord Kenton mostró comprensión, cuando descubrió la verdad de nuestra situación?

El silencio era ensordecedor y reduje la respiración para no ser descubierta, mientras escuchaba a escondidas.

Lady Marie soltó un resoplido triunfante.

—Y estoy segura que Lord Kenton se sentirá aún más aliviado de haber escapado, cuando descubra el supuesto remedio a nuestra situación. —Hizo una nueva pausa—. No me importa lo que diga mi padre, estoy decidido a deshacerme de ella.

—Por favor, no hagas nada estúpido —suspiró Lady Judith.

—Haré lo que sea necesario.

Levanté la barbilla, como si de alguna manera demostrara que las duras palabras de Lady Marie no me afectaban, y salí en busca de Lord Denhurst o su hijo. No había necesidad de hacerme indeseada, donde ya lo era, y necesitaba asegurarme que los otros dos pensarán igual de mi llegada, como las damas. Además, tenía un ultimátum que cumplir.

Había estado deambulando por los pasillos del primer piso, durante varios minutos sin ver a otra persona. Nuestra casa en la India estaba llena de sirvientes. Su presencia y constante conmoción se habían convertido en una familiaridad y un consuelo del que no sabía que dependía hasta ahora. Aunque Grandview era impresionante en tamaño y grandeza, se sentía vacío y desolado. Cada momento aquí me hizo añorar el hogar con más intensidad de lo que había creído posible. El pánico comenzó a aumentar al darme cuenta de lo lejos que estaba de donde pertenecía, pero lo reprimí. Permitir que mis emociones dicten cualquier parte de mi comportamiento no me ayudaría en la tarea, que tenía entre manos.

Un movimiento en mi periferia llamó mi atención y aplaudí dos veces, esperando que el sirviente, que acababa de ver, no huyera. Se quedó quieto y bajó la mirada.

—¿Dónde está ubicado el estudio?

Sin levantar la vista, señaló hacia el pasillo.

—Está dos puertas más abajo, a la derecha.

Aplaudí una vez y giré en la dirección, que me había indicado, antes de poder ver la reacción del hombre, debido a mi cruel conducta. Sus pasos en rápida retirada fueron suficiente condena. Necesitaba poner fin a este lamentado compromiso lo antes posible para irme de aquí.

Mientras me acercaba a la puerta del estudio, escuché voces masculinas provenientes del interior. Ansiosamente, pegué la oreja a la puerta.

—Realmente, desearía que hubiera otra opción, por el bien de todos. No te pediría esto si no fuera absolutamente necesario.

Un gemido audible llegó a mi oído.

—Es imperativo que esto funcione, Stanbury.

—¿Me condenarás voluntariamente a una vida de miseria? ¿Un cónyuge al que no soporto?

Prevaleció el silencio.

—Así será.

Nuevamente, me recordé a mí misma que debía estar encantada con la declaración que había escuchado. No era como si yo fuera realmente la mujer que lo inducía a la miseria, como él pensaba, aunque de repente me sentí aliviada de tener una fachada detrás de la cual esconderme.

La manija de la puerta giró y retrocedí a tiempo para que los hermosos y oscuros rasgos de Graham llenaran mi atención, sus ojos color café se abrieron con sorpresa.

—¡Qué perfecto que lo encuentre aquí, Graham! —Ofrecí una mueca de sonrisa—. Tengo algunas ideas sobre Grandview que deseo discutir.

Graham miró por encima del hombro y luego hacia mí.

—El hombre con toda la autoridad está adentro. —Pasó a mi lado y luego se detuvo—. No va a esperar mucho.

Negándome a dejar que mi mirada se detuviera un momento más, en el hermoso rostro de Graham, entré al estudio. La habitación olía a pergamino y tinta, y mis pensamientos se dirigieron a mi padre y a nuestro estudio en casa. Cuánto ansiaba estar allí.

—Señorita Crauford. —Lord Denhurst levantó la vista de su libro de contabilidad con una expresión de preocupación, que probablemente era por mi invasión y no por mí.

—Soy Honora, padre.

Él se puso rígido.

—Sí, perdóneme, Honora. —Se puso de pie y caminó hacia mí—. ¿Hay algo que necesita discutir?

—Al ver cuánto extraño mi hogar, comencé a compilar una lista de formas de incorporar a la India a Grandview House. No es mucho todavía, solo unas pocas estatuas y pinturas, además de la adición de colores vibrantes esparcidos por cada habitación.

—¡Oh! —exclamó con un movimiento de cabeza, buscando en el suelo algún tipo de respuesta. Sus ojos se elevaron hacia los míos—. Bueno, nuestros fondos, como estoy seguro que le habrán dicho, últimamente son limitados.

—Aunque tengo mis propias cuentas personales, tal vez sería más prudente esperar hasta que Graham y yo nos casemos. De esa manera podría redecorar todo Grandview de una vez. —Lord Denhurst me miró fijamente y, en el silencio que siguió, me armé de valor—. Y como ya hemos abordado el tema de las finanzas, pensé que sería prudente asumir mi rol de administradora del patrimonio de inmediato.

Su cabeza se inclinó hacia un lado.

—Señorita Crauford...

Le envié una mirada penetrante.

—Honora —corregí en tono comedido—. Por mucho que aprecio su disposición, no tengo ninguna intención de renunciar a la administración de mi patrimonio.

Lo miré, cuadrando mis hombros y recordándome a mí misma, que fue mi padre, quien había insinuado por primera vez que los Whitworth necesitaban una mujer que supiera de finanzas. Simplemente, era como si estuviera siguiendo órdenes.

—¡Qué desafortunado! Porque no tengo intención de permitirle continuar con una tarea en la que ha demostrado ser incompetente. No puede pensar que deseo quedar arruinada, como casi lo está usted. —Levanté la barbilla, esperando que no notara cómo temblaba, antes de darle mi golpe final—. De ahora en adelante, todas las decisiones que involucren a Grandview House vendrán a mí, aunque, si usted lo desea, le permitiré una asignación mensual, que podrá gestionar por su cuenta.

El rostro de Lord Denhurst se tornó escarlata.

—¡No lo permitiré!

Di un paso adelante y golpeé la palma de mi mano en su escritorio para llamar su atención, tratando de no estremecerme, ante el dolor.

—Estas son mis condiciones. —Bajé el volumen de mi voz para ocultar la incertidumbre—. ¿A menos que usted prefiera que me vaya? —dije, persuadiéndolo en la dirección correcta.

Su rostro se contrajo y varias emociones, que emanaban de él, se hicieron tangibles. Me preparé para que me despidieran de Grandview sin demora. Una imagen de lo lívido que estaría mi padre, ante la oportunidad perdida, pasó por mi mente, pero me consoló el hecho que yo no estaría aquí presente para presenciarlo. Pasarían al menos seis meses, antes que me viera obligada a participar en su ira y estaría en casa. Y cuando llegara el momento, le diría a mi padre que era la palabra de Lord Denhurst la que se había roto, no la de él.

—¿Puedo pensar en ello? —El tono rígido de Lord Denhurst interrumpió mis pensamientos y mis ojos se dirigieron hacia él.

—¿Vendré más tarde?

Él asintió con rigidez y apretó los dientes.

—Deseo pensar en sus condiciones.

Mis ojos recorrieron sus rasgos con desesperación, tratando de descifrar por qué aceptaría tal cosa. No podía estar tan desesperado como para permitir que una mujer desconocida lo desbancara, como supervisora de sus propios asuntos, a pesar de mi insistencia. ¿O era así?

—Me alegra que considere la sabiduría de mi oferta —logré decirlo con un nudo en mi garganta.

Parecía reacio a aceptar que su elección tuviera algo que ver con la sabiduría.

—¿Hay algo más que le gustaría discutir, señorita Crauford?

—No. Eso es todo por ahora. —Agarré mis manos temblorosas, detrás de mi espalda, e hice una reverencia exagerada. Cuando me levanté, mis piernas casi se doblaron, debajo de mí, y estiré la mano para estabilizarme en el escritorio.

Los ojos de Lord Denhurst estaban fijos en mí con una expresión de indecisión en su rostro.

—Simplemente, estaba entrenando mis piernas para aterrizar otra vez —dije, ofreciendo una explicación, que él no había pedido. Sin decir una palabra más, di la vuelta y salí de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí.

Me detuve justo afuera y apoyé mi mano contra la pared para estabilizar mi corazón acelerado. No estaba segura si eran mis emociones intensas o la adaptación a tierra firme, pero sentí como si estuviera flotando sobre mi cuerpo. Intenté ignorar la sensación, pero el zumbido de mis oídos y mi cabeza dando vueltas lo hicieron casi tan difícil de lograr, como las respiraciones rápidas que dejaron mis extremidades con un hormigueo.

Impulsivamente, comencé a caminar por el pasillo tan rápido, como mi paso inestable me lo permitía, esperando poder recordar cómo regresar a mi habitación, en ese estado. Pero cuando mi visión comenzó a llenarse de oscuridad en los bordes, abrí la puerta más cercana con desesperación. Simplemente, necesitaba un lugar privado para recuperarme. Entré tambaleándome, apenas logrando cerrar la puerta, antes que un vacío negro me consumiera.

Capítulo cinco

GRAHAM

Caminé por la biblioteca, murmurando maldiciones, mientras intentaba calmarme. A pesar de las pruebas claras de mi caso (de la reputación de nuestra familia), mi padre se había negado a entrar en razón. La señorita Crauford llevaba apenas media hora en Grandview, y ya podía declarar sin dudar que era la mujer más extraña y ridícula que conocía. Una cosa era forzar un matrimonio, cuando mi padre pensaba que la señorita Crauford era una pareja aceptable, y aún así, un matrimonio con la hija de un Nabab difícilmente podía considerarse como uno verdadero, pero ahora... ¿Cómo podía permitir eso?

La puerta chirrió sobre sus bisagras y mis ojos volaron hacia el sonido. Cuando la señorita Crauford entró y cerró la puerta detrás de ella, todo mi cuerpo se tensó como un ciervo, antes de huir. No hablé, aunque sabía que ella me vería, mientras evaluaba su nueva biblioteca. Pero sus ojos nunca se levantaron, su mirada estaba fija en el suelo, ante ella, con intensa concentración. Escudriñé el suelo a su alrededor, incapaz de descifrar qué era lo que estaba mirando, cuando murmuró algo incoherente. De repente, su cuerpo se balanceó y quedó flácido. Ella cayó al suelo. ¿Era esto algún tipo de broma?

Solo dudé un momento, pero cuando ella no se movió ni soltó una carcajada, me apresuré a llegar a su lado, arrodillándome a su lado.

—¿Señorita Crauford?

Ella no respondió, su cuerpo estaba inmóvil.

La puse boca arriba y le levanté la cabeza, poniendo mi oído en su boca para escuchar su respiración. Una cálida brisa de aire tocó mi piel.

—¿Señorita Crauford? ¿Puede oírme?

Se le escapó un gemido silencioso. Sin pensarlo, la levanté y me quedé con ella en mis brazos. Ajustando su pequeño cuerpo contra mi pecho, un aroma sorprendentemente delicioso flotaba en el aire. Uno demasiado atractivo para una persona tan grosera. Me dirigí hacia un sofá, situado frente a una hilera de estanterías, en el otro lado de la biblioteca.

—¿Capitán? —murmuró, y la suavidad de su voz me detuvo. ¿De dónde era su timbre discordante de antes? Esperé a que dijera algo más, cualquier otra cosa, cuando un gemido posterior me hizo avanzar de nuevo.

—Ya no está a bordo del barco, señorita Crauford. Usted está en Grandview —dije, como si tranquilizar a una mujer semiconsciente acerca de su realidad fuera la acción apropiada. En verdad, no sabía cómo atenderla, así que la recosté con cuidado en el gran sofá y di un paso atrás, contemplando qué hacer.

Ella permaneció inmóvil por un momento, luego levantó el brazo hacia arriba y la palma de la mano se apoyó en la frente. Ella hizo una mueca y cerró los ojos con más fuerza.

—¿Es demasiado brillante? —Como no hubo respuesta, me acerqué a las ventanas y corrí las cortinas. La luz todavía se filtraba a lo largo de los bordes y a través de la tela cerrada apresuradamente, pero probablemente era una mejora para un dolor de cabeza. Si eso era realmente lo que la aquejaba.

—¿Capitán? —dijo de nuevo, pero esta vez con más claridad. No había ni rastro del tono desagradable con el que había hablado antes.

Me apresuré a regresar al sofá y descubrí que ella se estaba empujando hacia arriba con brazos temblorosos.

—¿Señorita Crauford?

Ella no me miró, sino que dejó caer los pies del sofá y apoyó la cabeza en el respaldo, llevándose una mano a la cabeza agachada.

—¿Dónde estoy? —preguntó con confusión en su encantadora voz.

No sabía exactamente por qué, pero sonreí.

—Está en la biblioteca.

Su frente se arrugó, como si estuviera tratando de encontrarle sentido a algo más de lo que le había dicho.

—¿Biblioteca? —Ella hizo una pausa—. ¿En el barco?

—Ya no está en el barco, señorita. Usted está en Grandview.

—¿Grandview? —repitió, como si el nombre le resultara familiar, pero no fue hasta que finalmente me miró, que vi que el reconocimiento iluminaba sus ojos cada vez más abiertos. Su rostro, ya pálido por el episodio, se volvió aún más inmutado, acentuando las innumerables pecas que lo cubrían.

A pesar de su mirada de pánico, no pude evitar sonreírle.

—¿Se siente recuperada?

—¿Qué pasó? —preguntó, y su voz aguda y chirriante regresó milagrosamente.

Esta mujer estaba representando una farsa. Estaba seguro de ello.

—Usted se desmayó.

Ella se enderezó y se sentó rígidamente, mientras empezaba a alisarse las faldas.

—¿Desmayada, usted lo dice? ¡Qué extraño! Debo estar exhausta por mis viajes.

Vi como el color regresaba a sus mejillas, filtrándose en ellas con exceso.

—Parece que sí. —La diversión en mi voz era tan espesa como su tono falso.

Ella me miró, entrecerrando los ojos, y soltó un pequeño resoplido.

—Bueno, le agradezco su ayuda, Graham. Creo que ahora me dirigiré a mi habitación para descansar. —Se puso de pie, pero apenas había dado un paso, cuando se tambaleó hacia un lado.

La agarré por el codo, plenamente consciente que la necesidad era la única razón por la que permitía mi apoyo.

—¿Quizás consideraría sentarse un rato más? Con mucho gusto le haré compañía.

—Le aseguro que no es necesario que pierda el tiempo aquí —chilló, aunque me permitió ayudarla a bajar—. Estoy segura que usted tiene mucho que hacer.

Me acerqué al sofá junto a ella y observé su figura.

—Nada tan interesante como charlar con mi futura esposa.

Ella no respondió ni me miró.

—¿Qué está haciendo usted, señorita Crauford?

—No sé a qué se refiere.

—Ciertamente lo sabe. Y no dejaré que el asunto descansa hasta que me informe de los motivos de esta farsa.

Su barbilla se levantó ligeramente y supe que no tenía intención de decirme nada.

—Después del desmayo, usted habló de una manera que la traicionó. Así que también podría confesarlo todo.

Tenía la cabeza erguida, pero sus ojos brillaban.

—Venga... Dígamelo.

Después de varios momentos de nada más que el sonido de nuestras respiraciones, tragó y

me miró a los ojos.

—¿Qué otra opción tenía? —Su voz volvió a ser suave y genuina.

—¿Está en contra de este acuerdo?

—No soy un bien que pueda ser vendido por un título, que no me importa en absoluto, a un hombre que no amo y que no me ama a mí.

Intenté ocultar mi sorpresa, ante su declaración. ¿Realmente a ella no le importaba mi título? Estaba desesperado por saber más.

—Fue una gran actuación la que dio. Todos estábamos convencidos que la habían criado como a uno de ellos.

—¿Uno de ellos? —Su voz estaba llena de acusación, como si acabara de ponerle a sus pies el mayor insulto. Y supuse que ahora que lo repitió con énfasis, pude ver cómo podía ofenderse, a pesar que esa no era mi intención.

—Solo me refiero a un extranjero.

La señorita Crauford negó con la cabeza, obviamente no estaba apaciguada por mi corrección.

A pesar de su aparente disgusto por mi comentario, me sentí más ligero y esperanzado que en los meses anteriores.

—Perdóneme. Debería saber mejor que no debí cruzarme con una mujer pelirroja. —Mi mirada se dirigió a su cabello—. He oído que sus temperamentos combinan con su color de fuego.

Ella se enderezó en su asiento y sus ojos se encontraron con los míos.

—Y parece que el heredero de un condado es un hombre insufrible y prejuicioso, que se siente con derecho a tratar a las personas, como si no tuvieran sentimientos.

—Lo dice la dama que aplaude a mi ama de llaves.

Sus hombros cayeron y soltó un suspiro exasperado.

—Eso es diferente. Estaba desesperada.

La examiné, muy consciente de cuán similares eran nuestras situaciones. La única diferencia era que su libertad no determinaba la mía. Si lograba su objetivo, se iría, pero yo nunca sería libre, no con mis obligaciones y la herencia en ruinas, que pronto me entregarían. Sin embargo, cuando la acepté, había algo en ella que me hizo desear que tuviera éxito, incluso si yo no lo lograba. ¿Por qué ella debía estar enjaulada conmigo cuando tenía potencial para volar lejos de aquí? Aunque en última instancia poco importaba lo que cualquiera de nosotros quisiera, ya que nuestros padres no se dejarían influir para cambiar de opinión.

—Bueno, tu secreto está a salvo conmigo —dije, antes que tuviera tiempo de considerar lo que estaba prometiendo.

—¿No se lo vas a decir a los demás? —Ella parpadeó en rápida sucesión, dejando a un lado su tono formal.

—No. No tengo intención de tomar a una rehén como esposa, si puedo evitarlo.

—¿Realmente? —Una encantadora sonrisa apareció en sus labios.

—Realmente. Ahora, ¿cómo crees que va tu actuación hasta ahora?

Se relajó en el rincón del sofá.

—Escuché a tus hermanas hablar de su disgusto por mí, todos los sirvientes desaparecen cuando estoy cerca, y tu padre estaba claramente molesto por nuestra última conversación. —Ella hizo una pausa—. No necesito mencionar el absoluto desdén en tu voz, cuando te escuché hablar en el estudio hace un momento. —Se llevó un dedo a la boca con fingida consideración—. Creo que tiene algo que ver con estar condenado a una vida de miseria.

Me divirtió demasiado esta extraña mujer.

—Debería haber sabido que nos estabas espiando. ¿No tienes escrúpulos, señorita Crauford?

Ella tragó con un toque de culpa en sus ojos.

—Estar bien informada es parte integral de mi plan. Entonces, ¡no! Actualmente no he encontrado límites en cuanto a lo que haré para volver a mi casa.

Asentí lentamente.

—Bueno, parece que has empezado bien. ¿Puedes seguir así?

—Haré lo que debo hacer.

—Entonces, ¿continuarás con esa voz que suena extraña?

—Sí.

—¿Los peculiares gestos?

—Sí.

Sonreí.

—¿Tu comportamiento excéntrico? —Ella me arqueó una ceja y continué mi asalto—. ¿Las exigencias impertinentes? ¿La intimidad forzada? ¿El olor extraño? ¿El contacto físico poco convencional?

—Sí a todo menos al olor. No sé a qué te refieres allí.

Me incliné más cerca de ella e inhalé exageradamente, negándome a reconocer que no me importaba en absoluto el aroma único que respiraba.

—Hueles a flores extrañas y especias étnicas.

Ella entrecerró los ojos.

—Por más agradables que sean tus reflexiones personales, estoy bien con mi olor y no tenía intención que eso fuera un impedimento. Además... —dio un suspiro triste que me pinchó por mi broma—. Mis aromas me recuerdan a mi casa.

—Entonces, supongo que aprenderé a tolerarlos. —Le guiñé un ojo, esperando hacerla sonreír otra vez, o al menos disminuir su ceño.

Ella bajó la barbilla y me lanzó una mirada cínica, que encontré igualmente entrañable.

—¡Qué caballero tan ejemplar!

—Me alegra que hayas descubierto la verdad.

La señorita Crauford soltó una risita y el sonido fue musical, como el rasgueo de las cuerdas de un clavicémbalo. Nos sentamos en un cómodo silencio, durante un momento, antes que su mirada volviera a mí.

—¿Qué fue lo que dije justo después de desmayarme?

Moví la cabeza, como si intentara recordar.

—Creo que fue... Capitán... ¡Sí! Eso fue todo. Parecías pensar que yo era un capitán.

—¿Eso fue todo? —Ella pareció horrorizada por mi admisión.

—Bueno, eso y tu pregunta sobre dónde estabas.

Sus ojos buscaron el espacio entre nosotros, antes de fijarse en los míos nuevamente.

—¿No dijiste que había traicionado mi plan con lo que dije?

Sacudí la cabeza, intentando una expresión de inocencia.

—No. Dije que hablaste de una manera que te traicionó. Me refería a tu cambio de voz.

Ella apretó los labios y se puso de pie.

—Bueno, considerando que el asunto ya está resuelto y me siento recuperada, creo que debería seguir mi camino. —Su cuerpo se balanceó ligeramente y me apresuré a ponerme de pie, en caso de que necesitara mi ayuda, pero ella se recuperó—. Te veré en la cena.

¿Cena? Todavía faltaban varias horas para eso y, por alguna razón, no tenía ningún deseo que ella se fuera.

—¿Señorita Crauford? —Busqué en mi mente algo que pudiera preguntarle—. ¿Qué dijiste que molestó a mi padre?

Incluso con las cortinas cerradas, se podía distinguir el torrente de color en su rostro.

—Ahora, ciertamente necesito escucharlo —dije, riéndome entre dientes—. Vale la pena conocer cualquier cosa que pueda hacer que el rostro de una dama se ponga de ese tono rojo.

—Con la forma en que te comportas, creo que no deseas escuchar la información. —Ella me frunció el ceño.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para borrar la sonrisa de mis labios.

—Perdóname. Estoy muy interesado en esa interacción y me gustaría mucho saberlo.

Sus ojos me recorrieron, como si tratara de determinar si hablé en serio.

—Muy bien. —Regresó a su asiento, bajándose demasiado rápido para demostrar que sus piernas inestables se habían recuperado por completo—. Pero creo que es importante decirte que esa interacción no es habitual en mí.

—Ya he observado eso. —También volví a mi asiento.

—Bueno, mencioné mi intención de redecorar Grandview con un toque oriental.

Apreté mis labios para evitar que se formara una sonrisa.

—Obviamente, no puedes tomarte esto en serio. —Ella resopló.

¿Cómo podría culparme? Desde luego, mi padre no estaba acostumbrado a recibir órdenes de los demás, al menos no desde la muerte del abuelo, ocho años atrás, y, sin embargo, allí estaba Honora, una mujer de casi la mitad de su tamaño, con esas exigencias. Su tenacidad era demasiado divertida.

—Perdóname —dije, bajando la mirada y haciéndole un gesto para que continuara.

—¿De verdad crees que porque no puedo ver tu sonrisa, no estoy consciente que permanece?

Con su reprimenda, la risa que estaba intentando contener se liberó y mis hombros temblaron, condenándome.

—Continúa, por favor...

Ella no habló hasta que contuve mi risa.

—Tu padre reconoció su falta de fondos y le aseguré que yo cubriría el costo. —Sus palabras llegaron con total naturalidad—. Luego declararé mi intención de administrar la propiedad de ahora en adelante.

Mi cabeza se levantó de golpe.

—Eso no es lo peor. —Ella se movió hacia adelante en el sofá—. Cuando él insistió en que continuaría administrando las cosas, le expliqué que sería una inversión imprudente para mí, y mencioné algo sobre que yo no quería arruinarme, como él lo estaba ahora.

—¿Tú?

Ella levantó un dedo, posponiendo mi respuesta.

—Entonces le dije que, si así lo deseaba, le dejaría una asignación mensual, que él podría gestionar libremente como mejor le pareciera.

—¿Estás segura que él te rechazó? —Mi mandíbula se aflojó.

—Dijo que debía pensarlo. —Ella levantó delicadamente los hombros.

Esto no tenía sentido. A pesar de las promesas vacías de mi padre de enseñarme las habilidades necesarias para administrar una propiedad, él siempre mantuvo el control con mano de hierro.

—¿Y qué harás, si él lo permite?

Ella miró hacia otro lado.

—Admito que espero que no lo haga. Pero considerando que soy la única hija de un comerciante próspero y tengo suficientes conocimientos de las finanzas, también podría ver si hay algo que se pueda hacer para mejorar mi situación.

Me sentí aliviado que ella estuviera evitando mi contacto visual para no vislumbrar la incredulidad en mi rostro. ¿Qué sabía una mujer sobre finanzas y gestión de propiedades? Sin embargo, esto despertó mi interés.

—No quiero cuestionar tus habilidades, pero, ¿cómo es que ser hija de un Nabab te califica para tal tarea?

—Nabab —murmuró en voz baja, sacudiendo la cabeza—. He pasado los últimos años, ayudando activamente a mi padre con su negocio. Además, no se puede vivir con un hombre como él, y no aprender un par de cosas sobre finanzas y acumulación de riquezas.

La verdad es que no me sorprendió en absoluto escuchar la educación tan poco convencional que había tenido. Y, sin embargo, sentía envidia de ella y del conocimiento que tan fácilmente se le había concedido.

Cuando era joven, el abuelo había insistido en que tendría que aprender cómo funcionan las cosas, cuando llegara el momento. Pero ahora que había regresado a casa, mi padre parecía desanimarme en cada ocasión. Ya había pasado más de un año, y sabía casi tan poco sobre cómo administrar una propiedad, como cuando regresé por primera vez, después de la muerte de mi madre. Con cada aplazamiento y excusa poco entusiasta, no podía evitar preguntarme los razonamientos de mi padre. ¿Me creía demasiado tonto para comprender las complejidades que requería? ¿Que de alguna manera demostraría que soy incapaz? Seguramente, no podría hacerlo peor que él, ¿o sí? Parecía una consideración profética, porque a este ritmo, incluso si Grandview no se hubiera perdido en este momento, muy bien podría perderse, cuando lo tuviera en mis manos no entrenadas. Y, sin embargo, allí estaba sentada una mujer, que pregonaba conocer la información que yo deseaba.

—¿Qué sucede? —preguntó Honora, examinándose.

—Si mi padre accede... —Mis palabras se detuvieron. Sin embargo, no podría pedirle tal cosa a una mujer. Mi orgullo no me lo permitiría.

—¿Sí?

Yo dudé. Honora parecía segura que encontraría el camino a casa en la India, y una vez que ella se fuera, mi vergüenza también permanecería. No necesitaría buscar instrucción de nadie, más cuando los rumores sobre mis insuficiencias pudieran dañar mi reputación. Y, bajo la apariencia de nuestro compromiso, encontrar algunos momentos privados juntos, no parecería demasiado difícil de lograr. ¡Sí! Esta podría ser mi mejor oportunidad de aprender lo que se necesita para administrar una finca.

—¿Puedo involucrarme? —dije, moviéndome en mi asiento—. Verás, no suelo tener conocimiento de las cuentas de Grandview.

—Como heredero, ¿no esperarías tu padre capacitarte en la administración de tu futuro patrimonio?

—Estoy seguro que piensa que lo arruinaré todo. —Me froté la mandíbula con una mano con indiferencia, esperando parecer tranquilo.

—¿Como si él no lo hubiera hecho? —Su frente se arrugó. Me encogí de hombros, aunque agradecí que ella validara el mismo pensamiento, que yo había tenido desde hacía algún tiempo.

Ella me analizó un momento con indecisión en sus rasgos.

—Bueno, dado que sería inútil redimir tu futuro patrimonio, solo para dejarlo nuevamente en las imprudentes manos de tu padre, debo insistir en que me acompañes. —La más leve de las sonrisas asomó a sus labios—. Te enseñaré lo que sé para que no me obliguen a abandonar la India por segunda vez. Aunque es esencial que comprendas que mi oferta es condicional, porque es posible que tu padre ya esté planeando deshacerse de mí.

—Hasta que lo haga, creo que hemos llegado a nuestro propio acuerdo: me ayudas a aprender a administrar las finanzas, y no le contaré a nadie sobre tu plan.

—Ya me diste tu palabra que no hablarías de eso. —Sus ojos se entrecerraron.

—Lo hice. Como me acabas de dar la tuya que me ayudarás. Simplemente, estaba aclarando los detalles de lo que habíamos acordado.

—¿Acordado? Lo haces parecer mucho más oficial de lo que se pretendía que fuera. —Ella hizo una pausa, mordiéndose el labio en consideración—. Pero supongo que no tengo mucha influencia en esta situación. ¿La tengo?

Sacudí la cabeza, incapaz de resistir una sonrisa.

—Lord Stanbury, considerando que estamos siendo tan francos el uno con el otro, debo preguntar, antes de aceptar, si tu palabra vale algo.

—Te aseguro que es válida. —Esta vez hablé en serio.

Ella asintió.

—Bien.

—Aunque —dije, sin querer permitir que el silencio entre nosotros continuara—. Creo que sería beneficioso para ti continuar llamándome Graham, considerando que necesitaremos familiarizarnos durante tu estadía. —Ella me miró y me reí—. De una manera muy apropiada, por supuesto.

—¿Y estoy segura que diste tu palabra? —Intentó parecer agitada, pero una sonrisa renuente la traicionó.

¿Qué tenía esta mujer que me hacía sentir tan ligero? ¿Tan liberado? Lo más probable es que hasta hace unos momentos pensaba que estaba destinado a una vida miserable, y ahora había esperanza nuevamente, al menos en parte.

—Y te llamaré Nora.

—Honora —corrigió.

—¿Qué tal... Nora? Querida... —Su impresionante mirada no me dejó arrepentido en lo más mínimo.

—Si esas son mis únicas opciones, entonces supongo que prefiero a Nora.

¡Victoria!

—Pero solo en privado, eso sí. No debes darle a tu familia ningún indicio que estamos aliados. Si mi padre descubriera que tengo algo que ver con nuestro matrimonio... —Se detuvo abruptamente—. Si este acuerdo no funciona, me quedaría en la indigencia. Una locura que estoy seguro te pesará mucho en la conciencia.

A pesar de su expresión de advertencia, sentí que un lado de mi boca subía sin mi consentimiento.

—Más gravemente —dije, dudando que su padre realmente la desheredara por no seguir adelante con el matrimonio—. Sin embargo, si yo fuera tú, no perdería la esperanza de ser descubierta por una compañía teatral. Supongo que la paga sería suficiente para alguien con tu calibre de talento.

—¿Tomas a la ligera mi situación? —Ella me inmovilizó con tal ceño que forcé mis labios, en una línea de arrepentimiento, para no arriesgarme a la ira de la que estaba seguro que ella era

capaz.

—No se lo diré a nadie.

Extendió una mano, como si quisiera estrechar la mía.

—Entonces, todo está arreglado.

Sus pequeños dedos agarraron los míos con impresionante firmeza, y negué con la cabeza, ante la extraña situación en la que nos encontrábamos.

—Y pensar que las exigencias de una mujer impertinente podrían darme acceso a algo que he estado intentando lograr durante años, en vano. No sabes cuánto te lo agradezco, Nora.

Se puso de pie, dirigiéndose hacia la puerta.

—Y nadie más puede hacerlo, Lord Stanbury.

Capítulo seis

HONORA

—Tiene mucho pelo, señorita. —La doncella bailaba nerviosamente, a mi alrededor.

—No estoy segura qué hacer con todo esto. El cabello de Lady Judith es mucho más fino y apenas tiene una fracción del grosor del suyo.

Afortunadamente, había tenido la previsión de colocarme de espaldas al espejo, y así evadí el reflejo de la muchacha. Ese era un truco que había aprendido de papá: ignorar las emociones de los demás es mucho más fácil, si no te obligaban a presenciarlas.

—Un simple peinado tendrá que ser suficiente —dije, con más dureza de lo que quería.

Ella no respondió y se puso a trabajar en silencio.

Cuando la doncella de Lady Judith terminó con el peinado, ya llegaría un cuarto de hora tarde a la cena. Cuando me levanté, giré para mirarme en el espejo. Mi estómago cayó, ante la masa torcida sobre mi cabeza. Levanté ambas manos y empujé frenéticamente el peinado para ver, si podía llevarlo hacia el centro. Los pasadores estaban apretados y no podían sacarse de su posición. Mi mirada se desvió hacia la criada de mediana edad con la mirada baja y los hombros temblando.

—¿Usted está llorando?

La mujer movía su cabeza agachada de un lado a otro, pero su respiración entrecortada confirmaba lo contrario.

Simplemente, me quedé allí sin saber cómo responder. Mi situación no me permitía abrazar a la descorazonada doncella, como me sentía inclinada a hacerlo, ni podía asegurarle que poco importaba mi aspecto. No podía saberse que no tenía intención de impresionar a ningún miembro de la familia Whitworth. ¿Quizás sería mejor no decir nada? Yo dudé.

—No se moleste con las lágrimas. Los errores son la forma en que aprendemos.

Su rostro surcado de lágrimas se alzó y esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias por su comprensión, señorita.

¡Maldita sea! ¿Ella pensó que yo la entendía?

—Porque esto es obviamente un error —agregué, señalando la masa de cabello amontonada demasiado en el lado derecho de mi cabeza—. Y quedará claro quién tiene la culpa. —Sus ojos volvieron a bajar y sentí esa horrible sensación de pinchazo en el estómago.

—¿Debo intentarlo de nuevo? —preguntó, casi en un susurro.

—No —dije, mirando el reloj—. No hay tiempo.

No fue una tarea fácil alejarme de la mujer abatida y marcharme sin decir una palabra más.

—Haré cualquier cosa para volver a casa. —Mi mantra susurrado apenas parecía justificar mi comportamiento severo, así que simplemente me negué a recordar las lágrimas, que le había causado a la criada, mientras bajaba las escaleras.

Cuando me acerqué al salón, me había convencido una vez más de la necesidad de tales acciones. A pesar de la inocencia de muchas de las personas con las que interactué, no sería convincente en mi farsa, si demostraba simpatía de algún tipo. Me detuve ante el umbral, preparándome para el maltrato que seguiría infligiendo.

—Estoy absolutamente hambrienta. —Las palabras de Lady Marie atravesaron la puerta abierta y el gemido de su voz las hizo fácilmente distinguibles—. ¿Cuánto más tendremos que

esperar a la señorita Crauford?

—Estoy segura que ella llegará pronto —respondió Lady Judith.

Miré por la puerta. Ambas mujeres se sentaron cerca de la chimenea, mientras Graham avivaba el fuego con un atizador, dándome la espalda. Mi atención se detuvo en sus anchos hombros y las mariposas revoloteaban imprudentemente en mi estómago. Probablemente, esto se debía al conocimiento que esta sería de nuestra primera interacción, desde que conocí mi secreto.

Lady Marie se cruzó de brazos y sus rizos oscuros rebotaron con el movimiento.

—Estoy tan completamente aburrida y hambrienta.

—¿Por qué no lees, como lo hace Judith? —dijo Graham, volviéndose para señalar con el atizador un libro en la mesa auxiliar cerca de la silla de Lady Marie—. Eso ocuparía tu mente.

—Como si quisiera aumentar mi tortura. —La mirada de Lady Marie se posó en Lady Judith, que sostenía un libro cerca de la luz de las velas—. Además, no tengo ningún deseo de buscar a un príncipe azul.

Graham se rió entre dientes, el sonido fue bajo pero ligero.

—Estoy bastante seguro que nadie presumiría algo tan terrible de tu parte.

Lady Marie frunció el ceño.

—Si ella no tiene ganas de leer, no la presiones. —Lord Denhurst cerró el libro que sostenía y su mirada recorrió a sus hijos, antes de verme a mí, demorándose en la puerta—. ¡Ah, por fin! Aquí está usted. —Utilizó el apoyo de los reposabrazos para ponerse de pie—. ¿Entramos ahora?

Caminé por el salón y encontré la resolución que necesitaba.

—Si estaba tan impaciente por comer, ¿por qué no entró sin mí? —pregunté, como si no fuera del todo de mala educación llamar la atención sobre su afán por cenar después de mi llegada tardía.

Lady Marie se puso de pie con una expresión insolente en su rostro.

—Aquí en Inglaterra es costumbre esperar a nuestros invitados, a pesar de su tardanza.

—¿También es costumbre hacer que un huésped se sienta no bienvenido, simplemente porque llega un poco retrasado sin que sea culpa suya?

La mirada de Lady Marie se dirigió a mi peinado torcido y sonrió.

—Tiene razón —dijo Lord Denhurst con su actitud complaciente—. Por favor, perdone mi impaciencia y el comentario imprudente de Marie, señorita Crauford.

—Honora —dije, ignorando la cara enfurecida de Lady Marie.

—Sí, por supuesto. —Él bajó los hombros.

Levanté las cejas, esperando que corrigiera su error, delante de los demás.

—Honora —repitió.

—Mucho mejor, padre. Me atrevo a decir que pronto se acostumbrará.

Sus manos se abrieron y cerraron a los costados, y Lady Marie siseó algo en voz baja que no pude entender.

—Hablando de costumbres... —dije, dirigiendo mi atención a la expresión divertida de Graham y luchando contra el deseo de reflejarla. Con una respiración rápida y tranquilizadora para ayudarme a mantener la compostura, seguí adelante—, ¿no es costumbre en la isla que mi prometido me dé la bienvenida y me acompañe a cenar?

—En realidad soy yo quien tiene ese honor. —Lord Denhurst dio un paso adelante.

Levanté una mano hacia él, deteniendo su avance.

—No estoy aquí para conocerlo mejor. —El silencio que siguió fue ensordecedor. Me volví hacia Graham y le indiqué que se uniera a mí.

—¿Padre? —preguntó Graham, esperando instrucciones.

Lord Denhurst asintió de mala gana, haciéndome un nudo en el estómago. ¿Este hombre no tenía límites a lo que me permitiría?

Graham volvió a colocar el atizador y, después de una exhalación audible, se dirigió hacia mí. Cuando llegó a mi lado, lo agarré con entusiasmo del brazo y lo envolví con fuerza en el mío, apretándolo hacia mi costado. No lo miré por temor a que alguno de nosotros pudiera romper su carácter y reírse. Comportarse de esa manera fue ciertamente más difícil, cuando sabía que Graham conocía mi engaño. Pero no dejaría que esto me obstaculizara.

—Me complace decirle, Graham, que con sus mejores galas, usted no es tan horrible como pensaba antes. —Hablé en voz alta, empujando a Graham hacia adelante, llevando a la familia a cenar frente a Lord Denhurst—. Me preocupé toda la tarde por el desafortunado estado de nuestra descendencia, pero al verlo ahora, puede que todavía haya esperanza para ellos. No mucho, claro está, pero sí lo suficiente como para que no se consideren antiestéticos.

Cuando nos acercamos a la puerta, Graham se detuvo para dejar pasar a su padre.

Tiré de su brazo.

—Venga, ahora.

Él se resistió, su expresión estoica era convincente.

—Mi padre nos llevará a cenar.

—Nuestro padre —dije—. Y no creo que le importe, si lideramos el grupo. —Miré hacia Lord Denhurst—. ¿Lo permite, padre?

Lord Denhurst parecía alterado, pero poco dispuesto a ir a la batalla conmigo.

—En realidad, sería preferible esta noche. Deseo hablar brevemente con Judith y Marie. Estaremos solo un momento detrás de ustedes.

La esperanza creció en mi pecho. Parecía que Lord Denhurst tenía límites, aunque aparentemente se inclinaba a ocultarlos con excusas en lugar de declararlos abiertamente. Agité una mano desdeñosa en su dirección.

—Continúe, entonces. Pero no nos deje esperando mucho. Estoy segura que estoy incluso más hambrienta de lo que Marie decía estar. —Arrastré a Graham conmigo a través del umbral, sin siquiera mirar hacia atrás para ver qué pensaban los demás sobre mi admisión de haber escuchado a escondidas.

A unos pasos de la puerta, Graham se acercó.

—¿Horrible?

Lo miré.

—No creo que necesites que te asegure la verdad —susurré, bajando mi tono irritante.

Una sonrisa maliciosa apareció en sus labios.

—Entonces, ¿me encuentras guapo?

Miré hacia atrás para asegurarme que su familia no había comenzado a caminar por el pasillo detrás de nosotros.

—Este no es el lugar para tal conversación. Aunque creo que es importante que sepas que, a pesar de tu... tolerable apariencia física, no tienes futuro en la actuación.

—Pensé que era creíble.

—Estás demasiado encantado con mi actuación para ser realmente convincente.

—¡Oh! Pero estoy absolutamente encantado con ello.

Le di un codazo, lo que solo hizo que su sonrisa creciera.

—Lo arruinarás todo —dije, la burla ya había desaparecido de mi voz.

Él asintió, haciendo una especie de mueca en su rostro.

—¿Mejor?

—No. —Miré hacia adelante, resistiendo el persistente deseo de sonreír—. La indiferencia te sienta mejor.

Sentí que su mirada se movía desde mi perfil hacia mi cabello.

—No fue un elemento disuasorio intencional —dije, mirándolo.

—¿Qué no fue?

—El estilo de mi cabello —susurré—. Parece que la doncella que intentó la tarea carece del talento necesario para tratar con una melena como la mía.

Los ojos de Graham se alzaron brevemente de nuevo.

—No es tan malo.

Nos detuvimos justo afuera de las puertas del comedor y solté a Graham.

—Tu sonrisa me deja concluir lo contrario. Y si sigues mirándome con tanta diversión, no te lo perdonaré.

—No tengo la más mínima inclinación de provocarte. —Él se rió entre dientes

—¿Eso es por mi temperamento ardiente al que aludiste hoy?

—¿Entonces admites que tienes mal genio?

Al escuchar voces, miré hacia atrás y vi a Lord Denhurst y sus hijas caminando por el pasillo hacia nosotros.

—No admitiré tal cosa. Sin embargo, te haré un favor y te aconsejaré que actúes con más cautela en el futuro, porque tampoco lo negaré.

Graham todavía estaba intentando acallar su hilaridad, cuando entré por la puerta del comedor. Los sirvientes bajaron la mirada, mientras yo me encontraba en el asiento del lado derecho del de Lord Denhurst. Estuve a punto de aplaudir dos veces, pidiendo ayuda, pero Graham apareció detrás de mí.

—Permítame, señorita Crauford —dijo, su voz impresionantemente vacía de cualquier emoción, mientras me ayudaba a sentarme en mi silla.

Lord Denhurst entró en la habitación seguido de cerca por Lady Judith y Lady Marie.

—Perdonen nuestra demora —dijo.

—¿Fue eso una petición o una exigencia? —pregunté con mis ojos fijos en él, mientras tomaba asiento—. No es que rechace un perdón por una falta tan pequeña, soy conocida por ser una persona muy comprensiva, pero que me ordenen hacer cualquier cosa, no es algo que normalmente soporto bien. Probablemente, sea mejor que todos lo comprendan desde el principio.

Graham se aclaró la garganta desde el otro extremo de la mesa, donde se había sentado, pero no me arriesgué a mirarlo, sabiendo que probablemente estaba ocultando su risa.

El pecho de Lord Denhurst se elevó lentamente.

—Solo quería pedirle perdón, señorita Cr... Honora. ¡Perdóneme!

—¿Otra exigencia?

Él sacudió la cabeza.

—No. Bueno, supongo que podría parecer de esa manera. ¿Usted me perdonará?

—¡Oh! Mucho mejor, padre. Creo que mi presencia aquí será para su beneficio en más formas de las que podría haber previsto, cuando usted pensó por primera vez en enviarme a buscar.

—¡Oh! Mire la cena —dijo, dirigiendo ansiosamente nuestra atención a los lacayos que llevaban bandejas de plata con comida al salón.

La sopa blanca olía deliciosa y me di cuenta que no había comido desde esa mañana. ¡Qué

alivio que los modales no tengan por qué impedirme disfrutar mi comida al máximo!

Después de varios minutos de nada más que el sonido de mi poco delicado sorbo de la sopa, aparté mi plato y me recosté en mi silla.

—Usted es un tipo malhumorado, ¿no?

Las miradas de los demás se alzaron.

—¿Es solo porque estoy aquí, o siempre es así, sombrío y poco interesante?

Las miradas en blanco pasaron de mí a otra.

—Perdónanos —dijo Lady Judith, sorprendiéndome—. Me temo que hemos tenido dificultades durante este último año o dos —suspiró y miró su plato—. Apenas puedo recordar cómo se siente ser otra cosa.

Aunque mi conciencia me gritaba, no dudé en lanzar un insulto.

—Supongo que es comprensible, considerando que estaban todos tan cerca de perderlo todo.

Lady Judith ni siquiera parpadeó, ante mi indiferente declaración.

—Si tan solo eso fuera todo...

Su sonrisa era tan triste que me traspasó hasta lo más profundo. Esta es la dificultad con las personas amables: inducen a ser más amable a cambio, y yo no podía permitirme convertirme en víctima de ello.

—Bueno, sea lo que sea lo que hayan sufrido, tal vez sea hora de dejar de regodearse y seguir adelante. No puedo pensar en ningún beneficio, que se obtenga al estar deprimidos y deprimir a los demás con su mal humor.

La mirada de Lady Marie ahora ardía en mi perfil, pero no le di el privilegio de mi atención. Tampoco miré a Graham.

—Hay verdad en lo que usted dice —expresó Lady Judith, aliviando la tensión dentro de mí—. Quizás pronto encontremos la fuerza para salir de la oscuridad.

El silencio volvió a resultar pesado.

—Sí —dije, ahora desesperada por seguir adelante, pero incapaz de liderar el camino.

Cuando trajeron el siguiente plato, la agradable sonrisa de Lady Judith volvió a llamar mi atención.

—Honora, ¿su cocinera en la India prepara comidas tradicionales inglesas o usted está más acostumbrada a la cocina india?

—Crecí con varios platos ingleses —dije. Sin embargo, me resultaba difícil continuar con mi voz ronca. Necesitaba decir algo extravagante para obligarme a volver a actuar—. Creo que el cordero al curry está entre mis favoritos.

Lady Judith miró hacia su hermano, antes de volver a mirarme.

—No creo que esté familiarizada con ese plato. —Yo tampoco, en realidad. Mi padre siempre había insistido en que la comida que nos servían debía ser estrictamente inglesa, en la medida de lo posible. Pero en ocasiones había logrado experimentar los sabrosos platos y las ricas especias de la India. Nunca me había decepcionado la experiencia.

—Eso es porque no es inglés —dijo Lady Marie en voz baja—. Aquí no tenemos platos de curry.

—De todos modos, suena como un plato muy interesante —dijo Lord Denhurst, en tono de advertencia, lo que provocó que Lady Marie gruñera de agitación.

Me inspiré en una idea repentina.

—Hablaré con su cocinera sobre cómo prepararlo.

Una vez más, miradas inciertas pasaron entre la familia Whitworth.

—Mejor aún. —Hice una pausa y los ojos curiosos se centraron nuevamente en mí—. Me ocuparé de contratar a un chef indio para que podamos disfrutar de la tentadora cocina de la India a diario. —La idea me hizo sonreír, aunque nadie me la devolvió. ¡Que se preocupen! Sinceramente, les haría un favor a los Whitworth al presentarles algo distinto de la comida aburrida, a la que todos estábamos acostumbrados, incluso a mí.

—Señorita Crauford —dijo Graham con firmeza.

—Honora —corregí.

Él no respondió a mi sugerencia, tal como lo habíamos discutido.

—No estoy seguro que estemos preparados para tal cambio.

—¡Oh, Graham! No es ninguna vergüenza tener el paladar débil de un inglés. Pero nunca se fortalecerá, a menos que se desarrolle.

—Estoy bastante satisfecho con mi paladar actual.

—¿Pero qué dirán nuestros hijos? —Me aclaré la voz, preparándome para el intento con la voz de una niña—. *Mamá, papá no quiere comer cordero al curry. ¿Por qué no debería hacerlo?* —Aunque mi esfuerzo por lograr un tono, aún más alto, solo tuvo un éxito moderado, centré mi mirada en él—. Debe ver que esto no servirá.

Graham ladeó la cabeza y la sacudió, y por un breve momento me pregunté si todavía estaba actuando.

—Su argumento se basa en los niños no nacidos, así que no, no creo que valga la pena considerarlo.

Me puse de pie, casi derribando mi silla en el proceso, y lo apunté con una mirada amenazadora.

—Será prudente que reconsidere su posición, Graham. No permitiré que mis hijos sean criados por un padre que no los apoya. —Aplaudí dos veces y esperé a que el vacilante lacayo se acercara a mí.

—Tomaré el resto de mi cena en mi habitación. Me niego a comer con este hombre. —Lancé una mano hacia Graham con un dramático gesto de mi dedo—. Hasta que se disculpe por eludir sus deberes paternos.

Me levanté la falda y salí furiosa de la habitación. Un murmullo de voces me siguió. Mi corazón todavía latía acelerado, mientras me felicitaba por haber logrado una velada de soledad muy necesaria. Quizás no era la mejor táctica para avanzar en mi plan, pero estaba exhausta. Si me hubiera dado cuenta del precio que me costaría representar el rol de una heredera malcriada, tal vez habría optado por otro plan. Pero, tal como estaban las cosas, continuaría adelante, después de una buena noche de descanso. Apresurándome por el pasillo, comencé a subir las escaleras.

—¿Nora?

Exhalé mi decepción, antes de girarme para encontrar a Graham, subiendo las escaleras detrás de mí, con una sonrisa en su rostro.

—¿Has venido a disculparte? —pregunté.

Sus cejas oscuras se hundieron sobre sus ojos.

—¿Te das cuenta que yo también estaba actuando hace un momento?

—Por supuesto. Y un trabajo bien hecho —dije con menos que una seguridad a medias—. Pero quise decir, ¿tu familia cree que has venido a disculparte? Esperaba una excusa para pasar la noche en silencio.

Graham asintió lentamente, sus ojos estaban analizando mis rasgos.

—Debe resultar agotador fingir constantemente.

Asentí y nos quedamos un momento en silencio.

—¿Tu padre siempre es tan complaciente? —Necesitaba alguna clase de comprensión sobre la gran tolerancia que Lord Denhurst tenía hacia mí—. Ciertamente, pensé que después de nuestra discusión anterior, él, como mínimo, me trataría con más indiferencia. Y luego, después de todas mis exigencias y desaires... —Dejé escapar un suspiro lastimero, sin querer compartir mi decepción por el hecho que él no me hubiera despedido ya.

—Desafortunadamente, creo que podrías ser un pirata con una sola pierna que intenta matarme y, siempre y cuando tengas suficiente botín para salvar la propiedad de nuestra familia, él sería implacable en aceptarte.

—Eso suena... esperanzador. —Mis hombros cayeron.

—Lo lamento. —Mientras los ojos de Graham se movían entre los míos, supe que hablaba de la situación de las fallidas finanzas de su familia, lo cual me había traído aquí.

—Si no fueras tú, estoy segura de que otro aristócrata insolvente sería víctima de mis impertinentes intrigas. —Mi comentario pretendía aclarar mi situación, pero me di cuenta demasiado tarde del insulto que había cometido.

—Aristócrata insolvente —repitió Graham, añadiendo una risa poco convincente.

Incliné la cabeza.

—Perdóname. ¡Estuve fuera de lugar!

—No. No creo que fuera así. —Agarró mi mano y se la llevó a los labios—. Ve a descansar y te veré mañana, querida Nora.

Cuando me dio un ligero beso en los nudillos, mi garganta se contrajo. Incapaz de hablar, incliné la barbilla y di la vuelta para subir el resto de las escaleras. El lugar donde había colocado su beso todavía estaba caliente, y me saqué el guante de la mano para frotar la sensación. Definitivamente, sería necesario tener una conversación sobre los límites con Graham. No necesitaba más complicaciones, en mi intento de regresar a casa.

Capítulo siete

GRAHAM

—¿La señorita Crauford no viene a reunirse con nosotros? —Mi padre no levantó la vista de su plato, mientras yo me sentaba frente a él en la mesa.

—No, ella no...

—¿Y te disculpaste?

Esperé para responder hasta que él levantó su mirada curiosa hacia la mía.

—Hice exactamente lo que me indicaste. Como siempre lo hago.

Él asintió, partió un hueso de pollo entre sus dedos y succionó la médula.

El tenedor de Marie chocó con fuerza contra su plato.

—Ella no merecía una disculpa. Su comportamiento fue absolutamente inaceptable, aunque soy la única lo suficientemente lúcida para decirlo.

—Ya es suficiente de tu parte, Marie —dijo nuestro padre—. La cena ha terminado.

Marie se quedó boquiabierta.

—No hemos terminado esto, y mucho menos...

—¡Fuera contigo!

Marie me lanzó una mirada suplicante, pero yo sacudí sutilmente la cabeza.

Se puso de pie de un salto, mirándome mientras dejaba caer la servilleta sobre el plato sin terminar.

—No dirás nada, Stanbury.

—Ven, Marie —dijo Judith, levantándose y caminando hacia su lado—. Vayamos al salón, mientras los hombres toman oporto.

—Prefiero retirarme. Ya he tenido suficiente por este día.

Ni mi padre, ni yo respondimos cuando Judith sacaba a Marie del comedor, ni hablamos, mientras el lacayo llenaba nuestros vasos. Cuando él terminó, mi padre la despidió con un gesto de la mano, y rápidamente ella salió del lugar.

Mi padre echó la cabeza hacia atrás y tragó el líquido rojo oscuro hasta vaciar el vaso. Lo dejó frente a él, con los ojos fijos en él.

—He cometido un terrible error, ¿no?

El silencio parecía la respuesta adecuada.

—Ella quiere controlar las finanzas de Grandview. —Su mirada se elevó hacia arriba para encontrarse con la mía, y traté de parecer sorprendido por la revelación.

—¿Con qué fin?

—No importa. No puedo permitirlo. No lo haré —negó mi padre con la cabeza.

Entonces, ¿él debía rechazar a Honora? ¿Romper su palabra y poner fin a nuestro compromiso? Había esperado escuchar esas palabras durante meses, pero en lugar de alivio, una vaga sensación de decepción se apoderó de mí. Honora había prometido enseñarme lo que sabía de finanzas. No podía perder esta oportunidad, no cuando no teníamos otras opciones.

Esperé a que mi padre volviera a llenar su oporto, antes de hablar, sabiendo que si parecía demasiado ansioso, podría sospechar.

—¿Qué pasaría si lo permitieras, quiero decir...?

—¿Permitirle que se entrometa en mis asuntos? ¿Estás loco?

—Ella está decidida a eso, tal vez. —Tomé un trago lento del vino dulce y de sabor fuerte —. Pero no veo el daño en ello. ¿Qué mujer conoces que tenga los más mínimos conocimientos sobre gestión patrimonial y finanzas? —El silencio de papá fue respuesta suficiente para continuar—. Dentro de unos días probablemente se sentirá abrumada por sus intentos inútiles, y voluntariamente te entregará el cuidado de esas cosas para siempre.

Mi padre me miró con demasiado escepticismo.

—¿No estás ansioso por deshacerte de ella?

Ahora fui yo, quien fijó mi mirada en mi vaso, desesperado por no traicionarme. Agité el líquido oscuro restante en círculos con una pequeña rotación de mi muñeca.

—Creo que he dejado claro lo ansioso que estoy que pongas fin al compromiso, pero consideraré lo que dijiste antes y, muy a regañadientes, creo que tienes razón. Mi obligación no es conmigo mismo sino con esta familia... y con nuestro patrimonio. A menos que encontremos otra opción más adecuada, no nos quedará más remedio que cumplir con la señorita Crauford y sus absurdas exigencias.

Miré a mi padre y vi que su cabeza se movía lentamente, en señal de acuerdo. Vació el resto de su oporto y dejó pesadamente su vaso sobre la mesa.

—Le enviaré un mensaje para que pueda acompañarme mañana en el estudio.

La decepción me invadió, ante su declaración. Por supuesto, a mi padre le gustaría quedarse con Honora, mientras ella revisaba los libros de contabilidad. Nunca antes me había permitido echarles más que un vistazo, así que: ¿por qué había asumido que tendría la oportunidad ahora? ¿Qué tonto había sido al pensar que dejaría su puesto protegido el tiempo suficiente para que Honora me contara lo que sabía! Quizás mi padre tenía razón al impedirme realizar esa tarea.

—¿Qué pasa, Stanbury?

La pregunta de mi padre me sacó de mi dilema y traté de ocultar la frustración, que aparentemente había visto apoderarse de mí.

—Nada... Tiene sentido que estés allí para ayudar a la señorita Crauford con cualquier pregunta, que pueda tener sobre la propiedad. —Las palabras pretendían convencerme más a mí que a él, pero mi padre se puso rígido en su silla.

—Pensándolo bien, tal vez sería mejor, si la dejara encargarse sola de la tarea, dejarle que se dé cuenta de lo lejos que está de su alcance. Además, no tengo ningún deseo que me inunden con un sinfín de preguntas por parte de una niña mimada, que no podría entender el intrincado sistema de contabilidad de Grandview. Y no tendrá acceso a los gabinetes, ya que los dejaré cerrados con llave —asintió definitivamente, como si estuviera de acuerdo con su propia conclusión—. Sí. Estaré ausente durante la próxima semana hasta que ella se dé cuenta de su locura y renuncie a sus inútiles aspiraciones. Y le diré a Vincent que haga lo mismo. No queremos que él la ayude demasiado, dándole una falsa sensación de logro.

Me animó al escuchar que no solo le permitiría acceder a los libros de contabilidad, sino que también no designaría a su agente residente para que nos supervisara.

—¿Crees que sería prudente dejarla sola? Quizás debería estar allí para vigilarla y asegurarme que no profundice demasiado en lo que no debería.

Para mi gran sorpresa, mi padre pareció satisfecho con mi sugerencia.

—Sí. ¡Eso funcionará! —Hizo una pausa y tamborileó con los dedos sobre la mesa que tenía delante—. Y si hay algo que valga la pena informar, no dudes en comunicármelo.

—Por supuesto. —Reprimí una sonrisa victoriosa.

—¿Por qué no le das la noticia también a la señorita Crauford y me ahorras la tarea? No debería querer que se preocupe por los detalles de nuestro acuerdo.

¿Podría su concesión ser más ideal?

—Sí, padre.

La mirada de mi padre se volvió contemplativa por un momento, luego se puso de pie.

—Eres un buen hombre, Stanbury.

Antes que pudiera responder, él salió del salón. En el silencio, mi culpa se instaló pesadamente dentro de mí. Podía justificar mi engaño ante mi padre, Judith y Marie, porque realmente tenía en mente lo mejor para nuestra familia, pero la traición que acababa de hacerle a Honora era deplorable. ¿Cómo le explicaría que habría sido liberada, si no fuera por mi intervención? ¡No podía! Quizás ella entendería mis razonamientos con el tiempo, pero no estaba seguro de cuánto tiempo teníamos y la necesitaba a ella.

Capítulo ocho

HONORA

Mis ojos se abrieron, cuando el segundo golpe resonó en mi habitación. Tiré la colcha a un lado y corrí hacia la puerta.

—¿Quién está ahí? —pregunté, olvidándome de alterar mi voz hasta el final.

—La señora Platt.

Abrí la puerta y encontré el hermoso y redondo rostro del ama de llaves, que me miraba fijamente. Forcé mis labios y fruncí el ceño.

—¿Qué es tan importante, como para interrumpir mi sueño?

—Perdóneme, señorita Crauford. Quería hablar con usted anoche, pero oí que se retiró temprano. —Sus palabras llegaron rápidamente y tuve que concentrarme en mi estado medio dormido para captarlas todas—. Me pidió que me ocupara de una doncella. No he anunciado el puesto porque todavía no he tenido la oportunidad, pero tengo una candidata, a la que le gustaría ser entrevistada para el puesto.

La evalué por un momento, observando la forma en que sus manos estaban tan apretadas, ante ella, que sus nudillos habían comenzado a blanquear. Ese nudo tan familiar regresó a la boca de mi estómago. Si tan solo Lord Denhurst me liberara de este acuerdo, podría dejar de torturar a almas pobres e inocentes.

—Siga.

—No tiene referencias adecuadas, ya que aún no trabajado como criada. Pero es una mujer joven con mucho potencial.

—¿Sin referencias? ¿Cómo la conoce usted?

Con las mejillas sonrojadas, la señora Platt respiró hondo y lo soltó.

—Ella es mi sobrina, señorita Crauford. Siempre ha sido su deseo convertirse en doncella, pero hasta ahora la han necesitado en casa. Sé que no está tan capacitada, pero me preguntaba, si se le podría dar un período de prueba hasta que podamos programar las entrevistas adecuadas, conseguirle un poco de experiencia... ¿tal vez una recomendación? —Sus ojos me suplicaban que aceptara, pero sabía que sería contraproducente hacerle un favor—. Como la mayor de seis niñas, es excepcionalmente capaz con el cabello, si eso influye en su decisión.

Debió haber oído hablar de mi experiencia con la doncella de Lady Judith, y pensó en apelar a mi desesperación. Analicé a la señora Platt nuevamente, sin saber qué hacer. Por un lado, deseaba redimirme de alguna manera por el trato tan cruel que había dado al ama de llaves, pero, por otro, no podía permitir que ella lo supiera ni que me considerara amable por hacerlo.

—Muy bien. Entrevistaré a su sobrina, pero usted debe entender que tengo los más altos estándares. Si no cumple con mis expectativas ni siquiera permitiré un período de prueba.

—Por supuesto. —La cabeza de la señora Platt se movió en rápida sucesión.

—¿Cuándo estará ella aquí?

La señora Platt se movió y empezó a entrelazar las manos.

—Ella está abajo ahora. Puedo enviarla tan pronto como lo desee.

¿Había planeado que yo dijera que sí, entonces? Tal vez no lo estaba haciendo tan bien como pensaba al provocar que los sirvientes no me agradaran.

—Bueno, considerando que ya me ha despertado, no tiene sentido posponer la entrevista. —

Di una palmada y la señora Platt se escabulló sin decir palabra.



El suave golpe en la puerta, un cuarto de hora más tarde, me informó que la señora Platt había enviado a la pobrecita a enfrentarse sola a mí. Esto fue un pequeño éxito para ella, supuse. Me dirigí a la puerta y la abrí para encontrar a una joven de mi misma edad, mirando al suelo.

Cambié mi voz.

—¿Está usted aquí por el puesto de doncella?

—Sí. —Ella hizo una reverencia superficial.

No podía estar segura si era la dulzura de su voz, o la forma en que mantenía los ojos bajos lo que removía mi conciencia. Descartando mi plan original de aplaudirle dos veces, le hice un gesto para que entrara.

—¿Por qué no entra, entonces?

Sin levantar la mirada, me siguió hasta la sala de estar frente a la chimenea, y se sentó en la silla hacia donde la dirigí.

—¿Cómo se llama usted? —pregunté, moviéndome hacia el diván cercano.

—Alicia Stuart, señorita.

—¿Y desea ser doncella, Alicia?

—Mucho —dijo, finalmente mirándome. Sus ojos solo sostuvieron los míos, un momento, antes de pasar a mi largo y despeinado cabello. Su boca se aflojó y sus ojos se abrieron.

—¿Qué es? —le pregunté, cuando su expresión permaneció sin cambios durante demasiado tiempo.

—Perdóneme —dijo, con la cara sonrojada—. No me di cuenta...

—¿Qué mi cabello es de color rojo?

—No.... Me habían dicho eso, pero nadie mencionó lo hermoso que es. Es el tono de rojo más intenso que he visto en mi vida, y los rizos...

La observé, intentando juzgar, si ella también era capaz de una farsa, hasta que se levantó y caminó hacia mí, como si no tuviera otra opción en el asunto.

—¿Puedo manejarlo?

Yo no estaba acostumbrada a estar desconcertada y levanté un poco los hombros.

—Supongo que... considerando la naturaleza del puesto que está solicitando.

Alicia agarró suavemente una parte de mi cabello, levantándolo para examinarlo, antes de permitir que los mechones cayeran entre sus dedos.

—Realmente, nunca había visto un cabello así. ¡Oh! Las cosas que podría hacer —susurró para sí misma—. ¡Exquisito!

—Entonces, ¿usted es capaz de peinarme?

Su mirada volvió lentamente a la mía, como si hubiera olvidado que había una persona pegada al cabello que admiraba.

—Tengo cinco hermanas menores con las que he practicado durante años.

—La práctica no siempre hace a una persona capaz —dije, recordando los meses que pasé a bordo del barco, intentando lograr algo más elaborado que un nudo torpemente envuelto en la nuca.

La determinación iluminó los ojos de Alicia.

—¿Quizás podría permitirme mostrárselo?

Me levanté y caminé hacia mi tocador. Tomando asiento, dejé mi cepillo, peine y alfileres encima de la superficie, antes de llamarla hacia mí.

Saltó a mi lado tan rápido que casi me reí al verla. Mirando hacia lo que tenía para trabajar, agarró el peine. Moviendo suavemente todo mi cabello hacia mi espalda, comenzó a trabajar en el desorden de rizos. Sus manos guiaron el peine suavemente, a través de cualquier enredo, esto era un bienvenido descanso de los tirones de la doncella de Lady Judith, durante la noche anterior.

Mientras Alicia comenzaba a separar, torcer y sujetar mi cabello, analicé su expresión, disfrutando en secreto. Cada vez que colocaba un alfiler, daba un paso atrás, inclinaba la cabeza y sonreía. Es decir, a menos que no le gustara la colocación, en cuyo caso sacudía la cabeza y rápidamente soltaba la pieza, que acababa de arreglar, antes de volver a colocarla.

No le llevó ni la mitad del tiempo que le había tomado a la doncella de Lady Judith terminarlo, y el aspecto final fue hermoso y elegante, nada que ver con el estilo juvenil del que la había imaginado capaz.

Volteé hacia Alicia con una sonrisa de satisfacción.

—La doncella de una señora debe ser discreta. —Examiné sus rasgos, esperando vislumbrar su comprensión—. Y teniendo que informarle a su tía...

—Mi tía espera que yo respete la confidencialidad de mi empleadora —dijo, sin quitarme los ojos de encima.

Asentí con aprobación.

—¿Y qué pasa con los otros sirvientes? Seguramente, sentirán curiosidad por saber más sobre la extraña heredera extranjera.

Esta vez Alicia levantó la barbilla.

—No soy el tipo de persona que dice lo que no se debe, señorita.

Aunque habló en voz baja, la convicción detrás de su declaración me dejó pocas dudas que decía la verdad.

—Me alegra oír eso. Porque estoy tan satisfecha con su trabajo —dije, señalando mi cabello—. Como con tu carácter. Por lo tanto, me gustaría ofrecerle el puesto de doncella.

Se llevó la mano a la boca y sus ojos se iluminaron.

—No la decepcionaré, señorita Crauford.

—No creo que lo haga —dije, antes de pudiera pensarlo mejor. Se suponía que debía tratar a Alicia, como lo hacía con los demás sirvientes, pero además de usar mi voz modificada, no

estaba siendo en lo más mínimo consistente en mi comportamiento. Pero cuando vi su rostro amable, me pregunté cómo podía tratarla con tan poco cuidado, especialmente con la frecuencia con la que interactuábamos. Ya estaba lo suficientemente desgastada, como para comportarme con tanta dureza, tal como lo hacía con todos los demás. Simplemente, no podía seguir la farsa con ella. Y mi intuición me dijo que ella era alguien en quien podría confiar.

Respiré hondo, asegurándome de estar segura de mi conclusión.

—Antes que acepte oficialmente, me siento obligada a compartir algo con usted, ya que necesito que su decisión sea informada. Aunque espero que, decida lo que decida, sea fiel a lo que ha dicho, y se abstenga de repetir lo que estoy a punto de compartir.

Ella apretó los labios y asintió, luciendo casi tan ansiosa por escuchar lo que estaba a punto de serle revelado.

—Como heredera de una gran fortuna, me enviaron aquí para casarme con Lord Stanbury, un acuerdo en el que no tuve voz y que no deseo. Resulta que descubrí que Lord Stanbury siente lo mismo. Los dos hemos llegado a una especie de acuerdo: lo ayudaré con algo que desea —dije, sin sentir que fuera importante hablar de su petición, que le ayudara a enseñarle a manejar las cuentas—. A cambio de su silencio y su bendición, cuando llegue el momento de partir. Como usted sabe, vengo de la India. India es mi hogar, el único hogar que he conocido. Y anheló regresar por cualquier medio necesario.

Alicia me miró fijamente, pero el ceño fruncido me hizo preguntarme, si ella estaba entendiendo mi intento divagador.

Dejé caer mi falso timbre.

—Todo lo que probablemente le hayan contado sobre mí, el trato severo hacia los demás, el comportamiento imprudente, mis maneras extrañas, todo es una fachada. —Levanté la mirada, intentando mantener la calma a pesar de sus ojos cada vez más grandes—. No solo necesito a una criada, sino alguien con quien pueda ser yo misma: una confidente y... una amiga. Una amiga asalariada, por supuesto —dije con una pequeña sonrisa—. Y como no puedo garantizar cuánto tiempo estaré aquí, estoy dispuesta a ofrecerle el salario de un año completo, cuando me vaya, así como mi recomendación.

Hice una pausa, dándole un momento para pensar en lo que acababa de decirle.

—Entonces, ¿su deseo es hacer que Lord Denhurst retire su oferta?

—Sí.

Sus labios se alzaron en las comisuras.

—Parece una causa muy noble y estaré encantada de aceptar el puesto de doncella.

Una reconfortante calidez me envolvió, ante su aceptación, e instintivamente supe que era la mejor noticia, que me habían dado, desde antes de dejar la India.

—¿Y prefiere que la llame por su apellido, como suele hacerse con la doncella de una dama?

—Lo que usted prefiera, señorita. Aunque, si también queremos ser amigas, Alicia me satisface.

—Alicia está bien. —Sonreí.

Alicia me ayudó a vestirme y la animé a hacer las preguntas que quisiera, mientras cumplía con sus funciones. No me tomó mucho tiempo darme cuenta que ella no era en absoluto la dama tímida, que había pensado al principio, y me deleité con ese hecho. El Cielo sabía que yo necesitaba desesperadamente conversación y compañía, y nuestros orígenes no eran muy diferentes: su padre también era comerciante, a pesar de su falta de riqueza. Además, el valor de Alicia para mí solo aumentaría junto con su conocimiento de la situación. Así que hablamos de

la India, de papá, de mi viaje y de la recepción, que había recibido hasta el momento en Grandview. Cuanto más hablábamos, más segura estaba que ella era una gran ventaja para mí.

—¿Y qué pasa con su vestimenta en la India? —preguntó, revisando mi guardarropa.

—Papá es muy tradicional —suspiré y caminé hacia su lado—. Rara vez me permite alejarme de la moda londinense, y cuando lo hace, solo es con algún vestido ocasional de colores más vibrantes.

La mano de Alicia rozó un bordado de flores doradas sobre un vestido de seda blanco.

—Creo que varios tienen una influencia oriental muy deseable.

—Si le gusta —dije con una sonrisa juguetona—. Espera hasta que vea lo que Inayat me dio, antes de irme de casa.

Llegué al fondo del armario, donde había colocado la pequeña caja de madera.

—¿Inayat es la criada que mencionó?

—Mi *ayah* —dije, mientras abría la caja y comenzaba a esparcir el contenido sobre el tocador—. Supongo que ella sería el equivalente a una niñera inglesa, cuando yo era pequeña, aunque la mantuvimos, cuando me hice demasiado mayor para que se necesitara ese puesto. —Toqué una de las piezas enjoyadas y dulces recuerdos de ella fluyeron a través de mi mano, directamente a mi corazón—. Ella es como una especie de abuela.

—Usted debe extrañarla. —Había discernimiento en los ojos de Alicia.

—En cada momento. —Parpadeé para contener las lágrimas que estaban demasiado ansiosas por fluir, ahora que había compartido gran parte de mi corazón, durante la última hora.

Los ojos de Alicia se dirigieron a las joyas, y comenzó a recoger las piezas, una a la vez, para examinarlas.

—Son todas muy hermosas.

—Se trata de joyas nupciales tradicionales de la India. Por lo general, una madre se las da a su hija, antes de su boda, pero Inayat no tuvo hijos porque su marido murió poco después de casarse. Antes de irme, me las trajo, y me dijo que me parecía bien, que las tuviera para usarlas. Siempre me dijo que me amaba tanto que yo era parte suya.

—Eso es muy reflexivo. —Alicia volvió a mirar las joyas—. ¿Qué es esto? —Señaló el *maang tikka*.

—Este colgante debe usarse en el centro de la frente. —Lo agarré y se lo puse en la cabeza para demostrarlo—. Hay un gancho en este lado, que se sujeta al cabello en la parte posterior, para mantenerlo en su lugar. Y estas cadenas se colocan así... —Las puse en su lugar, a lo largo de la línea del cabello y alrededor de la cabeza como una corona.

Se acercó a su reflejo para admirar el colgante de oro con cristales de color esmeralda y las intrincadas cadenas de oro.

—¡Qué exótico! Parece la corona de una princesa extranjera.

Levanté el grueso collar a juego y lo coloqué alrededor de su cuello. Su hermoso rostro se iluminó de emoción y sus ojos oscuros revolotearon de un lado a otro, en su reflejo.

—¿Y esto qué es? —preguntó, señalando una cadena dorada con un gran anillo adornado.

—Esto es un *nath*. —Agarré el lazo y lo levanté—. Las mujeres casadas llevan el lado anillado en la fosa nasal izquierda, como símbolo del matrimonio.

Su frente se arrugó.

—¿Cómo consiguen que se quede?

—Perforando la nariz —dije, señalando el cierre del anillo que lo mantendría en su lugar.

Instintivamente, ella se llevó la mano a la cara y empezó a frotarse la nariz.

—¿No dolería eso terriblemente?

Me reí.

—No estoy segura. No me han perforado nada.

Un golpe en la puerta me robó la sonrisa de los labios. Alicia sacó con cuidado el *maang tikka* y lo volvió a colocar sobre el escritorio, mientras yo la ayudaba a quitarse el collar. Se puso de pie y caminó tranquilamente hacia la puerta, como si hubiera estado entrenando para este momento toda su vida.

Cuando abrió la puerta, el timbre grave de un hombre recorrió la habitación. Me esforcé por escuchar lo que decían, pero Alicia cerró la puerta.

—Lord Stanbury desea reunirse con usted en el salón tan pronto como esté disponible.

—¿Era él?

—No, envió el mensaje con un sirviente.

Me miré al espejo por última vez para asegurarme que me veía aceptable.

—¿Discutirá su próximo curso de acción? —preguntó Alicia, mirándome.

—Supongo que sí.

Ella inhaló, como si fuera a hablar, antes de cerrar los labios.

—¿Qué sucede, Alicia?

—Estaba pensando que debería sugerir que se celebre una cena en su honor. ¿Quizás invitar a todos los amigos y conocidos más cercanos de los Whitworth? —Esperé, sabiendo que ella aún no había terminado—. Parece que podría lograr su objetivo, más a fondo, si Lord Denhurst se da cuenta de las repercusiones sociales de su compromiso con su hijo. Una cosa es que los Whitworth toleren su terrible comportamiento en privado, otra muy distinta es mostrar esa conducta, ante personas de las que desean buenas opiniones.

A pesar de mi renuencia a interactuar con más personas, sabía que ella tenía razón. Extendí la mano y brevemente la puse sobre la de ella.

—Estoy muy contenta que usted haya elegido quedarse conmigo.

Capítulo nueve

GRAHAM

Me quedé mirando el fuego, todavía sin estar seguro de poder ocultarle la verdad a Honora. Ella merecía algo mejor, pero cada vez que imaginaba la conversación que podríamos tener (yo, admitiendo que había saboteado la oportunidad que ella regresara a casa), nunca me iba bien. Y no pensé que mi imaginación estuviera demasiado alejada de la realidad. ¡No! Por supuesto, era mejor mantener mi rumbo y evitar su ira por ahora. Ella encontraría una manera de terminar nuestro compromiso sin importar mi intromisión. No tenía ninguna duda. Además, la resolución de mi padre, de repente, no parecía tan inquebrantable, como lo había sido, ahora que Honora estaba allí, ofreciendo una muestra interminable de cómo sería la vida, si cumplía su palabra.

El sonido de pasos acercándose al salón atrajo mi atención, justo cuando Honora cruzaba el umbral. Al contemplar su elegante apariencia, quedé asombrado. Su cabello estaba centrado en su cabeza, en un estilo favorecedor, y llevaba un hermoso vestido blanco con flores doradas bordadas en el corpiño, a ambos lados y en la parte inferior. No fue una tarea fácil apartar mis ojos de su figura.

—Estoy impresionado —dije más casualmente de lo que había creído posible.

Ella se reunió conmigo cerca de la chimenea.

—No es tan temprano. Llevo un tiempo vestida y simplemente estaba hablando con mi nueva doncella. —Su voz no fue alterada, pero habló casi en un susurro para no ser escuchada a través de la puerta abierta.

—No estaba hablando de tu llegada oportuna —dije, bajando mi voz para igualar su volumen—. Aunque debo admitir que llegaste, antes de lo que habría predicho.

—¿De qué estabas hablando, entonces? —Había indiferencia en su tono, pero su mirada sostuvo la mía con un toque de interés.

—Tu apariencia.

Ella me envió una mirada de desconfianza.

Bajé la barbilla, negándome a permitirme una segunda mirada.

—Soy sincero. Hoy pareces una dama adecuada.

Ella juntó las manos delante de ella.

—¡Qué amable de tu parte! —dijo secamente—. Siempre me encanta que me halaguen, cuando se trata de una comparación despectiva contigo.

Me reí, seguro que nunca había conocido a una dama igual a Honora en ingenio y entrega.

—¿Y qué es lo que deseas discutir, Lord Stanbury? Aparte de mi apariencia sorprendentemente adecuada.

A pesar del humor, en sus palabras, solo pude esbozar una débil sonrisa, muy consciente de la mentira que estaba a punto de decirle. No, no era una mentira descarada, simplemente, no estaba compartiendo toda la verdad.

—Hablé con mi padre anoche.

Nora cogió el libro de Judith de la mesa cercana, observó la portada y lo devolvió a su lugar.

—¿Y?

—Aunque tienes razón en lo agitado que está él por tu recomendación de tomar el control

de las finanzas...

—Fue un ultimátum, no una recomendación.

Tragué, intentando sofocar mi culpa.

—Precisamente. Pero como actualmente no hay otra opción para restaurar nuestra riqueza, mi padre aceptó permitirte acceso total a las cuentas.

Todo el semblante de Honora decayó y volví a mirar al fuego, incapaz de presenciar el dolor que le había causado.

—Bueno —dijo finalmente con tono cortante—. No hay nada que hacer más que continuar con nuestro plan. Prometí ayudarte hasta que tu padre se retracte de su oferta, y tengo la intención de cumplir esa promesa.

Sus palabras fueron como una daga perfectamente colocada, apuñalándome con tal fuerza que casi expulsó la verdad de mí.

Extendió la mano y me tocó el brazo.

—No parezcas tan angustiado, Lord Stanbury. ¡Estarás libre de mí! Estoy decidida.

—Eso no es... —negué con la cabeza.

—No necesitas asegurarme lo que es evidente en tu rostro. —Ella soltó una risa tensa—. Ninguno de nosotros quiere esta unión y no debemos avergonzarnos de decirlo, al menos no cuando estamos solos.

A pesar del inesperado dolor de su declaración, asentí.

—Acordado.

Se frotó las manos, como anticipando algo.

—Entonces, ¿cuándo empezamos con las cuentas?

—Le dije a mi padre que lo haríamos mañana, y él organizará el estudio. —Exhalé, liberando una pequeña parte de la tensión que había estado reteniendo.

Sus cejas se alzaron.

—¡Brillante! Debería ser tiempo suficiente para deshacerse de cualquier cosa que desea que no veamos. —Ella sonrió juguetonamente y sus bromas me tranquilizaron aún más—. ¿Te veo en el estudio, digamos a las dos?

Ella ya se estaba alejando de mí, incluso antes que yo hubiera aceptado.

—¿Mencionaste que tienes una nueva sirvienta? —pregunté, esperando entretenerla unos minutos más. A pesar de la prisa que ella siempre parecía tener por terminar nuestras conversaciones, descubrí que disfrutaba de mi compañía. Al menos en comparación con el confinamiento solitario al que estaba acostumbrado estos últimos dieciocho meses desde la muerte de mi madre: sin nadie con quien hablar, excepto con una Judith enamorada, una Marie irritable y un padre emocionalmente distante.

Nora hizo una pausa y luego dio la vuelta lentamente hacia mí.

—Eso es correcto.

—¿Cómo conseguiste ocupar el puesto tan rápido?

—Si quieres saberlo, la muchacha es la sobrina de la señora Platt.

—¿Haciendo un buen acto por la querida señora Platt? —Me froté la barbilla—. ¿Ya te estás ablandando?

Su postura se enderezó.

—Había una necesidad y ella la suplió. Además, creo que Alicia será una ventaja para nuestro plan.

—¿Le dijiste a la criada? —Me acerqué a ella.

—Necesitaba a alguien a quien pudiera contarle. Es arduo no tener a nadie en quien confiar.

Nadie con quien hablar. —Ella levantó una mano.

—¿Entonces, eso me haría...?

Ella resopló.

—Simplemente quise decir... —Sus palabras se apagaron y se movió en el silencio que siguió.

—¿Qué quisiste decir?

—Eres un caballero, señor. No es apropiado que dependa de ti para tales propósitos.

—¿No lo es? Me parece que la naturaleza misma de nuestra relación nos obliga a tener intimidad. —Casi me reí a carcajadas, ante su mirada de desaprobación—. Además, en realidad estamos comprometidos y, por lo tanto, tenemos más privilegios que las parejas que simplemente se cortejan.

La totalidad de su rostro se coloreó de una manera encantadora, haciendo imposible que me arrepintiera de haberla molestado de esa manera. Sus hombros se alzaron y dejó escapar un pequeño suspiro.

—Somos cómplices, ¡más nada!

Incliné la cabeza hacia un lado, intrigado por saber por qué ella siempre parecía poner un muro entre nosotros.

—¿Podríamos al menos aceptar que somos camaradas, compañeros que trabajan por una causa noble y común?

Ella lo analizó con demasiada consideración para una petición tan trivial.

—Muy bien. Camaradas.

—Esto no fue demasiado difícil. —Tomé su mano como muestra de nuestro acuerdo, pero en el momento en que nuestras pieles rozaron, cedí al deseo abrumador de darle un beso en los nudillos.

Su mano se tensó en la mía, y justo cuando comencé a bajarla, ella la liberó de mi agarre.

No pude evitar mi sonrisa.

—¿Por qué te opones a mis gestos caballerosos?

—¿Quizás debería preguntarte por qué los desperdicias conmigo? —Su mirada se movió hacia mi sonrisa—. ¿O por qué pareces divertido por esta situación en la que nos encontramos?

—Seguramente, tú más que nadie puedes entenderlo.

Ella me inmovilizó con una mirada interrogante.

—¿No has temido la sola idea de mí durante meses, imaginándome como un libertino pródigo o un borracho enfermizo?

Ella desvió la mirada.

—Tal vez.

—Admitiré sin vergüenza, solo ante ti, por supuesto, haber pasado demasiado tiempo, creando una imagen de la horrible heredera extranjera que vendría, y tomaría el control tanto de mis finanzas como de mi vida.

—¿Mis finanzas? —dijo ella con un toque de diversión, volviendo su mirada hacia mí.

—Sí. Bueno, piensa en mi gran alivio, cuando descubrí que eres una dama ingeniosa e inteligente, que parece tener poco interés en mi título.

Una encantadora sonrisa apareció en sus labios.

—No hay interés...

Me reí.

—A pesar de todo, mi futuro parece más brillante, ahora que estás aquí.

—¿Tu futuro? —La sonrisa de Honora desapareció—. ¿Estás tan convencido que no lograré

mi propósito?

—De ninguna manera —dije, esperando explicar lo que a mí mismo me estaba costando entender—. Pero, en la improbable situación que nos veamos obligados a casarnos, creo que nos llevaríamos bastante bien. —Tal vez debería haberme arrepentido de mis palabras al ver la expresión de alarma, que se instaló en los rasgos de Honora, pero a pesar de todo el pensamiento racional, todavía no pude convencer a mi diversión que desapareciera.

—¿Bastante bien? —Ella dio un paso más y me pregunté, si pretendía intimidarme con su proximidad, o si sentía la misma atracción innegable que yo—. Bueno, puede que tú estés contento con una pareja tolerable, pero yo no.

—¡Ah! —asentí, cerrando el espacio entre nosotros hasta que su cuello se estiró para encontrarse con mi mirada—. Debería haberme dado cuenta que eres romántica.

Sus labios se abrieron, como si mis palabras fueran una gran afrenta.

—Es mejor una romántica contenta que una pragmática insatisfecha.

—¿Cómo...? —Las palabras de mi refutación se perdieron, mientras miraba de un lado a otro entre sus ojos. ¿Fue un truco de las sombras en la habitación, o sus ojos eran de dos colores diferentes?—. Nora, tus ojos... no son los mismos.

Aparentemente sorprendida por mi repentino cambio de tema, su boca se abrió pero al principio no salió ninguna palabra.

—¡Qué observador eres, Lord Stanbury! —murmuró finalmente.

No podía dejar de mirar entre ellos.

—Es una diferencia tan sutil que es difícil notarla a menos que estés muy cerca. ¿Podría verlos a la luz?

Ella soltó un pequeño resoplido, pero me siguió, mientras la rodeaba hasta que estuvo de cara a las ventanas. A la luz, la diferencia de color no solo era más pronunciada, sino que los dos colores distintos eran exquisitos.

—Nunca había visto nada parecido: uno verde y otro marrón.

Una vez más tenía las manos entrelazadas delante de ella, pero esta vez sus pulgares giraban con evidente inquietud.

—Sí, bueno, mi *ayah* siempre dice que mi alma no puede decidir si pertenece a Inglaterra o a la India.

Lentamente, levanté mi mano y la posé en su nuca. Sorprendentemente, ella no me rechazó y la acerqué aún más para examinar la diferencia.

—¿Y a dónde crees que pertenece? ¿Tu alma?

—La India —susurró sin dudarlo, aunque los latidos acelerados de su corazón, debajo del lugar donde se había posado mi pulgar, enviaron una extraña esperanza a través de mí.

—Supongo que tendremos que ver.

El sonido de un fuerte jadeo hizo que nuestras miradas volaran hacia la expresión de asombro de Marie, mirándonos desde la entrada del salón.

Honora se liberó de mi mano.

—Marie. —Su voz chirrió a través del salón, aparentemente su tono estridente era un intento de compensar nuestra locura—. Estaba informándole a Graham de mi intención de celebrar una cena en Grandview, en honor a mi llegada.

¿Una cena? ¿Cómo se le ocurrieron a Nora cosas absurdas tan rápidamente?

Marie cruzó la puerta y sus ojos pasaron de Honora a mí y viceversa.

—Perdóneme por dudar de usted. —Había tanto veneno en su voz que era obvio lo que sospechaba.

Di un paso adelante, poniéndome a la altura de Honora.

—Marie, no hay...

Honora me dio un codazo en el costado para silenciar mi reprimenda y soltó una risa forzada.

—¡Oh! Graham, ¿oyó eso? Creo que tu hermana sospecha que estamos organizando un tête-à-tête. —Ella me golpeó el brazo—. Si tan solo esa fuera la verdad.

La sospecha que Marie mostraba en su expresión no disminuyó y su mirada volvió a mí expectante.

—Me temo que nos sorprendiste a la señorita Crauford y a mí, en medio de un enfrentamiento silencioso. Mi opinión es que tal cena es innecesaria en este momento de nuestro compromiso. —Les di la espalda a ambas damas para retomar mi lugar habitual cerca de la chimenea.

—Pero, ¿cómo llegarán a conocerme sus vecinos y amigos? —El sonido disonante del tono desagradable de Honora, combinado con su gemido exagerado, envió mi mano a mi oído sin que tuviera siquiera que decidir una respuesta adecuada.

Le di la espalda.

—Ellos llegarán a conocerte, cuando sea necesario.

—¿Como si fuera algo que esconder? Yo nunca...

—Stanbury tiene razón —interrumpió Marie, aparentemente apaciguada por la discordia que estaba presenciando—. Sería apropiado esperar para presentarte a los de nuestro círculo hasta... —La voz de Marie se apagó y me miró implorante.

—Hasta que regresen al pueblo. Muchos todavía están en Londres para la temporada —confirmé.

—Sí, por supuesto —dijo Marie, un poco demasiado ansiosa, cuando le ofrecí el recordatorio—. Y me temo que pasará algún tiempo, antes que regresen. Probablemente, dos meses o más.

Honora nos miró con los labios apretados.

—Seguramente, no todos sus conocidos están en Londres para esta temporada.

—Como... —Marie se movió de manera culpable.

—Bueno, no todos, ¿cierto? Me pondré a preparar esta cena, aunque deba ser la anfitriona, en mi propio honor. Y les aseguro que será un gran asunto, porque no hago las cosas, en pequeños incrementos —asintió Honora bruscamente, como si estuviera decidiendo otra cosa—. Será de temática india, naturalmente, y podremos servir la excelente cocina de la que hablé anoche en la cena: un arreglo de arroz y curry.

Miró alrededor del salón y se llevó un dedo a la boca, en señal de consideración.

—La habitación debe estar cubierta con telas de colores brillantes y, si puedo encontrar artículos adecuados, colocaré estatuas y tapices en todas las áreas donde estaremos entretenidos. No se reparará en gastos. La pompa siempre tiene un costo, y mi padre me animó a causar una gran primera impresión. —Marie se estremeció ante el chillido que soltó Honora—. Convertiremos Grandview en un palacio indio para pasar la noche. —Ella inclinó la cabeza y su mirada se volvió distante, antes de fijarse en Marie—. O tal vez, indefinidamente...

Los ojos aterrorizados de Marie se posaron en mí con una intensidad tan desgarradora que no pude convencer a mi culpa que desapareciera, ni siquiera asegurándome que era por su propio bien, que permitía que la trataran de esa manera. Negué levemente con la cabeza, esperando darle a Marie algún tipo de esperanza que no lo permitiría, pero ella apenas parecía convencida por el gesto.

Aunque ella dio un paso adelante y levantó la barbilla.

—¿Seguramente, usted discutirá esos planes con nuestro padre primero? —La exigencia de Marie solo se disfrazó vagamente de pregunta.

—La verdad es que no veo la necesidad. —Honora avanzó hacia Marie y se detuvo, cuando ella pasó a su lado—. ¿Pero preferiría que lo hiciera?

Marie asintió, pero no habló.

—Muy bien. Lo haré en consideración hacia usted.

La mirada insegura de Marie se dirigió hacia mí.

—Creo que su padre estará muy feliz de saber que usted es quien deseaba hablar sobre esa cena. ¡Qué bien nos llevamos! Ya somos como hermanas. —Con un breve asentimiento hacia ambos, Honora salió del salón, dejándome con una Marie sin palabras.

Tenía las manos apretadas a los costados y me miró fijamente.

—¿Cómo pudiste simplemente quedarte ahí? ¿No te das cuenta que seremos el hazmerreír de la alta sociedad... de cualquiera que se encuentre con esa desgraciada criatura?

Me tragué mi defensa de Honora.

—¿Crees que deseo estas tonterías más que tú?

Sus hombros cayeron y su labio inferior se levantó formando un puchero.

—Perdóname, Stanbury. Sé que esto no es tu culpa.

Me moví hacia donde ella todavía estaba cerca de la puerta.

—Encontraremos una salida a esto. Pero hay que tener paciencia.

Marie dio un largo suspiro, y cuando levanté un brazo hacia ella, se apresuró a abrazarme.

—Si tan solo mamá estuviera aquí. Ella nunca habría permitido que mi padre nos pusiera en una situación tan terrible.

—Puede que mamá no esté aquí en persona, Marie, pero no debemos dudar que todavía trabaja incansablemente por nuestra felicidad. —Respiré profundamente.

—La extraño. —Los brazos de Marie me rodearon con más fuerza.

—Lo sé. —Puse una mano en su hombro y un beso sobre su cabeza—. Yo también la echo de menos.

Y lo hacía, pero por alguna razón estaba seguro que a mamá le hubiera agradado esta chica fogosa, que me está sacando de mi melancolía. Si tan solo pudiera asegurarle a Marie lo mismo, o simplemente confirmarle que Honora no tenía intención de celebrar una cena extraña en su honor. Al menos, no pensé que ella lo hiciera.

Capítulo diez

HONORA

¿Cómo había tenido tanta mala suerte con el pretendiente que papá había aceptado para que me casara? Estaba segura que no había otro hombre en toda Inglaterra, que pudiera hacer latir mi corazón de una manera tan ridícula, ni hacer que mi respiración se entrecortara tontamente, como lo hizo Graham. ¡Qué coqueteo más insensible y encallecido! Y, sin embargo, aquí estaba yo con mis sentimientos desordenados y poco confiables y mi mejor juicio, los cuales estaban en batalla, durante cada encuentro que tenía con él. Necesitaba deshacerme de él y de toda la confusión que esta isla abandonada trajo a mi alma previamente contenta. Yo pertenecía a la India.

Completamente decidida a infringir la privacidad de Lord Denhurst, entré en su estudio sin llamar siquiera a la puerta. Se sobresaltó ante mi interrupción, volteó una sola hoja de papel y dejó caer algo de su mano en el cajón del escritorio.

—Señorita Cra... —Se aclaró la garganta, antes que pudiera llamarse la atención sobre su descuido—. Honora. ¿Es algo sobre el asunto?

—Teniendo en cuenta su descarado descuido al no planificar cualquier tipo de evento para presentarme a la sociedad aquí, he decidido celebrar una cena en mi propio honor.

Él añadió el único trozo de papel a una pequeña pila de papeles, que había sobre el escritorio, y lo empujó a un lado.

—Por favor, perdone nuestro error. Seguramente, se debe organizar una cena pequeña e íntima para su presentación.

—¡Oh! Pero no quiero una cena pequeña e íntima. Quiero que sea un gran evento, en el que todos sus conocidos cercanos asistan.

—Honora, no estoy seguro... —Se puso rígido en su silla.

—No se preocupe, padre. Yo también asumiré con los gastos de esto. ¿De qué me sirve tener mi pequeña fortuna separada de la de mi papá, si no puedo gastarla como deseo?

La forma en que Lord Denhurst pasó su mano por su espeso cabello gris, como si quisiera sacárselo de la cabeza en señal de irritación, me pinchó.

Cuadré mis hombros, recordándome a mí misma, que si él no hubiera perdido su fortuna y me hubiera exigido que abandonara la India, antes de salvar su propiedad (vendiendo la felicidad de su coqueto hijo en el trato), sentiría más simpatía por él. Pero él no había hecho exactamente eso.

—Y, como estoy segura que le complacerá saber, creo que Marie está encantada con mis planes de convertir Grandview en un palacio indio para pasar la noche, aunque menos entusiasmada con mi elección del menú. —Caminé hacia el lado del escritorio, donde él estaba sentado, y me apoyé en el mismo, como si pudiera sentarme encima. Él se alejó de mí en su silla—. ¿Cómo usted cree que sus amigos disfrutarán de una variedad de cocina india? —Hice una pausa, permitiendo que el pensamiento me asimilara—. Quizás incluso pueda encontrar algunos artistas indios para entretenernos durante la noche.

Sus manos, que habían estado descansando sobre el escritorio, se apretaron en puños.

—Suena como un gran esfuerzo, sin duda. Uno que requerirá una gran cantidad de tiempo y planificación. —El tono de Lord Denhurst era demasiado esperanzador.

—Espero celebrar la cena dentro de dos semanas.

La forma en que su rostro se contraía, mientras intentaba ocultar sus emociones le produjo una satisfacción culpable.

—Señorita Crauford...

—Honora.

Él dio un fuerte suspiro.

—Honora, sé poco sobre la planificación de este tipo de cosas, pero sí sé que la costumbre aquí en Inglaterra es que las invitaciones se envíen con un mes de anticipación para tales eventos, si no más.

—¡Oh! —dije, agitando mi mano con desdén—. Me importan poco las costumbres de Inglaterra, padre.

Fijó la mirada en sus manos y el músculo de su mandíbula se flexionó al ritmo de su rechinar de dientes.

—Parece como si ya usted tuviera la mente puesta en eso.

—Ciertamente, es así.

Exhaló y asintió confusamente, todavía sin mirarme a los ojos.

—Bien. Ahora que ya se ha acordado... —Me levanté del escritorio y volteé hacia él—. Lo dejo con su organización. Pero, dese prisa, porque regresaré puntualmente a las dos para reclamar este estudio.

Con solo un breve vistazo del rostro carmesí de Lord Denhurst y sus fosas nasales dilatadas, salí apresuradamente de la habitación. No necesitaba que mi ligera victoria se viera empañada por el familiar arrepentimiento. Especialmente, cuando era su culpa que me hubieran obligado a actuar de una manera tan insensible. Tan pronto como el hombre me liberara, ya no estaría aquí para atormentarlo. Y no pude evitar pensar que ese momento llegaría muy pronto. El mero hecho que esperara posponer mi presentación solo podía significar una cosa: todavía estaba tratando de encontrar otra opción para salvar su patrimonio.

Las voces de Graham y Lady Marie salieron del salón, y pasé de puntillas para no ser detectada. No podría soportar otra interacción. No ahora. Había gastado toda la energía que poseía y necesitaba desesperadamente un respiro. Subí las escaleras y me dirigí a mi habitación, cuando vi a Lady Judith caminando en mi dirección. Me detuve y volví a subir al escalón, esperando que ella no me hubiera visto todavía.

—Honora. —La amable sonrisa que llevaba era lo último que necesitaba encontrar en mi momento de fatiga—. Solo la estaba buscando.

Intentando unirme a la causa, comencé a avanzar de nuevo y me detuve ante ella.

—¿Qué es lo que usted necesita? —Mi tono, aunque alterado en la forma típica, no fue tan estridente como de costumbre.

—Quería ver si deseaba hacer un recorrido por Grandview.

La miré fijamente, sin estar preparada para tal oferta.

—No. Por el momento me las he arreglado bastante bien en la casa.

Su sonrisa no decayó.

—Entonces, ¿le importaría dar un paseo conmigo al aire libre? Podría mostrarle los terrenos.

Lo único que deseaba era que me dejaran en paz, y que no me obligaran a corresponder con crueldad a la bondad de Lady Judith.

—Quizás en otro momento. —La rodeé sin mirar atrás, sin querer vislumbrar su reacción ante mi negativa.

Me apresuré por el pasillo y crucé la puerta, cerrándola rápidamente detrás de mí.

—¿Se encuentra bien, señorita? —La voz preocupada de Alicia llamó mi atención.

—Sí. Yo soy así. —Alicia no habló y respiré profundamente, unas cuantas veces más, antes de acercarme a ella—. ¿Usted ha estado aquí todo este tiempo? —pregunté, desesperada por superar mis difíciles encuentros.

—Espero que sea aceptable. Pensé que cuantas menos interacciones tenga con los otros sirvientes, menos preguntas me harán. —Ella movió un dedo en la tela de su falda, distraídamente—. No es que me preocupe soltar su secreto, simplemente nunca he sido muy buena... alterando la verdad. Así que cuando no estoy realizando una tarea... —Sus palabras se fueron apagando.

Observé su dulce rostro y me di cuenta de lo que potencialmente le estaba exigiendo: ¡que fuera deshonesto por mi bien! ¿Realmente, no había límites a lo que había hecho pasar a otros?

—Usted siempre será bienvenida aquí, Alicia.

—¿Cómo estuvo su reunión con Lord Stanbury? —Su sonrisa estaba llena de gratitud.

Sin permiso, mi mente se dirigió a la sonrisa perversamente hermosa del hombre y la sensación de su cálido toque. Lo saqué de mi mente.

—Lo suficientemente bien. Nos reuniremos en el estudio esta tarde. ¿Quizás usted podría acompañarnos?

—¿Yo?

Asentí, incapaz de explicarle que apenas confiaba en ese hombre. Si Alicia estuviera allí, seguramente podría mantener mi mente sin distracciones, al menos más de lo que había logrado hasta ahora.

—Sí. Considerando la situación, creo que lo mejor es no estar a solas con él con demasiada frecuencia.

—Por supuesto.

—Puede traer un libro, si lo desea.

—La verdad es que no soy muy lectora, pero tengo que hacer bordados.

Sonreí, una vez más agradecida por Alicia.

—¡Ah! Mencione la idea de organizar una cena en mi honor. Incluso yendo tan lejos, como para decir que yo sería quien me presentaría.

Alicia se tapó la boca con una mano, encantada y sorprendida.

—¿Entonces, lo planearemos?

—Ciertamente lo haremos. Y el tema, por supuesto, será la India.

—¡Qué adorable! ¿Y cuándo será?

Le lancé una mirada de disculpa.

—Le dije a Lord Denhurst que lo arreglaré dentro de dos semanas a partir de hoy.

—¿Una quincena? —Su boca se abrió.

—Sí.

Sus ojos examinaron mi rostro.

—Pero, ¿cómo lo lograremos?

—No estoy segura en lo más mínimo, sobre todo porque espero encontrar un cocinero que pueda preparar auténtica cocina india. —Exhalé—. Debe ser así de pronto. No puedo posponerlo y correr el riesgo que mi padre llegue antes. Si llega antes que yo sea liberada, es posible que nunca regrese a mi hogar en la India.

Ella asintió y nos quedamos en silencio por un momento.

—He oído hablar de un pequeño asentamiento indio cerca de Portsmire —dijo—. Quizás alguien allí pueda ayudarla.

—¡Excelente! Debe haber algunos *lascars* que han llegado a las ciudades portuarias cercanas.

—¿*Lascars*? —Alicia arrugó la cara.

—Son hombres asiáticos que han trabajado como marineros en barcos mercantes. En ocasiones permanecen en Inglaterra, aunque a menudo no por elección propia. —Pensé en la difícil situación de estos hombres maltratados y en las vidas que habían dejado atrás. Una vez que mi padre dejó la Compañía Comercial de las Indias Orientales, se negó a contratar a los capitanes que, según se rumoreaba, trataban a los *lascars* con dureza. Aunque nunca habló realmente de su tiempo en la Compañía, sabía que algunos aspectos de él todavía pesaban mucho sobre él. ¿Y cómo no iba a ser así, cuando tantos hombres habían sido tratados de manera tan cruel?

—¿Y qué piensa ponerse para la cena? —preguntó Alicia, sacándome de mis pensamientos sombríos.

—Creo que hay que encargar un vestido nuevo. ¿No está de acuerdo?

—Muy rotundamente. —Por la forma en que se iluminaron sus ojos, supe que aún no había terminado de hablar—. Quizás algo más apropiado para la ocasión de lo que su padre normalmente le permitiría.

Me reí.

—Esperemos encontrar una modista que esté a la altura de esta tarea.

Capítulo once

GRAHAM

Miré el reloj probablemente por enésima vez. Cómo me arrepentí de haber bajado temprano al estudio para ver si Honora haría lo mismo. No lo había hecho, y un cuarto de hora nunca me había parecido tan largo, mientras yo esperaba solo en esta habitación mohosa, una donde me sentía completamente fuera de lugar. Esperaba que eso se remediara pronto.

Afortunadamente, ya eran las dos y Honora llegaría en cualquier momento. No era solo que estuviera ansioso por volver a verla, aunque la encontraba más fascinante de lo que quería admitir. Pero cuanto antes nos pusiéramos a trabajar, antes podría darle la libertad, que deseaba, y corregir mi imperdonable error contra ella.

La manecilla del reloj, que marcaba cada segundo que pasaba, no había completado una rotación completa, cuando la puerta se abrió. Honora examinó la habitación y su mirada se posó en mí. La expresión que tenía era cautelosa y no podía decir si estaba contenta o angustiada de encontrarme ya presente.

—Venga —exigió con su falsa voz, y antes que tuviera tiempo de pensar con quién podría estar hablando, una joven doncella cruzó la puerta tras ella. Honora cerró rápidamente la puerta tras ellas, sin dejar de centrar su atención en su acompañante.

—Perdóneme por hablarle de esa manera —le susurró.

—No se preocupe, señorita —dijo la joven, su voz era tan tranquila que apenas pude entender las palabras—. Usted solo actúa como es necesario hacerlo.

¡Ah! Era la sirvienta recién contratada de Honora y aparente cómplice. Aunque no podía estar seguro por qué sentía la necesidad de traerla.

Como si mi pensamiento hubiera sido palpable, Honora se dirigió hacia mí.

—Lord Stanbury, espero que no te importe, pero pensé que sería prudente traer a mi doncella por razones de decoro. —Señaló una silla cercana. La joven se sentó y colocó la pequeña canasta que llevaba en su regazo.

—Ella es, por supuesto, bienvenida. Aunque creo que la precaución es redundante en este momento, considerando que ya nos están obligando a casarnos.

—Bueno, no deseamos una segunda razón para que nos atrapen, ¿cierto? —No esperó a que respondiera, antes de caminar hacia el lado opuesto de la habitación, donde yo estaba, mirando las filas de libros de contabilidad. Para tener una personalidad tan poderosa, era notablemente pequeña y dudaba que pudiera alcanzar la mitad de los libros que estaba mirando—. ¿Sabes cómo están organizados los libros?

—Como te he dicho, me han dado pocas oportunidades de vislumbrar el funcionamiento interno de Grandview. —Hice una pausa, ante mi verdad parcial—. En realidad, no hubo oportunidad, desde antes de la muerte del abuelo.

Ella mantuvo la mirada hacia adelante.

—Bueno, supongo que descubriremos lo que debemos hacer juntos. —Se alejó un paso de los estantes y se puso de puntillas, entrecerrando los ojos para leer las fechas en las encuadernaciones de la parte superior, arrugando la nariz por el esfuerzo. Después de un momento, sus ojos se abrieron como platos—. ¿Cuánto tiempo lleva tu familia en Grandview?

Me moví a su lado y seguí su línea de visión, aunque ya sabía la respuesta.

—Nueve generaciones... hasta ahora.

Ella bajó la mirada hacia el estante que tenía por delante. Pasó un dedo por el lomo del libro de contabilidad que tenía “1698”, escrito en la encuadernación con tinta negra descolorida.

—En parte, puedo entender por qué tu padre está tan desesperado por conservar la herencia.

—En efecto. Ser el culpable de perderlo todo sería... —Las palabras se atascaron en mi garganta, impidiéndome terminar. Había sido testigo de la confusión que mi padre había soportado, cuando estuvo seguro que sería ese hombre... antes de poder llegar a un acuerdo con el señor Crauford. Pero había encontrado una solución y ahora la carga parecía haber recaído sobre mí.

La mano de Honora se posó sobre mi manga por un breve momento.

—Te enseñaré todo lo que sé, y tal vez tú seas recordado por salvarlo todo.

La miré, tratando de ignorar la condena que sentía por el claro contraste entre nosotros: su voluntad de ayudar y mi voluntad de usarla. Pero para mí no había una elección correcta, apenas una menos equivocada, y ya había fijado mi rumbo.

—Aparte de mi propia madre, creo que eres la primera en pensar que soy capaz de realizar tal tarea.

Ella me atravesó con su mirada, como si esperara a ver si hablaba en broma, antes de negar con la cabeza.

—La falta de oportunidades no debe confundirse con la falta de capacidad. —Cuando no respondí, ella dirigió su atención a la estantería—. Lo verás con el tiempo.

El resto de nuestra lectura se realizó en silencio, y cuando llegamos al estante del extremo derecho, ella se detuvo.

—Estos parecen prometedores. —Seleccionó el último libro de contabilidad del grupo y volteó hacia mí—. ¿Nos sentamos?

Le señalé la silla de mi padre y me dirigí hacia el otro lado del escritorio para agarrar otra.

—¿Supongo que no deseas compartir un asiento? —pregunté, en un intento de aligerar el ambiente.

Ella me lanzó tal mirada que no pude evitar reírme, mientras agarraba un pesado marco de madera y lo acercaba al escritorio de mi padre. Cuando lo dejé, ella rápidamente se sentó encima.

—Gracias, Lord Stanbury.

No me moví, pero señalé el lugar de mi padre.

—¿No deberías sentarse allí?

—Ese es tu asiento. —Me dio unas palmaditas, invitándome a sentarme—. A menos que alguien llame a la puerta, por supuesto. Entonces, me veré obligada a apoderarme del mismo por razones de apariencia. —Volvió su atención al libro de contabilidad abierto, sin querer que la contradijeran—. Un sistema de partida doble es prometedor. —Hizo una pausa y me miró—. ¿Eres consciente de lo que es eso?

Miré a la doncella de Honora, sin saber si quería añadir otro testigo a mi próxima admisión.

Honora siguió mi mirada.

—Confío en Alicia. Ella no dirá nada.

Alicia mantuvo su atención hacia abajo, pero supe que nos escuchó por su rostro coloreado, ante nuestra consideración. Parecía tener algo de bondad, que me inclinó a creer la declaración de Honora. Y en verdad, ¿qué elección tenía? Parecía que Honora la había considerado una especie de acompañante.

Dirigí mi atención a Honora.

—Teniendo en cuenta que ninguno de los grandes filósofos habló en profundidad sobre la

contabilidad, parece que mi educación apenas me ha preparado para la tarea de administrar un patrimonio.

—¿No fue Sócrates quien dijo que la sabiduría se encuentra en lo que no sabemos?

Mi orgullo recibió un segundo golpe al saber que ella estaría familiarizada con las enseñanzas de Sócrates. Pero a pesar de la vergüenza que sentí al estar bajo la tutela de una mujer, y además más joven que yo, no llegaría a ninguna parte si no me humillaba.

—Sí. Y parece que en este momento, yo soy muy sabio.

Ella me sonrió y volvió a dar palmaditas en el asiento.

—Es obvio que eres un hombre de gran inteligencia. No dudo que esto te resultará bastante sencillo, una vez que te lo explique.

Me deslicé sobre el cuero descolorido de la silla de mi padre, esperando no parecer tan fuera de lugar, como me sentía. Cuando miré el libro de contabilidad me pareció algo familiar.

—Creo que mi abuelo intentó explicarme el método. Aunque sería útil un repaso rápido.

—Bueno, entonces, en un sistema de partida doble, siempre hay dos cuentas ingresadas que deben equilibrarse entre sí: una columna para créditos, como gastos, préstamos e hipotecas; y otro para débitos, que podrían incluir ingresos y otras ganancias. —Señaló la página—. Observa... La reparación de la casa de un inquilino está marcada como un débito de quince libras en la cuenta “*vivienda de inquilino*” —Su dedo se deslizó hasta otra entrada de quince libras—. Y aquí hay un crédito por la misma cantidad marcada en “*notas pagadas*”.

Asentí parcialmente, intentando recordar qué más sabía al respecto.

—Piensa en esto, de esta manera. La columna de débito es la cuenta que recibe el pago, mientras que la columna de crédito es la cuenta que realiza el pago. Y es necesario introducir el monto en ambas.

—Es necesario tener ambas entradas enumeradas en lugar de un total sumado porque... —La explicación del abuelo volvió a mi mente, todavía un poco confusa, pero clarificadora—, es una forma eficiente de detectar errores en las cuentas, considerando que todas las transacciones reciben un asiento doble. ¿Correcto?

—Sí. Muy bien. Si ambas columnas están equilibradas, es probable que se trate de un cálculo acertado. Y si no, es mucho más sencillo identificar, dónde se produjo el error, teniendo en cuenta que se conoce el importe pendiente. Por supuesto, no es perfecto y requiere algo de tiempo acostumbrarse a identificar las cuentas apropiadas y cuáles asignar como débito y cuáles como crédito, pero una vez que está claro tiende a simplificar las cosas.

Examiné la página de cuentas y números, preguntándome cuándo, si es que alguna vez, consideraría que el método era sencillo.

—¿Y todas las cuentas se llevan de esta manera?

—No todas las cuentas, ya que hay otras formas de llevar los registros. —Cerró el libro—. Supongo que podríamos probar con otro y ver. —Se puso de pie y se dirigió nuevamente al estante, devolviendo el libro a su lugar entre los demás—. ¿Qué crees que hay ahí en esos libros de contabilidad? —Ella señaló hacia arriba—. ¿Los que no tienen fechas en la encuadernación?

—Quizás esos sean para las otras casas.

Su mirada se dirigió hacia mí.

—¿Otras casas?

—Tenemos otra propiedad, técnicamente mi propiedad, que es considerablemente más pequeña que Grandview, así como un pabellón de caza... y luego nuestra casa en la ciudad, por supuesto.

Ella giró hacia mí.

—¿Tu familia tiene cuatro casas?

—Bueno, las otras tres están alquiladas en este momento.

Había discernimiento en los ojos de Honora.

—¿Para aumentar los ingresos?

—Si no es así, para equilibrar la pérdida monetaria, que nos enfrentamos al mantenerlas. —
Tragué el nudo que tenía en la garganta—. Originalmente, mi padre había pensado en deshacerse
de ellas por completo... bueno, no de nuestra casa de la ciudad, sino de dos... Pero es un
momento cobarde para vender con la mala economía desde la guerra con Francia, que siguió tan
pronto a este año sin verano. Apenas teníamos suficientes cultivos para ayudar a nuestros
inquilinos, y mucho menos más para vender y obtener ganancias.

—Han sido unos años terribles en todo el mundo. —Ella dio un pequeño suspiro.

La observé detenidamente.

—He oído que no para tu padre.

—Mi padre tuvo suerte. —Honora me dio la espalda y señaló una hilera de libros de
contabilidad—. ¿Podrías llegar al libro que está al final, justo ahí?

Me acerqué a ella para recuperar el libro solicitado.

—Aquí está.

Cuando ella lo agarró, la punta de sus dedos rozó los míos, enviando un calor a mi brazo,
que me dejó quieto. Ella pareció sentir lo mismo, pero antes que pudiera tener el sentido de soltar
el libro, respiró hondo y me lo quitó de las manos.

—Gracias. —Se apresuró a regresar a su asiento sin mirar atrás y abrió el libro.

No la seguí de inmediato, permitiéndole la distancia física, que obviamente ella deseaba y
necesitaba.

Se inclinó sobre el libro y su dedo volvió a moverse, a lo largo de la página.

—No aprenderás nada estando allí.

Me tomó todo lo que tenía para no reírme a carcajadas en mi confusión. Honora parecía un
péndulo de amabilidad y brusquedad, y yo solo conocía una forma de romper su ritmo. Caminé
hacia el lado de su silla y me incliné hasta que nuestras caras estuvieron una al lado de la otra.

—¿Cómo es eso?

Se enderezó en su silla y el calor de sus mejillas enrojecidas y pecosas penetró en mi piel.

—Seguramente, preferirías sentarte. —Sin siquiera mirarme, señaló la silla de mi padre.

Vi a la doncella de Honora asomándose desde su costura, antes de centrar toda mi atención
en Honora.

—Pienso mejor de pie. Gracias.

Honora buscó a tientas las páginas por un momento, antes de apoyar ambas palmas en el
libro y mover su cara hacia mí.

—No estoy acostumbrada a que los caballeros estén tan cerca de mí, cuando intento pensar.
No me moví.

—Perdóname. No me di cuenta que esto era una distracción tan absoluta para ti.

Ella me envió una mirada feroz.

—Si esa es la verdad, tal vez debería pedirte que te vayas.

Esta vez no pude contener la risa, pero como no estaba dispuesto a arriesgarme a que ella
cumpliera su amenaza, volví a sentarme en la silla de mi padre.

—¿Mejor?

—Mucho mejor.

—¿Y ahora qué es lo que deseas mostrarme?

Empujó el libro abierto hacia mí.

—Otro sistema de doble entrada. Y un gran preludio para hablar de economía en el hogar. —Señaló dos entradas diferentes tituladas “muebles y accesorios”, registradas con solo media página de diferencia por la suma de cincuenta libras—. Aquí hay varios gastos que probablemente podrían recortarse, o al menos reducirse significativamente. Aunque economizar es un proceso lento y no ayudará significativamente en su situación actual, no debe pasarse por alto su principio. Vivir por encima de las posibilidades ha sido la ruina de muchos buenos hombres. Mi padre conoció a más de una docena de grandes comerciantes, que hicieron fortuna en la India, solo para regresar nuevamente en bancarrota, debido al estilo de vida pomposo, que habían tratado de mantener, mientras vivían aquí en Inglaterra. —Hizo una pausa y finalmente me miró—. No digo esto como una condena, porque estoy segura que hay algo más que esto en los fracasos financieros de tu padre, pero...

Levanté una mano para detenerla.

—¿Eres consciente de cuál ha sido la causa de nuestra situación actual?

—¿Cómo debería saberlo?

—Supuse que tu padre te lo había dicho. —Honora levantó la barbilla, como hacía siempre que su orgullo era ofendido—. Debió haber pasado por alto hacerlo.

—Bueno, el difunto agente de mi abuelo, el señor Hull, fue quien nos trajo la ruina. El abuelo confió en él completamente, ciegamente, y debido a esa confianza, fuera de lugar, y que mi padre continuaba con esa confianza, hemos perdido casi todo.

—Yo no te entiendo. ¿Estás diciendo que le han robado la fortuna a tu familia... toda ella? ¿Un solo hombre? —Honora parpadeó con fuerza.

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo.

Se reclinó en su asiento y su expresión oscilaba entre la incredulidad y la cautela mientras me consideraba.

—Vas a contarlo, ¿no?

—Si lo deseas. —Su falta de respuesta fue aparentemente una afirmación, y respiré profundamente para tranquilizarme—. El señor Hull era el amigo más cercano de mi abuelo, si se podía considerar al abuelo, como un hombre capaz de tener amigos, porque él no era la persona más amable. Pero el señor Hull había trabajado como agente de mi abuelo, durante casi veinte años. Después de la muerte del abuelo, mi padre le hizo saber la confianza que el abuelo había depositado en él.

La ira me invadió al pensar en el hombre dudoso que nos había robado tanto. Y me sentí aún peor porque desde mis primeros recuerdos de él, cuando yo no era más que un simple muchacho, me habían hecho creer que era un hombre lleno de bondad y jovialidad. Sin embargo, al igual que otras personas que había conocido, ahora era consciente que los hombres más oscuros, a veces parecían brillar más. La repulsión zumbó en mi pecho.

—El señor Hull actuó como un servidor fiel hasta su muerte. Fue solo entonces que contrataron al señor Vincent como agente residente... Él y el señor Waldorf comenzaron a darse cuenta de lo que había ocurrido.

—¿Y qué ocurrió?

—Él malversó nuestra fortuna.

El escepticismo penetró por segunda vez en el rostro de Honora.

—La fortuna de Grandview fue simplemente robada. —Ella chasqueó el dedo—. ¿Así?

—No tan rápido como eso —dije, mis ojos se dirigieron a su mano que ahora descansaba—, sino a lo largo de los años transcurridos desde el fallecimiento del abuelo... o tal vez incluso

antes.

—¿Entonces, como lo dijiste, el señor Hull está muerto?

Asentí.

—Entonces, ¿dónde está el dinero?

—Nadie lo sabe. Su esposa simplemente desapareció, justo antes que se descubriera todo el asunto y, a pesar de los esfuerzos de mi padre, no ha salido a la luz nada más.

Honora me miró fijamente, como si intentara procesar todo lo que estaba diciendo.

—Has debido decirme todo esto antes.

—Como dije, supuse que te lo habían dicho. Además, ¿eso habría cambiado algo?

Los ojos de Honora recorrieron rápidamente el aire entre nosotros, como si estuviera pensando.

—Sí... creo que podría cambiarlo todo. —Una sonrisa pura y hermosa apareció en sus labios, que casi me sacó de mi melancolía—. Simplemente, debemos descubrir dónde se ha ido el dinero, restaurarlo y no necesitarás mi fortuna.

Solté una risita a medias.

—Déjame asegurarte que se han explorado todas las vías, Nora. ¡No lo encontraremos! Mucho menos, antes que llegue tu padre. E incluso si la señora Hull no se ha fugado al continente, como tememos, y de alguna manera logramos localizarla, es probable que la fortuna ya esté muy disminuida.

Ella se agarró al reposabrazos de la silla de mi padre, como si ni siquiera hubiera escuchado mis razonamientos.

—¿Cuánto es la cantidad robada?

—Lamentablemente, no tengo acceso a esa información.

—Seguramente, puedes darme una estimación.

—Realmente no lo sé. ¿Cuál es tu dote? —Me encogí de hombros.

—¿No te dijeron mi dote? —Honoraladeó la cabeza.

—Lo único que me dijeron es que tu dote es lo suficientemente grande como para cubrir nuestras pérdidas.

Ella asintió con fuerza.

—Parece que ninguno de los dos fue informado sobre los detalles de nuestro... acuerdo matrimonial. —Pronunció la frase como si sintiera gran dolor—. Pero puedo decirte que mi dote supera las ochenta mil libras.

—¿Ochenta mil libras? —Mi mandíbula se aflojó.

La mirada de Honora se desvió hacia su doncella, antes de regresar a mí.

—Sí.

Mi cabeza daba vueltas y la miré con incredulidad, frotándome la mandíbula y la barbilla con la palma de la mano.

—Esa es una suma considerable. Y si la fortuna que perdimos se acerca siquiera a eso... —Me detuve, tratando de encontrarle sentido—. ¿Cómo pudo un hombre haber robado tanto y no haber dejado ni rastro de evidencia?

—Y más aún, un agente que había vivido cerca, y probablemente era muy conocido en el pueblo.

—Pero el señor Waldorf se esforzó mucho en la investigación. Nadie parecía haber sospechado nada ni nadie ha sabido nada de la señora Hull desde que desapareció.

—¿Waldorf? —El ceño de Honora se frunció—. ¿Otra vez? ¿Quién es ese?

—El agente principal de mi padre. Él supervisa todas nuestras propiedades y finanzas.

—¿Y cuánto tiempo lleva trabajando para tu padre?

—Creo que el abuelo lo contrató unos años, antes de su muerte, tal vez diez u once años. Mi padre dice que estaríamos arruinados si no fuera por su ingenio.

—Entonces, ¿fue idea del señor Waldorf traerme aquí?

—No recuerdo haber escuchado eso... —Busqué en mi mente—. Solo quiso decir que obtuvo los préstamos que necesitábamos para mantenernos a flote...

—Supongo que permanecerá a mi buena disposición... por ahora. —Honora dejó escapar un suspiro silencioso.

—¡Oh, ven! ¿Qué harías en la India, que fuera mucho más agradable que estar aquí... conmigo?

—Estuve casi seis meses en el mar, Lord Stanbury. Y no soy alguien a quien le vaya bien el movimiento. —Sus mejillas se iluminaron, ante su admisión.

—Pero ahora que estás aquí...

La mirada de Honora se posó de nuevo en su doncella y se puso de pie.

—¿Por dónde deberíamos empezar a buscar pruebas de las malversaciones de fondos del señor Hull?

Sonreí ante su descarado cambio de tema.

—No estoy seguro... Él tenía acceso a todos los libros de contabilidad, anteriores a 1819, por lo que tal vez haya discrepancias dentro de esas cuentas.

Ella se puso las manos en las caderas, mientras estudiaba los estantes y luego su mirada se dirigió a los gabinetes de abajo. Inclinandose, tiró de la manija de una de las puertas del gabinete inferior. Cuando la misma no se movió, probó con otra sin éxito.

—¿Hay una llave para abrirlas?

—Papá la tiene. —Su mirada expectante no se apartó de mí, así que traté de abrir el cajón del escritorio. También estaba bloqueado.

Sus labios se fruncieron.

—¿Dónde está tu padre, ahora mismo?

—Dijo que tenía la intención de desaparecer durante la próxima semana, más o menos.

—Por supuesto que lo hará. —Se mordió el labio con una mirada distante y obligué a apartar mi atención de su boca—. Bueno, dondequiera que se esconda, lo encontraré. —Se dirigió hacia la puerta y su doncella se levantó obedientemente, cuando ella pasó a su lado.

—¿Ahora te vas? ¿Qué pasa con mis instrucciones?

Ella hizo una pausa, la confusión era evidente en sus rasgos.

—Deben ver lo importante que es que no demoremos nuestra investigación.

—¿No oíste nada de lo que dije? —Cuando ella no respondió, me levanté, acercándome a ella—. Nora, hombres muy capaces han estado intentando avanzar en este caso durante más de un año sin éxito. ¿Seguramente, no crees que podamos hacerlo mejor que ellos?

—Debemos intentarlo.

Había tanta desesperación en su voz que me llamó al arrepentimiento. Si no hubiera sido por mi intromisión, un plan tan desesperado ni siquiera sería necesario. No pude rechazarla.

—Supongo que no hará daño echar un vistazo más de cerca. Pero tal vez debería ir a buscar la llave. Creo que los sirvientes estarán más dispuestos a compartir conmigo el paradero de mi padre. —No es que le pediría las llaves, ya que él nunca me las daría, pero me aseguraría que estuviera ocupado en otra parte, mientras las recuperaba.

Ella extendió la mano y tomó la mía.

—Gracias, Lord Stanbury.

Se necesitó toda mi fuerza de voluntad para soltar su mano cálida y delicada.

—Regresaré tan pronto como pueda.

—Te estaré esperando.

Sus palabras fueron suaves y dulces, como las de los amantes que se separan, pero sofoqué la extraña esperanza y me fui.

Capítulo doce

HONORA

Había revisado varios libros de contabilidad, fechados antes de 1819, con la esperanza de encontrar algo que valiera la pena considerar, pero todas las cuentas estaban equilibradas y no parecía haber nada importante en ellas. Quizás el señor Vincent o el señor Waldorf podrían explicar los detalles de la malversación de fondos del señor Hull, y cómo llegaron a descubrirlo.

Miré de nuevo el reloj. ¿Había pasado solo media hora desde que Graham se fue? ¿Por qué el tiempo se sintió mucho más largo? El movimiento de Alicia en mi periferia llamó mi atención. Estaba anudándose el hilo y enrollando la media que había estado remendando.

—Espero que tenga suficiente costura para entretenerse —le dije.

—Acabo de terminar lo que traje. —Colocó la media en su bolso.

—Me temo que una vez que Lord Stanbury regrese, puede que pase algún tiempo hasta que terminemos aquí. ¿Desea ir a buscar algo más en lo que trabajar?

Ella parecía tan reticente a dejarme, como yo a que ella se fuera.

—Me daré prisa.

—No se preocupe. Dudo que Lord Stanbury regrese antes que usted.

—¿Pero si lo hace?

—Teniendo en cuenta que no será la primera vez que estemos solos, creo que puedo arreglármelas. —La forma en que su sonrisa se levantó fue demasiado reveladora, y volví a mirar el libro de contabilidad, mientras ella salía de la habitación. Pasé un dedo por otra columna y avancé a la página siguiente, todo estaba en orden.

—¿A qué recado urgente has enviado a tu doncella? —Levanté la vista, para nada sorprendida por el extraño momento, en que Graham casi choca al girar, antes de llegar a la puerta.

—Para buscar más reparaciones en las que trabajar.

Él se quedó dudando en la puerta.

—Puedes cerrarla, siempre y cuando, prometas comportarte bien hasta que ella regrese.

Él sonrió, cerró la puerta detrás de él y se dirigió hacia mí.

—Como si no siempre me comportara de la mejor manera contigo.

—¿Por qué no me sorprende en absoluto que el coqueteo y traspasar los límites apropiados se consideran un buen comportamiento, aquí en Inglaterra?

Él se rió, sacó una llave de su bolsillo y la puso en el escritorio frente a mí.

—¿Todos los problemas que paso por ti, y ese es el agradecimiento que recibo?

Cogí la llave.

—¿He mencionado que eres mi caballero favorito en esta isla?

Él se burló juguetonamente.

—Estoy casi seguro que soy el único caballero que conoces aquí.

—También conozco a tu padre. —Me puse de pie.

—¡Cierto! Un hombre al que estás decidida a ganarte su odio.

—Lo que no viene al caso. —No pude ocultar mi sonrisa, me acerqué al primer gabinete y me arrodillé junto a él. La llave giró en la cerradura y la pequeña tapa se abrió. La empujé y encontré un montón de papeles adentro.

—Entonces, ¿qué hay ahí? —preguntó Graham, agachándose detrás de mí para ver mejor. Saqué uno de los papeles sueltos de arriba y lo levanté para examinarlo.

—Parece que es el boceto de un pájaro. —Le entregué el dibujo a Graham y saqué otro del montón, y luego otro—. ¿Tu padre dibujó estos?

—Eso creo. —Los ojos de Graham recorrieron la imagen con asombro—. Aunque no he visto ninguno de sus trabajos desde que era un niño pequeño. La verdad es que pensé que se había rendido.

Saqué una pila entera de papeles sueltos del estante interior y comencé a hojearlos. Otro pájaro. Un paisaje de un lago entre colinas. Un sauce. El mar.

—Todos estos son dibujos —dije, tratando de no desanimarme por el extraño descubrimiento.

—No todos. —Graham se adelantó y tiró de la esquina de una carta que sobresalía de la pila desordenada—. Es del banco Warwick, dirigido al Lord Denhurst —comenzó a leer—. “... *le escribo para informarle que sus fondos han sido transferidos a Brigmore & Co, según lo solicitado. Aunque usted había indicado previamente que toda la correspondencia se envíe directamente a su agente principal, el señor Thomas Waldorf, nuestra política es incluir también al propietario de la cuenta, en ciertos asuntos, como el cierre de una cuenta.*”

La mirada de Graham se encontró con la mía.

—La carta está fechada en febrero de hace un año.

Tomé la carta extendida y la leí de nuevo.

—¿Crees que tu padre usó esta cuenta para pagar parte de su deuda, tal vez con Brigmore & Co?

—No puedo imaginar por qué más haría tal cosa.

Extendí la mano detrás de mí y coloqué la carta encima del escritorio.

—Haremos una referencia cruzada de la fecha de esa carta y de cualquier otra correspondencia que podamos encontrar, para ver qué se ha anotado en los libros de contabilidad. —Con un poco más de esperanza, me levanté y pasé al siguiente armario—. Continúa mirando allí y veré qué más hay escondido.

Graham continuó revisando el contenido del primer gabinete, mientras yo abría cada uno de los restantes para encontrar una situación similar: papeles sueltos apilados en pilas inestables, que amenazaban con caerse al ser tocados.

—¿Alguna suerte? —preguntó Graham, mirándome.

—No. Simplemente más de lo mismo. —Me arrodillé de nuevo y comencé a clasificar algunos papeles, colocándolos en tres montones: bocetos, correspondencia personal y lo que pensé que podrían ser negocios relacionados con el patrimonio. Los bocetos superaban con creces a los otros dos.

No habíamos avanzado mucho, cuando la puerta se abrió con un chirrido. La mirada de Graham se disparó hacia el sonido. Alicia volvió a entrar y Graham pareció relajarse al verla. A pesar de todas sus burlas, ¿le preocupaba que lo encontraran a solas conmigo?

—¿Esta es tu madre? —pregunté, deteniéndome en un retrato detallado de una mujer particularmente encantadora.

Graham miró el dibujo que levanté y sonrió.

—Sí. Esa es ella.

Evalué el dibujo más de cerca, notando cómo la expresión de su rostro estaba capturada con mucho cuidado. Parecía elegante y amable.

—Ella era muy guapa. —Lo miré—. Ella me recuerda a Judith.

Graham se puso de pie, acercándose a mí, y terminó sentándose en el suelo, a mi lado. Apoyó su peso en el brazo colocado justo detrás de mi espalda, rozando mi hombro, mientras lo hacía. Intentando pasar por alto la forma en que todo mi cuerpo reaccionó ante su proximidad, le entregué el boceto. Se puso a examinarlo, como yo lo había hecho, con sus ojos castaños oscuros llenos de adoración.

—Judith tiene el mismo cabello color miel que mi madre. Y los mismos ojos azules y amables. Pero Marie tiene su sonrisa. —Soltó un suspiro pesado, el dolor que sentía por su ausencia era evidente—. Tú le habrías gustado a ella, ¿sabes?

Lo miré, sorprendida de encontrar sus ojos puestos en mí.

—Tal vez como persona, pero no como esposa de su hijo.

—¿Qué te hace decir eso?

A pesar de la sinceridad en sus ojos, me reí.

—No finjas que has olvidado que no soy más que la hija de un humilde Nabab. ¿Qué dicen sobre nuestra especie aquí en Inglaterra? —Me golpeé la barbilla con un pensamiento burlón—. Creo que eso tiene que ver con que los de nuestra especie sean los más viles de los advenedizos pretenciosos. No solo somos nuevos ricos, sino que somos ridículamente ostentosos y extranjeros peligrosos. Y no olvidemos que somos propensos a comprar nuestro acceso a la aristocracia, así como a infiltrarnos en el Parlamento, mediante la compra de barrios podridos. Los de nuestra especie no deberían ser tolerados en lo más mínimo.

—Tú no eres así.

Me tragué la peculiar emoción que estaba surgiendo dentro de mí.

—No. Pero mi padre parece encajar bastante bien en esa imagen. —La verdad pesaba sobre mí. Alguna vez pensé que papá era diferente a los demás, pero ya no... No desde que me vendió tan fácilmente, como los otros Nababs habrían vendido a sus hijas—. Además, realmente no importa. Una vez que alguien cree que sabe quién es cierta persona, es poco lo que puede hacer para convencerlo de lo contrario. Aquí en Inglaterra, solo seré la hija de un Nabab.

La mirada de Graham volvió a la fotografía de su madre.

—¿Y por eso, estás tan desesperada por irte?

Mi pecho se contrajo, intentando mantener mi corazón rebelde en su lugar.

—Esa es una de las razones.

Graham asintió, pero no respondió.

El silencio, que antes me había reconfortado, ahora me oprimía pesadamente, y no podía soportarlo.

—Eso me recuerda. Considerando que mañana es sábado... pensé que podría ser un día apropiado para asegurar los arreglos para la cena que voy a organizar.

La cabeza de Graham se levantó de golpe y colocó con cuidado el retrato de su madre en la pila de dibujos, que había estado acumulando.

—Pensé que hablabas en broma. Bueno, no en broma, pero tampoco en serio.

—Lo dije muy en serio. Ya le dije a tu padre que planeo celebrarla dentro de dos semanas.

—¿En una quincena? —Él parpadeó con fuerza.

—Sí. Y temo que no podré lograr mis propósitos, si no me pongo a arreglarlo inmediatamente.

—¿Estás segura que es necesaria una cena? Como dijiste, es posible que ni siquiera puedas lograrlo dentro del límite de tiempo.

—¿Esa es tu única preocupación?

—No lo es. —Soltó una pequeña bocanada de aire.

Examiné sus rasgos y la respuesta fue evidente allí.

—¿Te preocupa lo que tus conocidos puedan pensar de ti? O, más exactamente, ¿qué podrían pensar de mí? —Aparentemente, no dispuesto a mentir, simplemente él se quedó sentado—. No lo espero con más ganas que tú, pero las burlas y los comentarios sarcásticos de personas, ajenas a tu familia, podrían ser lo que falta para ayudar a tu padre a reconocer su error y corregirlo.

—Entiendo ese razonamiento. —Apenas disimulaba la agitación en su voz—. Pero, seguramente, puedes entender lo que estás pidiendo.

Ahora fui yo quien no respondió, bajando la mirada a mi regazo.

Él se inclinó hacia delante y su cálido aliento rozó mi cuello.

—Cuando abordes el barco de regreso a la India, mi familia será la que tendrá que lidiar con esas burlas y comentarios sarcásticos. Probablemente, afectará mis perspectivas de futuro y las de mis hermanas.

Levanté la cabeza, nuestros rostros estaban solo unas pulgadas, uno del otro.

—¿Entonces, deseas salvaguardar tu preciada reputación, e impedirme lo que probablemente sea nuestro curso de acción más influyente?

—Eso no es lo que estoy diciendo. ¿Pero no podemos esperar a ver qué tipo de avances logramos, en nuestro rumbo actual, antes de seguir contaminando el nombre de mi familia?

La forma en que me miró me hizo sentir como si fuera yo, quien estaba siendo irracional. Que fui yo quien pidió demasiado, cuando fui yo quien se vio obligada a renunciar a todo: mi libertad, mi futuro y mi hogar. ¡No! No desistiría de esto, no cuando se me estaba acabando el tiempo.

—No conoces a mi padre. —Levantándome de las rodillas, me recliné sobre mi mano más alejada de Graham para aumentar la distancia entre nosotros. Su cercanía obstaculizaba mi capacidad de pensar con claridad—. Papá puede llegar de la India, en cualquier momento. Partió detrás de mí, pero no estoy segura de los detalles de su viaje, y no tengo forma de descubrir su paradero actual. Si partió en el barco después del mío, y su viaje encontró buen tiempo, podría estar aquí en cuestión de semanas, sino días. Una vez que llegue...—El peso de mi situación cayó sobre mí, robándome mis palabras.

—¿El matrimonio se llevará a cabo?

Asentí levemente, absteniéndome de compartir mi otro temor: que si no lograba irme antes que llegara papá, probablemente me quedaría atrapada en Inglaterra indefinidamente.

—Sin retraso.

—¿Seguramente, tu padre no es un dictador? ¿No entrará en razón si...?

—Se necesita cierto tipo de hombre para crear la riqueza que tiene de la nada. Aunque no negaré que tiene muchos rasgos admirables, la comprensión y la misericordia no se encuentran entre ellos.

La expresión de Graham se endureció, pero antes que pudiera descifrar qué sentimiento la había causado, la misma desapareció de nuevo. ¿Lo había invadido la desilusión, ante mi advertencia? ¿Culpa, tal vez? No. Eso no tenía sentido. Después de todo, no fue su culpa que él estuviera atrapado aquí.

—Entonces, planifica tu cena. —No parecía molesto, solo cansado.

Le di una débil sonrisa.

—Y si necesitas algo, no dudes...

—Una lista de invitados —dije, dándome cuenta que debería haberme callada. Pero, como acababa de explicar, no había tiempo para esperar—. Y también espero que conozcas a algún

pueblo *lascar* cercano. —Mis ojos se dirigieron a Alicia, cuya aguja se detuvo, mientras nos escuchaba—. He oído informes que podría haber uno cerca de Portsmire.

—Ese está a un cuarto de día de viaje desde aquí.

—¿Así que lo sabes? —dije, pasando por alto la incredulidad evidente en su voz—. Si pudieras transmitirle las instrucciones a tu conductor, tengo la intención de partir con las primeras luces del día.

Examinó mi expresión.

—Una vez más, no estás hablando en broma, ¿cierto?

—No lo estoy.

—¿Planeas viajar allí sin compañía? —Las cejas de Graham se alzaron—. ¿Mañana?

Levanté un poco los hombros, como si no pudiera entender su alarma.

—Debe ser mañana. Cada día que pase, solo hará que sea menos probable conseguir ayuda. Y no viajaré sola porque Alicia se ha ofrecido a acompañarme.

Él vio a Alicia, quien me lanzó una mirada, y luego hundió la cabeza en su labor, como si fingiera ignorancia. Su atención volvió a mí.

—Dos mujeres jóvenes y solteras no pueden viajar solas a una aldea *lascar*. No es apropiado ni seguro.

—¿Te refieres... al viaje... o al pueblo? —Mi voz estaba entrecortada, a pesar de saber que probablemente tenía razón.

Su mirada no vaciló.

—Ambos, Nora.

Solté un resoplido exagerado.

—Bueno, supongo que si tu conductor y tu ayuda de cámara no son escoltas adecuados, buscaré a otro sirviente...

—Veo... —Simplemente, me miró fijamente, durante un momento incómodo, antes de soltarse el brazo y ponerse de pie—. Viendo que se me ha asignado una tarea que atender, y que obviamente mi ayuda no es necesaria en este momento, me disculparé.

Lo miré boquiabierto, mientras el escritorio estaba por delante de su retirada, enfocándome en el sonido de sus pasos al alejarse. La puerta se abrió con un chirrido, pero sus pasos se detuvieron.

—Te entregaré la lista de invitados por la mañana, antes de tu partida. —La puerta se cerró con un ruido sordo.

—¿Por qué, en el nombre del Cielo, estaba tan enojado? —Hablé tanto conmigo mismo como con Alicia.

Alicia ofreció una sonrisa cautelosa.

—No soy una experta en las reacciones de los hombres, pero si tuviera que aventurarme a adivinar, diría que no está contento por no haber sido invitado.

—¡En un buen viaje! —Volví mi atención a los montones que tenía delante. Tenía demasiado que lograr como para preocuparme por herir los sentimientos de un hombre adulto.

Capítulo trece

GRAHAM

—¡Maldita mujer testaruda! —murmuré, rodeando la parte inferior de las escaleras y comenzando a subirlas—. Ella resultará ser mi ruina.

—¿Quién? —Mi mirada se disparó hacia arriba para encontrar a Judith, observándome desde el medio de la escalera con curiosidad en sus rasgos.

Me detuve.

—Perdóname, Judith. No te vi allí.

—¿Quién será tu ruina? —preguntó de nuevo, sin querer dejar la pregunta sin respuesta.

Continué ascendiendo por las escaleras hasta quedar unos pasos debajo de ella.

—No deseo molestarte. —Tampoco quería darle una explicación aceptable para mi agitación.

—No es ningún problema, especialmente considerando que te lo debo. —Ella apretó los labios.

—¿Y por qué sería eso?

—Me mostraste una gran simpatía, cuando las cosas salieron mal con Lord Kenton. Quiero pagártelo. —Las mejillas de Judith se tiñeron de color rosado.

—No es necesario. ¿Cuál es el rol de un hermano mayor sino el de secar las lágrimas causadas por réprobos que no te merecen?

—Es un buen hombre... un buen hombre que necesita una dote considerable, sí, pero, seguramente, puedes entenderlo...

—No me di cuenta que los hombres buenos compartían los asuntos privados de sus amigos con toda la sociedad.

—¿Debo rendir cuentas por los pecados de nuestro padre? —Judith frunció el ceño.

—Seguramente, no me acabas de preguntar eso. —Levanté las manos e hice un gesto de incredulidad.

El humor asomó a la expresión de Judith y ella apretó más los labios.

—Mira allá... Los dos tienen incluso más en común de lo que pensaba.

—Eso todavía no significa que alguna vez pueda merecerte. —A pesar de mi humor, me reí entre dientes.

Ella me premió con una sonrisa.

—Entonces, ¿era de la señorita Crauford de quien hablabas hace un momento?

Solté una exhalación audible.

—Sí. La encuentro absolutamente irritante. —Era verdad, aunque no por las razones que Judith podría pensar.

—Si hay que confiar en Marie, he oído que nuestra invitada tiene la intención de celebrar una cena en Grandview pronto.

—Marie, por una vez, ha demostrado ser una fuente confiable.

—Bueno, creo que es una gran idea, aunque no me gusta que sea la señorita Crauford quien la planee.

Mis ojos se dirigieron a Judith.

—Así que supongo que también has oído que tiene la intención de alimentar a los invitados

con la sabrosa cocina de la India.

—¡Oh! Sí, pero esa no es la parte con la que estoy en desacuerdo. En verdad, una cena de temática india suena deliciosa. Solo quise decir que deberíamos haber sido nosotros quienes planeáramos tal evento. Debe pensar terriblemente mal de nosotros por la tibia acogida, que ha recibido hasta ahora. Si tan solo mamá estuviera aquí. Ella habría hecho un buen trabajo, incluso con nuestras limitaciones financieras actuales.

—Ella siempre disfrutó del rol de anfitriona —dije, negándome a mencionar lo agradecido que estaba, que a mamá se le hubiera ahorrado el conocimiento de la casi ruina de nuestra familia—. Fue el único bálsamo que alivió mi corazón roto.

—¿Crees que algún día volverá a ser como antes? Bueno, no exactamente como era, ya que la vida sin nuestra madre nunca volverá a ser la misma. Pero ahora que la señorita Crauford está aquí, y nuestra propiedad está salvada, ¿crees que volveremos a organizar fiestas y cosas por el estilo?

El tono esperanzado de Judith fue difícil de soportar, pero no tanto como lo serían sus expectativas frustradas, si le permitiera creer que la llegada de Honora nos había salvado... Más bien, Nora pronto se marcharía.

—No contaría con eso —dije, incapaz de contarle la promesa que había hecho y cómo ayudaría a Honora a regresar a casa. Quizás me había apresurado demasiado a ofrecer mi apoyo. Pero lo hecho, estaba hecho, y no tenía intención de traicionarla por segunda vez.

Empecé a subir las escaleras de nuevo.

—Será mejor que empiece a compilar la lista de invitados para la cena. Debe estar terminada para mañana.

Al pasar, Judith puso una mano en mi brazo, deteniendo mi ascenso.

—¿Te importaría que te ayude?

Observé la esperanza iluminando los pálidos ojos azules de Judith y supe que no podía negarla.

—Si no tienes objeciones, serás de gran ayuda. No estoy seguro de quiénes siguen en la ciudad y quiénes han regresado a sus casas de campo.

—Discutámoslo en la biblioteca para que nuestros esfuerzos no sean saboteados.

Asentí. Ambos sabíamos quién podría sabotear nuestros planes y el motivo de la ubicación elegida era ideal. Marie sentía un absoluto disgusto por la literatura y la biblioteca que albergaba tales delitos. De hecho, este sería un refugio seguro.

—¿Vamos, entonces? —pregunté, girándome para mirar en la otra dirección.

Judith asintió y me siguió, aunque su mirada era distante.

—¿Crees que la señorita Crauford extraña su casa?

—Me parecería extraño que no lo hiciera.

Sus ojos volvieron a mí.

—Debe ser difícil llegar tan lejos, a un lugar tan diferente al que está acostumbrada... sin nadie a quien amas... o ni siquiera conoces, en realidad.

No prefería insistir en la difícil situación de Honora. Mi culpa era lo suficientemente pesada, como para recordar las consecuencias que la elección de mi padre le había traído a ella, sin mencionar mi propia elección de mantenerla aquí.

—Sí. Supongo que sí.

—Estoy decidida a ser su amiga, ¿sabes? —Su declaración fue práctica—. Incluso comencé a leer un libro sobre la India. Todo es bastante fascinante y tengo muchas preguntas que hacerle.

La determinación de Judith me recordó mis propios deseos, lo que a su vez me recordó lo

molesto que estaba con la irritante mujer, cuyas actitudes cautelosas frustraron todos mis intentos de amistad.

—A pesar de tu amable ofrecimiento, no estoy seguro que ella tenga intenciones de permitir una gran relación con ninguno de nosotros. —La verdad pesaba mucho dentro de mí: Honora reconoció la amistad que le ofrecí y simplemente no quería aceptarla.

—Bueno, no me rendiré con ella tan fácilmente. —Judith bajó la mirada. Le preocupaba haber logrado ofenderme, pero cuando volvió a mirarme, parecía más perpleja que molesta—. ¿Has notado algo peculiar en el comportamiento de Honora?

Mi pecho se apretó. Judith era demasiado perspicaz para nuestro bien.

—Además de eso, ella es exactamente eso... ¿peculiar? —Bromeé.

—No. ¿Hay algo más? —Ni una pizca de sonrisa se asomó a sus labios.

—Tal vez sería prudente que siguieras mi ejemplo y te reconciliaras con la idea, que tal vez nunca llegaremos a comprenderla. En verdad, no estoy seguro de tener siquiera la paciencia para intentarlo. —Había llegado mi señal para seguir adelante.

Capítulo catorce

HONORA

Caminé a paso rápido por el pasillo y bajé las escaleras de la entrada, Alicia estaba siguiéndome con una gran cesta de refrescos bajo un brazo. Era temprano y dudaba que nos encontráramos con alguno de los Whitworth, pero el sirviente ocasional que vislumbramos me obligó a seguir con mi actuación. ¡Qué extraño se sentía tener que tratar a Alicia con tanta indiferencia fuera de la intimidad de mi habitación!

Aplaudí dos veces, cuando vi a Jameson cerca de la entrada principal.

—Necesito que el carruaje esté listo.

Jameson ni siquiera se inmutó ante mi solicitud, pero hizo una breve reverencia en reconocimiento.

—Ya está afuera, señorita Crauford.

Reprimiendo mi habitual gratitud, simplemente me quedé allí.

—Entonces, ¿ha visto a Graham esta mañana? —Aunque no lo había visto desde nuestra extraña despedida ayer, después de haber cenado en el estudio para terminar toda la clasificación que había que hacer, él era el único que estaba al tanto de nuestros planes.

—Lord Stanbury se dirigió a los establos hace un cuarto de hora. —Jameson abrió la puerta —. Creo que tiene la intención de montar.

Sin ninguna razón lógica, mi corazón se hundió en decepción. ¡Qué revelador que él fuera a dar un paseo! En lugar de estar aquí, cuando partí, como él había dicho que estaría. Sin una palabra de reconocimiento, aplaudí una vez, y entré por la puerta abierta. El aire fresco y salado me indujo a olvidar mi irritación con Graham y sus prioridades desalineadas. Y esto funcionó. Hice una pausa y respiré profundamente, permitiendo que el aire salado me trajera temporalmente de regreso a la costa de la India. A pesar de lo triste y fría que había resultado ser Inglaterra, había aspectos que parecían familiares.

—¿Se encuentra bien, señorita? —susurró Alicia, poniéndose a mi lado.

—Huele como en casa —dije, abriendo los ojos y sonriéndole. Su mirada se posó detrás de nosotras y la seguí hasta el mayordomo, que todavía nos observaba a través de la puerta abierta. Sus ojos estaban fijos en mí. Levanté la barbilla, pero volví mi atención a Alicia.

—Sin embargo, ahora que usted lo pregunta, estoy molesta —dije, intentando expresar mi irritación con Graham, una vez más—. Parece que algunas personas valoran un paseo matutino, antes que cumplir con su palabra. —Solté un resoplido exagerado—. Ven, Alicia. —Comencé mi descenso por las escaleras—. Tenemos un largo día por delante.

Mientras nos acercábamos a la familiar silla de posta, mis pensamientos se dirigieron al gusto extravagante de Lord Denhurst. Miré al sirviente, a quien no reconocí, ignorando su mano extendida.

—¿Supongo que lleva las pistolas?

—Por supuesto, señorita Crauford.

—Muy bien. Con tal despliegue excesivo de riqueza... —Señalé el carruaje—. Me temo que atraeremos a todos los bandoleros de aquí a Portsmire. —Miré hacia adentro—. ¿Dónde está escondida la pistola del carruaje?

El hombre miró al cochero, antes que su mirada volviera a mí.

—No es una pistola para mujeres, señorita.

Lo atravesé con una mirada fulminante.

—Por desgracia, no aprendí a disparar con una pistola de mujer.

Tragó, pero no respondió, mientras su mirada se movía detrás de mí.

—¿Por qué no me sorprende que se sienta cómoda usando un arma de caballero, señorita Crauford?

Miré por encima del hombro y encontré a Graham, conduciendo su caballo hacia nosotros, con una mueca en su rostro. Y a pesar de toda razón, así como de mi actual irritación, mi estómago dio un vuelco al verlo.

—¿Ya volvió? —pregunté, entrecerrando mi mirada para igualar la suya—. ¿O recién está saliendo?

—¿Y hacia dónde usted cree que me dirijo? —Bajó la ceja.

—Había asumido que iba a dar un paseo por la mañana. —Me moví, repentinamente insegura.

—Su astuto intelecto es una de las razones por las que no puedo esperar para casarme con usted —dijo secamente, con solo un ligero tic en la comisura de sus labios.

Me sonrojé, cuando me di cuenta de sus intenciones.

—Sí. Estoy segura que sus presuntuosas intrusiones resultarán una adición bienvenida al matrimonio.

Graham apretó los labios con firmeza, probablemente luchando contra la sonrisa que nos traicionaría a ambos. ¿Significaba su humor disimulado que me había perdonado por cualquier cosa que hubiera hecho ayer para irritarlo? Ciertamente, eso esperaba, si tenía intención de venir hoy con nosotras.

Sacudí sutilmente la cabeza y él bajó la mirada. Sus hombros se elevaron con su lenta respiración. Seguramente, estaba ocultando su diversión. Cuando volvió a levantar los ojos, sus rasgos estaban tensos.

—Me alegra que esté tan satisfecha con mi gesto caballeroso.

—¿Caballeroso? —pregunté, sabiendo que nuestra actuación estaba siendo observada tanto por el lacayo como por el cochero, y tal vez incluso por Jameson—. Perdóneme por asumir que su intención de acompañarme tiene algo que ver con salvaguardar sus intereses futuros.

—No hay necesidad de pedir perdón, señorita Crauford —dijo, extendiendo la mano con un montón de papeles en la mano—. Su suposición es precisa.

Le arrebaté lo que supuse era la lista y me acerqué al lacayo, permitiéndole finalmente ayudarme a subir al carruaje.

Alicia entró corriendo detrás de mí y el sirviente cerró la puerta detrás de nosotras.

—Estoy impresionada —susurró, mientras el carruaje se movía bajo el peso del conductor, antes de avanzar—. La forma en que usted y Lord Stanbury se comportan es como si realmente no se agradaran.

—No estoy segura que no lo hagamos —dije, desdoblado los papeles—. La desesperación mutua no es una base para la amistad.

—Bueno, entonces, es una pena que sea tan guapo —dijo en voz baja, y mi mirada se levantó a tiempo para ver sus mejillas rosadas a la luz del amanecer.

—¿Y por qué es eso?

—Es solo que si estuviera en su posición, creo que me habría opuesto al matrimonio concertado hasta que lo conociera. —Sus ojos se dirigieron a la ventana y seguí su mirada hasta la figura de Graham, en su caballo, al ritmo del carruaje.

—¿Incluso, si no lo amara?

Ella se mordió el labio.

—Soy de la opinión que el amor crece si se le permite. Y con alguien como Lord Stanbury, creo que será una tarea sin esfuerzo. Especialmente, cómo se llevan ustedes dos, cuando están solos.

Miré por la ventana de nuevo, esta vez dándome permiso para observar a Graham más completamente. Su cabello oscuro ondeaba bajo su sombrero y su gran estatura se amplificaba sobre el caballo. Pero fue su perfil el que me resultó especialmente fascinante.

—Es bastante desafortunado que sea tan guapo. —Sonreí de una manera que hizo reír a Alicia—. Pero creo que seré retratada como una verdadera heroína, en mi historia, cuando tenga éxito, porque, ¿qué difícil sería elegir si mi prometido fuera un troll?

Su sonrisa se amplió.

—Supongo que hay algo de verdad en eso. —Acercó la cesta del asiento y abrió la tapa, el dulce olor a pasteles calientes y jamón flotó en el pequeño espacio—. ¿Tiene hambre, señorita?

A pesar de haber comenzado nuestro viaje, mi estómago se revolvió, ante el mero pensamiento de la comida.

—Estoy bien por ahora. Pero, por favor, siéntete libre de comer, si lo desea.

Ella asintió, aunque cerró la tapa de la canasta.

En el silencio que siguió, obligué mi atención a salir por la ventana hacia el lado opuesto a donde viajaba Graham. Las palabras de Alicia sobre la capacidad del amor para crecer fueron suficientes para ocupar mi mente. No necesitaba que se le añadiera la hermosa vista de Graham, lo que debilitaba aún más mi resolución.

Capítulo quince

GRAHAM

Desmonté de mi caballo y le entregué las riendas al lacayo que esperaba, dándole a Teseo un masaje en el cuello, mientras esperaba que lo condujeran al abrevadero.

—No estaremos mucho tiempo aquí, pero encárguese, que lo atiendan junto con los otros caballos.

—Sí, milord.

Mientras me acercaba al carruaje, que me esperaba, no me sorprendió en lo más mínimo encontrar al otro lacayo parado cerca de la puerta, pareciendo vacilante a la hora de liberar al dragón que había dentro.

—Permítame —dije, pasando al hombre para abrirla. Regresó apresuradamente al asiento de honor, y sonreí ante la idea que Honora intimidaba a un hombre adulto.

Cuando miré dentro del carruaje, mi mirada se posó en Honora, con la cabeza apoyada en el asiento y los ojos cerrados. Sin saber si estaba dormida, hice una pausa, sin tener intención de despertarla.

—Estamos en Portsmire, ¿supongo? —Ella abrió los ojos.

—Sí. Solo necesito hacer una consulta sobre cómo llegar al pueblo indio desde aquí. Los caballos pueden descansar, una vez que lleguemos, pero si lo desea, podemos retrasar nuestra salida, tal vez tomar algo de comida.

Honora señaló la cesta que había en el asiento frente a ella con una mano inerte.

—Alicia ha traído el sustento adecuado. Usted es bienvenido si tiene hambre. —Honora se inclinó hacia adelante con lo que pareció un gran esfuerzo, respiró hondo y se levantó del asiento con cuidado—. No necesitamos quedarnos mucho tiempo, pero no me importaría estirar las piernas un rato.

Le ofrecí una mano para ayudarla y, para mi sorpresa, ella la agarró con fuerza.

Solo cuando salió a la luz del sol me di cuenta de lo pálida que estaba, sus pecas contrastaban marcadamente con su piel pálida. Su color me recordó su primer día en Grandview, justo después de desmayarse en la biblioteca.

—¿Se siente mal?

Su intento de sonreír parecía más bien una mueca, mientras pasaba su brazo por el de su doncella, que se había acercado a ella. Luego, ella se aclaró la garganta.

—Simplemente, necesito un momento para adaptarme a la falta de movimiento. —Su voz sonaba más ronca que pretenciosa—. Continúe, Lord Stanbury, y estaremos allí en breve.

La criada tenía una constitución similar a la de Honora y, aunque era más alta, no estaba seguro que la joven pudiera hacer mucho para ayudarla físicamente, si surgiera la necesidad. Le hice una señal al conductor para que siguiera adelante.

—Déjeme caminar con usted. —Agarré la mano libre de Honora y la coloqué en el pliegue de mi codo—. Parece que le vendría bien un poco más de apoyo.

—No... Debe preguntar sobre las direcciones. Alicia y yo nos llevaremos bastante bien.

Intentó liberar su mano, pero la cubrí con la mía, impidiendo que la retirara.

—¿Y qué pasaría, si se desmayara... otra vez?

Ella dudó, pero aparentemente se dio cuenta de lo acertada de mi advertencia, porque dejó

caer el brazo de su doncella y desplazó su peso sobre mí.

—Gracias —susurró.

Cuando comenzamos a caminar, la doncella de Honora se puso detrás de nosotros, pero ella le hizo una seña para que se acercara.

—Hoy viaja conmigo como mi acompañante, Alicia. Nadie necesita saber que usted es mi doncella.

La joven me lanzó una mirada nerviosa, como si creyera que yo podría rechazarla. Cuando no lo hice, ella obedientemente se puso al lado de Honora.

Continuamos en silencio, la concentración de Honora permanecía en la simple tarea de seguir adelante. Miré a la doncella de Honora.

—He oído que usted es la sobrina de la señora Platt. —Normalmente no me dirigía a los sirvientes para conversar, pero en esta situación, esto parecía el curso de acción correcto.

—Sí, milord. —Su voz era apenas audible.

—Nora la ha elogiado a usted... Y no dudo de sus palabras, ya que no ha lucido un peinado torcido desde su llegada.

Honora me dio un codazo en el costado, y esa acción juguetona demostró que estaba recuperando fuerzas, lo cual me hizo reírme.

Los ojos de su doncella parpadearon entre nosotros.

—Me alegro de poder ser de ayuda.

—¿Lord Stanbury? —La llamada de una mujer hizo que nuestro grupo mirara hacia atrás y encontrara a tres mujeres acercándose. Me tomó un momento darme cuenta de quién lideraba la carga con una amplia sonrisa en su rostro.

—Señorita Shaw, ¡qué agradable sorpresa! —dije, haciendo una pequeña reverencia, mientras ella se acercaba—. ¿Ha venido a Portsmire a visitar a su tío?

—¿No lo ha oído? —Ella dio un pequeño suspiro, las profundidades de sus ojos azules reflejaron dolor por un breve momento—. Mi tío murió muy repentinamente. Al no tener heredero, mi padre ha heredado tanto su título como sus bienes.

—Por favor, acepte mis condolencias —le dije, aunque me pregunté si ella estaría más complacida por su ascenso de estatus que entristecida por la pérdida.

—Usted es demasiado considerado. —Honora se movió a mi lado, mientras la señorita Shaw me miraba por debajo de sus pestañas—. Ha sido un cambio de acontecimientos muy repentino.

—Parece que sí —asentí.

—Envié una carta a Lady Marie, esta misma mañana, para informarle de este cambio de situación.

—Mi hermana estará encantada de tener noticias tuyas.

La sonrisa de la señorita Shaw fue tan perfecta que me pregunté cuánta práctica se había necesitado para que pareciera que mi simple declaración había colmado toda la alegría dentro de ella. Alguna vez había deseado ganarme una sonrisa como esa, pero ahora, la misma parecía carecer de la autenticidad de la sonrisa de Honora.

Honora se aclaró la garganta, pero antes que pudiera presentarla, los ojos de la señorita Shaw se posaron en sus compañeras.

—Lord Stanbury, permítame presentarle a mi hermana menor, la señorita Elizabeth Shaw. —Hizo un gesto hacia una versión más joven de sí misma y luego hacia la otra dama—. Y esta es su querida amiga, la señorita Lawlor. Pasará las próximas semanas con nosotros en Braxley Manor.

Ofrecí una reverencia a cada una, antes de centrar mi atención en Honora, sin estar seguro de cómo presentarla a ella o a su doncella.

—Estas son... la señorita Crauford y su compañera... la señorita... Platt. —No sabía si ese era realmente su apellido, pero afortunadamente, ella no me corrigió si no lo era.

La mirada de la señorita Shaw se posó en Honora, como si se fijara en ella por primera vez.

—¡Qué placer conocerlas a ambas! —dijo, ofreciendo una rápida sonrisa, antes de volver a mirarme. La barbilla de Honora se levantó en mi periferia, ante el menor desaire, aunque estaba seguro que la señorita Shaw no tenía la intención que fuera así. —¿Y qué es lo que lo ha traído a Portsmire, Lord Stanbury, si no es demasiado atrevido por mi parte preguntarlo?

—Nosotros...

—Hemos venido para ocuparnos de los arreglos para una cena que organizaré en Grandview —dijo Honora. Ahora la falsedad de su voz era más pronunciada de lo habitual.

Las tres damas permanecieron inmóviles con los ojos muy abiertos fijos en ella.

—Graham y yo vamos a casarnos. ¿No es así, querido?

Reprimí el gemido que casi se me escapa. Era una esperanza vana que ella no hubiera mencionado nuestro compromiso.

—Sí.

Ella sonrió irónicamente y dirigió su atención a la señorita Shaw.

—Todavía se está acostumbrando a la idea y, aunque no lo parezca, estoy segura que nunca ha estado más feliz. De ahí la cena. Pensé que una reunión íntima sería una manera apropiada de anunciar nuestro compromiso con los parientes de los Whitworth.

—Yo... —La señorita Shaw parpadeó en rápida sucesión, quitando su expresión de asombro de Honora—. No me di cuenta que estaba comprometido, milord. —Su voz vaciló—. ¡Debo ofrecer mis felicitaciones!

Su demostración de emoción me sorprendió. La señorita Shaw había sido precisamente el tipo de mujer con la que alguna vez había deseado casarme (pero era muy joven, cuando la conocí), una que aparentemente se preocupaba por ganarse mi afecto, a diferencia de Honora.

—Le agradezco sus buenos deseos.

Honora tiró de mi brazo.

—Por mucho que sea un placer estar con una conocida de Graham, me temo que debemos seguir nuestro camino.

—Por supuesto. —La señorita Shaw me miró expectante, como si tal vez yo pudiera contradecir las palabras de despedida de Honora. No lo hice.

—Fue un placer verla, señorita Shaw. —Hice una pequeña reverencia y ofrecí la misma a las otras dos damas—. Señorita Elizabeth. Señorita Lawlor.

Cuando nos separamos, mi cabeza daba vueltas, tratando de darle sentido a lo que acababa de ocurrir. El padre de la señorita Shaw había obtenido un título y, con el mismo, probablemente a ella le habían dado un aumento adecuado de la dote. Ciertamente, eso no sería suficiente para cubrir las pérdidas de nuestra familia en su totalidad, pero tal vez sería suficiente para mantenernos a flote hasta que pudiera intentar arreglar las finanzas en Grandview. Eso era, si yo demostraba ser un estudiante capaz y Honora no se iba, antes que hubiera aprendido lo que era necesario.

Y, sin embargo, con su apresurada declaración de nuestra próxima boda, Honora posiblemente había arruinado cualquier posibilidad de entablar un traje con la señorita Shaw. ¡Una boda que ella misma no deseaba en lo más mínimo!

—¿Se da cuenta que es posible que haya frustrado una alternativa aceptable a nuestro

matrimonio forzado?

Honora se burló.

—¿Seguramente, no insinúa usted que la señorita Shaw sería una pareja aceptable para el matrimonio? —Miró a su doncella en busca de tranquilidad, pero el rostro de la joven no reflejaba el mismo disgusto que el de ella.

—¿Y por qué no? —pregunté, mirando hacia adelante. No era que tuviera una fuerte inclinación a casarme con la señorita Shaw, pero, ¿cuándo mi futuro había girado en torno a lo que quería?

—¿Usted la ama?

—Apenas la conozco. Pero el amor no es una consideración que pueda permitirme. —Exhalé.

—Literalmente —dijo, ofreciendo una sonrisa.

Su intento de aligerar la conversación no funcionó conmigo.

Sentí la mirada de Honora en mi perfil.

—¿Su dote es suficiente?

—Se rumoreaba que su tío era un barón muy rico; aunque no estoy seguro de los detalles de su patrimonio. —Finalmente, miré a Honora—. Al menos parece una opción viable a considerar para liberarnos de un acuerdo tan indeseable.

Ella desvió su atención hacia adelante, como si fuera su orgullo el que había sido pinchado con la verdad y no el mío.

—Supongo que, si lo desea, podría preguntar entre sus compañeros... cuál es su dote... —La voz de Honora era entrecortada, traicionando su típica indiferencia. ¿Estaba celosa de la señorita Shaw? El solo pensamiento le produjo un placer irracional y completamente desesperado—. Odiaría interponerme en su camino para obtener una pareja que realmente usted desea.

La miré fijamente.

—A pesar que usted sabe muchas cosas, Nora, sabe poco de lo que deseo.

Sus ojos se alejaron de mí y me pregunté qué pensaba ella de eso, y qué diablos yo había querido decir con eso.

Capítulo dieciséis

HONORA

El carruaje volvió a descender y enrosqué mis manos alrededor de mi cintura, incapaz de reprimir el gemido. Aunque tenía los ojos bien cerrados, pude sentir la preocupación de Alicia, y pensé en ofrecerle una palabra de consuelo. Mis labios se separaron, pero rápidamente los cerré de nuevo, sin saber qué más podría surgir en mi intento. Al menos no había comido durante el viaje, porque seguramente mi malestar ya habría reaparecido.

El asentamiento de los *lascars* no estaba ni siquiera a dos millas de Portsmire, pero el mal estado de la carretera hacía que la corta distancia fuera insoportable. Cuando el movimiento se detuvo, miré por un ojo.

—Señorita Crauford, creo que estamos aquí —dijo Alicia en voz baja.

Asentí levemente y me llevé la mano a la boca, presionándola firmemente contra mis labios.

—Simplemente, necesito un momento —murmuré con la garganta apretada.

Cuando se abrió la puerta, moví mi mano de mi boca hacia un lado de mi cara, bloqueando mi perfil.

—¿Se encuentra mal otra vez? —preguntó Graham, con preocupación en su voz.

Negué con la cabeza, pero el movimiento hizo que se me revolviera el estómago y me quedé quieta.

—Creo que fue el movimiento durante el último tramo de nuestro viaje —dijo Alicia en voz baja.

—¿Necesita algo, Nora?

—No —logré hablar—. Solo unos momentos.

El silencio de Graham estaba lleno de vacilación.

—Muy bien. Pero creo que debo ir a ofrecer una explicación sobre nuestra visita. —Él hizo una pausa—. No tengo ningún deseo de alarmar a nadie con nuestra llegada, especialmente considerando que todo lo que veo son mujeres y niños. Volveré en breve.

Me sentí como una tonta, incapaz de moverme por el riesgo de tener arcadas.

—Señorita Crauford, si pudiera ser de ayuda. —El movimiento de Alicia hizo girar el carruaje de la manera más desagradable—. Tengo una manta, ¿la podría colocar debajo de su cabeza para que se sienta cómoda?

Sin poder hacer mucho más, levanté las manos con las palmas hacia arriba y ella colocó la manta encima de ellas. Pensando solo brevemente en la posición poco femenina que estaba a punto de adoptar, enrollé la manta y la coloqué en el banco a modo de almohada, en lugar de detrás de mi cabeza, y me acosté sobre ella. Levanté las rodillas y traté de concentrar mi mente en la quietud.

Pasaron varios minutos hasta que la puerta se abrió de nuevo. El carruaje se sacudió y gemí, tanto por la idea que Graham me encontrara en ese estado, como por las náuseas.

Un toque algo familiar rozó mi mejilla y mis ojos se abrieron de golpe. Allí, arrodillada, a mi lado, en medio del carruaje, estaba una mujer mayor, con sus grandes ojos marrones llenos de preocupación. Me recordaba mucho a Inayat con su hermoso color oscuro y su rostro amable, y al instante me sentí reconfortada por su presencia aquí, aunque con mucha más nostalgia.

La mujer cogió algo detrás de ella y luego sonrió, mientras me hacía un gesto para que

tomara una taza de un líquido marrón humeante. Mis brazos se sentían débiles bajo mi peso, mientras intentaba levantarme, cuando un agarre firme me levantó hasta sentarme. Graham no me quitó el soporte, sino que me rodeó la espalda con un brazo, y me abrazó, mientras yo tomaba un sorbo del líquido tibio.

—*Alholva* —dijo la mujer con un acento muy fuerte.

Asentí, recordando el sabor de los tés, que Inayat solía prepararme, cuando me quejaba que me dolía el estómago. El pensamiento me provocó un dolor y traté de alejarlo, sabiendo que ya estaba demasiado cerca de las lágrimas, ante el recordatorio del hogar, que esta dulce mujer me traía.

Más allá de mis sorbos ocasionales, el carruaje estaba en silencio y me negué a mirar a Graham o Alicia. En cambio, me consoló la familiaridad de esta extraña. Cuando terminé el té, la mujer sonrió y acarició cariñosamente mi mano con su piel curtida.

—Gracias —dije, sin poder alterar mi voz con ella. Si tuviera que explicarlo más tarde, que así fuera—. Me siento mucho mejor.

La mujer puso una mano en cada una de mis mejillas, la textura de su piel era áspera en mi rostro y me miró a los ojos. Su sonrisa creció y se apartó, haciéndome un gesto para que la siguiera.

Todavía me sentía un poco mal, cuando salí a la luz del día, pero agradecí que mis náuseas hubieran disminuido en su mayor parte. Graham me siguió y vino a mi lado, agarrando mi brazo y colocándolo sobre el suyo. Me sentí inclinada a decirle que era innecesario, pero por segunda vez, hoy, me encontré permitiéndolo.

El asentamiento era pequeño (ocho cabañas en total), pero varios niños nos observaron, mientras seguíamos a la anciana hacia una de las casas con techo de paja. La mujer nos indicó que esperáramos, y entró por la puerta abierta. Miré a mi alrededor, sonriendo ante los rostros curiosos, que nos evaluaban con ojos oscuros y observadores. Saludé a un niño que se escondió detrás de uno mayor.

Unos momentos después, salió una hermosa mujer. No podía ser mucho mayor que yo, aunque una niña de unos cuatro años colgaba de su vibrante *sari* naranja.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó con apenas un mínimo acento delator.

Asentí y respiré para tranquilizarme.

—Soy la señorita Crauford —expresé, antes de señalar a los demás—. Y estos son Lord Stanbury y la señorita Stuart. —Capté la mirada de disculpa que Graham le envió a Alicia al escuchar su apellido correcto, antes de volver a mirar a la mujer—. He venido para ver si puedo contratar ayuda para una cena que estoy organizando.

La atención de la mujer se movió detrás de mí hacia donde esperaba el elaborado carruaje.

—¿Contratar nuestra ayuda? ¿Ya debe tener sirvientes para tal tarea?

—Bueno, usted verá, acabo de llegar a Inglaterra desde la India —dije, juntando las manos frente a mí—. Viví allí la mayor parte de mi vida y pensé que podría ser un tema encantador para una cena, es decir, la India. —Apreté los dientes, luchando contra el deseo de explicar la totalidad de mi situación. No me haría ningún bien que otros supieran la verdad, especialmente cuando ya había cometido un error al no usar mi forma típica de hablar.

La mujer mayor habló en un dialecto hindí que nunca había oído, y la mujer más joven respondió, sacudiendo la cabeza.

—La paga será buena —dije, interrumpiendo su conversación.

La expresión de la mujer más joven se tensó y su mirada volvió a mí.

—¿Qué es lo que usted necesita?

—Solo unos pocos cocineros y algunos animadores, si es posible.

—Y un vestido —susurró Alicia, inclinándose cerca de mí.

—¿Un vestido? —preguntó la mujer, aparentemente habiendo escuchado el recordatorio susurrado de Alicia.

Sacudí la cabeza, no quería que esto fuera un factor desalentador.

—Siempre puedo preguntarle a una modista, si no hay nadie aquí para completar esa tarea, debido a las limitaciones de tiempo.

La cabeza de la mujer se inclinó y entrecerró los ojos.

—¿Cuándo es esta cena?

—Dos semanas a partir de ayer, si se puede gestionar. —Mis mejillas se calentaron.

Sus ojos aumentaron de tamaño y se dirigió hacia la mujer mayor. Aunque no entendí sus palabras, su discurso acelerado y su volumen elevado hicieron evidentes sus sentimientos con respecto a mi solicitud. La mujer mayor escuchó, pero su mirada preocupada continuamente volvía a mí. ¿Había decepción allí, en sus ojos tan parecidos a los de Inayat?

De repente, me sentí insegura de todo y miré por encima del hombro para encontrar que las expresiones desconcertadas de Alicia y Graham reflejaban la mía. El calor, que acababa de instalarse en mis mejillas, comenzó a multiplicarse y dispersarse por todo mi cuerpo.

—Perdóneme —dije, volviendo mi atención a las mujeres—. Esta fue una idea tonta. Espero que sepan que no quise ofenderlas. —Forcé una breve sonrisa y Graham volvió a moverse a mi lado, ofreciéndome su brazo como apoyo.

Lo agarré, permitiendo que su fuerza me sostuviera momentáneamente. Una vez más.

—Vámonos —susurré.

—No es necesario que se vaya —dijo la mujer más joven, deteniendo nuestra retirada—. Debo hablar con mi marido y con algunos otros, antes de comprometerme, pero Supriya está convencida que podemos persuadirlos.

Supriya sonrió al escuchar su nombre, su cálida expresión me hizo sonreír.

—Me alegra oírlo... —Hice una pausa, sin saber cómo dirigirme a la mujer más joven.

—Soy Ansuya.

Junté las manos delante de mí y me incliné levemente, ante cada mujer.

—Es un placer, Ansuya. Supriya.

Los ojos de las mujeres se agrandaron sorprendidos por mi gesto, antes que Supriya me lo devolviera de la misma manera, seguido pronto por Ansuya.

Ansuya se inclinó y le susurró algo a la niña, que aún se aferraba a su *sari*. La niña negó con la cabeza y Ansuya la inmovilizó con una mirada severa, antes de soltarla y que ella alejara rápidamente.

—Ahora, ¿dónde se llevará a cabo esta cena?

Mi mirada volvió a Graham.

—Nuestra finca está a cuatro horas de viaje desde aquí —dijo él—. Brindaremos transporte hacia y desde Grandview House, así como alojamiento y comidas para todos aquellos que ayuden. Si decide que puede aceptar la oferta, envíe un mensaje con cuántas personas traerá.

Ansuya frunció los labios.

—La mayoría de los hombres, incluido mi marido, están trabajando en los muelles de Portsmire y no podrán aventurarse tan lejos. Pero tenemos suficientes mujeres para cocinar y algunos hombres mayores que tocan instrumentos maravillosamente.

—Eso suena ideal —dije, incapaz de evitar la emoción en mi voz.

—¿Y qué platos preparan? —Miré a Graham, mientras él hablaba—. Algo que una paleta

inglesa débil podría tolerar bastante bien.

Ella sacudió la cabeza y apretó los labios, como si luchara contra la diversión.

—Eso podría ser lo más difícil que nos han pedido hasta ahora —dijo Ansuya, robándome la atención. Sorprendentemente, cuando mis ojos se posaron en ella, estaba sonriendo y sus mejillas redondeadas la hacían parecer más juvenil—. Pero, veré qué se puede hacer.

—Bueno, tal vez, podría preparar uno o dos platos para que los prueben las almas más aventureras. —Volví mi mirada a Graham y apreté su brazo—. Nunca se sabe lo que podría llamar la atención.

—¿No es esa la verdad? —Los ojos de Graham se movieron entre los míos.

A mi pesar, mi propia sonrisa creció.

Ansuya me miró con ojos perspicaces.

—¿Y a cuántos esperan?

—Se invitarán a veinticuatro —dijo Graham—. Aunque no estoy seguro de cuántos asistirán con tan poca antelación.

—Planifica para todos ellos —dije, obligando a mis ojos a apartarse del perfil de Graham—. Tengo una fuerte sospecha que pocos, si es que alguno, se perderán una cena en casa del conde. Así que, incluyéndome a mí y a los Whitworth, diría que treinta es un número razonable.

Graham suspiró y discretamente le empujó el codo.

—Envíe una lista de los ingredientes que necesitarán, y dejaré suficientes billetes para cubrir el costo de aquellas cosas que crea mejor obtener localmente. —No me preocupaba en lo más mínimo que no se pudiera confiar en ella. Miré su encantador *sari*—. Y por casualidad... ¿Conoce algún buen lugar donde pueda adquirir telas de colores brillantes, como la que está usando? Unas cuantas sedas vibrantes en el salón, así como en el comedor, animarán un poco el lugar.

—Me encantaría conseguir algunas, pero las telas importadas son más caras —dijo Ansuya.

—Soy muy consciente de eso. Pero no será en vano, ya que tengo la intención de reutilizar la seda, encargando que se confeccionen algunos vestidos con esta, después de la cena —asentí.

Ansuya también asintió, pero su mirada se desvió de mí. Instantáneamente me di cuenta de mi locura. ¡Qué desconsiderada fui, haciendo alarde de mis excesos, cuando ellos tenían tan poco!

—Yo... —Tragué, sin saber cómo corregir mi error—. Hice...

—Hablando de vestidos —dijo Ansuya, volviendo a mirarme—, me encantaría preparar el suyo para la cena independientemente de lo que los demás decidan sobre ofrecer su ayuda, si usted no se opone, por supuesto.

—¡Oh, qué maravilloso! —dijo Alicia, cubriendo rápidamente su radiante sonrisa con una mano—. Perdóneme. Solo quise decir si usted cree que es... maravilloso... claro, señorita Crauford.

No pude reprimir mi risa.

—Estoy muy de acuerdo, Alicia. —Miré hacia Ansuya—. ¿Está segura que no será demasiado trabajo? Sé que quince días no son tiempo suficiente para hacer un vestido, sobre todo cuando ya le estoy pidiendo tanto.

—Disfrutaré mucho de la tarea. Además, espero que tengamos ayuda dentro del pueblo para los demás preparativos. —Hizo una pausa, sus ojos observaron mi figura y no pude evitar moverme bajo su mirada analizadora—. ¿Prefiere algún color en particular?

Pensé por un momento. Mi cabello rojo y mi piel pálida limitaron la elección de varios de los colores vibrantes.

—No estoy segura.

—Esmeralda.

Mi mirada se dirigió a Graham.

—¿Esmeralda?

—Esmeralda —dijo ella de nuevo.

—¡Oh, sí! —Llegó la voz de Alicia—. Hará juego con las joyas que le dio Inayat.

Suspiré y miré hacia Ansuya, levantando los hombros.

—Supongo que debe ser esmeralda.

—Es una elección acertada. —Ansuya sonrió.

Mis mejillas se calentaron, cuando sentí los cuatro pares de ojos sobre mí.

—Solo porque la mayoría de los otros colores se verían horribles con mi color —lo justifiqué débilmente.

Nadie respondió.

—Bueno, vamos a llevarla adentro para tomar las medidas —dijo Ansuya, dirigiendo a Supriya al interior delante de ella.

—¿Necesita mi ayuda? —susurró Graham.

Mi boca se abrió ante su impertinencia, pero él solo se rió.

—Usted es un malvado —le dije, golpeándolo.

—Solo con usted. —Me guiñó un ojo.

Me reí y sacudí la cabeza, haciéndole señas a Alicia para que se me acompañara.

—Haré como si no tuviera nada que ver con su falta de opciones, actualmente —dije por encima del hombro.

—¡Y fingiré que es bien recibida! —me gritó, justo antes que desapareciéramos por la puerta.

Seguía sonriendo, cuando mis ojos se acostumbraron a la tenue luz y me di cuenta que la habitación donde estábamos era toda la casa. El espacio contaba con pocos muebles, y me obligué a mirar indiscretamente a la mujer que me esperaba.

—Son una buena pareja —dijo Ansuya con una sonrisa de complicidad.

—Gracias —dije, sin querer explicar la complejidad de nuestra situación—. Él es un buen hombre.



Satisfechas con los planes, que se habían discutido con respecto a mi vestido y los preparativos de la cena, Alicia y yo nos despedimos de Ansuya y Supriya. Luego nos dirigimos hacia el carruaje. El sonido de una risa hizo que ambas nos detuviéramos y buscáramos el área detrás de nosotras. Graham estaba en mangas de camisa entre una horda de niños, que corrían y pateaban algo con los pies.

Una bola. La esfera de cuero rodó hacia un lado, cuando uno de los chicos logró liberarla del control de Graham. Salió tras el joven, su propia risa y los pequeños cuerpos en su camino frustraron sus esfuerzos por alcanzarlo.

El niño levantó los brazos en señal de victoria y Graham echó la cabeza hacia atrás, en señal de una derrota exagerada.

Una risa surgió de mí, haciendo que Graham erguiera la cabeza y me mirara.

—No debería reírse, Nora, si fuera derrotada por una multitud de niños.

—Creo que tiene razón, aunque yo no habría sido derrotada.

Él alzó la ceja.

—¿Se enteraron que...? —preguntó a los niños—. Esta dama, aquí, cree que no podrá ser derrotada. Creo que debemos insistir en que ella demuestre esas habilidades de las que se jacta.

Las miradas de los niños se dirigieron hacia mí, reflejando emoción en sus rasgos.

—No tengo intención de jugar, gracias —negué con la cabeza.

Graham susurró algo y algunos de los niños más pequeños abandonaron el grupo y vinieron a mi lado. Una niña pequeña me agarró de la mano y me atrajo hacia los demás. No pude resistirme a ella. Rápidamente, me desaté el sombrero y se lo lancé a Alicia.

—No tengo calzado adecuado —dije, levantando un pie, mientras me acercaba a Graham para mostrarle el talón de mi bota—. No se puede esperar que juegue con todo mi potencial.

—Le daré una pista —dijo, sonriéndome—. Quien esté en el equipo de Nora comenzará con una ventaja de tres puntos.

Me burlé de su oferta.

—No necesito su caridad, Graham. No dije que no podría vencer, usando estas botas desgastadas. Simplemente, insinué que se me impedirán dar todo mi esfuerzo.

Graham se rió y los niños miraron hacia arriba, con los ojos muy abiertos por la emoción.

—Bien, entonces. Las reglas... —dijo, tratando de parecer serio—. Parece que no hay muchas. Creo que el objetivo es mover el balón de esta manera. —Señaló en la dirección, donde el chico acababa de anotar—. Intentaré moverlo de esa manera. —Hizo un gesto en la dirección opuesta.

—¿Debo ir a algún lugar en particular? —pregunté, mirando el área amplia que acababa de darme.

—No que yo sepa. —Sacudió la cabeza.

Miré a todos los niños ansiosos.

—¿Cómo puedo saber quién está en mi equipo?

—En realidad, nunca lo sabrá. —Él se rió entre dientes—. Y los niños siguen cambiando de bando de todos modos, por lo que cualquiera que lo mueva, en la misma dirección que usted es su amigo y cualquiera que lo mueva, en su contra, es su enemigo, al menos por el momento.

—¡Qué útil! —dije secamente.

Sus labios se alzaron en una encantadora sonrisa de reojo.

—¿Empezamos?

Asentí y él colocó la pelota en el suelo.

—Pueden empezar. —Exageró una reverencia caballerosa, pero antes que pudiera patearla, una niña pequeña me quitó el honor. Los otros niños la siguieron en una masa de extremidades y cabezas meneantes, y yo me apresuré a alcanzarlos.

Nadie había logrado adelantarla, antes de que la pequeña cruzara la línea decidida con el balón. Levanté los brazos en alto.

—Un punto —confirmé.

—Parece que su equipo ha tenido un buen comienzo. —Graham se puso a mi lado, mientras veíamos a un niño mayor recuperar la pelota.

—Odio reconocer sus fracasos tan abiertamente, pero supongo que no hay forma de evitarlo.

La mandíbula de Graham se aflojó, aunque la curva ascendente en las comisuras de sus labios lo traicionó.

—Aún no ha ganado —dijo, posicionándose para estar listo, en el momento en que el niño dejaba el balón. Pero antes que el niño retirara la mano, la misma niña volvió a patear la pelota, llevándola en la otra dirección.

—¡Camino equivocado! —grité, tratando de perseguirla, a pesar de mi risa.

Graham trotó a mi lado.

—Le dije que nunca se puede estar seguro de quién está en su equipo.

Casi habíamos alcanzado a la chica, cuando Graham se adelantó a mí, interponiéndose en mi camino. Sin estar preparada para su estrategia, mi pie se enganchó en su talón y mis pasos se aceleraron para compensar el movimiento de la parte superior de mi cuerpo, que de repente se movía más rápido que el de la parte inferior. Mientras extendía mis manos, preparándome para la caída, los brazos de Graham me rodearon, estabilizándome. Me quedé sin aliento y no podía estar segura, si era por la fuerza o por estar envuelta en su abrazo.

—A su orden —dijo con altivez.

—¿Por casi hacerme caer? —Me empujé alrededor de él, justo cuando un niño mayor tomó el control de la pelota y comenzó a traerla hacia nosotros. Fue necesario hacer más esfuerzo para respirar, aunque estaba segura que no me quedaría tanto sin aliento, si pudiera dejar de reírme tan incontrolablemente.

El niño se abrió paso entre un grupo de niños y ellos giraron en el suelo demasiado tarde. Se

obtuvo un segundo punto para nuestro equipo.

Me detuve y puse mis manos en mi cintura para recuperar el aliento. Graham miró hacia mí. Me encogí de hombros y apreté los labios en un gesto de regodeo silencioso, como si yo hubiera tenido algo que ver con ello.

Solo volvió a negar con la cabeza, preparándose para cuando colocaran la pelota. En el momento en que lo dejaron, Graham la pateó. Agarré un puñado de mis faldas y salí tras él. No había llegado muy lejos, cuando la multitud de niños la alcanzó y sus botas de arpillera les dificultaban maniobrar en el suelo.

Cuando intentó ir hacia un lado, me moví frente a él, colocándome entre él y la pelota. La pateé al azar hacia el chico mayor, que afortunadamente había elegido permanecer en mi equipo. Estaba a pasos de distancia de los demás, y me moví para seguirlo hacia la victoria, cuando los brazos de Graham me rodearon por detrás, levantándose del suelo sin esfuerzo.

—Frustraste... Era mi única oportunidad de anotar. —Su voz estaba llena de risa—. Pero la harán arrepentirse.

—¡Nunca! —grité, intentando liberarme, antes que mi risa consumiera el resto de mi energía—. ¡Dejaré de luchar!

El pecho de Graham hizo eco del ritmo de su risa, mientras bajaba de nuevo, asegurándose que tuviera equilibrio, antes de soltarme de su agarre.

Giré hacia él, tratando de recomponerme.

—Te advertí que no... —La mirada en sus ojos me robó las palabras. Mi corazón dio un vuelco por un breve momento, antes de contenerlo, convenciéndome de las dificultades que podrían surgir, si permitía que su pensamiento echara raíces y si llegaba a creerlo. La sonrisa se derretió de mis labios y di un paso atrás. No necesitaba más complicaciones en mi plan para llegar a casa—. Creo que debería retirarme, mientras estoy por delante.

Graham se pasó la mano por el cabello desordenado y sus ojos examinaron mis rasgos.

—Adiós, niños —dije, negándome a dejar que la confusión en sus dulces rostros me invadiera. Di la vuelta y me dirigí hacia Alicia, quien me esperaba pacientemente—. Cuando haya terminado, Graham —le dije por encima del hombro—. Deberíamos comenzar nuestro viaje de regreso a Grandview.

Los ojos de Alicia revolotearon detrás de mí, mientras me acercaba, aunque no dijo nada.

—¿Volvemos al carruaje? —pregunté, forzando una sonrisa de indiferencia, mientras tomaba mi sombrero y lo aseguraba en su lugar.

Sin decir una palabra, caminamos hacia el carruaje.

—Creo que Supriya ha venido a hablar con usted. —La suave voz de Alicia me sacó de mis pensamientos sobre Graham y la mejor manera de manejar el lío en el que me había metido.

Mi mirada se posó en la anciana, que nos esperaba cerca de las afueras del pueblo. Le sonreí y ella levantó la mano para mostrarme una botella.

—¿Qué es eso que tiene? —pregunté, sin estar segura, si ella podría entenderme.

Dio un paso adelante con la botella extendida.

Ante su insistencia, se la quité.

—¿Es para mí?

Ella asintió y señaló la botella.

—*Alholva* —dijo, con su encantador y marcado acento.

—¿Té? —pregunté.

Ella asintió de nuevo, antes de pedirme la otra mano. Obedientemente, extendí la mano y abrí la palma. Su mano envejecida se cernió sobre la mía y se retrajo, dejando atrás un puñado de

hojas. Mi mirada se elevó hacia la de ella.

Supriya se llevó la mano a la nariz y olfateó, antes de señalar las hojas en mi mano y luego hacia mi estómago.

—¿Debo olerlas? —dije, levantando las potentes hojas cerca de mi cara.

Ella sonrió y meneó la cabeza.

Miré entre la botella en una mano y las hojas en la otra.

—Esto es muy generoso de su parte.

Sus ojos eran cálidos y pensativos, y deseé que mis manos estuvieran libres para poder estrechar las de ella entre las mías y mostrarle mi gratitud más plenamente.

Como si pudiera entender mis pensamientos, las manos de cuero de Supriya se posaron en mis mejillas. No podíamos hablarnos, pero su toque cálido era exactamente lo que necesitaba: un recordatorio de mi hogar. Absorbí la sensación hasta que sus brazos bajaron.

—Gracias —susurré.

Ella asintió, una vez más, y dio la vuelta, arrastrando los pies hacia la dirección por la que acabábamos de llegar. La miré un momento y luego vi a Graham, dirigiéndose hacia nosotras. Sin decir una palabra, me apresuré a recorrer el resto del camino hasta el carruaje y entré corriendo sin ayuda.

Alicia subió detrás de mí, y se sentó en el banco frente a mí.

—¿Pasa algo raro?

—No. —Volví la mirada por la ventana frente al pueblo, incapaz de compartir con ella lo que había vislumbrado en los ojos de Graham. ¡Qué afectada me había sentido!—. Simplemente, estoy un poco cansada.

El carruaje se movió ligeramente, cuando se cerró la puerta, y me sentí excepcionalmente agradecida por este movimiento. No podía soportar enfrentarme a Graham... Todavía no.

Capítulo diecisiete

GRAHAM

El viaje de regreso a Grandview me dio tiempo suficiente para pensar qué hice mal para ofender a Honora. Tal vez había cruzado una línea, cuando la levanté en el aire, pero ella había estado riéndose, todo el tiempo, hasta que giró para mirarme. Fue entonces cuando su sonrisa desapareció. ¡Mujer confundida! ¿Alguna vez comprendería qué la mantenía a ella a tanta distancia?

Por fin, entramos en los terrenos de Grandview. Cuando llegamos, cerca de la entrada principal, desmonté y entregué mis riendas al mozo de cuadra, que nos esperaba. Honora había dormido todo el camino de regreso a casa, o al menos había fingido dormir, en las dos paradas, que habíamos hecho para que los caballos descansaran, y yo estaba ansioso por verla. ¿Seguiría siendo distante o su péndulo ya habría vuelto a su encantador “yo”? Empezaba a haber demasiadas “Honoras”, como para seguirles la pista.

Abrí la puerta del carruaje y la voz susurrada de la doncella se detuvo. Honora salió, ahora en sombras, con el pelo revuelto y los mechones cayéndole alrededor de la cara. Parecía como si realmente hubiera estado durmiendo durante el viaje, y el pensamiento me tranquilizó. Ella tomó la mano que le ofrecí, pero su toque fue ligero y breve, ahuyentando la esperanza, que acababa de sentir. Simplemente, así era.

—¿Descansó bien? —Intenté no parecer afectado por su mirada distante.

—No particularmente —dijo con la voz alterada, pero no con el entusiasmo que normalmente tenía. Su mirada se dirigió a su doncella, quien se puso a su lado—. Cenaré en mi habitación.

—Muy bien, señorita —dijo Alicia, haciendo una pequeña reverencia, antes de dirigirse hacia la entrada de servicio.

La mirada de Honora permaneció fija en la joven, como si lamentara haberla despedido, antes que ella misma hubiera escapado.

—Estoy agotada —dijo, su voz era un susurro—. Lo veré mañana.

Le hice una señal al conductor para que continuara y corrí detrás de Honora.

—¿Qué está mal? —pregunté, agarrando su muñeca para detener su retirada—. ¿He hecho algo que la molestó?

Ella soltó un profundo suspiro.

—No. Bueno, nada intencional...

—¿Entonces, he hecho algo? —Mi ceja bajó.

Ella simplemente se quedó allí.

—¿Usted no me dará una pista de cómo puedo arreglar esto?

Apretó los puños y liberó su brazo de mi agarre.

—Usted no puede. No puede hacer nada de esto... Bueno, ¿no ve eso?

La culpa casi me venció. Podría haberlo arreglado, liberarla de este lugar, y no lo hice. Sin embargo, no la haría sufrir por mi traición. Ayudaría a encontrar una salida a esto.

—Nora, tal vez, podríamos...

—No. —Ella sacudió la cabeza y se alejó un paso de mí—. Solo está complicando las cosas.

Mi culpa dio paso a la frustración.

—¿Y cómo, por favor, dígame, estoy logrando eso?

Ella sacudió su cabeza.

—Tengo que irme. —Ella me dio la espalda y subió apresuradamente las escaleras sin mirar atrás.

Me quedé en el camino vacío durante algún tiempo hasta que me di cuenta que no podía encontrarle sentido a esta mujer, a pesar de mis grandes esfuerzos y profundos deseos.

Capítulo dieciocho

HONORA

Las palabras de la novela que intentaba leer se mezclaban con pensamientos sobre la India, Inayat, Ansuya, Supriya y la pregunta, que había visto en los ojos de Graham, y no quería recordar. Leer era una tarea inútil, cerré el libro y miré alrededor de mi habitación. Cómo deseaba que Alicia estuviera aquí para distraerme. Ella habría permanecido voluntariamente en Grandview, en su día libre, si se lo hubiera pedido, pero merecía pasar el día sabático con su familia. Además, no tenía ningún deseo de hablar de mi extraño comportamiento, durante el viaje de ayer a Portsmire (ni con ella, ni con Graham) hasta que pudiera ordenar mis sentimientos al respecto y decidir qué debía hacerse con la situación.

La familia probablemente regresaría pronto de la iglesia, y ya debían estar en camino, y aunque asistir a los servicios dominicales habría sido justo lo que calmaría mi alma atribulada, había optado por quedarme atrás. Evitar a Graham había sido parte de la razón para hacerlo, por supuesto, pero fue el pensamiento de mi engaño lo que había sellado mi elección. Una cosa era intentar convencer a los Whitworth y sus conexiones, que yo era alguien que no era, pero continuar tal acto, dentro de un espacio sagrado, era completamente inaceptable. No... Más bien, necesitaba al Cielo de mi lado, ahora más que nunca.

Con un resoplido, me puse de pie y miré alrededor de la habitación, en busca de algo en qué ocuparme. El montón de invitaciones preparadas había llenado mis horas de la mañana, pero ahora lamentaba no haber tenido la previsión de reducir el ritmo y hacer que el esfuerzo durara más. Mi mirada se dirigió a la ventana, y miré hacia la única otra cosa que podía traerme paz: el mar.

¿Por qué no lo había pensado antes? Una caminata me pareció perfecta para aclarar mi mente y volver a alinear mis prioridades. Recuperé mi sombrero y mi pelliza de terciopelo, sabiendo que una chaquetilla no sería suficiente para protegerme del frío, todavía desconocido, y rápidamente cambié mis pantuflas por las botas.

Cuando salí, el sol brillaba sin que las nubes lo obstaculizaran, pero la brisa fría del agua me provocó un escalofrío. Me abroché el botón superior de mi pelliza y ajusté el cuello para protegerme del aire asaltante. Sin tener idea de hacia dónde me dirigía, comencé a caminar por un sendero hacia el brillo del océano, en la distancia.

Caminé más de media milla, cuando finalmente llegué a mi destino. Sin dudarlo un momento, cerré los ojos y me concentré en el sonido de las olas, los gritos de las aves marinas y el mordisco de la brisa, que rompían el silencio, en mi cara.

—¿Señorita Crauford?

Mis ojos se abrieron de golpe, ante el sonido de una familiar voz femenina, y miré para encontrar a Lady Judith, Lady Marie y Graham caminando por una ligera pendiente, donde continuaba mi camino. ¿No había descanso para los que estaban cansados?

—Buenas tardes —dije, alterando mi voz, y ofreciendo a ambas mujeres un pequeño asentimiento.

—¡Qué afortunados somos de encontrarla! —dijo Judith, ofreciéndome una dulce sonrisa—. ¿Ha estado mucho tiempo al aire libre?

Dudé, sin saber qué respuesta los haría irse.

—Pensé en tomar un poco de aire fresco.

Ella esperó, aparentemente preguntándose, si esa sería la única respuesta que yo le daría.

—¡Oh, bueno! Espero que eso haya sido... refrescante.

—En gran parte. —Mis ojos se dirigieron involuntariamente a Graham, que estaba de pie, mirándome. Aunque su actuación podría haber mejorado desde mi llegada, tuve la sensación que su expresión tranquila significaba que estaba enojado conmigo por lo de ayer... y posiblemente, también por lo de anteayer. En verdad, no lo culpé, pero tampoco podía arrepentirme de mi elección de dejar cierta distancia entre nosotros. Nuestras interacciones comenzaban a volverse demasiado cómodas, y es casi imposible lograr lo que se necesita, al sentir comodidad.

Judith dio unos pasos más hacia donde yo estaba, casi arrastrando a Marie a su lado.

—Considerando el hermoso día que es, los tres decidimos caminar a casa desde la iglesia por el mar.

—¿Y por qué usted me cuenta esto? —pregunté, esperando que mi comportamiento frío los hiciera avanzar más rápidamente.

La sonrisa de Judith no flaqueó.

—Solo que planeamos invitarla a tomar el té con nosotros, si usted quiere acompañarnos.

Marie resopló, ante la invitación de su hermana, ya que odiaba recompensar el mal comportamiento.

—Se lo agradezco, pero no... —negué con la cabeza.

—¿Está segura que no podemos persuadirla? —La sincera súplica de Judith deshizo instantáneamente cualquier calma que el mar hubiera traído.

—Ella ya dijo que no quiere. —Marie tiró de su hermana y las dos pasaron a mi lado, mientras hablaba—. No es de buena educación presionarla más.

Si no hubiera agradecido tanto la insistencia de Marie, habría mencionado su hipócrita conocimiento del comportamiento cortés.

—Entonces, ¡nos veremos en la cena! —gritó Judith por encima del hombro.

Graham siguió a sus hermanas sin dedicarme otra mirada. Era mejor así para todos nosotros. Y el dolor en mi corazón solo lo confirmó. ¿Cuánto más doloroso sería cuando me fuera, si permitiera que nuestra familiaridad siguiera creciendo, como lo había hecho?

Les di la espalda a todos y comencé a recorrer el camino por el que acababan de venir, orando para que fuera liberada de este desastre.

—Nora. —La llamada de Graham casi me deshizo, y no fue hasta que pude escuchar sus fuertes pasos detrás de mí, que di la vuelta para mirarlo.

Vi a sus hermanas, ambas continuando sin él, y mi pecho se apretó con miedo.

—¿Qué sucede, Lord Stanbury?

—Debemos hablar.

No estaba preparada para tener la conversación, que sabía que él quería, la que se merecía.

—¿Nosotros? ¿Debemos?

—A menos que tú prefieras que me vuelva loco.

—Y pensé que yo era la dramática.

No mordió el anzuelo. Su comportamiento y búsqueda de intimidad no cambiaron.

—¿Qué he hecho para que actúes sin sentir nada hacia mí? —Su pecho subía y bajaba por el esfuerzo, o tal vez en un intento de controlar su ira—. Cada vez que te ofrezco mi amistad, recibo frialdad a cambio.

Mi garganta se cerró ante su acusación.

—Aprecio tu oferta, pero temo que aceptarla solo hará las cosas más difíciles.

—¿Cómo es eso?

—Mi deseo es que se rompa nuestro compromiso. No nos beneficiará a ninguno de los dos desarrollar un vínculo, ni siquiera uno de amistad, como lo estás intentando.

Graham me miró fijamente.

—¿Tu deseo es regresar a la India sin verte afectada en absoluto? ¿Casi como si nunca hubieras venido a Inglaterra? —Abrió y apretó los puños, mientras esperaba mi respuesta.

—Creo que será más fácil para ambos de esa manera. —Sabía que no podía soportar los arrepentimientos y las preguntas que me dejarían confundida, eso ya había comenzado a confundirme. Estaba decidida a lograr lo que quería.

—¿Y mis deseos, Nora?

Su pregunta me tomó por sorpresa, evocando la conversación que tuve con mi padre, meses atrás, cuando me habló por primera vez del matrimonio concertado. ¡Qué enojada estaba porque a él le importaba tan poco cómo me sentía! Ahora, yo estaba tratando a Graham de manera similar. Pero, a diferencia de papá, no me atreví a preguntarle qué quería.

—No puedo arriesgarlo todo.

—¿Arriesgarlo todo? —Se quitó el sombrero de castor y se pasó una mano por el pelo despeinado, antes de volver a ponérselo—. ¿Qué arriesgas al permitir una amistad entre nosotros?

Él necesitaba entenderlo.

—Lo vi en tus ojos, Graham. Ayer, cuando estábamos en el acuerdo con los *lascars*, tus ojos contenían una pregunta, una que podría comprometerlo todo.

—¿Todo esto se debe a una mirada que te di?

Asentí, sintiéndome un poco tonta al reconocer el hecho.

Su mirada vagó hacia el mar, por un momento, antes de posarse nuevamente en mí.

—Bueno, ¿qué pregunta amenazadora parecieron hacerte mis ojos?

Yo dudé. No podía dejar de expresar la respuesta, una vez que fuera dada.

—Por favor, Nora.

Se me escapó un pequeño suspiro.

—Tus ojos no me pedían nada. Reflejaron una pregunta que tú hiciste.

Por primera vez, en esta conversación, una sonrisa insegura apareció en las comisuras de los labios de Graham.

—¿Es este uno de tus talentos inusuales que no conozco? ¿Un truco indio para leer la mente que aprendiste, tal vez?

—Inayat, mi *ayah*, siempre dije que los ojos son un claro reflejo del alma. Muchas veces, si se presta atención, se pueden vislumbrar esos reflejos, antes que la otra persona haya siquiera comenzado a comprender las confusas complejidades, que hay dentro de ellos.

—Por favor, dime, ¿qué reflexión podría impedir una amistad?

Tragué, mirando hacia el mar.

—Te preguntaste si podrías estar contento de quedarte atrapado conmigo... Fue apenas por un momento, pero estoy segura que lo que vi. —Respiré una bocanada de aire salado, intentando calmar el frenesí dentro de mí—. No quiero llegar a un acuerdo y no creo que tú quieras eso. —Hice una pausa, reprimiendo mis emociones rebeldes—. Y, más que nada, quiero volver a mi casa.

Graham no dijo nada, sus ojos observaron mis rasgos.

Me puse un mechón de pelo rebelde detrás de la oreja.

—Lo siento mucho, pero es lo mejor.

—No estoy de acuerdo.

Moví la cabeza.

—¿Y con qué no estás de acuerdo? ¿Mi percepción de tus pensamientos o la distancia necesaria que debemos mantener?

—La distancia —dijo, sin negar mi reclamo en su contra. La esperanza surgió en mi pecho, una engañosa y traidora—. ¿No ves que el dolor que vendrá de todos modos?

—Pero, podemos mitigarlo... podemos disminuir los efectos que experimentamos al...

—Estoy cansado de los cálculos, Nora. Estoy cansado de eludir la vida en un intento de aliviar las lesiones que pueda sufrir. ¡Eso es todo lo que he hecho estos últimos años! ¿Por qué no podemos simplemente disfrutar de nuestro tiempo, juntos, y después aceptar lo que venga? Porque en ese momento, espero sentir inmensamente tu pérdida, cuando te vayas.

Mi corazón se aceleró, ante su admisión. Y aunque aparentemente dudaba más en aceptar el daño que él parecía tan dispuesto a permitir, no pude mentirle.

—Como yo me sentiré al perderte.

Extendió una mano hacia mí, como si quisiera estrecharla, con una hermosa y plena sonrisa en sus labios.

—¿Entonces, somos amigos?

—¿Otro acuerdo? —Arqueeé una ceja.

—Supongo que sí.

—Entonces, ¿deberíamos repasar los términos, antes de hacerlo oficial?

Él se rió, pero dejó caer su mano.

—¿Y qué términos se necesitan para promulgar nuestra amistad?

A pesar de la burla, en su voz, lo miré fijamente.

—Debes prometerme que dejarás de pensar, si un matrimonio entre nosotros sería lo suficientemente soportable, como para que valga la pena sufrir por ello.

—Bueno, como lo dices de esa manera...

Ya no pude reprimir mi sonrisa.

—Prométame, que lo intentarás.

—Lo intentaré.

—Y como ya prometiste no ofrecer ninguna resistencia, cuando llegue el momento de regresar a casa, creo que no tengo otras condiciones.

—Bueno, yo tengo una.

—¿Y cuál es?

—Debes dejar de analizar demasiado cada interacción entre nosotros.

—No me excedo...

—Nora —dijo. Su tono rebosaba diversión—. Ciertamente, lo haces...

—Muy bien. —Solté un pequeño resoplido.

—¡Ah! Y dejarás de llamarme Lord Stanbury por completo. —Volvió a extender la mano y esta vez, a pesar de mi ligera vacilación, la agarré. La sacudí con firmeza, como tantas veces había visto hacer a papá con sus socios comerciales.

—Amigos por fin —dijo Graham con una sonrisa burlona.

—Así parece. —Cuando nos soltamos de las manos, él ofreció escoltarme. Pero cuando lo agarré del brazo, una extraña decepción se apoderó de mí. ¿Era realmente una amistad lo que yo deseaba?

Capítulo diecinueve

GRAHAM

Abrí la puerta del estudio y encontré a la doncella de Honora cosiendo en su lugar habitual y a Honora, ya sentada en el escritorio, revisando varios papeles con intensa concentración. Solo se veían unas pocas pequeñas pilas de papel, en la superficie del escritorio, y el suelo estaba despejado. ¿Ya había logrado ordenar todos los gabinetes y devolver los documentos innecesarios a sus lugares? Ella ciertamente era muy eficiente, aunque no fue particularmente observadora de mi entrada.

Cerré la puerta con fuerza suficiente para llamar su atención y Honora levantó la mirada brevemente.

—Ven a mirar esto, Graham. —Mi nombre sonaba justo en sus labios, cuando no estaba contaminado por su voz alterada.

—Buenos días. —Solté una pequeña risa y caminé hacia ella.

—Ahora somos amigos, recuerda. No hay necesidad de tal formalidad. —Ella dio unas palmaditas en el asiento a su lado, y me deslicé en el mismo, mientras ella empujaba la pila de papeles, que había estado evaluando frente a mí—. Aquí hay cartas de siete bancos diferentes, como la que encontramos el otro día. Y todas son similares, excepto que dos informan a tu padre que los fondos han sido transferidos a un banco diferente, mientras que las demás son confirmaciones de esas transferencias.

—¿Y debo suponer que no es típico que el movimiento de fondos ocurra con tanta frecuencia?

—Dividir activos entre diferentes bancos es siempre una buena elección, porque si un banco cae, no se pierde todo.

—Pero...

—Pero a menos que exista un propósito, transferir cuentas enteras de dinero a varias instituciones, como estas, en un período tan corto parece peculiar. Y mira. —Señaló la carta de arriba, luego pasó a la siguiente y después a la próxima—. Todas ellas están fechadas en el último año.

—¿Y crees que eso es significativo?

—No necesariamente. Simplemente tengo curiosidad por saber por qué se hizo esto. No parece que tu padre esté involucrado en especulaciones, ya que los montos parecen pasar de una cuenta privada a otra. Y dado que sus principales acreedores son probablemente los propios bancos, no es que esté intentando ocultar los activos. —Volvió a mirar las cartas—. Solo desearía que se especificaran las cantidades para que pudiéramos entender cuánto dinero se está moviendo. Y todos estos bancos están en Londres, excepto un banco cercano. Pensé que podríamos visitarlo más tarde, pero espero obtener un poco más de información, primero.

Apreté con más fuerza el papel que tenía en la mano, esperando que no se refiriera a hablar con mi padre.

—Tal vez el señor Waldorf podría explicarlo, considerando que varias de las cartas lo mencionan, como el hombre que solicitó el traslado inicial. Mi padre dijo que el señor Waldorf llegará pasado mañana para su visita trimestral.

Honora asintió pensativamente y observó mi expresión. ¿Podía ver que estaba tratando de

evitar involucrar a mi padre en esto? No podía arriesgarme a que supiera la verdad de cómo había entrado en su habitación y cogido la llave de los armarios, sin que él lo supiera. Con razón, él se pondría furioso, y tampoco quería arriesgarme a discusiones entre Honora y yo.

Honora se recostó en su silla, sin dejar de mirarme.

—Desearía hablar con el señor Waldorf cuando llegue, pero...

—Quizás, entonces, el señor Vincent, nuestro agente residente, sepa el motivo.

Parecía como si ella quisiera decir algo, pero en lugar de eso miró el reloj.

—Esperemos. Estará aquí en cualquier momento.

Como si lo hubieran llamado, sonó un golpe en la puerta. Honora se bajó de su asiento y pensé que tenía intención de abrir la puerta ella misma hasta que volvió a mirarme.

—¿No le vas a decir que entre? —susurró.

—¿Yo?

—Por supuesto, tú.

Antes que pudiera siquiera expresar una queja en sentido contrario, ella hizo un gesto frenético hacia la puerta y tomó asiento en una silla frente a la pared, donde estaba sentada su doncella.

—Adelante —llamé, sintiéndome cada vez menos seguro de mí mismo.

La puerta se abrió. Jameson entró e hizo una reverencia.

—El señor Vicent, milord.

—¿Que entre!

Jameson dio un paso atrás para dejar espacio al señor Vincent, y rápidamente cerró la puerta, cuando el hombre entró.

—Señor Vincent, gracias por venir en tan poco tiempo.

El señor Vincent me hizo un gesto rígido y se quitó el sombrero.

—Lord Stanbury. —Giró hacia Honora y le hizo una reverencia—. Señorita Crauford, ¿supongo?

—Supone correctamente —dijo, en su tono agudo.

—Es un placer conocerla finalmente. —La fácil sonrisa del señor Vincent lo hacía parecer más joven. O tal vez estaba más cerca de mi edad de lo que había pensado anteriormente—. Admito que estaba ansioso por tener la oportunidad.

La mirada de Honora se dirigió hacia mí.

—No puedo imaginar por qué...

—Creo que compartimos un amor común. —Antes que cualquiera de nosotros pudiera responder, o que el rostro de Honora se pusiera de un tono rojo más oscuro, él aclaró—. La India... Pasé algunos años allí, cuando no hacía mucho que había terminado la escuela.

—¡Oh! —asintió ella levemente, pareciendo aliviada—. ¿Usted trabajó en la Compañía Comercial de las Indias Orientales?

—Afortunadamente, no... Fui a quedarme con un familiar. Mis padres pensaron que la experiencia me ayudaría a... madurar un poco. —Le sonrió a Honora de una manera que me hizo hervir la sangre—. Estoy agradecido de informar que tenían razón. Aunque mi tiempo en la India se le debe atribuir a algo más que a mi crecimiento. Lo atesoraré por siempre.

Honora recompensó su admisión con una sonrisa, que transmitía demasiada calidez, especialmente considerando su actuación.

—Parece que usted tiene razón acerca de los puntos en común entre nosotros.

Me aclaré la garganta.

—Señor Vincent, tenemos algunas preguntas sobre las propiedades.

Volvió su atención a mí, colocó el sombrero que había sostenido debajo de un brazo y se acercó a donde yo estaba sentado en el escritorio.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Me quedé sentado allí por un momento, sin siquiera estar seguro qué se suponía que debía preguntarle al hombre. La mirada de Honora estaba fija en mí y sus ojos se movieron hacia la pila de papeles, reflejando cierta intención. Volví a mirar al señor Vincent.

—¿Es usted... consciente de por qué ha habido tanto movimiento de los bienes de mi padre desde principios del año pasado?

—¿Se refiere a las cuentas bancarias?

Una cantidad igual de molestia y vergüenza se apoderó de mí, ante mi aparente incapacidad para hablar con claridad.

—Precisamente...

—Mi rol como agente no me permite comprender mucho la situación financiera de su padre. Puedo decirle todo lo que desee saber sobre Grandview, ya que esas son las cuentas que llevo: qué alquileres se han cobrado, qué mejoras se requieren y cuáles se han completado, qué campos se plantarán y con qué cultivos, pero no mucho más... me temo...

Honora se levantó.

—¿Puede decirnos cómo salió a la luz la malversación de fondos del señor Hull? ¿Usted ayudó en el descubrimiento? ¿No?

—Solo por poco... El señor Waldorf debería recibir la mayor parte del crédito. —El señor Vincent nos miró y me di cuenta de que le estaba costando decidir a quién de nosotros (Honora o yo) mirar, mientras hablaba. Él se decidió por ella, y yo no lo culpé—. Usted verá... No mucho después que me contrataran, estaba revisando libros de contabilidad anteriores para tener una idea de lo que era típico. Me encontré con una discrepancia menor en las cuentas: un débito ingresado sin un crédito asociado. Honestamente, ni siquiera fue una suma muy significativa, excepto por el hecho que el saldo se igualó a pesar del crédito faltante.

Honora asintió comprensivamente, luciendo una concentración intensa.

—Se lo mencioné al señor Waldorf, pero no volví a pensar mucho en ello. Aparentemente, al señor Waldorf le pareció esto bastante extraño, y decidió investigar más a fondo, encontrando discrepancias similares en todos los libros de contabilidad, así como otras entradas, en las que se ingresaban tanto un crédito como un débito, pero que enumeraban cuentas receptoras, que no se podían encontrar.

Honora se acercó al señor Vincent.

—Pero no es que un agente pueda robar toda una fortuna con incrementos tan pequeños, especialmente sin que nadie se dé cuenta.

—Parece que la oportunidad del señor Hull llegó cuando Lord Denhurst le concedió permiso para tratar con los bancos, en su nombre. Me dijeron que al señor Hull se le habían otorgado los mismos derechos que al señor Waldorf, pero sin que el señor Waldorf fuera consciente de esa libertad.

Honora rodeó el escritorio y se paró junto a mi silla. Con ella a mi lado, de alguna manera me sentía más capaz.

—¿Y cómo es posible que el señor Waldorf, o mi padre, no descubrieran lo que estaba ocurriendo? Seguramente, los bancos les habrían notificado los retiros. —Puse una mano encima de la pila de cartas, que tenía por delante—. Así como a mi padre le envían una carta cada vez que el señor Waldorf actúa en su nombre.

Por primera vez, el señor Vincent pareció dudar en responder.

—¿Qué es lo que sucede? —pregunté, inclinándome hacia adelante.

El señor Vincent sacudió la cabeza.

—Con toda honestidad, no creo que sea mi responsabilidad compartir mis pensamientos sobre el asunto.

Miré a Honora, que analizaba atentamente al señor Vincent.

—¿Y por qué, señor Vincent?

Tragó, quitándose el sombrero de debajo del brazo y moviendo el ala con un movimiento circular entre sus manos.

—Lord Denhurst es mi empleador y mis pensamientos no son más que especulaciones.

Honora levantó la barbilla.

—Como probablemente usted sabe, Lord Denhurst no será quien pague su salario por mucho más tiempo.

El señor Vincent se movió inquieto.

—Supongo que tiene razón.

Honora hizo un gesto con la mano hacia él.

—Entonces, por favor continúe.

—Como dije, tengo poca evidencia para mi conjetura, así que por favor, tómela tal como es. —Al aceptar nuestro permiso, el señor Vincent soltó una pequeña bocanada de aire—. Lord Denhurst nunca se ha interesado mucho en la gestión de sus propiedades. Y parece poco inclinado a hablar de asuntos que requieren su atención, y a menudo deja que yo o el señor Waldorf hagamos lo que consideremos necesario.

Me quedé sentado en un silencio atónito. ¿Se refería a mi padre, el hombre que siempre estaba en su estudio con un libro de contabilidad, abierto ante él? Mi padre tenía mucho cuidado en todos los asuntos de sus propiedades, y en cada ocasión permitida, cuando no estaba en su estudio, ofrecía la excusa que había más por hacer, que las propiedades no funcionarían por sí solas. ¡No! El señor Vincent estaba demostrando ser un hombre muy poco observador.

Las manos del señor Vincent se detuvieron sobre su sombrero.

—Me he preguntado si... Bueno, si Lord Denhurst tiene alguna dificultad para leer y quizás también para escribir. Supongo que el señor Hull habría conocido la lucha de Lord Denhurst, ya que lo conocía desde que era un niño, y pudo aprovecharse de él, gracias a ello.

Parpadeé, intentando darle sentido al comentario absurdo.

—¿Qué evidencia puede ofrecer que lleve a tal conclusión?

Él tragó.

—Solo tengo observaciones generales. Por ejemplo, cuando le pido a Lord Denhurst que revise algo, normalmente me da alguna excusa de por qué no puede, como por ejemplo haber extraviado sus gafas, y me pide que se lo lea. Incluso, en raras ocasiones, me ha entregado su correspondencia personal para que la lea en voz alta y pueda aconsejarle sobre su contenido. Uno de mis deberes como agente residente es ocuparme de toda la correspondencia relacionada con Grandview. Si es necesario escribir alguna carta o documento, yo la escribo.

Me puse de pie, incapaz de sentarme, mientras el señor Vincent daba sus especulaciones al azar.

—Estoy seguro que si alguien sabía que mi padre carecía de tales habilidades, sería su propia familia. No recuerdo ninguna ocasión en la que no lo haya visto con un periódico o un libro en la mano. —Hice un gesto brusco detrás de mí—. Y la forma en que se esclaviza en estos libros de contabilidad, como si nada más fuera importante... —La risa que estallaba en mí era medio loca.

—Graham. —La voz de Honora era tranquila, mientras colocaba una mano de advertencia en mi brazo—. No hay necesidad...

—Creo que hemos terminado aquí por ahora. Puede salir, señor Vincent.

Él asintió rápidamente, pero su mirada se detuvo en Honora, mientras ella le ofrecía una mirada de disculpa. Esto solo aumentó mi creciente ira.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, me senté de nuevo en mi silla.

—¡El descaro de ese hombre!

Las manos de Honora se dirigieron a sus caderas.

—Graham, ¿por qué diablos haces el rol de un hombre loco?

Levanté una mano hacia donde acababa de surgir el problema obvio.

—¡Está acusando a mi padre de ser analfabeto!

Ella sacudió su cabeza.

—Solo dijo que se preguntaba si tu padre tenía alguna dificultad para leer, no que no pudiera.

—¿Y supongo que tu aprobación, no tiene nada que ver con que sea un caballero apuesto, que habla bien, con un amor mutuo por la India? —La pregunta se me escapó, antes que me diera cuenta de la mezquindad que estaba diciendo. No estaba seguro de qué me arrepentía más: si preguntarlo o el tono acusador que había usado.

La boca de Honora se tensó en una línea firme.

—¿Mi aprobación? Dije un hecho, Graham, no mi opinión sobre ese hombre. Pero, si quieres saber la verdad, creo que vale la pena considerar cualquier sospecha en este momento... incluso si fue el señor Vincent, quien la ofreció.

—Esto es ridículo —dije en voz baja—. Lo sabría si mi propio padre no supiera leer.

—Enviemos a buscar a tu padre y veamos cuán ridícula es esta idea. —Antes que pudiera objetar esto, Honora se acercó al timbre y lo tocó.

Capítulo veinte

HONORA

Un golpe en la puerta me puso los nervios de punta. Me senté en la silla de Lord Denhurst para guardar las apariencias y guardé el fajo de cartas en el cajón del escritorio.

—Adelante —llamé, ya adoptando mi tono pretencioso y agudo. Graham estaba al otro lado del escritorio, cerca de la silla que yo había colocado para Lord Denhurst. Cuando llegó el señor Vincent, quería que creyera que Graham estaba a cargo, pero no podía permitir que Lord Denhurst pensara eso.

La puerta se abrió y Lord Denhurst entró, luciendo tan aprensivo como yo.

—¿Jameson me dijo que usted solicitó una audiencia conmigo?

—Sí... Espero no haberme entrometido demasiado en su tiempo libre, pero hay algunos asuntos de negocios que deseo discutir. —Señalé la silla frente a mí en el escritorio—. Tome asiento.

Con movimientos pausados, él hizo lo que le ordené.

—¿Le importaría darme una idea de sus libros de contabilidad? —Abrí el libro grande frente a mí y lo empujé hacia él. Graham había mencionado que normalmente pasaba la mayor parte de su tiempo en el estudio trabajando, y aunque no lo dudaba, quería estar segura.

Volteó el libro para mirarlo.

—Es un sistema de partida doble —dijo casualmente.

—Sí. Puedo ver eso. Pero vea esta cuenta aquí. —Señalé una entrada—. No puedo entender qué es. —Moví mi dedo hacia abajo y me decidí por otro movimiento—. Ni este. —Me haría parecer bastante tonta, si respondía, y para el segundo había decidido al azar por leer algo de “*vivienda para inquilinos*”. Pero supuse que, si pudiera responder, simplemente se sentiría justificado, en sus pensamientos, sobre mi ingenuidad con respecto a las finanzas.

Los ojos de Graham estaban fijos en su padre.

Los nudillos de Lord Denhurst estaban blancos por la fuerza con la que agarraba los bordes del libro.

—Lamentablemente, tengo poco talento para la enseñanza. Concertaré una reunión con mi agente y él le explicará las complejidades del método.

—Entiendo el método, pero no el propósito de algunas de las cuentas.

—Y aún así, debo seguir mi camino. —Puso las manos sobre el escritorio, como si tuviera intención de ponerse de pie.

¡Qué interesante!

—Muy bien —dije, sin desear que huyera, antes de haber logrado mi propósito de traerlo aquí—. Pero, ¿puedo preguntarle sobre estas cartas que encontramos en los gabinetes?

La mandíbula de Lord Denhurst se tensó.

—¿Gabinetes? ¿Cómo obtuvo acceso a ellos? Esos son mis asuntos privados.

Hice una pausa. ¿Había tomado Graham la llave sin permiso? Mantuve mi mirada enfocada en Lord Denhurst, sin desear traicionar a Graham como mi benefactor, si no deseaba ser revelado. Él no habló.

Me enderecé en mi asiento.

—No importa cómo llegué a tener la llave, solo que había asuntos de negocios esparcidos

entre los bocetos y la correspondencia personal, que son necesarios, si quiero tener una comprensión completa de su situación. Sin embargo, por qué no pensó en compartírselos, no es lo que deseo discutir ahora.

Lord Denhurst simplemente se sentó allí, y me pregunté hasta qué punto detestaba que lo interrogaran, en su propio estudio, mientras yo me sentaba como una charlatana, en su silla. Mi conciencia estaba atormentada por la culpa, pero aparté ese pensamiento de mí.

—Estas cartas de las que hablé mencionan la transferencia de fondos de un banco a otros. ¿Cuál es el propósito de todo este movimiento?

Justo cuando pensé que mi intento sería en vano, se aclaró la garganta.

—¿Está al tanto de todo lo que ocurrió, antes de su llegada?

—Lo estoy.

Lord Denhurst se relajó un poco.

—Bueno, entonces tendría sentido que al señor Waldorf le preocupara que el señor Hull no hubiera actuado solo. Que tal vez hubo otra persona que tuvo acceso a las cuentas por lo que los fondos no estaban seguros donde estaban. Considerando que los fondos, que poseemos, provienen casi exclusivamente de préstamos, sería mi ruina si también me los robaran.

—¿Y usted y el señor Waldorf son los únicos con autoridad para acceder a esas cuentas ahora?

—Precisamente. Él es mi agente principal y, por lo tanto, actúa en mi nombre en todos los asuntos comerciales.

Supuse que tenía algún sentido mover los fondos por motivos de seguridad, pero la sola idea que al señor Waldorf se le concediera una autoridad tan completa no me sentaba bien. No confiaba en lo poco que sabía sobre ese hombre, especialmente si (como el señor Vincent nos había hecho creer) Lord Denhurst realmente no leía bien ni tenía mucho control sobre la propiedad.

—Tendré que reunirme con él, cuando venga de visita... Usted me informará, cuando llegue, si no lo traen aquí primero.

Lord Denhurst asintió con fuerza.

—¿Hemos terminado aquí, entonces?

—Solo tengo una última petición para usted.

—¿Y qué es eso? —La mandíbula de Lord Denhurst se adelantó.

Agarré una hoja de papel en blanco y la deslicé hacia él, seguida de la tinta y la pluma.

—Dado que Graham y yo aún no estamos casados, creo que sería aceptable por el momento, si usted le concediera a su hijo, en lugar de a mí, un permiso temporal para investigar sobre el patrimonio en su nombre.

—¿Y cuál sería su intención con tal carta?

—Esperaba ir a hablar con el banquero de la ciudad sobre algunas cosas menores, y estoy dispuesto a llevar a Graham para realizar mi tarea, a menos que usted quiera acompañarme.

—No... No creo que esté preparado para semejante aventura. —Agarró la pluma, la mojó y la puso sobre el papel. Una gran mancha de tinta comenzó a acumularse, donde su mano permanecía inmóvil—. Apenas puedo ver lo que estoy escribiendo sin mis gafas. —Sacó la pluma y la dejó, mirando alrededor del escritorio, como si esperara encontrar sus gafas perdidas cerca.

—¿Quizás si escribo la carta, usted podría firmarla? —Ofrecí.

Me miró por un momento.

—Sí, eso debería ser aceptable.

Escribí un breve permiso y se lo entregué para que lo firmara.

—¿Parece suficiente?

Sus ojos recorrieron las palabras que había escrito y de repente me preocupé que el señor Vincent se hubiera equivocado. En ese caso, Lord Denhurst se enojaría con la carta que había garabateado.

—Esto hará el trabajo. —Garabateó una firma ilegible en la parte inferior—. ¿Eso es todo para lo que me necesitan?

Solté el aliento, que había estado conteniendo.

—Sí, gracias, padre. Su visita ha sido de gran ayuda.

Se puso de pie y salió ansiosamente de la habitación. Graham lo siguió para cerrar la puerta detrás de él.

Mi corazón latía con fuerza, cuando recibí la firma de Lord Denhurst.

—¿Qué es? —preguntó Graham, regresando a donde yo estaba sentada.

—¿Tu padre normalmente requiere gafas para leer?

—Sé que tiene un par, pero rara vez lo veo usándolas, porque tienden a estar fuera de lugar.

Mi mente corría con la confirmación de Graham.

—Señor... Entonces, Vincent tiene razón. No creo que tu padre sepa leer.

Graham se quedó allí, mirándome, como si no pudiera, o tal vez no quisiera, procesar lo que acababa de decir.

Le tendí la carta firmada.

—Lee esto.

Él se apoderó de la misiva.

—“Yo, Lord Denhurst, doy permiso a mi hijo, Lord Stanbury, y a su prometida, Honora Crauford”. —Hizo una pausa, sus ojos se dirigieron hacia mí—, “para actuar indefinidamente en mi nombre con respecto a todos los asuntos de la propiedad Whitworth.”

Graham parpadeó lentamente con los ojos todavía fijos en la firma de su padre, en la parte inferior.

—Seguramente, él nunca habría aceptado firmar algo como esto...

—Si hubiera podido leerlo —dije, terminando por él.

Graham sacudió la cabeza y agrandó las fosas nasales.

—¿Cómo puede ser esto cierto?

En la emoción del descubrimiento, había pasado por alto lo difícil que debía ser esta verdad para Graham, y al instante me sentí llevada al arrepentimiento.

—Lo siento mucho —susurré—. Debe haber una razón por la que lo ha ocultado todos estos años.

La mirada de Graham volvió a posarse en la carta. El rítmico apretón de su mandíbula y la ira en su rostro me afectaron más de lo que hubiera creído posible. Intenté pensar en algo más que decir, pero no me salían las palabras.

—¡Maldito hombre egoísta! Casi nos ha hecho perderlo todo... ¿Y por qué? ... ¿Su orgullo? —La voz de Graham se volvió tranquila—. Durante los últimos años, me hizo sentir como un tonto, actuando como si yo no fuera capaz de entender las complejidades de la gestión de una propiedad. Todo este tiempo fue él, quien... —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué no dijo algo? ¿Por qué no pidió mi ayuda?

—La vergüenza es una emoción complicada.

—No fue su culpa, si él tiene tales problemas. —Graham se pasó una mano por la mandíbula.

—No, no es. Pero tal vez a ti te hicieron sentir que así era. Como si de alguna manera fueras inferior por eso.

La cabeza de Graham se movió arriba y abajo en señal de acuerdo.

—Conociendo al abuelo, estoy seguro que tienes razón.

—¿Y ahora que lo sabes, le dirás algo? —dudé.

Su mirada se volvió distante y no respondió durante algún tiempo.

—No... No hasta que sepa que no pondrá en peligro lo que estamos tratando de lograr. Si casi arruinar a nuestra familia, no le hizo admitir la verdad, no puedo imaginar que le complazca descubrir que somos conscientes de sus... dificultades.

Di un suspiro de alivio.

—Puede que no lo parezca en este momento, pero todavía hay motivos para tener esperanzas. —Puse mi mano en la suya y sus ojos se encontraron con los míos—. Sé que te sientes traicionado, pero tal vez todavía algo bueno saldrá de esto.

Los ojos de Graham se movieron entre los míos, como si me miraran por primera vez. Las duras líneas de su frente se suavizaron.

—Quizás ya está hecho.

—Solo tú encontrarías una manera de burlarte de una dama en medio de tu angustia. —Le ofrecí una débil sonrisa.

—Créeme, no estoy de humor para bromear.

Mi corazón latía fuertemente contra mi pecho, pero esta vez no lo rehuí. En lugar de eso, simplemente me quedé allí, mientras él apretaba su mano alrededor de la mía, la tristeza en sus ojos oscuros se disipaba con cada momento que pasaba. Seguramente, me dolería cuando dejara Grandview. De eso estaba segura.

Capítulo veintiuno

GRAHAM

La mano de Honora permaneció en la mía, su tacto suave y sus ojos amables calmaron mis pensamientos turbulentos y, sin embargo, sin intención, me condenaron. Su gesto fue de amistad, una que habíamos iniciado hace apenas un día y nada menos que ante mi insistencia, y sin embargo me sentí descorazonado al saber que, para ella, esto no significaba nada más.

—Gracias, Nora.

Honora apartó su mano de la mía y sonrió, con un brillo juguetón en sus ojos.

—¿Por no decirle a tu padre que fuiste tú quien tomó la llave?

Le di una sonrisa lastimera.

—Por eso también. Debería haber admitido mi rol...

—No seas tonto, Graham. Como si hubiera sido un modelo de honestidad desde mi llegada. Los tiempos desesperados exigen acciones desesperadas, ¿no es así?

—Lo exigen. —Esa validación fue como un bálsamo para mi alma atormentada por la culpa. Tal vez era un momento adecuado para contarle cómo había impedido su primera oportunidad de regresar a casa y aliviar esa molesta carga—. Hablando de...

—¿Crees que...? —dijo ella al mismo tiempo. Ella paró—. Perdóname. ¿Ibas a decir algo?

El tiempo había pasado.

—No, continúa...

Ella me consideró por un momento más y se encogió levemente de hombros.

—Solo iba a preguntarte si crees que el señor Waldorf también es consciente de las dificultades de tu padre para leer.

—No lo sé. Parecería que si el señor Vincent hubiera llegado a esa conclusión por su cuenta, el señor Waldorf podría haber hecho lo mismo.

—Y con la autoridad que tiene... —Sus palabras se desvanecieron con sus pensamientos.

—¿Crees que el señor Waldorf es sospechoso?

—No tengo ningún motivo para ello, todavía, aunque estoy ansiosa por reunirme con él y ver si mi opinión cambia. —Honora señaló la carta firmada por mi padre, en mi otra mano—. Ahora que tenemos esto, ¿haremos un viaje al pueblo? Alicia me informó que el banco local que le escribió a tu padre, no está a más de cinco millas de aquí, en Clifton.

—¡Oh! No me di cuenta que hablaste en...

—¿En serio? —Honora dijo con otra risa—. Teniendo en cuenta la situación, no te culparé por dudar siempre de mis declaraciones.

—Es bueno saber eso. —Miré hacia la esfera del reloj—. ¿Cuándo planeamos ir?

Honora miró a Alicia, antes de volver a prestarme atención.

—Ahora parece un buen momento para que empieces a hacer negocios en nombre de tu padre.

A pesar del nudo que se estaba formando en mi estómago, hice una breve reverencia.

—Tendré listo el carruaje de inmediato.

Honora abrió el cajón del escritorio y sacó el fajo de cartas.

—Alicia y yo estaremos juntas, en breve.

Una combinación de nervios y emoción me invadió, mientras me dirigía directamente a los

establos. No me tomó mucho tiempo aprender que esperar a Honora, siempre pasaba más rápido, si me ocupaba de una tarea, así que dejé de pedirle a Jameson que se encargara de ello. El olor a heno fresco y estiércol flotaba en el aire estancado, y el conductor se puso de pie de un salto, cuando me vio. El taburete en el que estaba descansando, casi se cae a un lado.

—Miller, ¿qué tan pronto se podrá preparar el carruaje?

—Un cuarto de hora, milord.

—Muy bien. Tráelo al frente, cuando haya terminado.

—Sí, milord. —Antes que pudiera decir algo más, el hombre se apresuró hacia un puesto trasero.

—¿Y a dónde vas con tanta prisa, Stanbury?

Di la vuelta y encontré a Judith vestida con su traje de montar, mirándome desde un puesto. Frotó afectuosamente la nariz de su caballo y luego se dirigió hacia mí y cerró la puerta detrás de ella.

—A Clifton... Honora desea visitar el banco de allí.

—Si lo hubiera sabido, habría pospuesto mi viaje. Pero, tal como están las cosas, no creo que pueda vestirme lo suficientemente pronto para acompañarte ni deseo retrasar tu viaje. —Sus hombros cayeron un poco.

—¿Tal vez en otro momento? —dije, esperando consolar a Judith sin invitarla. El viaje de una hora sería mucho más agradable sin que Honora se viera obligada a participar en su farsa todo el tiempo.

—Lo esperaré con ansias. —Judith avanzó, pero se detuvo y me miró expectante—. ¿El carruaje no te recibirá en el frente de la casa?

—Es así. —Me acerqué a ella, igualando su ritmo pausado—. ¿Y cómo estuvo tu viaje?

—Fue agradable. —Ella me miró por el rabillo del ojo—. Sin duda, tú y Honora parecen llevarse mejor.

—Supongo que me estoy acostumbrando cada vez más a su extraño temperamento, eso es todo.

La forma en que Judith continuó evaluándome confirmó que mi intento apenas la había convencido.

—¿Has notado que su forma de hablar cambia a veces?

Puse mi mirada hacia adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Parece que a veces el timbre de su voz es más acentuado que otras. Tiende a ser más pronunciado, cuando estamos con ella por primera vez, y al final de nuestras interacciones, lo es menos. Y justo el otro día, cuando me la encontré en el pasillo, ella... —La voz de Judith se apagó, con expresión pensativa—. Ni siquiera estoy segura. Sonaba tan diferente... cansada.

—Quizás lo estaba.

Judith soltó una bocanada de aire, obviamente decepcionada con mi respuesta.

—Supongo.

—Es muy amable de tu parte que te importe —le dije con la esperanza de ofrecer algún tipo de consuelo por sus decepciones.

—Bueno, parece alguien a quien vale la pena cuidar. —Para mi gran alivio, los ojos de Judith estaban fijos en los escalones de la entrada frente a nosotros, impidiéndole vislumbrar la mirada que me traicionaría. Se agarró la falda y comenzó a subir, pero se detuvo en el segundo escalón y me miró—. Intenta divertirme, Stanbury.

—Debería intentarlo. —Reprimí una sonrisa.



No pasó mucho tiempo, después que trajeron el carruaje, cuando Honora salió de la casa con su doncella detrás de ella. Respiré lenta y tranquilizadamente. No era solo por el bien de los sirvientes, que deseaba parecer indiferente a la presencia de Honora, sino también por el de ella. Honora no necesita saber hasta qué punto yo estaba afectado. No después de haber aceptado intentar dejar de pensar en lo tolerable que podríamos estar en una unión. En verdad, la molesta promesa se había convertido en una invitación a tales pensamientos, no en una medida para evitarlos.

—¿Usted no va a montar, Graham? —me llamó Honora con voz chirriante, mientras bajaba las escaleras de la entrada.

Ni siquiera había pensado en hacerlo, pero su pregunta me hizo preguntarme, si yo había elegido mal o si ella solo lo mencionó, como parte de su espectáculo para los sirvientes.

—Con mucho gusto viajaré afuera, si usted lo prefiere.

Sus ojos recorrieron la escena.

—El Cielo sabe que con gusto recibiré su compañía. La encuentro mucho más agradable a la vista, que cuando vino por primera vez, y con lo poco que habla, no creo que deba ser una carga para mis nervios.

Entonces, ella deseaba sí mi compañía. Darme cuenta de esto, me obligó a mirar al suelo, en un intento desesperado de ocultar mi deleite, que amenazaba con salir a la superficie.

—¿No va a ser un caballero y me ayudará a subir al carruaje, Graham?

Levanté una mano, asombrado, como siempre, de cómo Honora lograba mantenerse tan bien en su personaje.

—¡Stanbury!

La mano de Honora permaneció en la mía, mientras ambos nos movíamos para mirar por detrás, donde Marie bajaba apresuradamente las escaleras hacia nosotros.

—¡Stanbury! Iré con ustedes.

Honora y yo compartimos una mirada de vacilación.

Marie se detuvo delante de nosotros con la respiración entrecortada, como si se hubiera esforzado demasiado para llegar, antes que nos fuéramos.

—Judith acaba de informarme que irán juntos a Clifton. Considerando que no es apropiado que ustedes dos estén solos tan a menudo, los acompañaré.

Honora soltó mi mano y la miró.

—Nunca estamos solos. Mi doncella siempre está con nosotros.

Marie miró a Alicia.

—Una cosa es usarla como acompañante, mientras están en casa, pero debemos proteger vuestra reputación con más cuidado, cuando están en público. Después de todo, no todos los compromisos terminan con un matrimonio.

Para mi sorpresa, Honora tomó mi mano y entró en el carruaje sin responder. Marie esbozó una sonrisa engreída, antes de permitirme ayudarla también, y Alicia la siguió. Cuando todas las damas estuvieron sentadas en sus asientos, respiré profundamente y subí detrás de ellas.

Nos sentamos en un tenso silencio, mientras el carruaje avanzaba.

—¡Oh! Stanbury —Marie volteó hacia mí, en el banco que compartíamos—. Recibí una carta de la señorita Shaw esta mañana. Recuerdas a la señorita Shaw, ¿no?

—Sí —dije, esperando que mi breve respuesta le indicara a Marie lo poco interesado que estaba en hablar de la señorita Shaw, en este momento.

—Bueno, ¿escuchaste que su tío murió y que su padre heredó todo? Ahora vive en Braxley Manor, a no más de medio día de viaje desde aquí.

—Escuché eso.

—¿Ya lo sabías? —La cabeza de Marie se inclinó hacia un lado.

Miré a Honora, que parecía incluso menos contenta que yo de hablar de la señorita Shaw.

—La señorita Crauford y yo nos encontramos con ella durante nuestra parada en Portsmire el otro día, y ella mencionó la noticia.

—¿Y no pensaste en contármelo? —Marie se burló.

—No me di cuenta que tenías tanto interés en esta dama.

—¡Oh! Pero, ¿cómo podría no tenerlo? —exclamó Marie, un poco exagerada—. Incluso antes de su ascenso de estatus, creía que ella era la persona más querida, amable y admirable que conocía. Pero ahora que es hija de un barón, tengo muchas ganas de pensar, aún más en ella, de esperar que seamos queridos amigas, como todavía no hemos podido hacerlo. Si tan solo me hubieran permitido una temporada... —Su labio inferior se levantó en un puchero, como si por un momento olvidara su propósito al inclinarse hacia la señorita Shaw, y en su lugar recordar la suprema injusticia, que había enfrentado, al no poder permitirse una temporada por segundo año consecutivo.

Su mirada volvió a centrarse en mí.

—Además, no puedo evitar pensar que ella será una pareja favorable para cualquier hombre, considerando su indiscutible belleza y la riqueza de su familia. Se rumorea que su dote ronda las veinte mil libras.

Mi pie golpeaba inquietamente contra el suelo.

—Bueno, ahora que me doy cuenta de tu reciente opinión sobre ella, espero que me perdones por no informarte de nuestro breve encuentro. Aunque, en mi defensa, mencioné haberte escrito, así que supuse que no había mucho que contarte, que ella misma no quisiera compartir.

—Bueno, supongo que debo perdonar tu descuido, ya que aún no te diste cuenta de mi apego a ella. Aunque desearía haber sabido de ese encuentro, antes de responderle, de esa manera podría haberlo mencionado... Odiaría que ella lo tomara como un desaire, dejarla pensando que te habías olvidado de decírmelo.

—Me olvidé...

—Bueno, sí, pero espero que ella no se dé cuenta. —La mirada de Marie se centró nuevamente en Honora, cuya mirada estaba por la ventana, con una mano presionada contra su estómago—. ¿Y qué pensó usted de mi amiga?

Honora se reclinó en su asiento y respiró lentamente, apoyando la cabeza en la parte trasera del carruaje. Su rostro estaba un poco pálido y de repente me pregunté, si era el movimiento del carruaje lo que le molestaba más que la conversación.

—La señorita Shaw parece una belleza poco común. —Había una falsa ligereza detrás de sus palabras.

—¡Oh! Lo es. Stanbury, ¿no habla la alta sociedad incesantemente sobre su incomparable apariencia?

—No lo recuerdo particularmente.

Marie me envió una mirada de incredulidad.

—Tú fuiste quien me lo dijo.

Me encogí de hombros a medias.

Ella no pareció satisfecha con mi fingido olvido.

—Seguramente, recordarás tus propios comentarios sobre su belleza, ¿entonces?

Para contrarrestar mi irritación, junté mis dedos entrelazados en mi regazo.

—Marie. No creo que...

—El pavo real también es una belleza reconocida. —Las palabras de Honora silenciaron la reprimenda que Marie tan desesperadamente necesitaba escuchar, incluso si eso la dejaría cuestionando las razones de mi respuesta.

La frente de Marie se frunció.

—He oído que es la más hermosa de todas las aves.

—Seguramente lo es. —Honora se enderezó en su asiento y, aunque su color todavía estaba un poco pálido, sus labios se abrieron en una sonrisa—. No es hasta que el pavo real habla que cualquiera se da cuenta que la belleza es mucho más que arreglarse y posar.

—Nunca he escuchado el canto del pavo real —dijo Marie, obviamente poco impresionada por la conclusión de Honora—. Por lo tanto, no puedo juzgar la veracidad de lo que dice.

Honora ladeó la cabeza hacia arriba y de repente empezó a emitir un pequeño sonido de risa, moviendo la nariz en el aire y abriendo la boca de manera ridícula. La doncella de Honora bajó la mirada hacia su regazo, aunque sus mejillas redondeadas y sonrientes eran visibles.

—¿Qué diablos está haciendo? —preguntó Marie. Su expresión de horror era exactamente opuesta a la mía.

Sin previo aviso, Honora dejó escapar un fuerte chillido, que nos sobresaltó a todos en el carruaje. Repitió el sonido penetrante, una y otra vez, haciendo que cualquier intento de disminuir mi diversión fuera completamente inútil. La risa estalló en mí, y ese sonido se unió al extraño graznido agudo.

—No encuentro esto en lo más mínimo gracioso —siseó Marie con los dientes apretados. Pero Honora no podía contenerse.

El movimiento del carruaje se detuvo y no pasó mucho tiempo hasta que la puerta se abrió de golpe para revelar a un conductor de aspecto muy preocupado. Sus ojos recorrieron la cabina, mientras Honora soltaba un último grito.

Intenté recomponerme hasta cierto punto, aunque lo logré bastante bien.

—La señorita Crauford estaba demostrando el canto de un pavo real.

Miller se quedó allí un momento, pareciendo inseguro de cómo responder.

Honora se inclinó hacia adelante en su asiento para mirarlo, sin siquiera un atisbo de sonrisa que la traicionara.

—¿Qué opina del canto del pavo real, señor?

—¿Yo? —Sus ojos se abrieron como platos.

—Sí, usted. Y exprese su verdadera opinión.

Bajé la cabeza en señal de aprobación, cuando él me miró, pidiendo permiso.

—Para ser honesto, suena terriblemente horrible. —El conductor sonrió ampliamente, al parecer tan capaz, como yo, de no parecer afectado—. No me gustaría estar cerca de una criatura así, a pesar de toda su supuesta belleza.

—Bien dicho —asintió Honora levemente y Miller pareció tomarlo como un permiso para volver a cerrar la puerta.

—La señorita Shaw no es como un pavo real. —Marie cruzó los brazos sobre el pecho.

—No todos los oídos están en sintonía con sonidos tan matizados. —Honora me miró, y el brillo travieso de sus ojos había desaparecido—. Pero quizás usted tenga razón y la señorita Shaw sea perfectamente aceptable.

En el silencio que siguió a continuación que envolvió al carruaje, no me atreví a refutar la afirmación de Honora ni a darle la seguridad que deseaba, debido a que lo es perfectamente aceptable, ya no era lo que quería. Más bien, yo quería a Honora.

Capítulo veintidós

HONORA

El carruaje se detuvo en una calle bastante transitada, la gente se movía de un lado a otro, al otro lado de la ventana, y rápidamente desvié mi atención al carruaje en sombras. Mi estómago tardaría un momento en calmarse, y era mejor mantener la vista fija en los rostros inmóviles, dentro del carruaje, que en las figuras en movimiento afuera. ¡Qué agradecida estaba que el camino a Clifton se hubiera mantenido satisfactoriamente y no hubiera tenido demasiadas curvas! Porque a pesar de la impresión que le habría dejado a Marie, enfermándome delante de ella, mi orgullo había sufrido abominablemente.

Graham abrió la puerta y salió, y yo desesperadamente aspiré aire fresco, permitiendo que me calmara.

—¿Vamos, señorita Crauford?

Miré a Marie, que estaba sentada con los brazos cruzados sobre el pecho y frunciendo el ceño por la ventana de enfrente. Ella no había hablado mucho desde mi espectáculo del pavo real, y aunque no le deseaba que viniera, también necesitaba saber, si tenía intención de venir con nosotros.

—¿Quiere acompañarnos, Marie?

—Creo que es suficiente con haberla acompañado al pueblo. Además, no necesito hacer alarde de mí misma. —Había veneno en su voz y me alegré de ello. Tal vez lo pensaría dos veces, antes de obligarse a asumir el rol de ser nuestra acompañante por segunda vez.

Agarré la mano de Graham y bajé del carruaje, pero antes que Graham pudiera cerrar la puerta, volteeé hacia Marie. Reuní lo que pude en mi estado actual.

—Aprecio su gesto reflexivo. Cuando supe que usted vendría, me preguntaba cómo manejaríamos la incomodidad que podría sobrevenir. Es un gran alivio saber que es plenamente consciente de la escena que puede provocar.

El rostro ofendido de Marie quedó silenciado, cuando cerré la puerta. Si tan solo hubiera podido traer a Alicia, en lugar de dejarla atrás, lidiando con los murmullos rencorosos de Marie.

Agarré a Graham del brazo y comenzamos a caminar en la dirección por la que acababa de llegar el carruaje.

—¿Podríamos caminar un poco más despacio? Creo que mi estómago necesita algo de tiempo para adaptarse a la tierra firme.

—¿Siempre haces esto mal con el movimiento?

Le di una sonrisa cansada.

—Sí... Esperaba acostumbrarme después de seis meses en el mar, pero, por desgracia, no lo hice.

Un caballero mayor que escoltaba a una joven, que parecía su hija, nos rodeó, lanzándonos una mirada agitada, obviamente estaba ofendido personalmente por nuestro ritmo lento.

—Me siento mal por tratar a Marie de una manera tan cruel. —Respiré profundamente.

Él me miró con un atisbo de diversión en sus ojos.

—¿Te explicó su propósito?

Reprimí mi sonrisa culpable, cuando él se acercó para dejar espacio a una madre que caminaba con sus tres hijos, de los cuales solo parecía tener control sobre uno.

—Bueno, no sería nada agradable, si ella no lo mereciera en cierto modo.

—Eso es verdad. Permíteme disculparme por su comportamiento.

Nos detuvimos justo afuera de un gran edificio de dos pisos. Sobre grandes puertas de madera había un cartel que decía *Fisch & Manning*.

—No es nada por lo que disculparse. Le he dado todas las razones para tratarme de esa manera y no la culpo por ello. Tampoco culpo a tu padre. Simplemente desean verte instalado de manera más amigable... al igual que yo.

Graham soltó una especie de risa aireada, aunque había poco humor en su expresión. Abrió la puerta de un tirón.

—¿Entramos?

Algunas miradas curiosas se posaron sobre nosotros, cuando entramos, y un hombre sentado detrás de un escritorio miró hacia arriba.

—¿Puedo ayudarlos?

—El vizconde Stanbury viene a ver al señor Fisch —dije, con un aire exagerado de importancia, esperando que no nos interrogara, si parecíamos saber lo que estábamos haciendo.

El hombre se puso de pie.

—Justo por aquí. —Él nos condujo por el pasillo principal hasta una habitación al final. Realizó un gesto hacia la puerta cerrada, hizo una reverencia y se fue sin decir una palabra.

—Supongo que esto es todo —susurré, dando un fuerte golpe en la madera. Se escuchó un crujido, seguido de una silla que se movía y pasos. La puerta se abrió, revelando a un caballero pequeño y mayor, apenas más alto que yo, con gafas hasta la altura de la nariz.

—Perdón por la interrupción, señor Fisch —dijo Graham, mostrando la imagen de la calma—. Soy Lord Stanbury... Mi prometida, la señorita Crauford, y yo esperábamos que pudiéramos hablar.

Una extraña sensación me invadió, ante la franca mención de Graham de nuestro compromiso, pero rápidamente recordé que lo había considerado necesario al incluir la frase en el permiso que Lord Denhurst había firmado.

El hombre levantó la barbilla y miró a Graham con los ojos entrecerrados, antes que el reconocimiento iluminara su rostro.

—¡Ah! El hijo de Lord Denhurst. —Su voz tímida parecía complementar su manera rápida de hablar—. ¡Qué placer! Entren...

Graham me hizo un gesto para que entrara primero. Lo solté y me acerqué a la más alejada de las dos sillas, colocadas frente al escritorio del señor Fisch.

El señor Fisch se sentó en su silla. Su gran tamaño le hacía parecer incluso más pequeño de lo que era.

—¿Y cómo puedo ayudarlos a ustedes dos?

Cuando no respondí, Graham se inclinó hacia adelante en su silla.

—Hemos venido a discutir una carta que mi padre recibió de usted. Se trata del movimiento de algunos fondos.

La boca del señor Fisch se tensó.

—Por mucho que desearía poder discutir estos asuntos con usted, primero necesitaría recibir la autorización de su padre.

Graham metió la mano en su chaleco, sacó el permiso doblado y se lo entregó.

—Aquí está. Mi prometida, la señorita Crauford, también figura en la lista.

Los ojos ansiosos del señor Fisch examinaron la carta.

—No está en una mano que reconozco, pero la firma es verdadera. —Él dio una breve

sonrisa—. Es suficiente. Y me disculpo por la necesidad, se deben seguir los protocolos.

—Es comprensible y apreciado. —Graham me miró expectante.

Aunque anhelaba ser un apoyo para él, sabía que lo mejor que podía hacer (lo que papá había hecho tantas veces conmigo, cuando estaba aprendiendo el negocio comercial) era permitirle que se diera cuenta de sus propias habilidades. Entonces, en lugar de intervenir, me senté allí, y solo ofrecí un gesto de aliento.

Él volteó para mirar al señor Fisch.

—¿Recuerda haberle enviado una carta a mi padre para informarle sobre la transferencia de fondos fuera de su banco?

La saqué de mi bolso y le entregué la carta.

Después de echarle un breve vistazo, él la devolvió.

—La recuerdo... Su padre está convencido que los bancos más grandes de Londres serían más seguros, a pesar que nuestro historial demuestra lo contrario. Fue un duro golpe para nuestro establishment, si no le importa que le hable con franqueza.

—Lo lamento...

El hombre arrugó la nariz, haciendo que sus gafas se movieran hacia abajo. Las empujó hacia arriba con el dedo medio.

—No fue obra suya.

Graham se movió en su silla.

—¿Usted puedes recordar la suma que sacaron de su banco?

—Un poco más de treinta mil libras. —El hombre lo dijo tan rápidamente que fue como si la cantidad hubiera quedado grabada en su memoria, y su repetición se hubiera convertido en algo común.

—¿Lord Denhurst tenía algún préstamo con ustedes? —pregunté, incapaz de controlar mi curiosidad. Era la primera vez que hablaba, desde que entré a esa oficina y estaba segura de usar la versión más suave de mi voz alterada para no distraerlo del tema.

El señor Fisch me evaluó con los ojos entrecerrados y la nariz levantada para mirarme a través de sus gafas.

—No tenía.

—¿Y sabe si parte de esa suma provino de préstamos?

—Nada de eso. La mayor parte del dinero había sido depositado en nuestro banco por el ex Lord Denhurst... —Miró a Graham—. Su abuelo. No solo fue uno de nuestros primeros clientes, sino también uno de nuestros mayores colaboradores. Al parecer, detestaba tener que viajar hasta Londres para visitar esos bancos.

—¿Entonces, transfirió todo desde aquí? —preguntó Graham.

—No. Pensó que era prudente dividir sus activos entre tres bancos diferentes: dos en Londres y el nuestro.

Los ojos de Graham se dirigieron hacia mí, probablemente al recordar lo que le había dicho sobre la sabiduría de dividir los bienes de uno.

—Pero el dinero no se transfirió hasta 1819, ¿correcto?

—Sí. El trece de febrero, para ser exactos.

Me di cuenta de que la mente de Graham estaba trabajando al mismo tiempo que la mía.

—¿Y alguna vez usted trabajó con el señor Hull? —preguntó.

—Rara vez, antes de la muerte de su abuelo, pero sí varias veces después. Su padre siempre ha utilizado a sus agentes al máximo.

—Sí. Estamos empezando a darnos cuenta de eso —dudó Graham, pero sabía que no era

porque no supiera qué preguntar, sino cómo preguntar lo que deseaba—. ¿Y alguna vez sintió que las intenciones del señor Hull eran deshonorosas?

—Soy consciente de lo que se acusó al señor Hull, después de su muerte. —El señor Fisch miró de Graham a mí—. Y por mi parte, me resulta muy difícil de creer. El señor Hull parecía un hombre honesto. Y aunque no lo conocía a nivel personal, nunca en mis interacciones con él sospeché de alguna mala intención. Y ciertamente, no vació las cuentas desde aquí, ese fue el señor Waldorf, después de la muerte del señor Hull.

Graham se puso de pie, aparentemente incapaz de resistir la misma corriente de energía que también me atravesó.

—¿Tiene motivos para creer que el señor Waldorf podría estar involucrado en la malversación de fondos?

El señor Fisch parecía reacio a responder bajo nuestras miradas concentradas.

—No iría tan lejos como para decir que creo que estuvo involucrado. Pero, como le expliqué a su padre, desconfiaría que un agente tuviera tanta autoridad.

Graham se quedó quieto.

—¿Cuál fue la respuesta de mi padre a su amonestación?

—Él nunca respondió. Pero considerando que unas semanas después de haberle escrito sobre mis preocupaciones, el señor Waldorf vino a retirar los fondos de nuestro banco, supongo que a Lord Denhurst no le gustó mi intromisión, a pesar de haberlo hecho con las mejores intenciones.

Graham y yo miramos fijamente al pobre hombre, quien se quitó las gafas con nerviosismo y se las volvió a poner.

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlos?

—No. —La voz de Graham me sacó de mis pensamientos acelerados—. Gracias por su tiempo, señor Fisch. Si necesitamos algo más, se lo haremos saber.

Asentí, tratando de recomponerme lo suficiente para ofrecerle las gracias, pero no pude. En lugar de eso, agarré el brazo de Graham, ansiosa por estar a solas con él, y hablarle de lo que todo esto podría significar. Cuando salimos al aire fresco, Graham me llevó a un lugar cerca de una pared, donde estábamos fuera del camino de los transeúntes.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó Graham.

Lo miré.

—Apenas lo sé. Mi mente todavía está dando vueltas sobre lo que podría significar, pero sé con certeza que el señor Waldorf parece más sospechoso que nunca.

Graham asintió.

—Y si fue él quien malversó el dinero, entonces...

—Podría ser recuperable. —Mi creciente sonrisa reflejaba la de Graham.

—¡Stanbury! —La voz cada vez más cercana de Marie agotó mi paciencia aún más de lo habitual—. Pensé que, como estábamos en Cliffton, podríamos hacer algunos recados. Lanford no tiene ni de cerca la selección que se puede encontrar aquí, y ha pasado demasiado tiempo desde que visité alguna tienda.

Graham parecía tan molesto como yo por la interrupción de Marie.

—Esto es porque en este momento no tenemos dinero para frivolidades.

—Solo quiero unas cuantas cintas... y tal vez un par de guantes nuevos. —Marie hizo un puchero.

—Aquí. —Metí la mano en mi bolso, saqué mi bolsa de monedas y se la entregué—. Vaya a comprar sus cintas y guantes. Puede llevarse a Alicia como compañera. —Hice cualquier cosa

por un momento de respiro.

Ella miró mi oferta con disgusto, alejando la bolsa de ella.

—No aceptaré su sucio dinero.

—¡Marie, cállate la lengua! —Graham ni siquiera intentó ocultar su frustración, lo que provocó que una pareja que pasaba se quedara boquiabierta en nuestra dirección.

—¿Por qué? ¿Para que ella pueda comprar mi buena opinión, ya que aparentemente tiene la tuya?

Saqué el bolso de su alcance.

—Pensándolo bien, estoy ansiosa por seguir nuestro camino. —Sin mirar atrás, pasé junto a ella hacia el carruaje que me esperaba. Me negué a permitir que Marie apagara mi creciente esperanza con su naturaleza condescendiente. Además, por mucho que deseara continuar mi conversación con Graham, no sucedería bajo la repentina vigilancia de Marie. Era mejor terminar de una vez con el insoportable viaje de regreso, para que Graham y yo pudiéramos encontrar la oportunidad de estar solos.

Capítulo veintitrés

GRAHAM

El viaje de una hora a casa, en Grandview, fue tan tortuoso como esperaba. Estaba desesperado por hablar con Honora, pero en lugar de eso nos vimos obligados a sentarnos en un silencio incómodo, mientras Marie cambiaba su enfoque escrutador entre nosotros dos. La mirada de Honora permaneció fuera de la ventana, durante todo el viaje. No estaba seguro si no se sentía bien, o si realmente estaba dolida por el desaire que Marie había cometido: la misma creencia que Honora había compartido conmigo, como una de las razones por las que nunca podría quedarse aquí en Inglaterra. El recordatorio provocó un resurgimiento de ira en mí. Si Marie supiera que Honora era su mayor aliada para lograr lo que deseaba (lo que ambas deseaban), no sería tan insensible hacia ella.

Si tan solo Marie supiera lo que yo sabía de Honora.

Cuando el carruaje finalmente subió por el camino, abrí la puerta, antes que el mismo se detuviera por completo. No podía esperar a liberarme del sofocante carruaje, y de la mirada escrutadora y los resoplidos esporádicos de Marie.

Primero, ayudé a Marie a bajar del carruaje, esperando que considerara oportuno dejarnos. Ella, por supuesto, no lo hizo.

Cuando Honora salió, su rostro estaba un poco pálido y su mano pesaba en la mía.

—Parece un buen día para caminar, especialmente después de un viaje tan monótono. — Honora me miró brevemente, antes de voltear para mirar a su doncella, que descendía del carruaje—. ¿Me acompañará, Alicia?

La joven miró hacia abajo, vacilante, cuando se acercó a Honora. Era una excelente actriz.

—Sí, señorita.

Me aclaré la garganta.

—Hay una pequeña cala de camino al pueblo que no está muy lejos de aquí. Podría ser un destino agradable. —Mantuve mi tono lo más desinteresado posible, deseando que Marie no supiera que tenía la intención de unirme a ellas, allí, una vez que pudiera deshacerme de ella.

—Alicia, ¿la conoce? —asintió Honora levemente.

—Sí.

Honora apretó los labios.

—Supongo que, dado que no estoy familiarizado con la zona, será suficiente. —Dio la vuelta y le hizo un gesto a Alicia para que la siguiera—. Los veré a ambos en la cena —dijo por encima del hombro.

—No sé cómo la toleras, como parece hacerlo. ¡Ella es horrible! —Marie observó a las dos damas desaparecer por el lado de la casa más cercano al mar—. ¿Y has notado que sus ojos son de dos colores diferentes? Es bastante desconcertante.

—¿Entramos? Estoy hambriento, después de una mañana tan larga. —Empecé a subir las escaleras sin ella, dándome cuenta que desconectarme era probablemente mi mejor curso de acción. Ya estaba demasiado cerca de darle a Marie la atención que se merecía, y no tenía ningún deseo de causar una pelea, que retrasara mi encuentro con Honora.

La puerta se abrió, antes de que llegara arriba, pero en lugar de Jameson, salió Judith. Su mirada recorrió el camino de entrada, pasando de Marie a mí y luego al carruaje que desaparecía

por el costado de la casa.

—¿Dónde está la señorita Crauford?

—No te preocupes, Judith —dijo Marie detrás de mí—. Si hubiéramos logrado dejarla en Cliffton, estoy segura que pareceríamos mucho más jubilosos. Al menos, yo lo estaría...

La mirada de disculpa de Judith se posó en mí y, a pesar de mi intento de no parecer afectado, un ceño perspicaz se dibujó en sus labios.

—Ella salió a caminar —dije, pasando junto a Judith.

—¡Qué coincidencia! —Las palabras de Judith detuvieron mi retirada—. Vi el carruaje, al salir de mi habitación y salía para ver si alguien quería dar un paseo conmigo. Quizás la señorita Crauford no haya avanzado tanto, como para que no podamos atraparla.

—Stanbury tiene hambre —dijo Marie, llegando finalmente a lo alto de las escaleras.

Judith me sonrió.

—No me importa un desvío. ¿Pasamos por la cocina y vemos si la cocinera tiene algunas galletas que podamos llevarnos?

Marie echó la cabeza hacia atrás y gimió.

—No es necesario que vengas, si no lo deseas —dijo Judith.

—¡Oh! Pero, debo hacerlo. —Sus palabras estaban revestidas de humor irónico. Marie se había designado a sí misma como acompañante de la señorita Crauford y de mí.

—¡Qué prudente de tu parte! —dijo Judith, dándole a Marie un gesto de reconocimiento—. Pero considerando que ya los has escoltado al pueblo, tal vez yo pueda hacerme cargo por un tiempo.

Marie nos miró con desconfianza en sus ojos.

—Si tienes intención de acompañar a la señorita Crauford, yo también iré. No es que tenga otra cosa en qué ocupar mi tiempo.

Me resistí a enviarle a Judith una mirada derrotada.

—¡Oh! Había asumido que desearías leer tu carta —dijo Judith.

Marie se animó.

—¿Una carta? ¿Para mí?

—Está ahí, en la bandeja. —Judith señaló la mesa de la entrada, donde había una bandeja de plata con una solitaria misiva encima.

Marie corrió hacia la mesa y la cogió, dándole vueltas a la carta en sus manos.

—Las instrucciones parecen estar escritas con la misma letra que la última carta que recibiste —dijo Judith—. ¿Es la señorita Shaw?

Marie mantuvo sus ojos en la carta y me sorprendió que simplemente no rompiera el sello y la leyera directamente.

—Pero la señorita Shaw no podría haber recibido ya mi carta, y mucho menos haberla respondido.

—Tal vez tenía algo urgente que transmitir que no podía posponer. —Judith se encogió ligeramente de hombros.

La consideración de Marie volvió a nosotros con indecisión en su expresión.

—Creo que será mejor que renuncie a la caminata. —Su atención se centró en Judith—. Estarás alerta en tu rol de acompañante, ¿no?

—¿Necesitas siquiera hacerme tal petición? —Judith ladeó la cabeza.

Marie se mordió el interior del labio, sin parecer arrepentida pero sí reacia.

—Muy bien. Te buscaré directamente a tu regreso.

Nos quedamos en el vestíbulo de entrada hasta que Marie desapareció por las escaleras de la

izquierda. Entonces la mirada de Judith se fijó en mí con demasiado discernimiento.

—¿Supongo que no tienes suficiente hambre como para desear realmente un desvío?

—Supongo que podría seguir sin hacerlo por un tiempo más —dudé, sin saber si deseaba admitir la verdad.

Judith sonrió.

—Démonos prisa. No podemos quedarnos muy atrás de Honora.

Aunque dudaba en permitir que Judith me acompañara, especialmente por la forma peculiar en que seguía mirándome, sabía que no tenía otra opción sin explicar mi situación. Solo esperaba que a Honora no le importara que la trajera.

Comenzamos a bajar las escaleras hasta el camino de entrada, tomando un ritmo acelerado, que nos impidió hablar por un tiempo. No fue hasta que nos acercamos al primer mirador hacia el mar y comenzamos a caminar hacia el pueblo, que noté lo agitada que se había vuelto nuestra respiración. Al recorrer la escena ante nosotros, no vi señales de Honora ni de su doncella. Ya debían haber llegado a la cala.

Reduje la velocidad.

—En la prisa, olvidé agradecerte por informarle a Marie sobre nuestro viaje a Clifton hoy.

Judith apretó los labios y cubrió su expresión divertida con el ala de su sombrero.

—Me disculpo por eso. No me había dado cuenta de cuáles serían sus intenciones, cuando me preguntó por qué habían traído el carruaje.

—Teniendo en cuenta que pudiste liberarme de sus atenciones dominantes, hace un momento, supongo que todavía puedo perdonarte.

Judith me envió una sonrisa de reojo y su mirada se detuvo en mi perfil.

—A la orden, aunque fue el destino el que le trajo una carta, esta misma mañana, no fui yo.

—Pero el momento en que lo mencionaste fue ciertamente bien planeado, al igual que tu insinuación de su urgencia. Solo me alegro que deseara leerla en privado, en lugar de traerla para leerla en el camino.

—Estaba bastante segura que esto último no sería el caso.

—¿Qué quieres decir con eso?

Judith se mordió el labio inferior.

—El otro día, cuando Marie recibió su carta de la señorita Shaw, la vi entregársela a la señora Platt. —Ella soltó un pequeño suspiro—. No debería haberlo hecho, pero me oculté para ver cuál podría haber sido el propósito de Marie. La señora Platt le leyó la carta y luego escribió la respuesta, mientras Marie dictaba lo que quería decir.

Me detuve.

—¿Crees que tiene problemas para leer? —Mis pensamientos comenzaron a examinar todos los recuerdos, que había tenido de Marie, los cuales podrían indicar sus dificultades, pero no hubo ninguna en particular que se destacara. Supongo que, en parte, esto fue porque yo había estado en la escuela, durante la mayor parte de sus años escolares. Y nunca había cuestionado su aversión por la lectura, asumiendo que había adoptado una postura opuesta al amor de Judith por ella.

—No estoy segura. Aunque siempre ha dejado clara su aversión, nunca ha admitido abiertamente tener dificultades con las tareas.

—¿No viste evidencia de ello, en sus estudios?

—Nuestro padre nos hizo realizar nuestras lecciones por separado. Siempre pensé que era porque prefería levantarme temprano y Marie se levantaba tarde, pero ahora me pregunto, si fue para complacerla. —Ella hizo una pausa—. No los culpo por querer mantenerlo en secreto. El

mundo no suele ser amable con quienes luchan, y aunque me gusta pensar que yo habría estado por encima de ese trato, en mi ingenuidad de juventud, es posible que haya compartido sus luchas con otros que no lo eran. Incluso ahora, todos estos años después de la muerte del abuelo, pienso en el duro trato que sufrió la abuela por parte de él, todo porque tenía dificultades para leer. No importaba que ella fuera una de las personas más sabias que he conocido.

Me quedé mirando a Judith, estupefacto porque aparentemente tres personas en mi vida habían tenido problemas con la lectura, y yo nunca lo había sabido.

Judith captó mi expresión, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿No conocías a la abuela?

Sacudí la cabeza, tratando de no desanimarme.

—Supongo que nuestra madre me había dicho que no hablara de ella abiertamente. Quizás no era tan conocida como pensaba. Aunque me sorprende que nunca hayas oído uno de los comentarios despectivos dirigidos a ella.

—Quizás soy menos observador de lo que jamás pensé.

—Hablando de ser observador. —La voz de Judith se animó y supe que pretendía intentar cambiar de tema—. ¿Te has preguntado cuáles son las razones de Marie para su repentino interés en acompañarte?

No era un cambio deseable en la conversación, pero era preferible a hundirme en pensamientos contraproducentes.

—Creo que tiene algo que ver con la señorita Shaw.

—Sí... supongo que eso podría ser parte de ello.

—¿Solo una parte? ¿Qué otra razón podría haber?

Un grito lejano me hizo callar y escuché por si llegaba otro.

—¿Qué fue eso?

Judith también debió haberlo oído, porque se levantó las faldas y se apresuró a avanzar.

Mi corazón latía con fuerza, a medida que nos acercábamos al desgastado camino, donde la altura de los acantilados disminuía y la playa quedaba a la vista. Comencé a bajar la pendiente empinada tan rápido como pude, buscando la costa, en breves momentos, en los que podía echar un vistazo a cualquier cosa, que no fuera la ubicación de mis pies.

Cuando me acerqué al fondo, me detuve y mis ojos se posaron en Honora y su doncella, que estaban a lo lejos, retozando en el agua. Los chillidos de deleite que la brisa llegaba hacia nosotros me inundaron de alivio.

—Todo está bien —dije, mirando detrás de mí hacia donde Judith se dirigía hacia mí con más cuidado del que yo había mostrado.

Colocó una mano sobre su corazón.

—¡Oh, cielos! Me preocupaba que una de ellas se hubiera caído en el descenso. —Judith se acercó a mí. Una vez más su respiración era dificultosa, pero sonrió, mientras las observaba—. Parece que lo están pasando bien.

Tanto Honora como su doncella estaban de espaldas a nosotros, con las faldas levantadas para evitar las olas, que entraban y salían debajo de ellas, mojaran esas ropas. Puse mis manos alrededor de mi boca.

—¡Honora! —la llamé con la esperanza de advertirle de nuestra presencia, pero ella no dio la vuelta.

—Probablemente, no pueden oírnos por el sonido del océano. —Judith se dirigió hacia ellas y una nueva forma de pánico se apoderó de mí. Honora necesitaba saber que estábamos aquí para que Judith no descubriera más de lo que yo sabía.

—Judith —dije, haciéndola detenerse—. Quizás deberías... —No sabía qué excusa ofrecer, que fuera menos condenatoria que la escena que tenía ante ella.

Judith ladeó la cabeza y alzó las cejas en tono acusatorio.

—¿Qué pasa, Stanbury?

Mi mirada se movió detrás de Judith hacia Honora, y le pedí que se diera la vuelta. No lo hizo, y no me sorprendió. Esa mujer no seguía la voluntad de nadie más que la suya propia.

—Nada. Yo solo...

Honora gritó algo que no pude entender, robándome la atención de Judith.

Sentí como una explosión.

—¡Honora! —la llamé de nuevo, un atisbo de desesperación apareció en mí, cuando ella no se dio cuenta. Había prometido que guardaría su secreto, pero cuanto más se acercaba Judith a ella, más cerca estaba de descubrirlo.

Capítulo veinticuatro

HONORA

El mar se envolvió contra mis tobillos, como manos gélidas que me empujaban hacia él, atrayéndome hacia lo más profundo del agua. Di unos pasos más y me subí el vestido un poco más. La siguiente ola llegó justo debajo de mis rodillas. La sensación era completamente liberadora. Respiré profundamente, permitiendo que la esperanza de antes se reavivara dentro de mí. Quizás pronto sería tan libre, como me sentí en este momento.

—Este es el océano que pronto me llevará a casa —le dije a Alicia, que estaba unos pasos detrás de mí. Una oleada de emoción me invadió y fijé la mirada en el horizonte—. ¡La India! ¡Estoy llegando a casa! —lo grité tan fuerte que estaba segura que mi amado país podría escucharme. La juguetona patada que le di al siguiente saludo empapó la parte inferior de mi vestido, pero las faldas empapadas no pudieron amortiguar este momento para mí, nada podría hacerlo. Tenía más esperanzas ahora que desde que me di cuenta, por primera vez, que mi padre me había vendido a un matrimonio, que yo no había elegido.

—¡Señorita Crauford!

Di un pequeño salto sobre la ola entrante, antes de girarme para mirarla.

—¿Qué pasa, Alicia?

Los ojos de Alicia eran grandes y ella miró hacia atrás.

Seguí su mirada hacia la playa, mi estómago dio un vuelco al encontrar a Judith y Graham parados, no muy lejos, mirándonos. La expresión divertida que tenía Judith contradecía totalmente la disculpa de Graham. ¿Cómo habían logrado llegar allí tan rápido? Con la repentina dedicación de Marie para mantenernos separados, no esperaba que Graham se liberara durante al menos otra media hora o más. Y había esperado que viniera solo.

—Intentamos llamarte —dijo en voz alta, y sonó más como una súplica de comprensión que cualquier otra cosa.

No podía preocuparme por aliviar su culpa directamente. Primero necesitaba decidir cómo intentaría corregir mi error. Me dirigí hacia ellos.

—Judith. Graham. —Cambié ligeramente mi voz, observando su reacción—. ¡Qué inesperado encontrarlos a los dos aquí!

Judith me miró con atención inquebrantable.

—Stanbury parecía ansioso por hablar con usted, así que me ofrecí como voluntaria para actuar como acompañante, en nombre de Marie. Solo lamento haberla interrumpido. Parecía que usted y su doncella estaban disfrutando inmensamente del mar.

—Bueno, no me di cuenta que teníamos audiencia. —¿Estaría siempre frustrando mis propios esfuerzos con exhibiciones tan ridículas? O tal vez, ahora me consideraba medio loca. ¿Podría trabajar con eso? Observé la sonrisa cómplice de Judith y me hizo dudar de mi capacidad para convencerla de tal idea.

—Como dijo Stanbury, él intentó dar a conocer nuestra presencia en varias ocasiones. Pero me temo que no pudo oírlo por los sonidos del mar y su risa y... —Sus palabras se fueron apagando.

—¿Y mis gritos?

Judith asintió levemente.

—Y sus gritos.

Solté un suspiro, permitiendo que mi atención volviera al horizonte.

—Puede confiar en mí. —A pesar de la sinceridad en la voz de Judith, no estaba segura de querer permitir que una persona más conociera mi verdadero “yo”, a cambio de conocerla verdaderamente. Cada conexión que hacía aquí solo parecía arrojar dudas sobre lo que yo sabía. Y, sin embargo, probablemente, ya no tenía otra opción.

Miré a Graham, pero sus ojos estaban fijos en la arena, bajo nuestros pies, como si no quisiera influir en mi decisión.

Judith se acercó un paso más. Una ola trepó por la arena y tocó las puntas de sus botas.

—Por favor, Honora. No se lo diré a nadie.

—Simplemente, quiero volver a casa. —Hablé con mi voz normal, rezando para estar tomando la decisión correcta—. Pensé que si me volvía lo más desagradable posible, si me convertía en la peor versión de lo que se temía que fuera, tu padre vería que sería prudente abolir el contrato matrimonial, y yo podría irme a casa.

—¡Qué difícil debe ser llevar a cabo algo así! —La simpatía asomó a los rasgos de Judith.

—No me había dado cuenta del precio que me costaría, cuando lo decidí por primera vez. Y, en verdad, no sé si habría podido aguantar tanto tiempo sin Alicia y Graham... —Me encontré con los ojos de Graham y su semblante se iluminó un poco—. Para animarme cuando más lo necesitaba.

—Bueno, espero que sepas que tienes otra amiga en mí, si así lo deseas.

Le di una débil sonrisa.

—No estoy segura de merecer ninguna de estas amistades ni tu lealtad —suspiré—. Pero estoy agradecida por todos ustedes. Y espero poder encontrar una manera de agradecer su amabilidad, antes de irme.

La mirada de Judith se posó en Graham.

—¿Y estás tan decidida a irte?

—India es mi hogar. —Me aclaré la garganta, librándome de la emoción que se me había escapado—. Nunca pensé que podría extrañarlo tanto.

—No te culpo por ello. Lo único que lamento es que te hayan obligado a venir aquí en contra de tu voluntad.

—No lo estés. No ha sido del todo malo. —Le envié a Graham una sonrisa juguetona—. Además, tendré una gran historia que contar, cuando regrese a la India, una historia llena de personajes maravillosos.

Graham se iluminó aún más, ante mis bromas.

—Espero que tengas la intención de hacerme mucho más apuesto de lo que realmente soy.

—No estoy segura de poder lograr una hazaña como esa —dije, feliz de haberlo sacado de su melancolía—. Aunque me temo que debo presentarte como menos coqueto, porque odiaría desacreditar toda mi historia. Tal como están las cosas, nadie podría creerme...

—Me parece bien. —Él se rió entre dientes.

Volví a mirar a Alicia, que estaba varios pasos detrás de nosotros con mis botas y mi sombrero en la mano, y ya ella se había puesto el suyo. Le agradecí, mientras se acercaba para entregarme mis pertenencias. Cuando di la vuelta, los ojos sonrientes de Graham estaban sobre mí.

—Estoy ansioso por terminar nuestra conversación de antes.

—Igual que yo.

—Tal vez podríamos caminar juntos, en nuestro camino de regreso...

—Alicia, ¿cierto? —Judith le sonrió dulcemente a Alicia.

Alicia asintió levemente y sus mejillas rosadas se intensificaron.

—Sí, milady.

—Vi algunas flores hermosas en los acantilados justo antes de la cala. Creo que eran un tipo de violeta, pero ahora no estoy segura. ¿Quizás le gustaría acompañarme para que podamos verlas más de cerca? Si eso le resulta aceptable a Honora, por supuesto.

Los ojos de Alicia se dirigieron hacia mí, brillando a la luz del día.

A pesar de la forma en que mi corazón latía con fuerza, ante la idea de quedarme a solas con Graham, asentí.

—¿Me traerán un poco también?

—Ciertamente. —Alicia se acercó a Judith y las dos emprendieron el regreso al camino.

—Permítanme ayudarlas a subir ese primer tramo —dijo Graham, apresurándose hacia el sendero, donde se encontraba una pequeña pared rocosa, a la altura de las rodillas. Primero ayudó a Judith a levantarse y luego a Alicia.

—Diviértanse esta vez —dijo Judith con una sonrisa mordaz a Graham.

—Gracias, Judith. —Había sinceridad en su voz y estaba segura que quería agradecerle algo más que su reflexivo comentario.

Graham regresó hacia mí y se quitó el sombrero de castor. La brisa le revolvió el pelo y la luz del sol iluminó sus bellos rasgos.

—¿Has pensado más en lo que nos dijo el señor Fisch?

Parpadeé, obligándome a recordar por qué estábamos aquí, solos en la playa.

—Apenas he podido dejar de pensar en ello. Y cuanto más lo hago, más convincente se vuelve el caso contra el señor Waldorf. El momento en que ocurrió... es demasiado coincidente.

—¿Y qué haremos al respecto? Sin pruebas, difícilmente parece algo que podamos llevar ante un magistrado.

—¿Y si tuviéramos que presionar al señor Vincent para ver qué es lo que sabe del señor Waldorf?

—¿Estás segura que podemos confiar en él? —Las cejas de Graham se fruncieron.

—No veo por qué no. Parece un buen hombre y ya demostró ser útil al compartir sus sospechas sobre tu padre.

—Supongo —dijo Graham de mala gana—. ¿Y hay algo más que hacer?

—Yo diría que debemos viajar a Londres para visitar los bancos, donde ahora residen las cuentas de tu padre, pero considerando que el señor Waldorf estará aquí en dos días, creo que lo mejor es que nos quedemos quietos por ahora. Es imperativo que hablemos con él.

—Siempre podríamos escribir cartas a los bancos, solicitando información sobre las cuentas. Estoy seguro que mi padre ni siquiera pestañearía, si le pidiéramos que firmara más cartas, otorgándonos la máxima autoridad sobre cualquier cosa que deseemos. —Él sonrió irónicamente—. ¡Ah! Y para que lo sepas, aparentemente la incapacidad para leer es un rasgo familiar del que recién ahora me estoy dando cuenta. Mi abuela paterna, y posiblemente Marie, han sufrido las mismas dificultades que mi padre. Aunque, hasta donde yo sé, ser completamente distraído no es un rasgo familiar sino personal.

Consideré la expresión distante de Graham y me acerqué a él, tocando su brazo con una mano.

—No debes ser tan duro contigo mismo. A menudo uno pasa por alto las fallas de los demás, cuando ellos mismos no luchan de manera similar. Y ahora que lo sabes, puedes convertirte en un apoyo, tanto para tu padre como para Marie. Debe ser una dificultad terrible de

soportar, no poder leer, especialmente en el ambiente en que viven.

—Sí. Y parece que mi abuela fue menospreciada mucho por eso.

—¿Crees que esa es la razón por la que tu padre intentó ocultarlo?

Graham se encogió de hombros.

—Supongo que es probable, especialmente considerando cómo era el abuelo. Recuerdo que me dijo en varias ocasiones, y siempre delante de mi padre, que era una suerte que yo salí como él, en lugar de mi padre. Que si se le permitiera, me convertiría en su heredero. —Graham hizo una pausa—. Él nunca mencionó sus razones y pensé que simplemente los dos no se llevaban bien. El abuelo tenía tendencia a menospreciar a todo el mundo, por lo que no parecía significativo que le hiciera lo mismo a mi padre.

—¡Qué horrible debe haber sido eso para tu padre! —suspiré—. No tengo muchas ganas de conversar con él, si el señor Waldorf resulta ser el tipo de hombre que el señor Fisch ha insinuado.

—Yo tampoco quiero.

Nos quedamos un momento en silencio compartido. ¿Cómo se podía confrontar a un hombre por este tipo de deficiencia, cuando había hecho todo lo posible para ocultarla... y por buenas razones? No tenía la menor idea, pero sabía que sería necesario. No podía dejar a Graham aquí para que se ocupara de todo él solo. Lord Denhurst necesitaba darse cuenta de que lo sabíamos para que Graham pudiera ocupar el lugar que le correspondía, y ayudara a administrar la propiedad.

—¿Entonces, eso es todo? —dijo Graham, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué es?

—Nuestro plan. ¿Hablar con el señor Vincent, escribir a los bancos y esperar la visita del señor Waldorf?

—Continuaré revisando los libros de contabilidad en busca de evidencia de cualquier actividad sospechosa, pero aparte de eso, no estoy segura qué más se puede hacer, en este momento.

Graham sonrió.

—No lo dije como una crítica, solo como una confirmación de que ya lo hemos decidido.

—Si tú lo decides, yo también.

Él asintió.

—Muy bien. Teniendo en cuenta lo tarde que es, quizás mañana, a primera hora, podríamos hablar con el señor Vincent.

Él dudó.

—¿Y deseas regresar inmediatamente a Grandview para poder comenzar a trabajar en los libros de contabilidad?

Sonreí.

—Tal vez, podríamos demorarnos un poco más. Parece un día demasiado agradable para desperdiciarlo en casa. —La sonrisa que me devolvió fue la recompensa perfecta por mi falta de juicio.

Su mirada recorrió nuestro entorno.

—Es hermoso, ¿no?

Yo hice lo mismo, contemplando los acantilados blancos con hierba verde arriba y arena dorada debajo, y permitiéndome verdaderamente contemplar la belleza que nos rodeaba.

—¡Es impresionante!

—Pero, ¿no es tan impresionante como Madrás?

Mi mirada volvió a Graham y, aunque sabía lo que estaba insinuando, no sentí ningún deseo de corregirlo.

—La playa de Madrás se extiende hasta donde alcanza la vista. Es llana y está lleno de gente bulliciosa, pero la orilla es desgarradora. Cuando llegan los barcos, la gente desembarca en el agua, en balsas planas de madera, que están atadas de tal manera que se doblan y se mueven con el mar para no romperse en pedazos. —Sonreí—. Entonces, es impresionante, en un sentido diferente de la palabra.

—Parece que lo es. —La pequeña sonrisa que me había concedido cayó de sus labios—. Es extraño pensar que dentro de seis meses podrías estar parada, en una playa, al otro lado del mundo desde aquí.

—Y todavía te quedarás preguntándote, cómo escapaste por los pelos de una ardiente heredera extranjera, que iba a arruinar tu vida.

Él se rió, pero sonó vacío.

—Estoy casi seguro que estar casado contigo no arruinaría mi vida en lo más mínimo.

—¿No prometiste dejar de pensar, si un matrimonio entre nosotros sería tolerable o no? —Me senté en la arena y levanté las botas con las manos para que él supiera que tenía intención de ponérmelas de nuevo.

Él miró hacia otro lado.

—He cumplido mi promesa, ¿sabes? Ni una sola vez pensé que casarme contigo sería simplemente tolerable.

Negándome a reconocer lo mareada que me puso su admisión burlona, comencé a quitarme el polvo de la arena del pie, antes de ponerme la media y asegurarla a mi liga.

—Supongo que la próxima vez, debería tener más cuidado en la redacción de nuestros acuerdos.

—Déjame asegurarte que no celebraré más acuerdos contigo.

Comencé a quitarme arena del otro pie, antes de enrollar la segunda media.

—¿Y por qué es eso?

Miró hacia atrás justo, cuando yo intentaba atarme la media alrededor del muslo, su mirada se posó en mi pierna desnuda, antes de alejarse nuevamente.

—Perdóname —dijo, pasándose una mano por el cabello—. Pensé que habías terminado.

Mi propia vergüenza ardía en mis mejillas y me dispuse a completar la tarea con más prisa. Me puse la segunda media bota y comencé a atarla.

—Soy yo quien debería disculparme. La mayoría de las damas bien educadas no se atreverían a atarse la liga, en presencia de un caballero.

—Por eso te admiro, Nora.

—¿Porque soy de mala educación? —pregunté en broma.

Su profunda risa se mezcló con el sonido de la brisa.

—Nunca he conocido a una mujer como tú. Y lo digo de la mejor manera.

Me puse de pie rápidamente. Sacando los guantes de donde los había escondido, dentro de mi sombrero, rápidamente los até en su lugar para cubrir mi desconcertante sonrojo, antes que él tuviera la oportunidad de vislumbrarlo. Estar a solas con Graham no ayudaba en nada a mi resolución.

—¿Regresamos ahora?

Él me miró.

—Pensé que deseabas quedarte un poco más.

—Sí, bueno, ya casi estoy seca —dije, mirando mi vestido aún húmedo, que estaba cubierto

por una gruesa capa de arena en la espalda y a lo largo del dobladillo inferior. Sacudí la falda, esperando quitarme parte de ello, pero tuve poco éxito—. Y cuanto más lo pienso, tenemos mucho que lograr, específicamente con tu entrenamiento, con todo lo que ha ocurrido, apenas hemos encontrado suficiente tiempo para tales cosas.

—Esa parece una idea tentadora en este momento. —La voz de Graham estaba llena de sarcasmo, mientras se volvía a poner el sombrero de castor en la cabeza.

—No sabemos cuánto tiempo más estaré aquí. Simplemente, quiero asegurarme que te sientas preparado en tu nuevo rol. —Me dirigí hacia el sendero, deteniéndome, cuando llegué a la pared rocosa.

—Déjame al menos ayudarte.

—Gracias —le dije. Yo esperaba que él ofreciera su mano, como lo había hecho con Judith y Alicia. Pero en lugar de eso, se deslizó detrás de mí y agarró mi cintura. Pensé en mencionar la discrepancia, pero me resultó difícil hablarle con sus manos sujetándome.

—¿Lista? —preguntó con su cálido aliento sobre mi cuello.

Asentí levemente y él me levantó sin esfuerzo sobre la roca. Aunque mi pulso se aceleró, volteé hacia él, intentando aparentar que estaba calmada.

—Aquí —dije, extendiendo una mano hacia él.

Sus cejas se alzaron con escepticismo.

Me burlé, sin retirar mi oferta de ayuda.

—Soy más fuerte de lo que tú crees.

Con una sonrisa juguetona, él puso su mano en la mía. Lo jalé, pero él ni siquiera intentó ceder ante mis esfuerzos. Negándome a ser derrotada, tiré con más fuerza. Mis pies comenzaron a resbalar sobre la roca arenosa debajo de mí y Graham me dio un rápido tirón en la mano. Antes que pudiera pensar en soltarme, caí hacia sus brazos expectantes. La fuerza de mi peso lo golpeó, haciéndole perder el equilibrio y cayó hacia atrás, aterrizando de bruces en la arena y amortiguando mi caída.

Me quedé allí un momento, tratando de recuperar mis sentidos, mientras todo su cuerpo retumbaba de risa debajo de mí.

—¡Tú lo hiciste a propósito! —Finalmente pude ponerme de pie, apartándome de su pecho con torpeza.

Él apenas podía respirar.

—Perdóname. Esto no salió exactamente, como lo había imaginado. Estaba tratando de evitar que te cayeras.

—¿Evitar que me cayera?

Él apretó los labios y levantó la cabeza arenosa.

—Tus pies se resbalaban debajo de ti, y pensé que terminarías boca arriba allí, o en mis brazos aquí abajo. —Sacudió la cabeza—. Creo que mi locura fue suponer que preferirías lo último.

—Ciertamente así es. Eso y confiar en tu capacidad para atraparme. —Me puse de lado, obligándome a sentarme y tratando de no ceder al humor.

—¿No vas a ayudarme a levantarme? —preguntó, su risa finalmente amainó.

—¿Y arriesgarte a que me pongas encima de ti otra vez? Creo que tendrás que arreglártelas solo.

Rodó hacia mí y se levantó sobre un codo, escrutándome con los ojos.

—Eres hermosa, ¿sabes?

No pude resistir una risa.

—Parece que te golpeaste la cabeza durante la caída.

—Creo que tienes razón. Probablemente, debería descansar un rato, antes de continuar.

—Quizás si es tan grave, debería buscar ayuda de tu hermana. —Intenté moverme, pero él extendió la mano y tomó la mía.

—Quédate conmigo, Nora.

Me quedé quieta, ante sus palabras, convenciendo a mi corazón de no leer demasiado en su declaración. Quería decir algo por ahora, no indefinidamente.

—Supongo que puedo dedicarte unos minutos más.

Él sonrió, soltándose.

—Siempre tan amable.

Me recosté sobre mis manos y miré hacia el cielo.

—¿Qué le pasó a tu madre? —preguntó.

Bajé mi mirada hacia la suya, desconcertada por su pregunta.

—¿Por qué te importa saberlo?

Su cabeza se echó hacia atrás, como si se sintiera mal por haber preguntado algo así.

—Porque somos amigos y porque es extraño sentir que te conozco tan bien y, sin embargo, sé tan poco de tu pasado.

El debate incesante entre mi corazón y mi mente se intensificó, pero lo aparté de mí.

—Perdóname. Ciertamente tienes derecho a saberlo. —Respiré para calmarme y me di cuenta que no podía recordar la última vez que había compartido mi pasado con alguien, o si alguna vez lo había hecho. Además de los sirvientes, no me habían permitido tener muchos amigos en la India, y papá siempre me había enseñado a ser cautelosa con aquellos en quienes no podíamos confiar, que resultaron ser casi todos. Aunque confié en Graham.

—Mi madre era la única hija de un terrateniente rico y papá era el hijo de su abogado. Papá visitaba con frecuencia la finca de mi abuelo, cuando su padre iba a discutir asuntos de negocios, ya que la propia madre de papá había muerto, cuando él era joven. No hace falta decir que mis padres se enamoraron durante esas visitas y desarrollaron el deseo de casarse. Cuando papá pidió la mano de mi madre, su padre estaba más que furioso y le prohibió a mi madre volver a verlo. —Le di una pequeña sonrisa—. Aparentemente, mi terquedad proviene de ella. Ella se escapó esa misma noche y poco después se fugaron.

Graham me miró con intensa concentración.

—Un año o dos después de casarse, mi madre descubrió que estaba embarazada. En ese momento, papá apenas tenía lo suficiente para satisfacer las necesidades básicas de los dos, debido a los altos costos necesarios para unirse a la Compañía Comercial de las Indias Orientales. Cuando resultó ser un embarazo difícil, papá le rogó a su suegro que permitiera a mi madre regresar a casa. —Hice una pausa—. No puedo imaginar el miedo que debió haber tenido papá al pedirle ayuda a un hombre, que lo despreciaba. Pero mi abuelo se negó. Ella había tomado su decisión y siempre debía vivir con las consecuencias. La eternidad no fue mucho para ella. Murió unas horas después de mi parto, apenas el tiempo suficiente para nombrarme.

—Honora —susurró Graham con reverencia.

—Significa mujer de honor. Supongo que esperaba que algún día yo saliera de la desgracia y llegara a ser algo. ¡Que algún día pudiera ser aceptada!

Sus ojos buscaron mis rasgos.

—¿Es difícil hablar de la muerte de tu madre?

Sacudí la cabeza, avergonzada de sentir poca emoción relacionada con mi madre.

—Es como una historia para mí. Papá rara vez la menciona y yo me he resignado a

contentarme con los escasos conocimientos que me han dado. Y aunque pueda parecer duro, ella no es más que un rostro en un retrato.

—¿Y no has sabido nada de tus abuelos desde su muerte?

Sacudí la cabeza, inclinándome hacia él.

—Mi abuelo paterno murió poco después que mis padres se casaran, y los padres de mi madre nunca intentaron contactarnos. Papá mencionó, una vez, que tuvieron la decencia de asistir al entierro de mi madre, aunque mantuvieron la distancia y se fueron en el momento en que este terminó. Se ha negado a volver a mencionarlos. Puede parecer extraño, pero ni siquiera sé sus nombres.

—Seguramente, sería fácil descubrir quiénes son, ahora que estás de regreso en Inglaterra. Debe haber un registro de tu nacimiento, o quizás de la muerte de tu madre donde...

—Es un pensamiento considerado, pero no creo que desee volver a conectarme con ellos. —Exhalé y miré al horizonte—. Si no desearon contactar a mi madre, una vez que se casó, dudo que deseen conocer a la hija resultante de ese matrimonio y el motivo de su muerte.

Graham extendió la mano y tomó la mía entre las suyas.

—Lo siento, Nora.

Permití el gesto amistoso, aunque sabía que no debería hacerlo.

—Gracias. Pero supongo que nunca hubiéramos ido a la India sin todo lo que sucedió, así que estoy agradecida por eso.

Se llevó mi mano a la boca, inclinó su cabeza y la besó suavemente.

La arena cayó de su cabello, ante su movimiento, y me reí.

—Hay que quitar toda esta arena. No me gustaría que Judith pensara que hemos estado paseando juntos por la playa. —Su boca se curvó en una sonrisa maliciosa.

—Pero lo hemos hecho. —Lo golpeé, haciéndole un gesto para que se inclinara hacia mí. Acercó su rostro al mío y me quedé quieta.

—¿Es aquí donde me quieres? —susurró, su voz estaba llena de humor.

Empujé su cabeza hacia abajo y comencé a pasar mis dedos por los gruesos mechones con un movimiento tembloroso, observando la arena caer de las oscuras olas.

—Aquí es donde te quiero.

—¿Por qué no me sorprende que prefieres que me incline, ante ti?

Le di un pequeño tirón a un mechón de pelo en represalia y él levantó la mano en señal de protesta. Su mano encontró la mía y entrelazó nuestros dedos, bajando nuestras manos lentamente. Una sonrisa traviesa iluminó su rostro, mientras levantaba su mirada para encontrarse con la mía.

—¿Te gustaría que te ayude a quitarte la arena?

—Eres realmente increíble. —Su risa fue profunda y tentadora y, a pesar de utilizar toda mi fuerza de voluntad, no pude reprimir mi sonrisa. Liberé mi mano de la suya y presioné su hombro para ayudarme a levantarme. Sin esperar ayuda, me senté en la pared rocosa y giré las piernas hasta que quedaron metidas debajo de mí, antes de ponerme de pie sobre la roca—. Ahora, si estás listo para comportarte, deberíamos regresar al hogar.

Los ojos de Graham estaban fijos en mí.

—¿Al hogar?

—A la casa —dije, dándome cuenta de repente de mi error—. Me refería a la casa. No es mi hogar... Mi hogar es la India.

Graham me analizó con demasiado deleite.

—¿Lo es? No pareces muy segura.

—Lo estoy. Sin duda. —Mis mejillas se calentaron.

Graham se puso de pie, recuperó su sombrero de castor del lugar donde se había caído, en la arena, y se quitó el polvo de los pantalones.

—¿Ni una sola duda?

—No. —Levanté mi barbilla.

Sus ojos tenían un brillo travieso.

—Parece que entonces necesito esforzarme más.

Resoplé y di la vuelta, su risa me seguía. Cómo me arrepentí de haberle permitido tener mi confianza. Yo no era lo suficientemente fuerte para el constante bombardeo de coqueteos, que me lanzaba. Cada interacción me debilitaba más. Era necesario hacer algo con este hombre, antes que perdiera el sentido de la razón.

Capítulo veinticinco

GRAHAM

Dirigí mi atención a la carne de venado colocada frente a mí. Después de varias noches de negarse a cenar con nosotros, Honora finalmente nos había honrado con su presencia y me resultaba casi imposible apartar la mirada de ella. No ayudó que estuviera deslumbrante con su vestido dorado y su cabello rojo peinado suavemente hacia un lado, en un estilo simple, pero elegante, que no había visto a otras mujeres intentar.

—Hoy recibí otra carta de la señorita Shaw —anunció Marie, centrándose en mí—. Ella me escribió para contarme del encuentro en Portsmire y la presentación de la señorita Crauford, su prometida. Ni siquiera sé qué responderle.

—¿Qué tal la confirmación de la feliz circunstancia? —dije, tratando de ocultar mi agitación con sarcasmo.

La mirada de Marie se intensificó.

—Esto no servirá en lo más mínimo.

Honora se reclinó en su silla, haciendo girar el líquido en su vaso, como si estuviera pensando.

—Es una criatura encantadora y me gustaría conocerla mejor. ¿Por qué no la invita a visitarnos la semana que viene? Asegúrese que se quede el tiempo suficiente para asistir a mi cena.

Mi cabeza se echó hacia atrás, ante el ofrecimiento de Honora, pero afortunadamente nadie se dio cuenta, ya que todos los ojos estaban puestos en ella. ¿Por qué sugeriría tal cosa? ¿Fue para apaciguar a Marie o para controlarme a mí? De cualquier manera, me arrepentí de haber sugerido que la señorita Shaw era una posible pareja matrimonial.

—¿Usted habla en serio? —preguntó Marie, pero la duda saturó su voz.

—¿Qué razón tendría yo para no hacerlo?

La boca de Marie se abrió, como si quisiera expresar sus intenciones, antes de pensarlo mejor.

—No podría decirlo.

—Además, al ser heredera, creo que la señorita Shaw y yo... tenemos un vínculo... común... —Su voz estaba entrecortada—. No es una carga fácil de soportar: ser deseada por la propia fortuna.

Judith se aclaró la garganta, en silencio.

—¿Y cómo van los planes para la cena, Honora?

Honora sonrió al sirviente, que vino a retirar su plato, sin siquiera darse cuenta de su paso en falso.

—Excepcionalmente bien. Terminé las invitaciones ayer y las envié esta mañana.

—¿Eso es lo que le impidió asistir a los servicios dominicales con nosotros? —preguntó Marie—. ¿Ocuparse de las invitaciones es más importante que ir a la iglesia?

Honora se levantó y dejó su vaso sobre la mesa.

—Disculpenme. —Sin decir una palabra más ni ofrecer una excusa, Honora salió del salón.

Judith dejó caer la servilleta sobre la mesa y se levantó.

—Será mejor que vaya a ver cómo está. Parece un poco más pálida de lo habitual.

A pesar de mi deseo de seguirla, sabía que no sería beneficioso para nuestro plan, si yo pareciera preocupado u ofendido por el descuido de Marie. Esperaría unos minutos más, antes de ir en busca de Honora.

—¿Por qué la señorita Crauford siempre se va, antes que sirvan el postre? —preguntó Marie, aparentemente imperturbable por lo que acababa de ocurrir—. No la entiendo en lo más mínimo. ¿Y qué hay de su oferta que invite a la señorita Shaw? ¿Ninguno de ustedes encontró eso extraño y fuera de lugar?

No tenía idea de cuán cierta era su afirmación.

—Probablemente, está aburrida de nuestra compañía —dije, ofreciendo la primera excusa que me vino a la mente.

Mi padre bebió el resto de su vaso y se sirvió otro trago.

—Lo que me parece extraño es que ni siquiera cuestionas la autoridad de la señorita Crauford, en mi casa. —Sus palabras empezaban a fallar un poco y me pregunté cuánto vino había bebido durante la cena. Quizás no debería haberme centrado tanto en Honora—. ¿Quién es ella para permitir que se extiendan invitaciones a Grandview?

—¡Oh! Pero, padre. —Marie hizo una pausa, mientras el sirviente le ponía un plato de manjar blanco ante ella—. No tenía intención de escribirle a la señorita Shaw sin pedir primero tu permiso.

—Porque te hemos criado correctamente, muchacha —asintió enérgicamente nuestro padre.

Marie tomó una cucharada de su postre, pero se detuvo antes de darle un mordisco, mostrando una sonrisa engreída en su rostro.

—Sí... Y también la señorita Shaw.

No podía quedarme en silencio.

—Marie, a pesar de la insistencia de la señorita Crauford, probablemente no sea el mejor momento...

—Invítala —interrumpió mi padre, bebiendo el resto de su vino.

Marie chilló y se apresuró a levantarse de su silla.

—Iré a escribirle directamente a la señorita Shaw, y le pediré a uno de ustedes que la franquee a primera hora de la mañana. —A mitad de camino hacia la puerta, Marie se detuvo y se apresuró a regresar a su lugar en la mesa, tomando su postre, antes de irse nuevamente.

—Padre, ¿estás seguro que es prudente permitir...?

—¡Que venga! —Mi padre apuntó su pesada mano hacia la puerta—. Me gustaría pasar un tiempo a solas y no tener que oír hablar de la señorita Crauford.

La agitación surgió dentro de mí, ante su despido, pero me recordé que había una compañía más deseable y me fui. Regresé al salón, sin estar seguro si Honora y Judith estarían allí. Para mi gran alivio, estaban sentadas en el sofá más cercano al fuego encendido. Aunque no pude ver el rostro de Honora, Judith parecía complacida por lo que fuera que ella le estaba diciendo.

Rodeé el frente del sofá y tomé asiento junto a Honora. Ambas damas se quedaron en silencio y me miraron. El cabello de Honora adquirió un tono escarlata oscuro, bajo esta luz, y estaba seguro que nunca antes había visto su hermoso color.

—Esa fue toda la oferta que le hiciste a Marie —dije, fijándome en Honora con una mirada acusatoria.

—Bueno, considerando todo, pensé que no estaría de más tener a la señorita Shaw aquí. —Puso su atención en Judith—. Y espero que el beneficio adicional sea que Marie se sienta menos inclinada a deprimirse, si tiene algo que esperar.

Judith apretó los labios y las comisuras se curvaron hacia arriba.

—Nosotros los Whitworth somos conocidos por nuestro estilo dramático.

Los ojos de Honora se dirigieron hacia mí.

—Sí, soy consciente de ello.

—¿Qué bien encajas aquí, Honora! —Miré alrededor del salón en penumbra—. ¿Qué haremos? ¿Jugar una mano de cartas, tal vez?

—Honora y yo estábamos hablando del libro que estoy leyendo sobre la India, y ahora tengo la intención que ella nos entretenga con historias de su vida, si no te opones. —Judith dirigió su mirada implorante a Honora.

Para mi gran sorpresa, Honora sonrió.

—¿Qué quieres saber?

Judith pensó por un momento.

—¿Cuándo te mudaste a Madrás? De ahí es de dónde eres, ¿no?

Ella asintió.

—Papá y yo dejamos Inglaterra, justo antes que yo cumpliera cinco años. Había estado trabajando para la Compañía Comercial de las Indias Orientales en Londres, pero cuando surgió la oportunidad de ir a la India, como funcionario público, la aproveché. No teníamos familia aquí, al menos nadie que quisiera que nos quedáramos.

La cabeza de Judith se inclinó hacia un lado y esperó.

—Tengo abuelos aquí, pero están distanciados de mí, durante mi vida entera.

Judith asintió en señal de comprensión, absteniéndose de preguntarle a Honora el motivo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre murió poco después de mi nacimiento, así que éramos solo nosotros dos: papá y yo.

—¡Oh! Lo siento mucho.

Honora negó con la cabeza.

—No es necesario que lo digas. Siento el vacío de no haber sido criada por una madre, pero a diferencia de tu madre, no tengo recuerdos que añadir a mi dolor. Así ha sido siempre para mí: papá es mi única familia.

Los ojos de Judith se posaron en el cabello de Honora.

—¿Te pareces a ella... a tu madre?

Honora soltó una pequeña risa.

—Soy pequeña como ella, pero lamentablemente ahí terminan las similitudes. Mi madre era muy hermosa, de tez clara, grandes ojos azules y rizos dorados. Papá es todo lo contrario en color, pero también es muy guapo. Me hace reír pensar lo atónitos que debieron haber estado cuando llegué por primera vez: el pelo rojo resplandeciente, aunque afortunadamente, por el bien de mi pobre madre, yo no tenía pecas, en ese entonces.

—¿Y qué tienen de malo las pecas? —pregunté, antes que pudiera convencerme de no hacerlo.

—Obviamente, no sabes nada de lo que está de moda. —Honora me envió una sonrisa juguetona—. Las pecas son una característica muy indeseable en una dama.

—Me gustan tus pecas —dijo Judith.

Observé el hermoso rostro de Honora.

—A mí también.

Judith nos miró a Honora y a mí con expresión satisfecha, y pensé que Honora me regañaría allí mismo por mi comentario descarado, pero se rió.

—Los amigos tienen derecho a cierta parcialidad. Ahora, ¿qué más quieres saber?

—¿Qué es lo que más extrañas de la India? —pregunté, de repente deseando saber de este lugar, que albergaba una parte tan implacable de su corazón.

Miró hacia el fuego, la indecisión era evidente en sus rasgos.

—Mi *ayah*, Inayat. Ella es una especie de abuela para mí, ya que yo no conozco a ninguna de las mías. —Los ojos de Honora brillaron y tuve que hacer todo lo que estaba en mi poder para no acercarme y ofrecer mi consuelo. No era de extrañar que deseara volver a casa. Sin otra familia que su padre, esta mujer debía haber significado mucho para ella.

—¡Qué difícil debe haber sido todo esto para ti! —La voz de Judith era toda bondad y comprensión.

Honora se removió en su asiento y estaba seguro que ella tenía intención de poner fin a la conversación y de cerrarse a nosotros, aunque ella continuó:

—Extraño el calor del sol, los mercados, los colores. —Cerró los ojos, como si visualizara su hogar—. Extraño los olores y los sabores, las frutas exóticas, los cantos de los pájaros y la belleza de las plantas. Extraño a los animales y el llamado del océano, que entra por mi ventana, mientras me quedo dormida. —Ella hizo una pausa—. Pero lo que más extraño es a las personas: su amabilidad y generosidad.

—Había un hombre que llevaba a sus animales al mercado por un camino cercano a nuestra casa. Papá no podía soportar el alboroto, pero a mí me encantaba correr hacia la puerta para mirar, cuando lo oía venir. Él siempre sonreía y me saludaba, mientras el polvo del camino se arremolinaba a nuestro alrededor. Una vez, cuando papá insistió en que me quedara adentro, mientras él pasaba, lo miré desde la ventana. Hizo una pausa al no verme y miró a su alrededor, como si estuviera muy decepcionado. Aunque nunca hablamos, me di cuenta que a él le habían gustado nuestras breves interacciones, tanto como a mí.

Quedé absolutamente encantado con sus palabras y la vida que había vivido, tan diferente a la mía.

—Y nuestro jardinero jefe, Venkat, una vez arriesgó su vida para salvarme de una cobra. —Su mirada dejó el fuego y se posó en mí—. Perdónenme. Temo que estoy hablando demasiado.

—No deberías detenerte —dije.

—Sí, debes continuar —asintió Judith—. Estoy absolutamente fascinada.

Honora se reclinó en el sofá.

—Yo había estado jugando, en los jardines, mientras Inayat tendía la ropa. Venkat estaba plantando algo y corrí a ver qué era. Mientras hablaba con él, un movimiento en el suelo, no muy lejos, me llamó la atención. Cuando me di cuenta que era una cobra grande, ya se había enrollado. Levantó la cabeza hasta que su altura fue casi igual a la mía.

Honora se llevó la mano al corazón, como si el mero recuerdo de lo que estaba contando la hubiera hecho latir con fuerza.

—Quería alejarme, pero mis pies no se movían y todo lo que podía hacer era llamar a Venkat. No estaba segura, si ya la había visto, pero sin dudarlo un momento, me agarró, arrojándome detrás de él, mientras la serpiente se movía para atacar. Venkat había llegado justo a tiempo, y afortunadamente, yo estaba fuera del alcance de la serpiente, aunque estoy segura que no lo sabía, cuando se interpuso entre nosotros. —La mano de Honora volvió a su regazo solo para entrelazar sus dedos—. La mordedura de una cobra puede matar a un hombre adulto, en un cuarto de hora. Nunca me permití pensar en lo que el veneno podría haberle hecho a una niña de diez años.

Judith puso una mano sobre su boca.

—¡Qué espantoso!

—Debo admitir que el recuerdo no es agradable, aunque por eso desarrollé una admiración inquebrantable por Venkat.

—No lo dudo. Y estoy segura que tu padre estaba agradecido con Venkat —dijo Judith, enunciando el nombre lentamente, obviamente insegura de su pronunciación.

Honora inclinó la barbilla, como si no aprobara el intento de Judith.

—Creo que papá... Sí, aunque su miedo le hizo culpar a Inayat por su descuido al permitirme salir sin supervisión constante... Ya no pude acompañarla afuera hasta que mi padre instaló una red de alambre, alrededor del borde de nuestra propiedad, para evitar que entraran serpientes grandes. —Honora nos miró—. ¿Quizás deberían escuchar un recuerdo más agradable?

Asentí afirmativamente con la esperanza de deshacerme de la escena que había visualizado de una joven Nora casi siendo mordida por una cobra.

—Aquí hay uno que siempre me hace reír. Una vez cometí el error de dejar fruta fresca junto a mi cama, mientras dormía. En medio de la noche, escuché un estrépito y me desperté con un extraño gruñido y el bullicioso sonido de un movimiento. Estaba en el segundo piso, así que estaba segura que algo había entrado por mi ventana. Mientras mis ojos se adaptaban a la tenue luz, vi varias figuras pequeñas sentadas alrededor de mi cama. Grité, llamando a papá, lo que hizo que los animales parlotearan ruidosamente y empezaron a moverse, presas del pánico.

—¿Que eran? —preguntó Judith, luciendo casi tan ansiosa, como durante la historia de la serpiente de Honora.

—Un pequeño grupo de monos. Parecían sentir que estaban en problemas, cuando papá abrió la puerta. Uno dejó escapar un fuerte chirrido, mientras el resto rápidamente cruzaba la habitación y salía por la ventana, dejando solo una jarra de agua rota, como prueba de su reunión nocturna. Aprendí la lección sobre llevar comida a mi habitación, pero a ellos les tomó un poco más de tiempo aprender la lección. En ocasiones, durante las noches siguientes, me desperté, escuchando sus conversaciones silenciosas y el movimiento de objetos, mientras buscaban entre mis pertenencias.

—¿Y no los ahuyentaste? —preguntó Judith, asombrada.

—Papá había dicho que era más eficaz no hacer nada. El miedo solo los había ahuyentado temporalmente. Necesitaban aprender que no había nada que los atrajera a regresar.

—Eres muy valiente. No creo que hubiera podido quedarme allí, sabiendo que había animales salvajes sueltos en mi habitación.

—India no es para todos. —La declaración de Honora me hizo un nudo en el estómago, porque sabía que ella pensaba que la India era para ella.

Sonaron pasos pesados y miré hacia atrás. Nuestro padre acababa de cruzar la puerta, con una ligera inestabilidad en su andar.

—¡Qué velada más agradable! —Su voz resonó con fuerza en el silencioso salón. Cuando nadie respondió, colocó una mano pesada en el respaldo del sofá y el abrumador olor a alcohol penetró en mis sentidos—. ¿No les alegra haber traído a la heredera india a Grandview? —Su mirada acusadora pasó de Judith a mí, antes de posarse en Honora. Había una animosidad en sus ojos, que solo había visto un puñado de veces, y nunca cuando estaba sobrio—. Una molestia... para excitar nuestras vidas terriblemente aburridas.

Me levanté y di pasos cautelosos alrededor del sofá hasta donde él estaba.

—Padre, has bebido demasiado. Déjame ayudarte a llegar a tu habitación.

Agitó una mano desdeñosa hacia mí.

—Le diste la llave, ¿no? A los armarios... de mi estudio.

Me quedé quieto, manteniendo mis ojos en él.

—Lo hice...

—¿Qué derecho tienes a hacer tal cosa? Esos son mis asuntos privados.

—Ella solo está tratando de ayudarnos.

—¿Y qué puede hacer ella? ¿La hija de un comerciante? —Mi padre se burló ruidosamente—. Me avergüenza haberla traído aquí. Mis nietos... —Sus palabras fueron confusas—. Tendrán sangre diluida por mi culpa.

—¡Padre!

Metió un dedo en mi pecho y su cabeza se balanceó en movimientos exagerados.

—Todo por mi culpa... patético... permitir que una don nadie se case con mi único hijo porque es rica. Despreciable... soy despreciable. —Sus ojos nublados volvieron a Honora y la señaló—. ¡Usted y su dinero sucio serán nuestra ruina!

Sin pensarlo, me puse entre su dedo señalador y Honora.

—Padre, ¡ya basta!

—¿Qué?

Se enderezó para que su postura desafiante fuera igual a la mía y dio un paso adelante hasta que nuestras narices casi se tocaron. Nunca antes había estado en un altercado físico, y mucho menos con mi padre, pero todo mi cuerpo se puso tenso en preparación.

—¿Te gusta la pequeña heredera india? —La saliva salió volando de su boca, salpicándome la cara con su voz llena de disgusto.

No respondí, sabiendo que esto no serviría de nada.

Su cuerpo se balanceó ligeramente y se vio obligado a dar un pequeño paso atrás para compensarlo.

—¿Stanbury?

Tragué, negándome nuevamente a responder.

Sin previo aviso, metió sus manos en mi pecho y me empujó hacia atrás en el sofá. Se levantó, ante la fuerza de mi peso, y se deslizó hacia la chimenea. Honora y Judith se sobresaltaron y se apresuraron para ponerse de pie.

—¿Te gusta la mocosa pelirroja que ha venido a quitarnos todo?

Me estaba mareando de ira. Era una ira por esta exhibición de un borracho. Ira por el trato que le dio a Honora, después de haber sido él quien la trajo aquí. Y rabia porque pensaba que la culpa nunca fue suya.

Los ojos de mi padre se estrecharon hacia mí.

—Tú estás...

—Estás borracho, padre —dijo con los dientes apretados.

—Lo estoy —dijo, asintiendo de nuevo—. Lo estoy. —Un sonido beligerante salió de su boca, casi activando mis reflejos defensivos, antes de darme cuenta que era una risa—. Estoy borracho como un mono. —El humor repentino lo consumió y se inclinó, apoyando una mano en su rodilla, mientras el sonido solitario vibraba a nuestro alrededor.

Le envié una mirada rápida a Judith y giré la cabeza hacia la puerta, antes de volver a centrar mi atención en mi padre. En mi periferia, vi a ambas damas moverse lentamente hacia la entrada del salón. No pasó mucho tiempo, antes que se hubieran alejado lo suficiente, como para que ya no pudiera verlas sin desviar la mirada. No me atrevía a mirarlas. La risa de mi padre cesó y, con ella, el sonido de unos pasos silenciosos.

—Si las cosas estuvieran claras para mí —dijo mi padre, enderezándose de nuevo, aunque su estatura era más relajada que antes—. Entonces, no tendrías que conformarte con la hija de un

humilde Nabab.

Miré hacia la puerta a tiempo para ver a Honora desaparecer por la puerta detrás de Judith, pero no me había perdido la expresión de su rostro, cuando me miró. Y supe que ella lo había escuchado.

—Me avergüenzo de ti, padre.

La barbilla de mi padre se tensó y un músculo de su mandíbula se flexionó. Pero la ira se disipó tan rápido, como había llegado, y bajó los ojos.

—Estoy avergonzado de mí mismo. Siempre me he avergonzado de mí mismo.

Su comentario me tomó por sorpresa.

—¿Y por qué es eso?

Su pesada mano aterrizó en mi hombro, como si de repente fuéramos viejos amigos, y se inclinó hacia mí con su aliento acre.

—Me llevaré mi secreto a la tumba.

Pensé en presionarlo más y ver qué podría compartir conmigo, mientras estaba en tal estado, pero la imagen de la expresión llena de dolor de Honora resurgió en mi mente. Sin pensarlo dos veces, me puse al lado de mi padre, y coloqué su mano sobre mi hombro.

—Vamos a llevarte a la cama. —Lo más importante ahora era reparar el daño que le había causado a Honora.

Capítulo veintiséis

HONORA

Judith tomó con fuerza mi mano temblorosa y marcó el paso, mientras subíamos las escaleras en silencio.

—Lamento que hayas tenido que presenciar a mi padre en tal estado —susurró, cuando nos acercábamos al segundo piso—. Solía no beber más allá de su capacidad para manejarse por sí mismo. Pero desde la muerte de mi madre y la pérdida de nuestra fortuna, me temo que esto se ha convertido en algo demasiado habitual.

Asentí, aunque no dije nada. Todavía estaba procesando lo que acababa de ocurrir. Debería estar emocionada con mi triunfo. Después de todo, Lord Denhurst acababa de expresar su absoluta aversión hacia mí, lo que significaba que estaba cerca de lograr mi objetivo. Pero no parecía que valiera la pena celebrar nada al respecto. Las palabras que había pronunciado eran relevantes para la persona que yo era, sin mi farsa, y no solo para la persona que pretendía ser. Además de eso, pensar que había llevado a un hombre adulto a tal estado no era algo de lo que pudiera enorgullecerme, sin importar el razonamiento.

Podía sentir que Judith me observaba, pero mantuve la mirada al frente, tratando de no parecer afectada.

—¿Quieres que espere contigo un rato? —ofreció, mientras nos acercábamos a mi habitación.

—Creo que me iré a la cama directamente. Estoy bastante agotada —negué con la cabeza.

Ella frunció el ceño y luché contra el deseo de permitirle consolarme en mi debilidad. No necesitaba más relaciones, en este lugar, donde no me querían.

—Te veré mañana —dije, entrando a mi habitación. No quise mirarla y cerré la puerta detrás de mí.

Me quedé allí, viendo el suelo alfombrado y escuchando los pasos de Judith, alejándose por el pasillo.

—¿Se encuentra bien, señorita? —La voz familiar de Alicia trajo mis emociones demasiado a la superficie.

Respiré hondo y encontré su mirada preocupada.

—Supongo que todo lo que nos esforzamos por lograr debe venir con un sacrificio.

—¿Y de qué sacrificios está hablando? —preguntó Alicia, moviéndose a mi lado.

—¿Además de mi orgullo, mi identidad propia y mi deseo de ser aceptada? —Oculté mi dolor con una risa ahogada.

—Si tan solo conocieran su verdadero “yo”.

—A ellos no les importaría. ¡Nada compensará mi sangre impura!

Alicia no parecía saber cómo responder a eso.

—Aquí, déjeme ayudarla a desvestirte. —Ella comenzó a desabrocharme el vestido—. Usted está temblando. ¿Está segura que está bien?

Asentí vacíamente, aliviada de sentir que mi respiración se hacía más fácil, mientras ella terminaba de ayudarme con el camisón.

Alicia sacó suavemente las horquillas de mi cabello.

—Él me odia —dije, mientras mis rizos sueltos caían, uno por uno, alrededor de mi cara.

—¿Quién la odia? —Su frente se arrugó con preocupación.

—Lord Denhurst... Esta noche, en su estado de ebriedad, dejó bastante claro que desearía no haber contactado nunca a mi padre sobre el matrimonio.

—¿No es eso algo bueno? —preguntó, haciéndose eco de mi propia lógica.

—Lo es, solo que...

Un rápido golpe en la puerta acalló mis palabras. ¿Lord Denhurst había encontrado el camino a mi habitación, cuando se dio cuenta que me había ido, antes que tuviera la oportunidad de terminar sus insultos contra mí?

—¿Debería responder? —susurró Alicia con una aprensión igual a la mía.

Otro golpe sonó en la habitación. Sentí que asentía, aunque instintivamente retrocedí unos pasos.

Alicia abrió la puerta y el silencio fue roto por el susurro de un hombre. Ese no era Lord Denhurst.

—Ella no está vestida para visitas, milord. —Alicia me lanzó una mirada insegura.

Miré a mi alrededor, en busca de un chal, y encontré uno que colgaba de una silla.

—Hablaré con él, Alicia. —Caminé hacia donde ella estaba y mi doncella dio un paso atrás, dejando la puerta entreabierta. Miré por la puerta hacia el pasillo. Apenas podía distinguir a Graham en la oscuridad.

—¿Qué sucede?

—¿Puedo pasar un momento?

—¿A mi habitación? —pregunté. Mis ojos se dirigieron a Alicia, quien rápidamente desvió su mirada de nosotros—. Ciertamente, eso es tan inaceptable aquí, como lo es en la India. Además, como dijo Alicia, ya estoy vestida para ir a dormir.

Miró hacia el pasillo y volvió a observarme.

—¿Te preocupa que haya venido a seducirte?

—No te dejaría pasar. —Me burlé de su mal chiste.

—Seguramente, mi conocimiento de la presencia de tu doncella es una prueba en contra de una idea tan atroz. Además, ¿todavía no te he demostrado que soy un verdadero caballero?

—No sabía que un verdadero caballero pudiera ser admitido en un baño de damas, y mucho menos a esta hora tan tardía.

—Considero que tu punto es digno de consideración. ¿Qué tal si entro y podemos deliberar más?

La risita aireada de Alicia no pasó desapercibida, y traté de no permitir que disminuyera mi ceño, mientras me hacía a un lado para dejarlo entrar.

—Si te atrapan en mi habitación, a esta hora, y nos vemos obligados a casarnos para proteger nuestra reputación, nunca te perdonaré, y me propondré hacerte la vida muy miserable.

Cerró la puerta y dio un paso más hacia mí.

—No dudo de ti ni por un momento.

Envolví el chal con más fuerza alrededor de mis hombros, sintiéndome cohibida, bajo su intensa mirada.

—¿Y qué es lo que debes decir que no pudiste esperar hasta mañana?

—Necesitaba asegurarme que todo estuviera bien después... —Toda alegría desapareció de su voz, mientras lanzaba una mirada vacilante hacia donde estaba Alicia—. Después de todo lo que dijo mi padre.

—Estoy bastante bien —susurré, negándome a ceder, ante mi dolor—. En realidad, creo que es un avance prometedor.

La mirada de Graham permaneció fija en mí, en la penumbra.

—¿Bastante prometedor?

Nos quedamos en silencio por un momento y pude sentir la atención de Alicia sobre nosotros.

—Bueno, ¿eso es todo?

Sus ojos se posaron en mi cabello suelto.

—Estoy seguro que no habría dicho ninguna de esas cosas, si hubiera sabido la verdad sobre quién eres.

—¡Su crítica fue sobre mi innoble nacimiento! Graham —espeté, mi tono era más duro de lo que había pretendido.

Él no estuvo en desacuerdo, sino que miró hacia el fuego, que ardía a baja altura, con su fuerte perfil puesto en contemplación.

Me quité un rizo suelto, que había caído contra mi cara.

—Como ya he dicho, lo único que seré para él y para todos los demás es una fuente corrupta de dinero. ¡Nunca seré aceptada! ¿Puedes ver por qué debo encontrar una salida a este acuerdo? ¿Seguramente, no desearías vivir tu vida, siendo considerado de esa manera?

—Pero eso no es lo que pienso —dijo resueltamente, volviendo su mirada hacia mí.

Cerré los ojos momentáneamente, reuniendo fuerzas para continuar por el camino elegido.

—No puedo permitir que ninguna opinión influya en mi rumbo ni la de ellos, ni la tuya.

—Adoro tus pecas —asintió y su mirada recorrió mi rostro.

—¿También bebiste demasiado en la cena? —Bajé la barbilla.

—Si lo hubiera hecho, probablemente escucharías una avalancha de razones por las que te encuentro absolutamente encantadora.

—Eres un coqueto horrible, Graham, y no creeré ni una palabra de lo que digas —negué con la cabeza.

—Porque no quieres...

Mi boca se abrió, ante su absurdo comentario, pero él levantó suavemente mi barbilla para cerrarla. Su mano se detuvo cerca de mi cara, y puso todo mi cuerpo en un estado imprudente de nervios.

—¿Sabes en qué consiste una amistad, Graham? Porque estoy bastante segura que tus acciones, en este momento, no están de acuerdo con lo que sé de esto. Lo cual no es mucho, claro está, pero...

Mis palabras se apagaron, cuando su mano se movió hacia un rizo suelto, que colgaba cerca de mi cuello. La calidez de él tan cerca me atravesó en una bienvenida oleada de placer. A pesar de mis mejores intentos por no verme afectada, mi pecho subía y bajaba, mientras él permitía que el mechón se moviera entre sus dedos y cayera nuevamente.

Sus ojos volvieron a los míos, pero solo permanecieron un momento, antes de posarse en mis labios. Todo mi cuerpo parecía gritarme, que no que huyera, como debería, sino que me acercara más. Era como si, en ese momento, no quisiera nada más en el mundo que estar aquí con él.

¡No! Quería regresar a mi hogar en la India.

Con cada onza de autocontrol dentro de mí, logré controlar mis sentidos.

—¿No me aseguraste que no tenías intención de seducirme? —Solté, obligándome a dar un paso atrás. Miré hacia Alicia, quien de repente estaba en mi tocador.

—Gracias por recordármelo, Honora. —Él sonrió con una expresión de picardía—. Aunque debo admitir que me enloquecen las molestas promesas, que eres capaz de obligarme a cumplir.

A pesar de la imprudencia, que intentó apoderarse de mí, ante su admisión, logré fruncir el ceño.

Su risa resonó por la habitación.

—Será mejor que te quedes callado —le advertí bruscamente—. Me resistiría a tener tu mal humor como compañía toda mi vida.

—Muy bien —dijo, tomando mi mano—. Te dejaré a mi pesar, mi querida... amiga. —Se llevó mi mano a la boca y la besó suavemente, e incluso con mis mejores esfuerzos, no pude ignorar la sensación de estar consumida, que regresó cuando sus labios tocaron mi mano.

Saqué mi mano de la suya.

—¡Qué caballero! —Mi voz sonó con sarcasmo para ocultar cualquier evidencia del estado en el que acababa de ponerme. En el que me seguía metiendo.

Caminó hacia la puerta, dándome una sonrisa más diabólica, antes de cerrarla detrás de él.

—Si logra que nos atrapen, me enojaré bastante —dije, tratando de llenar el silencio, ante la partida de Graham. Giré hacia Alicia, que parecía mareada por la acusación—. ¡Es un coqueto! —destaqué, adelantándome a cualquier comentario sobre su comportamiento aparentemente extraño. Me estaba acostumbrando a sus habituales muestras de coquetería, pero estaba segura que a una extraña, las mismas le parecerían muy sospechosas.

Ella asintió y, aunque su sonrisa disminuyó, la falsa esperanza brilló en sus ojos.

—Espero algún día tener una amistad así...

Capítulo veintisiete

HONORA

El mar me hacía señas para que me quedara, pero ya era hora de regresar a la casa. Todavía no estaba acostumbrada al frío del aire, y si permanecía al aire libre por más tiempo, probablemente perdería la sensibilidad en los dedos de los pies, tan fácilmente como en los dedos de las manos. Además, no era como si hubiera logrado la tranquilidad de mi aventura matutina. Había venido aquí para descansar de mi estado de insomnio, pero mis pensamientos seguían dirigiéndose a Graham y su visita a mi habitación anoche. El mero recuerdo de su mano tan cerca de mi cuello, casi me hace tambalear, y también el pensamiento de su mirada, deteniéndose en mis labios. Me molestaba no tener control de mis propias emociones, especialmente cuando había tanto en juego.

Era necesario tener más precaución para proteger mi corazón, especialmente ahora que finalmente estaba haciendo progresos con Lord Denhurst. Mi padre podría llegar en cuestión de semanas, y si no estaba de camino a la India, antes de esa fecha, dudaba que alguna vez volvería a ver mi hogar.

De alguna manera, necesitaba encontrar la fuerza para mantener mi rumbo.

—¡Señorita Crauford!

Observé el sendero a mi izquierda y encontré al señor Vincent, acercándose desde la dirección del pueblo. Bajé la barbilla en señal de reconocimiento.

—¡Señor Vincent! —dije, alterando mi voz para que sonara pretenciosa, pero menos exagerada de lo que normalmente intentaba. Era demasiado pronto y estaba demasiado exhausta para reunir la energía—. ¿Qué hace usted aquí afuera?

Me dio una sonrisa fácil, deteniéndose cuando llegó a mi lado.

—Me dirijo a la casa.

—¿Suele caminar hasta Grandview desde Lanford?

—Tan a menudo como el clima lo permita. —Movié su barbilla hacia mí—. ¿Y qué hay de usted? ¿Va en esa dirección también?

Desesperada por distraer mi mente con asuntos más esperanzadores, algunos que me llevarían a casa, asentí.

—Sí... Y su momento no podría ser más providencial —me pregunté brevemente, si debería fijar una hora para que él viniera a hablar conmigo y con Graham juntos, pero como no estaba segura, si Marie nos exigiría su compañía hoy, decidí no hacerlo—. Tengo algunos asuntos de los que deseo hablar con usted.

Hizo una reverencia exagerada, que casi me arranca una sonrisa.

—Estoy a su servicio, milady.

Haciendo caso omiso de su forma prematura de dirigirse, comencé a avanzar, y él siguió mi paso más corto.

—La suposición que ofreció con respecto a Lord Denhurst...

—Perdóneme por mencionarlo. No era mi intención molestar a Lord Stanbury con mi conclusión.

—Por favor, señor Vincent. No hay necesidad de disculparse. —Tuve cuidado de no validar la conclusión que Lord Denhurst no sabía leer—. Solo me preguntaba, si sabía si alguien más

había llegado a una conclusión similar.

—¿Cómo... ? —Me miró por el rabillo del ojo.

Aunque era reacia a presionar demasiado y posiblemente me arriesgaba a perder su tan necesaria ayuda, no tuve tiempo para dar vueltas sobre el asunto.

—¿Qué pasa con el señor Waldorf? ¿Ha mencionado algo relacionado con Lord Denhurst?

—El señor Waldorf es mi colega. No me gustaría implicarlo en... —El señor Vincent frunció el ceño.

—El señor Waldorf es un agente de los Whitworth, al igual que usted. Por lo tanto, sería prudente que toda la información que beneficie a su empleador se ofrezca libremente. ¿No está de acuerdo?

—Por supuesto que sí. —Soltó un suspiro lento.

—¿Bien? —pregunté, esperando estar haciendo lo correcto al presionarlo como papá hacía con sus propios empleados, cuando necesitaba respuestas.

—El señor Waldorf ha hecho una breve mención y dos sospechas sobre las dificultades para leer de Lord Denhurst.

Asentí lentamente.

—¿Y qué más puede decirme del señor Waldorf?

—¿Por qué lo pregunta? —El señor Vincent me miró.

—Tengo mis razones. —Observé su expresión curiosa—. Aunque todavía no estoy segura, si usted debería tener conocimiento de estas. Como lo demuestra la casi ruina de la propiedad de los Whitworth, cuando se pierde la confianza, con demasiada frecuencia se producen consecuencias nefastas.

—¡Qué cierto es eso! —Juntó las manos detrás de la espalda y volvió a mirar hacia adelante—. Solo conozco al señor Waldorf, desde hace unos pocos años y, aún así, no diría que lo conozco bien. Nuestras reuniones son poco frecuentes y nuestra correspondencia solo trata temas relacionados con el patrimonio.

—¿No fue él quien lo recomendó para el puesto de agente residente?

—Fue así, aunque no nos conocíamos hasta justo antes que enviara mis referencias. Un amigo en común nos presentó, y supongo que el señor Waldorf encontró lo que quería, lo suficientemente agradable como para darme el puesto.

—¿Y no es extraño que el señor Waldorf parezca tener mucha libertad, no solo para cubrir puestos sino en todos los aspectos del patrimonio?

—Hay un buen número de terratenientes, que se preocupan poco por la gestión de sus propiedades —vaciló el señor Vincent—. Como Lord Denhurst... No es nada raro que sus agentes administren las propiedades, casi exclusivamente en su nombre.

—Afortunadamente, ese ya no tiene por qué ser el caso. Lord Denhurst tiene un hijo extremadamente capaz, que administrará el patrimonio de la familia de ahora en adelante. Lord Stanbury se encargará que no se produzca otro incidente en el que se aprovechen de Lord Denhurst. Comenzará repasando todos los registros, tanto pasados, como presentes. —No era que pensara que el señor Vincent no era digno de confianza (ni Lord Denhurst le había dado permiso a Graham para asumir ese rol), pero necesitaba que el señor Vincent comprendiera, además de informar a los demás, que Graham no era un hombre para aprovecharse de él. Necesitaba inculcar el mensaje lo más claramente posible, antes de irme.

—Parece que el dominio del señor Waldorf ha llegado rápidamente a su fin. —El señor Vincent estaba impresionado.

—De hecho, así es.

La mirada del señor Vincent se movía distraídamente por el suelo delante de nosotros, mientras caminaba en silencio.

—¿Hay algo que desee decirme, señor Vincent?

El señor Vincent aminoró el paso y luego se detuvo.

—Si hay algún problema con el señor Waldorf, me gustaría ayudarle a descubrirlo. Es decir, si siente que puede confiar en mí.

Evalué al hombre que tenía delante, quien reflejaba una gran preocupación en su frente. Parecía un hombre digno de confianza.

—Nos vemos en el estudio en una hora.



Entré por la puerta principal y comencé a subir las escaleras, cuando un movimiento encima de mí llamó mi atención. Miré hacia arriba para ver quién descendía y mis pies se detuvieron. Lord Denhurst estaba cerca de lo alto de la escalera con sus ojos cautelosos fijos en mí.

—Buen día. —Adopté un tono más alegre del que estaba acostumbrado a usar con él, sin estar segura de cómo reaccionaría, ante mí, después de su exhibición de borrachera de anoche—. Espero que haya dormido bien.

—Lo hice. Gracias. —Juntó las manos detrás de él y levantó ligeramente la barbilla—. He oído que le debo una disculpa.

Su declaración me produjo un alivio instantáneo y solté el aliento que había estado conteniendo.

—No hay necesidad de tales cosas. —Hice un gesto desdeñoso con la mano y seguí subiendo las escaleras hacia él, permitiendo que mi voz volviera a un tono más pretencioso—. No creo que ninguno de nosotros desee revivir ni siquiera un momento de lo que ocurrió, así que creo que lo mejor es simplemente seguir adelante.

—Muy bien —dijo, mientras me acercaba a él—. Si eso es lo que usted desea.

—No volveré a pensar en eso. —Su sonrisa triste me dejó con la más extraña inclinación a tomar su mano y darle un apretón tranquilizador. Entrelacé mis dedos para asegurarme de no ceder, ante un gesto tan adverso y contraproducente—. Bueno, tengo mucho trabajo que hacer.

—Entonces, no la retendré.

Nos separamos con movimientos pausados, como si ambos estuviéramos esperando que el otro dijera algo. Ninguno de los dos lo hizo.

Cuando llegué a la habitación de Graham, golpeé con fuerza la puerta. Mis pensamientos todavía estaban en mi conversación con Lord Denhurst, cuando el ayuda de cámara de Graham abrió la puerta.

—Necesito hablar con Graham —dije con un tono cortante, olvidándome de ofrecer mi habitual doble palmada.

El sirviente miró por encima del hombro hacia donde debía estar parado Graham.

—Está bien, la veré. —Un momento después, Graham salió a la puerta solo en mangas de camisa y pantalones, y los pies descalzos.

Un rubor ardiente llenó mis mejillas.

—Parece que te he encontrado desnudo.

Agarró la puerta con una mano y se inclinó hacia ella, ofreciendo una sonrisa pícara.

—¿Esta es una represalia planeada?

Apreté mis labios, mirando detrás de él hacia donde su valet nos observaba con inquebrantable interés.

—Solo vine a informarte que he hablado con el señor Vincent y que se reunirá con nosotros directamente en el estudio. Habría enviado una nota, pero...

—¿Hablaste con él por tu cuenta?

Bajé la voz.

—Me encontré con él, mientras estaba caminando. El momento fue propicio, así que aproveché la oportunidad para preguntarle sobre el señor Waldorf.

Graham cruzó la puerta, acercándose demasiado a mí, antes de cerrarla detrás de él.

—Pensé que íbamos a reunirnos con él juntos.

Di un paso atrás, fijando mis ojos en su rostro, en lugar de hacerlo en su pecho parcialmente expuesto.

—Sí, bueno, no pensé que te importaría. Y aceptó ayudarnos a buscar pruebas contra el señor Waldorf. Esas son buenas noticias, ¿no?

—¡Extraño! —Miró hacia un lado y dejó escapar un suspiro.

—A pesar de sus reservas sobre este hombre, espero que te comportes lo mejor posible.

—¿No me comporto siempre lo mejor posible contigo? —Una leve sonrisa volvió a sus labios.

Sacudí la cabeza y retrocedí por el pasillo. Sin mi consentimiento, mi mirada se posó en su figura bien proporcionada y demasiado atractiva.

—Te veré abajo, tan pronto como estés decente.

Su amplia sonrisa me hizo alejarme de él, antes que pudiera responder a mi falta de decoro. Tendría que acordarme de contarle mi encuentro con su padre más tarde, cuando pudiera confiar en mí misma para mantenerme concentrada, en la tarea que tenía entre manos.

Capítulo veintiocho

GRAHAM

Saqué otro libro de contabilidad de la estantería y miré hacia donde estaba el señor Vincent, demasiado cerca de Honora. Los dos examinaban las entradas contables con atención. Poco importaba cuántas veces había sido testigo de sus sutiles intentos de traspasar sus límites en los últimos días, cada uno hacía que mi sangre volviera a hervir.

Dejé caer el pesado libro sobre el escritorio frente a él. Un fuerte golpe resonó en todo el estudio, causando que ambos se sobresaltaran y me miraran.

—Tal vez lograría más, si tuviera su propio libro de contabilidad para revisar, señor Vincent.

—Perdóneme, yo... —El señor Vincent tuvo el descaro de adoptar una expresión de falsa inocencia.

Honora levantó una mano para silenciarlo y su mirada se deslizó hacia mí.

—Creo que todos necesitamos un descanso. ¿Reanudamos en una hora?

El señor Vincent asintió brevemente y salió de la habitación sin decir una palabra más.

A pesar de la expresión de reproche de Honora, le sostuve la mirada.

—Le concedes demasiadas libertades a ese hombre.

—¿Con las cuentas? —Honora ladeó la cabeza.

—No, contigo.

—¿Conmigo? —Sus cejas se arquearon—. Por favor, dime cómo he logrado esto.

—¿Seguramente eres consciente de cuán diluido se ha vuelto tu actuación, en su presencia?

Y luego está la inclinación.

—¿La inclinación?

¿Por qué ahora yo parecía tan tonto?

—Él siempre está inclinándose, demasiado cerca.

—Eres ridículo, Graham. —Honora soltó una pequeña risa.

—¿Lo soy? —Un extraño zumbido llenó mi pecho, aumentando mi agitación—. ¿Por qué crees que se esfuerza tanto por ganarse tu buena opinión?

—Ser uno de sus empleadores parece una razón probable para ello.

—Uno no debería adular a su empleador con exhibiciones tan escandalosas.

—¿Inclinarse es una exhibición escandalosa? —Honora me analizó y una pequeña sonrisa apareció en sus labios—. Me gustaría saber cómo categorizarías tus propias tácticas a tal escala, como colarte en el baño de una dama por la noche.

—No soy tu empleador, todavía soy tu prometido. —Mi ira estaba empezando a disiparse por sus burlas, pero no lo permitiría. Podría confiarle al señor Vincent libros de contabilidad y acusaciones contra el señor Waldorf, pero no debía confiarle nada más—. ¡Creo que el señor Vincent desea tu fortuna! —espeté, necesitando simplemente decirlo.

La sonrisa desapareció de sus labios.

—Por supuesto, ¿por qué más un hombre mostraría interés en mí?

—Eso no es lo que quise decir. —Bajé la barbilla.

—Sé que no. —Honora se puso de pie y, para mi gran sorpresa, su expresión se suavizó cuando llegó a mi lado—. Realmente, aprecio tu preocupación y tomaré en serio tu advertencia.

Pero dicho esto, ¿confiarás en mí cuando te digo que no tengo intención de permitir cualquier solicitud del señor Vincent? —Hizo una pausa y una sonrisa traviesa iluminó su rostro—. Por más aceptable que sea su compañía, no es tan encantador como tú.

—Entonces, ¿tu lógica es que, como rechazas mi solicitud, seguramente, rechazarás la suya?

—Algo como eso. —Ella se rió.

Sonó un golpe en la puerta.

—¿Crees que es el señor Waldorf? —susurró Honora.

Me encogí de hombros. Si lo fuera, no lo envidiaría. Honora había estado inquieta toda la mañana y cuando el señor Waldorf no apareció a la hora prevista, su impaciencia se hizo palpable. Quizás, por cómo me estaba comportando, también me había inquietado su llegada tardía.

—Adelante —llamé.

Jameson intervino e hizo una leve reverencia.

—Una tal señora Breckon desea saber, si puede atenderla, señorita Crauford.

La postura de Honora se alargó y levantó la barbilla.

—Supongo que sí. —La voz alterada de Honora había vuelto a su pleno y glorioso estado de cacofonía—. Dígale que estaré con ella, en breve. —Honora terminó con sus habituales aplausos y Jameson salió de la habitación, cerrando la puerta, mientras salía.

—¿Breckon? —La frente de Honora se arrugó—. El nombre está en la lista de invitados, ¿no?

—Lo está. Ella es una vecina.

Honora respiró hondo y se mordió el labio.

—No estás nerviosa, ¿cierto?

Honora golpeó el aire entre nosotros.

—De ninguna manera. Es simplemente que no me he preparado emocionalmente para una visita hoy, y no estoy segura de tener la energía para ello.

—La señora Breckon es una querida dama. Probablemente solo desea una breve presentación, antes de la cena del próximo viernes.

—Me acompañarás, ¿no?

—¿No daría eso una impresión equivocada?

—Sí, tienes razón. —Hizo una pausa, sonriéndome—. Quizás debería buscar al señor Vincent como escolta. Eso le daría algo mucho más interesante sobre qué cotillear.

Le envié un movimiento de cabeza incrédulo y levanté el brazo hacia ella.

—¿Seguimos nuestro camino?

—¡Oh, qué amable de tu parte! —Honora puso su mano en el pliegue de mi codo—. Pero solo si estás seguro.

—Nunca estoy seguro de nada, cuando se trata de ti, Nora.

Ella me sonrió, aparentemente complacida con el caos que había traído a mi vida.

—Haces que parezca que eso es algo malo.

Calmé mi risa, cuando salimos al pasillo.

Honora se acercó.

—Sé que no te agrada especialmente el señor Vincent, pero su compañía ha sido beneficiosa para evitar que Marie actúe como nuestra acompañante.

—¿Es por eso que ella no ha regresado? Pensé que era por el aburrimiento excesivo que la tarea le había causado, esa primera y única hora, que estuvo sentada con nosotros.

—Supongo que eso podría haberlo hecho. —Honora sonrió.

—Debo decir que prefiero a tu doncella en ese rol, en vez de Marie o el señor Vincent.

La mirada de Honora se dirigió hacia arriba.

—Porque te sales con la tuya, haciendo demasiadas tonterías en compañía de Alicia.

—Exactamente.

—Por mucho que ella probablemente extrañe ver tu coquetería, creo que está agradecida por la oportunidad de encargarse de algunas de las tareas, que estaban siendo descuidadas, debido a mi incesante necesidad que ella actúe como mi compañera.

—Bueno, yo, por mi parte, estaré ansioso por su regreso.

La postura de Honora se enderezó a medida que nos acercábamos al salón y, aunque su mano apretó mi brazo, parecía perfectamente tranquila.

Judith y Marie estaban sentadas con la señora Breckon y sus voces se calmaron, cuando entramos.

—Judith. Marie. —La voz de Honora resonó en las paredes—. ¡Qué encantador es verlas aquí! Si hubiera sabido de su presencia no habría arrastrado a Graham. Y usted debe ser la señora Breckon. —Honora se detuvo, ante la mujer que la observaba con evidente intriga.

La señora Breckon miró a Judith, en busca de una presentación.

Judith sonrió.

—Señora Breckon, me gustaría que conociera a nuestra invitada de honor, la señorita Crauford.

—Señora Breckon. Es un placer. —Honora se dejó caer, en una de sus reverencias borrachas.

—El placer es mío. Lord Stanbury, es un placer verla a usted también. —La señora Breckon agachó la cabeza.

—Gracias, señora Breckon. Espero que su familia esté bien.

—Muy bien. Gracias. —Marie me sonrió—. Le estaba diciendo a la señora Breckon que pronto tendremos otra visita. La señorita Shaw ha escrito para aceptar mi invitación y estará aquí el próximo miércoles.

¿Por qué no me sorprendió que Marie pudiera encontrar un motivo para hablar de la señorita Shaw, incluso ahora?

—¡Espléndido! —Honora se situó directamente entre la señora Breckon y Judith en el sofá, a pesar que había poco espacio para ella—. Será mucho más soportable tenerla aquí, que escuchar parlotear sobre ella sin cesar.

Reprimí una sonrisa y reclamé el sillón vacío al que Honora había renunciado.

La mirada de la señora Breckon pasó de uno a otro.

—Recibí la invitación para la próxima cena. Tengo muchas ganas de estar aquí para... bueno, para...

—¿El anuncio? —preguntó Marie, incapaz de ocultar la discordia en su voz.

La barbilla de la señora Breckon se retrajo.

—¿Anuncio? No, espero con ansias el tema... La invitación parece insinuar que la cena será una experiencia cultural. ¿También se hará un anuncio?

Mi mirada se dirigió a Honora confundida. ¿No había mencionado el compromiso en las invitaciones?

Los ojos de Honora se encontraron con los míos solo por un momento, antes de soltar un resoplido exagerado.

—¿Por qué usted se inclina a hablar con acertijos, Marie? ¿De qué anuncio está hablando?

—No importa. Pensé... —Marie parpadeó, obviamente tan perpleja como yo.

—¿Podríamos ofrecerle té o pasteles, señora Breckon? —interrumpió Judith, llamando nuestra atención.

Honora se inclinó hacia la señora Breckon, como si tuviera intención de susurrar algo, aunque no bajó el volumen de su voz.

—No vale la pena probar los pasteles aquí, secos y quebradizos, aunque el té es satisfactorio, si prefiere un sabor menos auténtico.

La señora Breckon miró más allá de Honora y miró a Judith.

—Se lo agradezco, pero solo vine para una breve visita.

—¡Estos son mis tipos favoritos! Creo que forzar una conversación es una tarea tediosa. — Honora soltó una risita estridente.

La señora Breckon giró para mirar a Honora más plenamente.

—¿Quizás usted podría complacerme, permitiéndome hacerle algunas preguntas y así salvarme de la tarea?

—¡Oh, me gusta! Graham... Continúe, señora Breckon. Haga todas las preguntas que desee. Me enorgullezco de ser un libro abierto.

—¿He oído que usted es de la India? —El rostro de la señora Breckon se iluminó.

—Soy de Madrás. —Honora se arregló la falda y juntó las manos en el regazo—. Mi padre es un comerciante muy rico allí.

Marie sacudió la cabeza con incredulidad, pero Judith logró mantener la compostura, ante el pomposo comentario de Honora.

—¿Lo es ahora? —preguntó la señora Breckon, sin parecer afectada en lo más mínimo por la exhibición de Honora—. Tengo algunos vínculos con la India. Quizás reconocería su nombre, si lo supiera por completo.

—Su nombre de pila es Robert.

—Robert Crauford. —Un atisbo de sonrisa asomó a los labios de la señora Breckon—. Es un nombre familiar, aunque no puedo decir que lo conozca.

—Sí, bueno, es muy rico, así que no me sorprende que lo haya oído. Nuestra reputación normalmente nos precede.

Bajé la mirada y me froté la frente, encogiéndome por el bien de Honora... por el bien de todos. La próxima cena iba a ser un desastre para la reputación de mi familia.

—¿Y su madre? —preguntó la señora Breckon sin pausa—. ¿Ella también está en la India?

—Mi madre murió poco después de darme a luz.

La señora Breckon asintió comprensivamente.

—Debe ser difícil estar en un lugar tan lejos de casa.

La frente de Honora se arrugó.

—Sí. —Ella hizo una pausa—. Es difícil.

Los ojos de la señora Breckon recorrieron a Honora con satisfacción.

—Bueno, me alegro mucho que usted haya venido a Grandview. —Ella se puso de pie, haciéndonos a todos ponernos de pie—. Me temo que debo estar en camino, pero espero con ansias la cena de la próxima semana. —Ella volteó hacia mí—. Adiós, Lord Stanbury. Señora Judith. Señora Marie.

Todos nos despedimos y miramos en silencio, cómo salía la señora Breckon. ¡Qué visita más extraña había sido aquella! Y no solo era por culpa de Honora, quien se dejó caer en el sofá.

—A pesar de todas las cualidades menores que posee Inglaterra, prefiero las visitas sociales más breves que mantienen aquí.

—No suelen ser tan breves. —Marie puso sus manos en sus caderas.

—¿No es así? Entonces, me pregunto qué fue lo que la hizo irse con tanta prisa. ¡No es que me importe! Simplemente, odiaría pensar que fue algo que he hecho.

—No le creo eso a usted... —El brazo de Marie cayó a su costado y sus muñecas se flexionaron hacia afuera—. Creo que lo hace intencionalmente, que disfruta haciéndonos quedar en ridículo.

—¿Y qué motivo tendría yo para hacer algo tan absurdo, Marie? —Honora se enderezó en su asiento.

Los ojos de Marie se dirigieron a Judith y a mí.

—Para que seamos expulsados de la sociedad, tal como ustedes están y siempre estarán. ¡Quieres que seamos unos miserables como ustedes!

Di un paso adelante.

—Marie, no le hables de esa manera a Honora.

Ella giró hacia mí y levantó un dedo.

—¡No te atrevas a castigarme! No cuando soy la única lo suficientemente valiente, como para decir lo que todos estamos pensando. Preferiría estar en bancarrota, que arruinada por una relación con ella. —Marie se alejó lentamente de nosotros, sacudiendo la cabeza, antes de girar sobre sus talones, y salir apresuradamente del salón.

—Bien. —Judith dejó escapar un profundo suspiro—. Supongo que esto debe considerarse un éxito.

—Bienvenidos a las aguas turbias por las que he estado chapoteando. —Honora se levantó—. A veces estoy dispuesta a confesar toda mi farsa. Si no hubiera estado tan cerca de lograr mi objetivo, es posible que ya lo hubiera hecho.

La idea que Honora dejara de lado su actuación, no sería más que una esperanza desperdiciada, y la descarté.

—Eso me recuerda, ¿no mencionaste en la invitación que la cena era para celebrar nuestro compromiso?

—Si mal no recuerdo, fuiste tú quien recomendó discreción durante el mayor tiempo posible.

—Sí. Lo único que me sorprende es que hayas seguido mi consejo.

—Con esta charla, seguramente harás creer a tu hermana, que no suelo seguir tus consejos. —Ella se rió.

Miré a Judith, que nos observaba con interés.

—Creo que ella ya sabe muy bien qué opiniones se tienen más en cuenta entre nosotros.

Judith hizo un trabajo casi tan pobre como Honora para ocultar su risa.

—Hablando de opiniones —dije—. La visita de la señora Breckon fue un poco extraña, ¿no?

—¿Por qué dices eso? —preguntó Judith.

—Parecía tener un interés poco común en Honora.

—Creo que el propósito de su visita era una presentación. —Judith ladeó la cabeza.

—Sí, pero no estoy seguro que ese fuera su único propósito.

Honora me miró.

—¿Debería haber sido más cuidadosa con lo que compartí?

—No. Sé que la señora Breckon es una buena mujer. Solo me pregunto de qué se trataba. ¿Por qué parecía tan interesada en tu vida en la India y en tus padres? —negué con la cabeza.

Judith nos miró de un lado a otro.

—Preguntar sobre los orígenes y la paternidad de una persona no es una conducta sospechosa para una presentación.

Pensé en mencionar la intensidad de sus preguntas, pero la preocupación en el ceño de Honora me hizo callar.

—Tienes razón, Judith. —Y esperaba que así fuera, aunque no podía quitarme de la cabeza la idea que la señora Breckon había venido a Grandview con un propósito específico. Uno que parecía haber logrado.

Capítulo veintinueve

HONORA

Graham entró en la habitación, sus ojos recorrieron al señor Vincent y aterrizaron en mí.

—¿Están ustedes dos solos, aquí?

—Alicia acaba de salir y ya regresará. —Volví a mirar el libro de contabilidad, que tenía delante, intentando ocultar mi diversión, ante el evidente disgusto de Graham por habernos encontrado al señor Vincent y a mí, solos, momentáneamente. No podía explicar por qué, pero la idea que Graham estuviera celoso del plácido señor Vincent era demasiado divertida—. ¿Le preguntó a su padre, si recibió noticias del señor Waldorf?

—Mi padre parece tan desconcertado, como nosotros, por su ausencia. Dijo que era inusual que el señor Waldorf no se hubiera presentado. Y sin dar noticias.

Me recosté en mi silla.

—Algo parece estar mal. ¿Hay alguna manera que podamos enviar a uno de los sirvientes a descubrir qué lo retiene? ¿O contratar a un hombre?

El señor Vincent levantó la vista del libro de contabilidad, que estaba evaluando.

—Sé dónde vive. Quizás esto pueda ser de ayuda.

La mirada de Graham se posó en el señor Vincent.

—¿Quiere ir a Londres?

Él lo pensó por un momento.

—Supongo que podría, si usted quiere.

—Empiezo a pensar que es necesario. —Graham me miró—. ¿De acuerdo?

Miré al señor Vincent, tratando de evaluar su disposición.

—Si no le importa, creo que podría resultar útil.

El señor Vincent sacudió la cabeza.

—Tengo familia allí, a la que no veo a menudo. Estoy seguro que estarán encantados de recibirme.

—Entonces, está arreglado. —Graham le dio una fuerte palmada, pareciendo demasiado complacido por la idea de la ausencia del señor Vincent.

—Cubriremos todos los gastos que se requieran, pero tenga cuidado que no se descubra su intención —le dije—. No queremos que el señor Waldorf conozca nuestras sospechas, y se corra el riesgo que huya.

—Seré cauteloso. —El señor Vincent se puso de pie—. ¿Y hay algo más que quieren que haga, mientras esté en la ciudad?

—Sí. De hecho... Es así. —Giré hacia Graham—. ¿Podría escribir una carta, otorgando permiso al señor Vincent para hablar con los bancos, en nuestro nombre, y hacer que su padre la firme?

—Pensé que usted tenía la intención de escribir cartas a cada uno de los bancos.

—Las tengo. —Abrí el cajón y saqué la pequeña pila, colocándola sobre el escritorio frente a mí—. Las terminé esta mañana, aunque no las envíe, porque todavía necesito la firma de su padre. Pero si el señor Vincent va a Londres, será mejor que revise las cuentas. Los bancos pueden estar más dispuestos a compartir información confidencial con un representante autorizado, que a través de correspondencia, y su padre solo necesitará firmar una de las cartas

—dije, segura que Graham vería el beneficio de explicarle lo menos posible a su padre. Probablemente, Lord Denhurst no tendría ningún reparo en firmar una sola misiva, pero cinco podrían dejarlo en duda—. Además, así tendremos nuestra respuesta más temprano que tarde. Eso es... —Miré al señor Vincent—. Si no le importa encargarse además de esta tarea. Con la cantidad de bancos que debe visitar, podría resultar un día entero de trabajo.

El señor Vincent rodeó el escritorio y se detuvo justo frente a mí.

—¿Qué debería discutir con los banqueros?

Sonreí ante su aceptación.

—Por ahora, solo la situación de cada cuenta y cualquier préstamo de Lord Denhurst o el patrimonio de los Whitworth. —Deslicé el montón de cartas hacia él—. Pero todo está escrito en las cartas, por lo que simplemente puedes pedirles que las lean y respondan de la misma manera.

Recuperó la pila y hojeó cada una de ellas.

—¿Cinco?

—Sí. Pero la dirección de cada banco está ahí, así que espero que eso facilite un poco su tarea.

Metió el montón en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Yo me encargaré de ello.

Graham me entregó la carta que le había pedido que escribiera.

—¿Esta es? —Leí el documento con atención—. Perfecto. La mención de no conceder al titular ningún poder para actuar en nuestro nombre es una inclusión muy sabia. —Miré al señor Vincent—. No es que no confiemos en usted.

—Como mencionó, es una inclusión inteligente.

—Si me acompaña, señor Vincent —dijo Graham—. Haré que mi padre firme y selle esto directamente para que pueda seguir su camino.

Casi me reí a carcajadas, ante la impaciencia de Graham.

El señor Vincent hizo una leve reverencia ante mí.

—Escribiré cualquier novedad que descubra.

—Apreciamos su disposición para ayudarnos.

—Es un placer para mí, señorita Crauford. —Él sonrió.

—Muy bien. —Graham caminó al lado del señor Vincent y puso una mano pesada sobre su hombro, dirigiéndolo hacia la puerta—. Después de usted.

Al cabo de varios minutos, luego que los caballeros se hubieran ido, Alicia regresó, sacándome de mis inquietantes pensamientos sobre lo que podría indicar la ausencia del señor Waldorf a la cita de ayer.

Cerró la puerta detrás de ella.

—¿A dónde se han ido los caballeros?

—El señor Vincent parte hacia Londres para ver si puede descubrir por qué el señor Waldorf aún no ha venido a Grandview. Y Graham fue para despedirlo. —Me obligué a sonreír, ante el recuerdo del afán de Graham por deshacerse del señor Vincent.

Alicia caminó hacia el escritorio con sus ojos descansando en el libro de contabilidad abierto frente a mí.

—¿Ha descubierto más pruebas contra el señor Waldorf?

Negué con la cabeza.

—No, además de las pocas indiscreciones menores en las cuentas, parece haber cubierto sus huellas demasiado bien.

—¿Pero usted no duda que fue él?

—De ninguna manera... Simplemente, no sé cómo demostrarlo. Esperaba que al interrogarlo diera un paso en falso, y se revelara algo. Pero como él no vino, me quedé sin ideas.

—Con suerte, el señor Vincent podrá localizarlo, antes que llegue su padre.

Mis pensamientos se dirigieron a papá y traté de no dejarme vencer por el miedo. Seguramente, tendría tiempo suficiente para lograr mi libertad, antes que él llegara a Inglaterra. ¿No lo tendría?

Había discernimiento en los ojos de Alicia.

—¿No podría simplemente irse, antes que Lord Denhurst revoque el contrato matrimonial? Usted tiene suficiente dinero para el pasaje de regreso a la India.

—No puedo. Mi padre es un hombre de contratos y condiciones. Antes de irme de Madrás, me dijo que me repudiaría, si le hacía faltar a su palabra. Su declaración fue un contrato verbal y no dudo que lo mantendrá. Ya usted lo ve, no puedo simplemente irme. Lord Denhurst debe ser quien ponga fin al acuerdo: ¡esa es mi única protección!

Alicia suspiró con las comisuras de la boca hacia abajo.

—No puedo imaginarme estar en una situación así.

Un suave golpe en la puerta interrumpió nuestra conversación y Alicia se trasladó a su asiento habitual.

—Adelante —llamé y, para mi sorpresa, fue el rostro de Judith el que apareció.

Entró y cerró la puerta detrás de ella.

—Espero no interrumpirte.

Me puse de pie y rodeé el escritorio hasta donde ella estaba.

—De ninguna manera. ¿Necesitas algo?

Judith le envió una sonrisa amistosa a Alicia, antes de volver a prestarme atención. Ella juntó las manos delante de ella.

—Un amigo me ha dicho que Lord Kenton, un viejo... conocido mío, está de visita en su finca cercana.

—¡Qué delicia! —dije, tratando de recordar dónde había escuchado ese nombre.

—Sí, bueno, se quedará quince días, antes de regresar.

Asentí, sin entender por qué ella me miraba de esa manera.

Sus manos ahora estaban retorciéndose frente a ella.

—Esperaba que pudiéramos extenderle una invitación para la cena.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —dije riéndome—. Sin duda debería venir, siempre y cuando no creas que te avergonzará demasiado, que me conozca, y sea testigo de mi actuación.

—Sin embargo, mientras lo decía, me preguntaba si realmente podría llevar a cabo el plan que Alicia y yo habíamos ideado. Provocar más vergüenza para los Whitworth me pareció una elección insensible, a pesar que tenía buenas razones para ello. No fue culpa de los hermanos, que me hubieran obligado a abandonar mi casa, e incluso Lord Denhurst había demostrado no ser tan responsable de esta situación, como sospeché al principio.

Judith sonrió.

—Creo que te encontrará entrañable. Y tengo muchas ganas de verlo.

La vi fijamente.

—Parece ser más que un simple conocido.

—Una vez estuvimos comprometidos para casarnos. —El color que llenó las mejillas de Judith era condenatorio.

Recordé que allí fue donde oí el nombre por primera vez, escuchando a Marie y Judith, el día que llegué.

—¿Qué pasó?

—Mi madre murió repentinamente y decidimos esperar hasta después del período de duelo para casarnos. Pero antes de que terminara el período de luto, le informaron a mi padre, que estábamos al borde de la ruina. El padre de Lord Kenton dijo que, a menos que pudiéramos respetar el contrato matrimonial, no permitiría el matrimonio.

—¿Entonces, se rompió el compromiso?

—Así fue.

—¿Y obviamente, no se ha casado?

—No, pero mi padre está cada vez más impaciente por la negativa de Lord Kenton a hacerlo. Parece que no somos los únicos que necesitamos ayuda financiera.

Me obligué a apartar la mirada de la mezcla de tristeza y esperanza en su expresión. Sin una fortuna, Judith probablemente nunca podría casarse con Lord Kenton. A menos que pudiera descubrir dónde había ido a parar su dinero y restaurarlo, antes que llegara mi padre. La única otra manera que ella pudiera lograr esa unión era con la riqueza que yo podía aportar a los Whitworth. ¿La felicidad de Judith no era tan importante como la mía?

—¿Necesitas que le envíe la invitación?

—No. Estaría feliz de...

—Entonces, tú deberías...

—Gracias. —Hizo una pausa y se mordió el labio inferior.

—¿Hay algo más?

—Espero que no le digas nada a Stanbury. No es necesario que lo mantengas en secreto, pero se, pero te agradecería mucho que tampoco lo mencionaras.

Observé su rostro nervioso, esperando no haberme equivocado de alguna manera.

—¿No aprueba esa unión?

—Él sí lo hizo. Pero me temo que es menos indulgente con lo ocurrido. Considera que Lord Kenton es un cobarde por no casarse conmigo, a pesar de cuántas veces he intentado convencerlo que no lo haga, en estas circunstancias. Stanbury es muy protector con sus seres queridos, como estoy segura que ya habrás descubierto.

Me quedé quieta. ¿Estaba insinuando que Graham me amaba? Seguramente, no. Simplemente debía querer decir que había sido testigo de lo protector que era con sus seres queridos, porque por mucho que a Graham le gustara burlarse de mí y mencionar que un matrimonio entre nosotros le vendría bien, él no me amaba. No podía permitirse ninguna consideración por el amor, él mismo me lo había dicho y no dudaba que lo decía en serio. Yo era simplemente una solución aceptable: una distracción entretenida.

—No se lo mencionaré —prometí, desesperada por ignorar la desagradable y falsa esperanza, que se acababa de arraigar dentro de mí, incluso contra mi voluntad.

Capítulo treinta

GRAHAM

El aire cálido y húmedo del invernadero fue un placer bienvenido, después de mi paseo matutino. Me quité los guantes y recorrí con la mirada el espacio lleno de plantas. Mi padre estaba sentado en el rincón más alejado con la mirada fija en el suelo. Esquivando ramas y maniobrando, alrededor de mesas sobrecargadas de plantas con flores, me dirigí hacia él.

—Ahí estás, padre.

Mi padre se sobresaltó por mi apariencia, y cerró de golpe el libro de cuero sobre su regazo.

—Stanbury. ¿Qué estás haciendo aquí?

Había decidido no decirle que Honora me había contado su extraño encuentro en la escalera, hacía unos días, ni que me había sugerido que fuera a hablar con él. Ya había pospuesto la conversación demasiado tiempo y no lo volvería a hacer.

—¿No puede un hijo simplemente desear ver cómo le va a su padre?

Me envió una mirada incrédula.

—¿Y esto del hijo que no ha mantenido a su padre informado sobre los acontecimientos de la señorita Crauford?

—Perdóname. No hay mucho que informar hasta el momento. —Sin querer decir más, busqué algo más sobre qué hablar y me fijé en el lápiz de dibujo, que mi padre tenía en la mano—. ¿Estabas dibujando?

—No tengo nada más que hacer con mi tiempo.

Sin prestar atención a su mirada hosca, extendí una mano.

—¿Puedo ver?

Dudó y luego me entregó el libro. Lo abrí con cuidado, examinando el primer boceto de una camelia, antes de pasar la página. Cada dibujo posterior (árboles, paisajes, flores y rostros familiares) fue tan detallado y realista como el siguiente.

—Tienes un verdadero talento.

Extendió la mano y me quitó el libro.

—Un talento inútil.

—¿Cómo es eso inútil? —Señalé el libro en sus manos—. Mira lo que has creado.

—No es nada comparado con lo que casi destruí.

Mi pulso se aceleró, preguntándome, si finalmente él quería decirme la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Las propiedades... —Ladeó la cabeza.

Me mordí la lengua, dándole la oportunidad de dar más detalles.

Soltó una rápida bocanada de aire.

—Si me hubiera dado cuenta de las intenciones del señor Hull, podría habernos salvado de toda esta debacle.

—¿Crees que podrías haber hecho algo diferente? —pregunté, esperando guiarlo en la dirección correcta.

La mirada de mi padre se apartó de la mía.

—Confiar menos en otras personas.

—¿O confiar un poco más?

Levantó la vista y vi la indecisión en sus ojos. Se estaba arrepintiendo.

Me quedé inmóvil, esperando que dijera la verdad y se disculpara por su engaño, cuando su honestidad podría habernos salvado.

—Supongo...

Cuando él no continuó, me acerqué un paso.

—Puedes confiar en mí, padre.

—¿No es eso lo que estoy haciendo ahora, permitirte vigilar a la señorita Crauford? —Bajó la ceja.

—Sí —dudé—. Pero, si hay algo más...

Entrecerró los ojos y se puso de pie con los anchos hombros hacia atrás y el pecho ligeramente hacia fuera.

—¿Qué más podría haber, Stanbury? —Sus ojos se movieron entre los míos, como si tratara de determinar lo que sabía.

Tragué, dándome cuenta que estaba en un terreno problemático. Mi padre no estaba de humor para esta conversación y descubrí que no quería correr el riesgo que se retractara de su aprobación por pasar el tiempo con Honora. ¡No, ahora! No cuando estábamos avanzando en las finanzas, y yo estaba mejorando con Honora.

—Solo quise decir que puedes confiar en mí para hacer lo mejor para nuestra familia.

Los hombros de mi padre se relajaron un poco.

—Sé que puedo. —Se movió para pasar a mi lado, pero se detuvo, su rostro estaba al mismo nivel que el mío, y puso su mano sobre mi hombro—. El señor Vincent me dijo que la señorita Crauford tiene una asombrosa habilidad para las finanzas. Espero que estés absorbiendo todo lo que puedas, porque una vez que recibamos la dote de Honora, me gustaría que asumieras tu rol de heredero, y me ayudaras a supervisar nuestro patrimonio.

Asentí vacíamente, demasiado aturdido por su declaración para responder.

Con una palmadita de despedida en mi hombro, él se abrió camino de regreso a través del laberinto de plantas. ¡Qué conclusión tan inesperada para una conversación que salió mal! Le ofrecí a mi padre la oportunidad de decirme la verdad y no lo hizo. Me había mentido de nuevo, pero lo había atrapado con una oferta que había estado desesperado por obtener durante demasiado tiempo. Finalmente, yo debía ocupar mi lugar.



Observé a Honora con gran interés, mientras ella inspeccionaba distraídamente los estantes del estudio, pasando la mano por las encuadernaciones.

—Siempre es mejor tratar directamente con la persona que tiene autoridad. No tiene sentido agotar las estrategias prematuramente.

Me incliné hacia adelante en la silla.

—¿Y cómo se reconoce a esa persona?

—Bueno, siempre es mejor aprender de antemano todo lo que se pueda sobre la otra parte: sus preferencias, sus fortalezas y, lo más importante, sus debilidades. —Dejó caer la mano y me miró—. Sin embargo, como eso no siempre es posible, a menudo encuentro que quien ostenta el poder es el que está más dispuesto a demostrarlo. Pero si todavía no estás seguro, simplemente pregunta. Casi siempre es preferible ser directo, cuando se trata de una negociación. Eso y usar la menor cantidad de palabras posible.

—¿Y por qué es eso? —Me recliné en mi silla, esperando pacientemente cualquier conocimiento que Honora quisiera compartir a continuación. Sin nada que hacer, además de esperar la respuesta del señor Vincent, Honora había reanudado mis lecciones a plena carga. Habíamos discutido contabilidad, administración, conexiones e incluso especulaciones en los últimos días (solo haciendo una pausa para el sábado), y ahora estábamos hablando de negociaciones.

—Los mejores negociadores son aquellos que no permiten que sus emociones dicten el curso de la discusión. La otra parte no debe saber hasta qué punto deseas alcanzar tu objetivo, porque la persona dispuesta a alejarse es la que tiene más poder.

Sonreí.

—¿Es por eso que tienes el poder en nuestra relación?

Honora soltó una risita.

—Si recuerdas, fuiste tú quien se ofreció a ayudarme a llegar a casa.

—No puedo evitar preguntarme, si eso es simplemente lo que diría un buen negociador sobre la situación: hacerme creer que fue idea mía, cuando en realidad usaste tus poderes de negociación, en mi contra. —Me puse de pie y caminé hacia donde ella estaba—. Quizás deberíamos firmar un nuevo acuerdo, ahora que tengo un poco más de conocimiento sobre cómo

funciona todo esto.

Honora se puso de puntillas y se acercó.

—Hay una cosa más sobre las negociaciones que debes tener en cuenta. —Su voz no era más que un susurro, y el sonido me atrajo—. Una vez que ambas partes han aceptado un acuerdo, romperlo no debe hacerse a la ligera.

Mi pecho zumbaba y levanté una mano hasta su cuello, acariciando con mis dedos su suave piel.

—¿Ni siquiera si ambas partes lo desean?

Ella estaba quieta, su mirada permanecía fija en mis labios.

—Como acabo de decir, no hay lugar para las emociones en las negociaciones.

El sonido de un golpe hizo que Honora retrocediera tambaleándose.

—¡Adelante! —llamó Honora con demasiada ansiedad.

La puerta se abrió y Jameson se inclinó por la cintura.

—Perdóneme, milord. Su padre desea que se reúna con él directamente, en el salón.

Levanté una ceja, apenas capaz de resistirme a expresar mi sorpresa por haber sido convocado.

—Volveré en un momento.

Antes que pudiera retirarme, Honora aplaudió dos veces.

—¿Ha llegado el correo?

La expresión ilegible de Jameson no vaciló.

—Todavía no, señorita. —Ella aplaudió una vez y Jameson se fue, cerrando la puerta detrás de él.

Ella dejó escapar un breve suspiro, ante su partida, y me pregunté, si era por su ansiedad por el señor Vincent, o por su culpa por tratar a Jameson de esa manera.

—El señor Vincent solo ha estado en Londres tres días completos —dije, deseando pasar por alto su trato hacia los sirvientes, cuando no había nada que hacer al respecto—. Uno de los cuales fue el sábado. Creo que hoy es lo más temprano que podremos saber de él.

¿Desde cuándo había empezado a defender al señor Vincent, ante Honora?

Su mirada volvió a centrarse en mí.

—Oh, sí... El señor Vincent. Supongo que tienes razón, aunque estoy ansiosa por saber si ha visto al señor Waldorf.

—Como yo. —Pasé junto a Honora y nuestras manos se rozaron, mientras me dirigía hacia la puerta. Ante el breve contacto, una ola de calor subió por mi propio brazo y también un dolor por mis deseos reprimidos. Pasar los últimos días en su compañía había resultado ser un placer y una tortura, a partes iguales, y estaba empezando a preguntarme, si yo era lo suficientemente fuerte como para cumplir mi promesa.

—¡Oh, Graham!

La miré con demasiada anticipación.

—¿Sí?

Se pasó una mano por el brazo, como si ella también hubiera sentido la oleada de energía, ante nuestro toque.

—Quería decirte que recibí una carta de Ansuya. Ella y otras ocho personas ayudarán con la cena. ¿Puedes encargarte de organizar el transporte para todos ellos?

—Por supuesto. —Bajé la cabeza hacia ella, intentando ocultar mi decepción por lo que ella había querido decirme.

—Dijo que planearían partir desde la posada de Portsmire, a menos que ella escuche lo

contrario.

—Eso debería ser adecuado. —Esperé a ver, si había algo más que quisiera decirme, pero como no continuó, hice un ademán de irme—. Regresaré pronto.

—Cuando regreses, tengo reservada para ti una discusión apasionante sobre la agricultura. Me detuve en el umbral, frotando mi barbilla, en fingida contemplación.

—Pensándolo bien, creo que hay algo más urgente.

Ella me envió una mirada juguetona.

—Teniendo en cuenta que he afirmado saber poco sobre el tema, te perdonaré por eso. Pero diré que he estado leyendo un artículo fascinante sobre la rotación de cultivos y los procedimientos utilizados para mantener el suelo sano.

—Eso suena fascinante. Pero te aseguro que, además de tu compañía, necesito poca tentación para que mi visita sea breve.

Ella sacudió la cabeza riéndose, como si yo no dijera la verdad.

—Ve...

Ofreciendo una obediente reverencia, salí de la habitación, antes de decir más. A pesar de mi tono burlón, cualquier cosa que me alejara de la compañía de Honora, en ese momento, me parecía una molestia agravante. Era cierto que ella entendía más de negocios, que la mayoría de los hombres con los que había hablado (no es que yo hubiera buscado ese tipo de conversaciones, en el pasado), y estaba agradecido por su tutela. Pero eso no fue lo que me dejó anhelando más tiempo con ella ni fue la razón por la que ella llenaba todos mis pensamientos, cuando no estaba a su lado. A pesar de lo molesta que estaría, si le confesara la verdad, yo estaba total y irremediamente cautivado por ella.

—Padre, ¿deseabas hablar conmigo? —pregunté, entrando al salón.

Mi padre y un caballero desconocido conversaban.

—Stanbury, este es el señor Swinton. —Bajé la cabeza con los ojos levantados y observé al caballero mayor hacer lo mismo—. Señor Swinton, este es mi hijo, el vizconde Stanbury, el prometido de la señorita Crauford.

Arquee una ceja, incapaz de ocultar mi sorpresa, ante la extraña inclusión de Honora.

El hombre tiró nerviosamente de su chaleco.

—Es un gran placer conocerlo, Lord Stanbury.

—Quédate con nosotros. —Mi padre me indicó que me sentara en el sofá.

Me mudé en el lugar designado.

—¿Y qué es lo que estamos discutiendo?

Ambos hombres compartieron una mirada de complicidad, y mi padre se aclaró la garganta.

—El señor Swinton ha viajado desde Wiltshire sin apenas descansar.

Miré al hombre.

—Esa es toda una dedicación. ¿Y qué lo ha traído a esta parte de Inglaterra?

—Mi nieta —dijo el hombre en voz baja.

—¿Ella vive cerca?

Sus ojos se dirigieron a mi padre con temor.

—Honora es mi nieta.

Capítulo treinta y uno

HONORA

Me paré cerca del frente del escritorio y miré alrededor del estudio. Extrañaría esta habitación, cuando no estuviera aquí: su olor a polvo y sus intimidantes filas de libros de contabilidad. Había sido mi santuario, mientras estaba en Grandview, un lugar donde Graham y yo podíamos ser nosotros mismos y estar juntos. Uno que ahora apreciaba.

—¿En qué está pensando, señorita? —Alicia había dejado caer la cinta que estaba adornando y me miró con ojos curiosos.

Suspiré, ignorando la persistente duda, que había comenzado a acosarme en cada momento de descuido, durante estos últimos días. La India era mi lugar. Eso era lo que más quería. ¿No era así?

—Solo que extrañaré esta habitación, cuando me vaya. Nunca pensé que me apegaría a Grandview de ninguna manera, y mucho menos a un estudio viejo y húmedo como este.

Alicia asintió y sus ojos recorrieron el espacio, donde habíamos pasado incontables horas.

—Es una habitación bastante lúgubre, ¿no?

—Totalmente. —Me reí.

—¿Y qué pasa con los planes para la cena? ¿Hay algo más de lo que debamos ocuparnos?

Pensé por un momento y negué con la cabeza.

—Creo que todo está contabilizado, gracias en gran parte a Ansuya y a los demás.

—Debo admitir que estoy muy ansiosa por ver el vestido que ella ha hecho para usted. — Una sonrisa llenó el rostro de Alicia.

—Como yo. —No es que dudara de las habilidades de Ansuya ni que no tuviera otros vestidos para usar, en caso que resultara ser un desafortunado desastre, pero tenía grandes esperanzas en esto. Siempre quise usar un vestido más tradicional de inspiración india, y no estaba segura de cuándo volvería a tener la oportunidad.

—Mi única preocupación es que luzca tan exquisita, que la gente no se dé cuenta, que se supone que no quiere agradecerles.

Me reí de nuevo.

—Dudo mucho que eso alguna vez sea un problema para mí. —Hice una pausa y la sonrisa cayó de mis labios—. Alicia, ¿y si no siguiera adelante con mis planes?

—¿Tiene la intención de cancelar la cena? —El ceño de Alicia se frunció.

—No, simplemente estoy considerando terminar mi farsa, antes que lleguen los invitados de los Whitworth.

—¿No es ese el único propósito de la cena, forzar la intervención de Lord Denhurst con las reacciones de los demás?

—Lo era. —Hice una pausa—. He estado pensando en ello. Pensando en lo que dijo Graham, cuando mencioné mi plan por primera vez: que su familia tendría que lidiar con las consecuencias de mi comportamiento. Y después del mal trato que le di a la señora Breckon el otro día... —Dejé escapar un suspiro lento—. No estoy segura de poder seguir adelante. Después de todo, no es culpa de Graham que yo esté en esta situación. Tampoco es de Judith o de Marie. En verdad, ni siquiera Lord Denhurst tiene tanta culpa de sus finanzas fallidas, como pensé al principio.

Alicia me consideró por un momento.

—Entonces, ¿qué hará?

—No lo sé. No puedo simplemente dejar mi actuación esa noche sin una explicación. Y sin embargo, ponerle fin ahora, no parece lo ideal, especialmente cuando finalmente parece que estoy haciendo algunos progresos. Quizás simplemente intensifique mis esfuerzos con la esperanza que Lord Denhurst actúe, antes de la cena. Y si no, pues les diré... —negué con la cabeza.

La puerta se abrió, silenciándome, y Graham entró.

Como todavía no deseaba hablar con él de mis pensamientos hasta que me decidiera, opté por una sonrisa.

—Eso no fue demasiado tiempo. Debes estar ansioso por continuar con nuestra discusión.

Él no me devolvió la sonrisa, pero me miró con ojos inseguros.

—¿Qué es? —pregunté, sintiéndome repentinamente inquietada.

—Hay un visitante aquí que desea hablar contigo.

—¿Otro visitante? —Intenté adoptar un tono juguetón con la esperanza de disminuir mi propia aprensión—. ¿Quizás un amigo de la señora Breckon, que viene a ver a la extraña heredera de la India?

—Sí, en realidad.

—¿Un vecino? —Mi ceja se arqueó, ante el tono sobrio de Graham.

Graham negó con la cabeza.

—Tu abuelo.

Di un paso atrás.

—Esto no es nada divertido, Graham.

—No estaba destinado a ser así.

Me quedé quieta, buscando en su rostro algún indicio que estaba bromeando. Él no lo estaba.

—No entiendo. ¿Cómo me encontró?

—Por la señora Breckon. Al parecer, ella era una querida amiga de la infancia de tu abuela. Cuando recibió tu invitación a la cena, empezó a sospechar. Ya había oído que eras de la India, pero cuando notó el nombre Crauford...

—¿Por eso me hizo todas esas preguntas?

Él asintió.

—Al parecer, ella le escribió a tu abuelo, inmediatamente después de regresar a su casa. Recibió la carta hace tres días y salió al amanecer del día siguiente para llegar aquí.

—Entonces, mi abuela...

—Tu abuela murió hace unos años. —Él frunció el ceño.

No sabía por qué la noticia me dejó sin palabras. Ni siquiera conocía a la mujer, así que, ¿por qué debería sentir tal pérdida?

Graham dio un paso hacia mí.

—Él está ansioso por hablar contigo.

Levanté mi mirada hacia él.

—¿Ahora? ¿Después de veinte años sin decir una palabra? Perdóname por parecer insensible, pero no tengo ningún deseo de conocerlo. Ya te lo dije.

Tomó mi mano entre las suyas, pero la liberé.

—Por favor, Honora. Simplemente, escucha lo que tiene que decirte.

—¿Por qué? ¿Qué ventaja tiene esto para ti? ¿Piensas que esto haría cambiar mi opinión

acerca de quedarme?

Graham frunció el ceño.

—¿Ventaja para mí? —Sacudió la cabeza, haciéndome arrepentirme instantáneamente de mi comentario—. No toda decisión se debe a un cálculo. Anhele verte feliz y que te des cuenta, que este hombre ha pasado años buscándote, con la esperanza, más allá de toda esperanza razonable, de poder encontrarte.

Las lágrimas nublaron mi visión.

—¿Me ha buscado?

Esta vez le permití tomar mi mano.

—Con un celo implacable.

Mi respiración se agitó y los años de convencerme que esto no me importaba, y que no desearía este momento, se disolvieron instantáneamente. Me encontré con la mirada compasiva de Graham.

—¿Vendrás conmigo?

Levantó la mano y me limpió una lágrima de la mejilla, que no me había dado cuenta que había caído.

—Sabes que lo haré.



Mi mano tembló en el brazo de Graham, mientras nos acercábamos al salón, y él colocó su mano sobre la mía, calmando el temblor.

—Avísame, si deseas irte.

Asentí con fuerza, pero le permití que me guiara. Mi mirada se posó en el hombre desconocido, antes de darme cuenta que Lord Denhurst también estaba presente. El miedo me llenó. ¿Cómo iba a manejar esto con él aquí? ¿Debía actuar como una heredera pretenciosa, o me vería obligada a poner fin a toda la farsa, ahora? Tragué, mirando a Graham, como si él tuviera la respuesta.

Ambos hombres notaron nuestra entrada y se pusieron de pie.

—Bueno, dejaré que ustedes tres hablen —dijo Lord Denhurst, ofreciéndole una reverencia al extraño, a mi abuelo—. Fue un placer conocerlo. —Pasó junto a nosotros, y nos hizo un gesto

de despedida con la cabeza, y no pude evitar sentirme agradecida por esa pequeña amabilidad.

Graham me llevó ante el caballero, su cabello era blanco como la nieve y su expresión tensa por la aprensión.

—Señor Swinton, tengo el placer de presentarle a su nieta, Honora.

Cambió su peso con movimientos nerviosos, como si él tampoco supiera cuál sería el saludo apropiado para un familiar separado.

—He esperado este día durante mucho tiempo.

Sus ojos brillaron y me obligué a contener las lágrimas.

—Y yo toda mi vida. —No lo dije con sentimentalismo sino con seriedad. Necesitaba que supiera que no podía simplemente entrar en mi vida, y pensar en formar una relación, que había estado descuidada durante tanto tiempo.

—Entiendo.

Graham me indicó el sofá y tomó asiento a mi lado. El señor Swinton se dejó caer en su silla.

—Le conté a Honora cómo llegaste a Grandview, pero pensé que sería mejor que le digas todo lo que nos has contado.

Él tragó, pero asintió, dispuesto a dejar las formalidades.

—Sí, supongo que es prudente. —El señor Swinton respiró profundamente, elevando su pecho, antes de soltarlo en una exhalación prolongada—. Mi esposa y yo nos equivocamos mucho. Cuando tu madre, nuestra única hija, se enamoró de tu padre, estábamos totalmente en contra de eso. A nuestra Isabella no le importaba nuestra aprobación, y los dos se fueron tarde una noche y se dirigieron a Gretna Green, antes que pudiéramos detenerlos. Yo estaba furioso y mi esposa desconsolada. Todo lo que le habíamos dado y, sin embargo, ella nos hizo esto. En mi ira, juré que ya no era nuestra, que cosecharía las consecuencias, que había sembrado. Incluso cuando supimos que estaba embarazada y tu padre preguntó, si podría volver a casa, pensé que simplemente estaba tratando de eludir su responsabilidad. ¡Que estaba demostrando ser el hombre que creíamos que era! Y no hicimos nada.

El señor Swinton dejó caer la cabeza y se llevó la mano al puente de la nariz.

—¡Qué equivocados estábamos! ... ¡Qué equivocado estaba! —Su voz era apagada. Me di cuenta que estaba haciendo todo lo posible para no derrumbarse, ante nosotros, pero armé mi corazón contra ello—. Como tú sabes, nuestra Isabella murió, poco después de darte a luz, y desde entonces me arrepiento de mi decisión, todos los días.

—Y, sin embargo, permanecemos en Londres durante cinco años después de su muerte. ¿No nos buscaron?

—No... Verás, culpé a tu padre por la muerte de Isabella.

—¿Y a mí?

Inclinó la cabeza hacia un lado, su expresión estaba tan llena de tristeza, que tuve que apartar la mirada.

—Y, en parte, a ti. Aunque todo eso fue una tontería, la ira le hace eso a una persona, le hace encontrar faltas donde no debería haber faltas.

Su boca se curvaba hacia abajo, en ambas comisuras, convirtiéndolo en un espécimen de lo más lamentable, y me pregunté, si yo sería capaz de mantener mis sentidos sobre mí, y no simplemente ceder, ante tales demostraciones de emoción.

—Me tomó años y mucha humildad darme cuenta de lo tonto que había sido, pero cuando lo entendí, ya era demasiado tarde. Tu padre ya te había llevado a la India. Pensé que toda esperanza estaba perdida, pero hace varios años escuché hablar de un comerciante en Madrás,

llamado Crauford, que encajaba con su descripción: un viudo con una hija pequeña. Tenía fe y le escribí una carta. Cuando no respondió, escribí otra. Y otra... Finalmente, después de casi una docena de cartas, recibí la noticia que en realidad sí era tu padre, pero que nunca permitiría que nos viéramos, que habíamos tomado nuestra decisión, y que siempre cosecharíamos las consecuencias. Era exactamente lo mismo que yo le había dicho sobre Isabella.

—Tu abuela y yo estábamos perdidos en la desesperación, pero al menos nos teníamos el uno al otro. —Hizo una pausa, y la emoción era espesa en su voz—. Cuando ella murió, me dejó solo para llorar la pérdida de todos los que amaba. Sabía que lo merecía, pero oraba todos los días para que de alguna manera tú regresaras. Y aquí estás...

Me sequé una lágrima, que había caído sin permiso. ¡Él me había querido! No me habían olvidado y esa simple verdad me había traído una curación, que no sabía que necesitaba. Y, sin embargo, me pareció imprudente olvidar todos esos años, que había sufrido.

—¿Y si te digo que no quiero tener nada que ver contigo? ¿Qué pasa si te digo que las decisiones que tomaste rompieron mi joven corazón, tan completamente, que no estoy segura que sea reparable?

—Entendería tus razones. —Las lágrimas ahora corrían por sus mejillas—. Y luego te rogaría, que me des la oportunidad de intentar reparar todo el daño que he causado.

La mano de Graham se posó en mi espalda y su apoyo silencioso me fortaleció.

—Tomaré tiempo —dije.

El señor Swinton asintió con la mirada fija en mí.

—Pero estoy dispuesta a dejarte intentarlo.

Todo el semblante del señor Swinton se elevó hasta que la emoción le pareció insoportable. Inclínó la cabeza y sus hombros temblaban por los sollozos.

Sin pensarlo, me acerqué a él, arrodillándome a sus pies y apoyando mi mano sobre la suya. Mis propias lágrimas caían, pero mi cuerpo estaba quieto y tranquilo. Me sentí en paz, aunque solo fuera por un momento.

Capítulo treinta y dos

GRAHAM

—¿Y dónde te hospedas, señor Swinton? —pregunté, mientras nos acercábamos a la puerta cerrada al final de nuestra visita.

—La posada en Lanford.

—Entonces, no está muy lejos. ¿Podrías volver para cenar?

El señor Swinton miró a Honora.

—Me encantaría que nos acompañaras —dijo ella, tranquilizándolo.

—Entonces, estaré encantado. —Una sonrisa apareció en sus labios—. Además, estoy ansioso por calmar mi curiosidad sobre esta farsa de la que me estabas hablando.

Honora le dirigió una mirada penetrante.

—Te lo advierto, es bastante ridícula.

—Y es casi imposible que ella mantenga una sonrisa en su cara —agregué.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Los tres salimos del salón y nos despedimos brevemente.

Cuando la puerta se cerró detrás del señor Swinton, Honora miró alrededor del vestíbulo vacío, antes que sus ojos se posaran en mí.

—Gracias, Graham, por animarme a hablar con él y por estar ahí, mientras lo hacía.

—Fue un placer. —Un rizo suelto se había escapado de su intrincado peinado y se lo coloqué detrás de la oreja. Mis dedos se demoraron, un momento, antes de recorrer su mandíbula—. Además, ¿para qué sirven los amigos?

Ella se apoyó en mi mano por un breve momento y su respiración se hizo más pronunciada.

—Con la forma en que continúas, me quedo cuestionando todo lo que creía saber sobre la amistad.

—Permíteme asegurarte que me desenvuelvo en estricta conformidad con las reglas de la amistad, aquí en Inglaterra. —Le guiñé un ojo.

—Me gustaría ver estas reglas por escrito... tal vez repasarlas juntos para asegurarnos que ambos las entendamos. —Esa sonrisa contradijo su reproche y su mirada recorrió el vestíbulo por segunda vez—. ¿Esa es una carta? —Ella ya se había dirigido hacia la bandeja de plata colocada sobre la mesa de entrada. Con un vistazo a las instrucciones, la agarró—. ¿Te gustaría dar un paseo rápido por los jardines?

Abrí la puerta.

—Después de ti.

Antes de llegar al pie de las escaleras de entrada, ella había roto el sello.

—¿Es del señor Vincent? —pregunté, acercándome a ella para poder ver la firma.

Ella asintió vacíamente, confirmando que así era, y traté de no sentirme molesto por el hecho que él le escribiera a ella, y no a mí.

Mientras sus ojos repasaban las palabras con movimientos rápidos, mi impaciencia creció.

—¿Qué dijo?

La mirada de Honora se posó en la mía.

—¡Léelo! —Ella me tendió el papel.

Dejé de caminar.

“Lord Stanbury y señorita Crauford,”

Entonces, él sí me había incluido.

“Tengo mucho que contarles, pero como me dirijo de regreso a Grandview sin demora, no deseo posponer mi viaje ni un momento más. Quizás incluso pueda llegar poco después que reciban esto. Solo escribo porque estoy cumpliendo mi promesa y espero que esto alivie algo de la ansiedad que debieron haber sentido, esperando estos últimos días. Las noticias que les traigo son buenas y espero que sientan un gran alivio, cuando pueda explicarles todo lo que he descubierto.

*Su servidor,
Señor Vicent.”*

Dejé que mis ojos recorrieran de nuevo las palabras del señor Vincent, la tinta oscura contrastaba marcadamente con el papel iluminado por el sol.

—¿Buenas noticias? ¿Qué crees que quiere decir con eso?

Honora se acercó y su cabeza se inclinó hacia mí para ver mejor las palabras.

—No estoy segura, pero intento no tener demasiadas esperanzas. Quizás sea simplemente que encontré al señor Waldorf y lo convenció para que viniera a Grandview.

Asentí, tratando de no distraerme por su cercanía.

—Tal vez. ¿Pero no lo habría dicho? Seguramente, no tendría por qué ser tan misterioso, si eso fuera todo.

Honora suspiró y me miró. Sus ojos brillaban a la luz sin un sombrero que hiciera sombra. ¿La visión de sus ojos de diferentes colores dejaría alguna vez de hipnotizarme?

—Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que llegue el señor Vincent. Estoy muy impaciente.

Mi mirada se movió hacia arriba.

—Y la razón de su misterio se hace evidente.

—No llevas bien los celos, ¿sabes? —Había risas detrás de sus palabras.

—Bueno, estoy seguro que esto te sentaría bien.

Levantó sutilmente la barbilla y empezó a caminar de nuevo.

—Trato de evitar usarlo todo junto. Verás, no soy de naturaleza celosa.

Cuando ella se alejó unos pasos, mi capacidad de pensamiento racional volvió.

—¿O simplemente no tienes mucha experiencia con los celos?

Honora me lanzó una mirada de incredulidad.

—Me molesta eso. —Hizo una pausa, inclinando la cabeza de un lado a otro, como si contemplara lo que acababa de decir—. Bueno, supongo que como hija única, puedo ver cómo llegué a esa conclusión. Y es cierto que no mantuve muchos amigos en la India y nunca tuve pretendientes que me visitaran.

—¿Por qué? —pregunté, sorprendido por su admisión.

—¿Los pretendientes o los amigos?

—Ambos. Pero sobre todo los pretendientes.

Su sonrisa fue solo un destello, antes de desvanecerse.

—El brote de cólera fue un factor importante. Devastó la India durante años y cobró muchas vidas. Papá fue tan protector conmigo que, durante el apogeo, casi no salía de nuestra casa, excepto en raras ocasiones.

—Eso debe haber sido difícil.

Ella levantó los hombros.

—No me importó mucho. Nuestra casa es hermosa, justo cerca del mar, con terrenos llenos de banianos para trepar y sentarse debajo. Y tenía a papá e Inayat. —Su mirada era distante y un pequeño suspiro escapó de sus labios—. A veces me sentía sola, pero nada que papá no pudiera mitigar con uno o dos libros nuevos.

—Tu padre debe amarte mucho.

Honora sonrió, pero su mirada no llegó a mis ojos.

—Sé que lo hace. Pero estos últimos meses me he preguntado, si todo este tiempo me estaba protegiendo, como lo haría con cualquier bienpreciado: manteniéndome a salvo de cualquier daño hasta que pudiera venderme al mejor postor. —Hizo una pausa y soltó un pequeño suspiro—. Creo que por eso me dolió tanto lo que hizo. ¡Por lo que todavía soy! Papá siempre ha abordado la vida, como si fuera un negocio, pero nunca antes me había hecho sentir que sus planes le importaban más que yo. Hasta ahora...

No tenía idea sobre qué decir, después que ella admitiera todo esto, así que continuamos en silencio.

—Perdóname —dijo Honora, mirándome después de un rato—. No tenía intención de enturbiar nuestra conversación con ese tema.

—No te preocupes... Disfruto escuchar sobre tu vida, cualquier cosa que desees contarme.

El comentario me valió una hermosa sonrisa.

—Siento que hablo demasiado. Háblame de tu familia.

—No estoy seguro que haya mucho que contar.

—Entonces, solo te pediré que digas una cosa sobre cada miembro. Algo que no sé.

—A ver, entonces... —Pensé por un momento—. Judith recibió las habilidades artísticas de mi padre, aunque su medio preferido es la pintura. Marie canta como un ángel y toca el piano con una precisión impresionante. Y mi padre... —¿Qué había que decir sobre él que Honora no supiera todavía?—. ¡Ah! Nuestro padre, a pesar de declarar que desprecia la política, tiene una gran mentalidad para ella. De hecho, es muy brillante.

—¿Crees que realmente la desprecia o usa esto como pretexto, como excusa para no asistir a las sesiones? Me imagino que ese sería un entorno muy difícil para ocultar la incapacidad de leer o escribir.

—Siempre había asumido que era su manera de rebelarse contra la obsesión de mi abuelo por cumplir con el deber. Pero lo que dices tiene sentido, especialmente considerando lo versado e implacable que es sobre varios temas.

—¡Qué pérdida tan desafortunada para todos, que él no esté allí!

—No... Para los conservadores. Se alegran que él no asista...

Honora soltó una pequeña risa.

—¿Y a qué edad puede alguien unirse a la Cámara de los Lores?

Miré hacia adelante, sabiendo exactamente hacia dónde iba su interrogatorio.

—A los veintiuno. Pero hay muchos lores que, como mi padre, no asisten.

Podía verla mirándome desde su periferia.

—¿Y tú? ¿Asistes?

—Aún no.

—¿Planeas hacerlo? —asintió ella, lentamente.

Me había hecho la misma pregunta muchas veces y, sin embargo, nunca me había sentido preparado para semejante responsabilidad. La idea de aprender a administrar una propiedad había

sido bastante desalentadora. Ayudar a gestionar un país parecía otra cosa completamente distinta.

—Eventualmente, cuando sienta que soy lo suficientemente capaz para encargarme de la tarea.

—No es que importe mucho lo que piensas, pero creo que ya eres capaz y harías un buen trabajo en ello.

—Quizás debería considerarlo. —Su confianza en mí me animó.

—Quizás deberías. —Ella sonrió—. Ahora, cuéntame de tu madre.

Miré hacia los finos jirones de nubes esparcidos por el cielo azul.

—Mi madre era amable y de voz suave, muy parecida a Judith. Todo el mundo la adoraba y era tan encantadora, en sus últimos años, como en los retratos que he visto cuando era más joven.

—Recuerdo el retrato que esbozó tu padre. Ella era hermosa.

—Ella fue la única persona que siguió llamándome Graham, cuando me dieron el título menor de mi padre, tras la muerte de mi abuelo. Al principio, eso me irritó. Ni siquiera sé por qué, aparte que me hizo sentir como un niño, que finge ser algo que no es. Pero cuanto más crecía, más entendía, que ella quería que recordara quién era yo, en esencia. Que no debería dejar que un título me defina, que la elección de quién sería era mía.

Podía sentir la mirada de Honora en mi perfil.

—¿Cómo murió ella?

—Sucedió tan repentinamente. Fue a finales de otoño. Había estado ayudando a preparar a Marie para su primera temporada y acababan de regresar de la modista, cuando ella dijo que se sentía inusualmente cansada. Durante días permaneció en su habitación, quejándose de cansancio y dolor de cabeza. Y entonces empezó la fiebre. A la mañana siguiente, ya ella no estaba.

—Lo siento mucho, Graham. —El ligero toque de Honora en mi brazo y el uso de mi nombre en sus labios me reconfortaron mucho, y me animaron a contarle más.

—Ni siquiera estaba en casa, cuando ella murió. Judith me había escrito sobre su enfermedad, pero no pensé que sonara lo suficientemente preocupante, como para dejar la ciudad, y todas las cosas importantes, a las que me estaba dedicando, como planificar mi Grand Tour. Cuando recibí la segunda carta de Judith sobre la fiebre, ya era demasiado tarde. —Me aclaré la emoción de la garganta—. Su muerte nos destrozó. Y para colmo, unos meses después de nuestro período de luto, descubrimos que nuestra fortuna se había perdido, que nuestra propiedad estaba al borde de la ruina. Hemos pasado el último año y medio haciendo poco más que esperar.

—¿Esperando qué?

—Una redención, supongo. —Me detuve, frente a ella—. A ti.

Capítulo treinta y tres

HONORA

—¿Ese es el carruaje de su abuelo? —Alicia estaba junto a la ventana de mi dormitorio, mirando el camino de entrada.

Me acerqué a ella y descorrí la cortina para ver al señor Swinton salir de su carruaje.

—Llegó temprano.

—¿Usted tiene la intención de bajar y saludarlo?

Dudé, la indecisión me llevó a conclusiones diferentes.

—Supongo que debería hacerlo. ¿No debería hacerlo?

Alicialadeó la cabeza, siempre capaz de discernir mis necesidades.

—Solo si usted quiere.

Respiré lenta y calmadamente.

—Creo que sí. Todavía estoy tratando de procesarlo todo: cómo debe ser la relación con un abuelo.

Alicia esperó, permitiéndome tomar la decisión por mi cuenta.

—Bajaré —dije, esperando estar tomando la decisión correcta. Desde que el señor Swinton se fue de Grandview esta mañana, había deseado que regresara, pero no tenía la menor idea de lo que discutiríamos, cuando lo hiciera. Pero tal vez sería bueno recordarle mi farsa, antes de comenzar. Sí. ¡Eso era todo! Le recordaría mi farsa.

Cuando entré al salón, me sentí aliviada al encontrarlo sentado solo, en el mismo asiento que había ocupado esa mañana.

—Señor Swinton.

—Honora. —Se levantó—. Espero que mi llegada anticipada no te haya apresurado.

Cerré la puerta del salón detrás de mí, asegurándome que me alertarían, si alguien entraba.

—En lo más mínimo, te lo aseguro.

Él asintió y volvió a sentarse, mientras yo tomaba asiento frente a él.

—Tienes buen aspecto —dijo.

—Gracias. —Hice una pausa—. Al igual que tú.

—Ha pasado demasiado tiempo, desde que alguien me elogió por mi apariencia. De hecho, mucho antes que muriera tu abuela. —Sus mejillas se curvaron con su sonrisa.

Me alivió su broma, sintiendo una extraña atracción hacia este hombre, que era mi propia carne y sangre.

—Quería recordarte mi farsa.

—Estoy muy ansioso por presenciarla.

—Creo que es importante mencionar que parte de mi actuación, como heredera demasiado consentida, es que soy muy abrasiva. Aplaudo a los sirvientes y hablo de una manera que de otro modo nunca usaría.

El señor Swinton asintió pensativamente.

—Entiendo. —Se movió en su silla—. ¿Puedo preguntarte, cuánto tiempo piensas continuar con esta farsa?

—Desde el principio había pensado continuar con esto hasta que Lord Denhurst revocara el contrato matrimonial.

—Pero, ¿ahora...?

¿Cómo supo que había cambiado de opinión? Me mordí el labio, mientras contemplaba, sin estar segura de querer confiar plenamente en el señor Swinton tan pronto. Pero algo muy dentro de mí anhelaba hacer precisamente eso.

—He decidido contarle a Lord Denhurst toda la situación, justo antes de la cena. Verás, cuando hice el plan por primera vez, estaba demasiado llena de ira para darme cuenta que no era la única que sufría. Ahora veo que Lord Denhurst solo actuó por desesperación, al igual que yo. Y no solo él tendrá que sentir las consecuencias de mi comportamiento, sino toda la familia Whitworth. No puedo, con la conciencia tranquila, continuar.

El señor Swinton cruzó las piernas y se reclinó en la silla.

—Recuerdo tus razones para necesitar que Lord Denhurst rescindiera el contrato. ¿Crees que diciéndole la verdad podrá darse cuenta que el acuerdo se hizo sin tu consentimiento?

—Honestamente no lo sé. Supongo que es posible, pero me temo que no importará. Hasta ahora, me ha tolerado mejor de lo que jamás había imaginado, así que la única respuesta lógica es que mi dote es su única opción. Temo que hasta que no haya otra, no tendrá la capacidad de liberarme.

—Eso tiene sentido. —La mirada del señor Swinton se cruzó con la mía y su cabeza se inclinó hacia un lado—. Espero que no encuentres mi consulta demasiado invasiva. Simplemente, estoy tratando de evaluar la situación, y ver si hay alguna forma en que pueda ser de ayuda.

—Aprecio tu disposición, pero me temo que no hay mucho que hacer.

—¿Puedo preguntar, cuál es su dote?

—No conozco los detalles de la oferta de mi padre, pero le he oído decir que son más de ochenta mil libras.

La pierna cruzada del señor Swinton cayó al suelo y su mandíbula se aflojó, mientras me miraba fijamente.

—¡Por Júpiter! Eso es un montón de dinero.

—Suficiente para que mi padre compre su camino hacia la aristocracia.

El señor Swinton asintió distraídamente con los ojos muy abiertos por la consternación.

El sonido de la puerta abriéndose me puso de pie a tiempo, mientras Marie entraba. Sus ojos pasaron de mí al señor Swinton.

—Parece como si me estuviera entrometiendo. Continúen y veré si Judith está lista para bajar.

—¡Oh, Marie! —la llamé, mi voz penetrante regresó en todo su esplendor—. Venga y quédese con nosotros.

—Realmente. Yo no... —Ella permaneció en la puerta.

Judith se acercó, justo detrás de ella.

—¿Pasa algo, Marie?

—Ella simplemente se estaba disculpando por su intrusión —dije, sin darle a Marie la oportunidad de responder.

—Si lo desea, podemos regresar en unos minutos. —Judith contuvo su sonrisa.

—No. No. —Les hice señas para que entraran—. Les aseguro que me he acostumbrado a sus intrusiones.

El señor Swinton se aclaró la diversión de su garganta. Ahora que cuatro personas estaban conscientes de mi farsa, esperaba no traicionarme, antes de decirle la verdad a Lord Denhurst.



—Me cuesta creer que la señorita Shaw llegará mañana. —Marie puso el tenedor sobre el plato de postre vacío y un lacayo se acercó a ella para recuperarlo—. Espero que llegue, antes del mediodía, así que asegúrense de estar todos listos para recibirla. Especialmente... Stanbury.

Era la cuarta mención que Marie hacía de la señorita Shaw, durante el transcurso de la cena, y aunque estaba empezando a agotar mi paciencia, no pude evitar notar que Marie parecía genuinamente emocionada por la llegada de su amiga.

—Allí estaré —respondió Graham.

—Espero que ella no sea toda para usted. —El gemido en mi voz fue particularmente irritante, esta noche, con la esperanza de ofrecer un buen espectáculo al señor Swinton. Después de todo, fue idea mía invitarlo a la cena.

Marie ni siquiera podía encontrar los modales para sonreír.

—Con su abuelo aquí, no creo que tenga mucho tiempo para formar otras relaciones.

—¡Oh! Pero el señor Swinton no se quedará aquí. —Mi mirada se deslizó hacia donde el señor Swinton estaba sentado, junto a Lord Denhurst, al otro lado de la mesa—. Estoy segura que habrá muchas ocasiones para entablar una amistad con la señorita Shaw.

Marie parecía reacia a compartir a su amiga.

—¿Hay planes sobre lo que se hará, cuando la señorita Shaw esté aquí? —preguntó Graham, llamando la atención de su hermana.

—Mañana por la tarde llegaremos a Lanford, caminando por la costa, y esperaba poder convencerte para ir de picnic el jueves.

Graham me envió una mirada vacilante.

—No veo por qué no se puede arreglar eso.

Marie se iluminó de emoción.

—La señorita Shaw estará encantada con esta buena disposición.

—Stanbury. —La voz de Lord Denhurst interrumpió nuestra conversación con fuerza, y volví mi atención hacia él para encontrar a Jameson parado a su lado.

—¿Sí, padre?

—Parece que el señor Vincent ha llegado y ha solicitado una audiencia inmediata con usted... y la señorita Crauford. —Su mirada de desaprobación se deslizó hacia mí—.

Aparentemente, no puede esperar hasta la mañana.

Los ojos de Graham se encontraron con los míos. Había partes iguales de emoción y temor en ellos.

—¿Bien? —Lord Denhurst apenas ocultó la agitación, en su voz, por el hecho que su agente nos solicitara a los dos. Sus espesas cejas se arquearon, esperando una respuesta.

Aplaudí dos veces, llamando la atención de Jameson.

—Llévelo al estudio y dígale que estaremos allí en un momento.

Jameson hizo una reverencia aprensiva, cuando Lord Denhurst no contradijo mi orden.

—Sí, señorita.

Le di una palmada más para despedirlo y me puse de pie.

—Perdónenos por la interrupción. —Caminé hacia el lado del señor Swinton con la cabeza en un ángulo arrogante—. Pero nos apresuraremos a regresar lo más rápido posible para que usted no tenga que sufrir por falta de conversación de calidad, por mucho tiempo.

Los labios del señor Swinton se curvaron hacia adentro y levantó el puño para cubrirlos. Se aclaró la garganta.

—Creo que me las arreglaré muy bien, gracias.

—Entonces, supongo que estaremos en camino. Venga Graham. —Le hice un gesto enérgico para que se uniera a mí y, con pasos lentos y vacilantes, se dirigió a mi lado—. ¡Ah! No sientan que necesitan esperarnos... Volveremos, cuando hayamos terminado.

Salimos lentamente, pero cuando estuvimos seguros que ya no se oían nuestros pasos en retirada, nos apresuramos hacia el estudio.

Cuando nos acercamos a la puerta, miré a Graham.

—Espero que las noticias que el señor Vincent tiene para compartir sean tan buenas, como dijo.

Graham agarró el pomo de la puerta.

—De todos modos, estamos a punto de descubrirlo.

Capítulo treinta y cuatro

HONORA

Graham me abrió la puerta y entré al estudio para encontrar al señor Vincent, parado cerca del escritorio.

—Señor Vincent, gracias por venir a estas horas. Hemos estado impacientes por hablar con usted, desde que recibimos su carta esta mañana.

Sus ojos recorrieron mi vestido.

—Lamento haber interrumpido su cena.

—No se preocupe por eso. Ya casi habíamos terminado con el postre y nos reuniremos con los demás, cuando terminemos aquí.

—Entonces explicaré lo que he descubierto sin demora.

Pasé mi brazo por el de Graham, que se había acercado a mi lado. Me había acostumbrado a tener su apoyo, cuando mis piernas temblaban debajo de mí, y me alegré que solo estuviéramos nosotros dos aquí con el señor Vincent, así que no necesitaba fingir lo contrario.

Él miró de Graham a mí.

—Señor. Al parecer Waldorf ha desaparecido. Todas sus pertenencias personales fueron retiradas de su residencia en Londres, ¡la casa fue vaciada! Sin decirle a nadie a dónde se ha ido.

—¿Esto es una buena noticia? —preguntó Graham, expresando mi preocupación.

El señor Vincent sonrió.

—Por ese motivo... Verán, después que me di cuenta que el señor Waldorf huyó, me dirigí al banco más cercano de la lista. Me preocupaba que se hubiera fugado con la poca fortuna, que quedaba en su patrimonio. Cuando les mostré por primera vez la carta firmada por Lord Denhurst, se negaron a trabajar conmigo. Fue solo cuando les expliqué mis preocupaciones con respecto al señor Waldorf, que finalmente me dijeron lo que había ocurrido. A principios de la semana pasada, él fue al banco y afirmó que, a petición de Lord Denhurst, debía cerrar la cuenta allí, e invertir el dinero en una especulación.

—El banco informó al señor Waldorf de una nueva política que invalidaba la autoridad de su permiso, previamente emitido por Lord Denhurst. Aparentemente, ahora el propietario debe cerrar la cuenta, en persona, o emitir a su agente un permiso especial con tres testigos verificados, que acrediten su legitimidad. Al señor Waldorf no le gustó esa respuesta y afirmó que la carta que llevaba le daba completa autoridad para actuar en lugar de Lord Denhurst. Insistió en que no tenía tiempo para esperar a que le enviaran una nueva carta, ya que la especulación, en la que le habían ordenado invertir, pronto no estaría disponible. Cuando todavía no quisieron obedecer, tuvo una especie de arrebato. En ese momento, sospecharon e intentaron aprehenderlo, pero él se dio a la fuga.

—¡Cielos! —Presioné una mano contra mi pecho—. ¿Entonces no vació la cuenta?

El señor Vincent sonrió.

—No. Y es algo bueno también, porque cuando me informaron cuánto había allí, tuve que volver a preguntarles qué habían dicho, para asegurarme de haberlos escuchado correctamente.

—Hizo una pausa, sus ojos brillaban de emoción—. Treinta mil libras.

Mi corazón se aceleró.

—¿Pero esa cantidad proviene de préstamos u obligaciones contra el patrimonio?

—No hay ningún préstamo contra el patrimonio de Whitworth, en ninguno de los bancos que visité. —El señor Vincent sacudió la cabeza.

Graham dio un paso adelante y yo me moví con él, necesitando aún más su apoyo.

—¿Está diciendo que nunca perdimos nuestra fortuna? —La duda saturó su voz.

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo. —El señor Vincent nos miró expectante, pero ambos nos quedamos allí en silencio—. Supongo que el señor Waldorf creó todo el truco para que, tan pronto como pudiera, pudiera quedarse con una gran parte, y nadie se diera cuenta hasta que fuera demasiado tarde.

—No entiendo —dije, todavía tratando de comprender todo lo que nos acababa de decir—. ¡Que tanta gente crea la mentira, y que el pobre señor Hull sea acusado de crímenes, que nunca fueron suyos! Todo parece demasiado extraño.

—Ciertamente, así es, y no pretendo saber cómo el señor Waldorf nos engañó tan completamente. Lo que sí sé es que he verificado con los cinco bancos, que él no cumplió sus expectativas. —Sacó un montón de papeles doblados de su bolsillo y me los entregó.

—¿Qué son estos? —pregunté, desdobrándolos para encontrar que el de arriba era una carta verificada de uno de los bancos.

Graham se acercó.

—Verificación de los bancos sobre el monto en cada una de las cuentas de los Whitworth. —El señor Vincent señaló el número de arriba, luego lo dobló, mostró el siguiente, después el próximo, y así sucesivamente.

—Los cinco balances están ahí.

Me quedé mirando los números.

—Graham. —Mis palabras fueron estranguladas, el aire se había ido de mis pulmones—. ¿Usted ve esto?

Emitió una especie de gruñido, como si fuera incapaz de formar palabras.

El señor Vincent sonrió, una vez más.

—Dije que las noticias eran buenas.

Tantas emociones surgieron, a través de mí, y no estaba segura si deseaba reírme, o llorar, o rodear al señor Vincent con mis brazos. O darle un beso de felicitación en la mejilla a Graham.

—Esta es una noticia maravillosa, ciertamente. —Eso fue todo lo que pude decir, mi voz era incapaz de elevarse por encima de un susurro.

Su mirada se dirigió a Graham, quien todavía parecía estar en estado de shock.

—Parece que, después de todo, usted heredará una propiedad próspera.

—Sí. —Graham le tendió la mano al señor Vincent, quien agradeció el gesto amistoso—. En parte, gracias a usted.

—Era lo mínimo que podía hacer. Pero ahora que se ha compartido la feliz noticia, me despediré de ustedes, y les permitiré volver a su velada. —Con una última reverencia, el señor Vincent pasó junto a nosotros.

—¿Señor Vincent? —pregunté, deteniendo su partida—. ¿Qué se debe hacer con el señor Waldorf?

—Todos los bancos son conscientes de las circunstancias, y me han asegurado que tomarán todas las precauciones necesarias con respecto a las cuentas. Creo que debemos asegurarnos que no haya otras cuentas abiertas ni préstamos, pero teniendo en cuenta que deberían haber recibido cualquier correspondencia, no creo que las haya... —dudó—. Espero que no les importe, pero me tomé la libertad de contratar a un cazador de ladrones, muy solicitado, para perseguir al señor Waldorf. El tiempo es esencial en estas cosas, así que sentí que era mejor actuar primero, y

esperar que fuera el curso de acción correcto. La única manera de asegurarse que no se ha causado ni se causará ningún otro daño es tenerlo bajo custodia.

—Hizo bien. Gracias —asintió Graham con aprobación.

Con un último movimiento de cabeza, el señor Vincent se fue.

Graham y yo nos quedamos atónitos en silencio durante varios momentos.

—¿Qué piensas de todo esto? —pregunté, mirando las cartas de verificación de los bancos.

—Casi no puedo creerlo. —Graham se pasó una mano por la mandíbula con la mirada distante—. ¿Cómo pudo el señor Waldorf hacer tal cosa?

Todo mi cuerpo temblaba. No podía estar segura si era por el shock, o ante demasiadas emociones.

—No me importa saberlo, no ahora. Ese hombre no merece nuestra atención, no cuando hay tanto que celebrar.

Graham me sonrió.

—Tienes razón. Hay mucho que celebrar.

—Incluyendo el final de mi farsa. —Mi alivio fue instantáneo, cuando me di cuenta que las buenas noticias aplacarían el impacto de mi admisión. Pero antes que pudiera disfrutar del fugaz consuelo, él mismo desapareció, dejando atrás nada más que preocupación y... arrepentimiento.

—¿Qué te pasa, Nora?

Miré a Graham, la luz del fuego y el parpadeo de las velas iluminaban su expresión de preocupación.

—¿Crees que tu padre y Marie algún día me perdonarán? ¿Y tus sirvientes? —negué con la cabeza—. He estado tan concentrada en volver a casa, que nunca consideré esta parte: disculparme.

Su mirada se dirigió al fuego, su propia aprensión era evidente en sus rasgos.

—Es posible que al principio se molesten, pero con el tiempo llegarán a comprender los motivos de ello.

¿Tiempo? No tenía tiempo. Y la idea de soportar su ira, de repente, me pareció insoportable.

—Quizás debería continuar con la actuación, hasta... —Mis palabras se desvanecieron con el corazón hundido. Seguramente, ahora me permitirían regresar a casa y, sin embargo, la alegría que pensé que sentiría al lograr mi propósito estaba ausente. Me recordé que esto era lo que quería: regresar a mi hogar en la India. ¿Qué me pasó?

—¿Hasta tu partida? —dijo Graham, terminando la frase, porque yo no pude hacerlo.

Asentí, incapaz de convencer a mi garganta apretada que pronunciara la confirmación.

—¿Eso es lo que deseas, Nora?

Mi respiración se cortó ante su pregunta. ¿Había visto la lucha dentro de mí? Extrañaba muchísimo la India, a papá y a Inayat. Sin embargo, de pie allí, mirando los ojos oscuros de Graham, la verdad me había inundado tan rápida y completamente que sentí que podría ahogarme por el conocimiento. Desde mi llegada, me había negado a admitir el anhelo que había ido creciendo dentro de mí, y solo ahora, al darme cuenta que realmente podría irme, pude ver la verdad. No quería irme. ¡Quería quedarme aquí con Graham!

Mi corazón latía con fuerza, mientras intentaba encontrar mi voz, e intentaba reunir el coraje para expresar mis verdaderos sentimientos.

—¿Deseas continuar con tu actuación? —preguntó Graham, aclarando su pregunta original, en respuesta a mi prolongado silencio.

—¡Oh! —El calor envolvió todo mi cuerpo, ante mi mala interpretación, y me obligué a volver a mirar el fuego—. Por supuesto. ¡Qué tonta fui! Casi admitiendo que deseaba quedarme

aquí con él, cuando él solo quería saber cuál era nuestro plan. Quizás sabía lo que quería decir y sintió que era necesario detenerme, y salvarnos a ambos de la vergüenza, ahora que tenía una salida. Mis dedos se abrían y cerraban distraídamente, a mis costados, como si mi cuerpo intentara disipar la sensación de zumbido, que me había consumido. Y, sin embargo, incluso en medio de mi vergüenza, quería contarle a Graham la epifanía que acababa de tener. Quería que supiera que, si fuera por mí, con mucho gusto me quedaría en Inglaterra.

—¿Nora?

—¿Hmm? —Miré a Graham, quien me observaba con mirada expectante—. ¿Dijiste algo?

—Estaba preguntándote qué querías hacer, por supuesto. ¿Deseas continuar con...?

—No —negué con la cabeza—. No, no deseo continuar con la farsa. Pero si eso resultara más fácil para todos, supongo que yo... bueno, supongo que probablemente no estaré aquí por mucho más tiempo. Al menos esa es la esperanza... es la esperanza... una vez que a tu padre se le dé la noticia... —Respiré rápidamente, en un intento de recuperar algún tipo de compostura—. ¿Qué crees que debería hacer?

Tenía el ceño fruncido y él me analizó durante un momento incómodo.

—Yo digo que es hora de revelar la verdad. Después de todo, el camino más fácil no siempre es el correcto.

Lo miré fijamente. ¿Su advertencia tenía un doble significado o simplemente le estaba dando demasiada importancia? En ese momento, apenas podía confiar en mí misma: mi revelación aparentemente había ahuyentado mi capacidad de pensamiento lógico. Pero de cualquier manera, Graham tenía razón. Necesitaba decir la verdad, a pesar del temor, que me invadió ante la idea.

—Creo que tienes razón.

Una sonrisa iluminó su rostro.

—Parece que hay una primicia para todo.

A pesar de mi actual estado de inquietud, me reí.

—Pero, ¿podemos aceptar confesar mi engaño, después de haber compartido la noticia de la recuperación de las finanzas de tu familia?

—Iba a recomendar eso mismo. —Graham me guiñó un ojo, calmando un poco mi corazón atribulado, y abrió la puerta—. ¿Debemos?

Sabiendo que no tenía sentido posponer la inevitable conversación, obligué a mis pies a avanzar. Al menos tendría a Graham a mi lado.

Capítulo treinta y cinco

GRAHAM

Voces apagadas resonaron por el pasillo, interrumpiendo mi estrategia interna: no era sobre lo que le diría a mi padre ni de todo lo que acabábamos de enterarnos de nuestra propiedad, sino sobre la mejor manera de abordar el tema de la farsa de Honora. Tenía que hacerse con cuidado y precisamente en el momento adecuado, o correríamos el riesgo de encontrarnos con el desprecio de mi padre. Y no quería que esto saliera mal. Toda mi esperanza se basaba en que todo saliera bien, y ya era una esperanza lejana y aparentemente inalcanzable.

Miré a Honora.

—Parece que regresaron al salón.

Honora asintió enérgicamente en respuesta y su mano agarró mi brazo.

—¿Necesitas un momento?

Ella soltó un suspiro.

—No. No servirá de nada retrasar lo inevitable. Me gustaría que lo hiciéramos.

Nunca había estado más de acuerdo con Honora.

—Ahí están ustedes dos —dijo Marie, al vernos a Honora y a mí, entrando en el salón—. Solo estaba tratando de convencer a Judith, que deberíamos ir a ver qué les estaba tomando tanto tiempo.

Examiné el salón y los rostros de mi familia estaban mirándonos.

—¿Dónde está el señor Swinton?

—Sin saber cuánto tiempo tardaría la señorita Crauford, se excusó. —Mi padre se reclinó en el sillón junto al fuego—. Apparently, está bastante agotado por el viaje, pero planea regresar mañana por la tarde.

Conduje a Honora por detrás del sofá hasta el otro lado, colocándonos donde los demás pudieran vernos fácilmente.

—¿Le gustaría tomar asiento? —le pregunté a Honora, señalando el lugar abierto al lado de Judith.

Ella negó con la cabeza y me pregunté, si se estaba absteniendo de hablar intencionalmente. Como si una vez que hubiera decidido revelar la verdad, ya no pudiera continuar con su engaño.

—¿Qué tenía que decir el señor Vincent que no podía esperar hasta mañana? —preguntó mi padre, haciendo evidentes esfuerzos por ocultar su enfado.

Mis ojos se dirigieron a Honora.

—A petición de Honora, el señor Vincent ha estado en Londres. Ha descubierto algunas noticias impactantes.

Judith y Marie compartieron una mirada cautelosa. La expresión enmascarada de mi padre vaciló por un breve momento y vislumbré miedo.

—¿Y qué noticias son esas? —preguntó.

Deseoso de calmarlo, me apresuré a explicarle.

—Resulta que el señor Waldorf es un sinvergüenza y un ladrón, tal como Honora sospechaba que era. Incriminó al señor Hull por un complot que era suyo. Sin embargo, un complot en el que ha estado trabajando durante años...

—¡Imposible! —Mi padre se inclinó hacia adelante en su silla—. El señor Waldorf ofreció

pruebas de la malversación de fondos del señor Hull. Los bancos... lo confirmaron.

—Todo fue un engaño. —El golpe que acababa de darle a mi padre era evidente y de repente quise aligerar su propia condena—. Nos engañó a todos, padre.

La mirada de mi padre se dirigió al fuego, su pecho subía y bajaba rápidamente, debido a su agitación.

—Pero hay buenas noticias. ¡Noticias maravillosas! En realidad. La semana pasada, cuando el señor Waldorf intentó vaciar una de las cuentas, sus esfuerzos se vieron frustrados.

—¿Vaciar una cuenta? —La mandíbula de mi padre se apretó y su rostro se puso rojo de ira—. ¿Fue detenido?

—No. ¡Se escapó! Aunque el señor Vincent ha contratado a un hábil cazador de ladrones que, con suerte, descubrirá su ubicación y lo arrestará.

—¿Solo uno? —La voz de mi padre resonó—. Quiero a un equipo de hombres que busquen a ese cobarde. ¡No se saldrá con la suya! No demostraré que soy un tonto.

—Padre. —Mi voz era tranquila, animándolo a hacer lo mismo. —Veremos que lo atrapen. Pero, por ahora, eso es solo una pequeña parte de lo que deseo compartir. ¡Resulta que nuestra fortuna no se ha acabado! El señor Waldorf simplemente nos hizo creer que era así.

Judith y Marie jadearon al unísono y mi padre me miró fijamente.

—El señor Vincent visitó cada uno de nuestros bancos y ha recogido cartas verificadas, que indican que nuestras cuentas no solo están seguras, sino que no tenemos préstamos en nuestra contra.

La mandíbula de mi padre cayó.

—¿No tenemos préstamos?

Negué con la cabeza.

—No podemos determinar por qué el señor Waldorf mintió sobre tal cosa. —Giré para mirar a Honora y se me hizo un nudo en el estómago, cuando vi sus propios pensamientos aclararse al unísono con los míos—. A menos que su objetivo fuera traerla a usted aquí, para que...

—Él también podría robar mi fortuna. —La voz de Honora apenas era más que un susurro. Su mirada buscó el espacio entre nosotros—. Pero eso no tiene sentido. ¿Por qué habría intentado vaciar prematuramente una cuenta, antes de recibir mi dote? A menos que fuera consciente, que habíamos empezado a sospechar de él, y habíamos decidido que no podíamos esperar más.

El prolongado jadeo de Marie me quitó la atención sobre Honora, y me tomó solo un momento darme cuenta que la expresión horrorizada de Marie no tenía nada que ver con la seriedad de la declaración de Honora.

—Tu voz —dijo Marie, mirando al resto de nosotros—. ¿Alguien más escuchó eso?

La mano de Honora se llevó la mano a la boca, cuando ella también reconoció su error.

—Yo... —Sus grandes ojos parpadearon rápidamente, obviamente sin estar segura qué excusa ofrecer, o tal vez si deseaba ofrecer alguna excusa. Ella me miró.

—Continúa —dije, sabiendo que no había vuelta atrás desde aquí. El momento no era el ideal, pero al menos mi padre había descubierto las buenas noticias de antemano.

El salón estaba en silencio.

Honora levantó ligeramente su temblorosa barbilla.

—Yo también los he engañado. —Su voz era suave y llena de remordimiento—. Aunque espero que pronto se den cuenta que mi objetivo no fue mal intencionado. —Ella dio un trago fuerte—. Verán, no deseaba venir aquí. No deseaba que me vendieran para casarme. Pero no me

dieron otra opción al respecto. —Sus ojos se posaron en mí y respiró lentamente—. Desarrollé un plan en mi viaje a Inglaterra. Pensé que si actuaba de tal manera que todos ustedes se arrepintieran del matrimonio... —Su mirada de disculpa se deslizó hacia mi padre—. Revocarían el contrato matrimonial. ¡Lo siento mucho!

—¿Usted nos has estado mintiendo todo este tiempo? —Marie se puso de pie y me miró fijamente—. ¿Stanbury lo sabía?

Puse mi mano sobre la mano temblorosa de Honora, que descansaba en mi brazo.

—Lo sabía.

—Y yo también —admitió Judith.

La boca de Marie quedó abierta, mientras miraba de Honora a Judith y luego a mí.

—¿Cómo pudo...? ¡Qué cosa tan horrible, tan horrible de hacer!

Honora respiró profundamente y sus ojos brillaron en la penumbra.

—No quise lastimarlos a ninguno de ustedes. Solo deseaba volver a mi casa.

—¿No quisiste lastimarnos? —Marie pisoteó el suelo—. ¡Usted miente! No puede actuar de una manera tan insensible, y luego dar la vuelta y afirmar que se preocupa por alguien más que por usted misma. ¡Nunca la perdonaré por esto! —Miró de un hermano al otro—. O a cualquiera de ustedes.

Honora dio un paso adelante.

—Esto no fue obra de Graham ni de Judith.

—Y sin embargo, permitieron que usted me tratara así, que me humillara. —Marie dio unos pasos hacia atrás y levantó la falda—. Siempre supe que usted no me gustaba, pero ha resultado ser una persona mucho peor de lo que jamás imaginé. ¡No me importará, si no vuelvo a verla nunca más!

—Marie. —Mi llamada fue inútil, cuando Marie salió apresuradamente del salón.

Judith se levantó con una expresión llena de simpatía.

—Iré a hablar con ella.

—Gracias —susurré, aunque no estaba seguro que eso fuera de ayuda.

Vacilante, volví mi atención a mi padre, cuya mirada estaba fija en el suelo.

—Lord Denhurst. —La voz de Honora tenía un ligero temblor—. No espero su perdón, pero yo...

—Eso es bueno, porque no lo tendrás. —Sus ojos se elevaron hacia los de ella con intensidad, y ella retrocedió como para compensar la fuerza del gesto—. Ha demostrado ser exactamente la mujer que yo temía...

Honora inspiró profundamente.

—¡Padre! Honora fue quien nos salvó.

Él se levantó.

—Ella vino con la intención de engañarnos, Stanbury... Ella no es mejor que el señor Waldorf. Ha intentado burlarse de nosotros... de mí. —Él la señaló con un dedo acusador—. ¡No soy ningún tonto!

Ella se sobresaltó, ante su tono atronador.

—No creo que usted sea tonto, milord.

—¿Usted no? —Mi padre dio un paso más y yo me acerqué a ella de forma protectora—. No es una mentirosa tan hábil como cree... Lo veo en sus ojos.

Sus hombros cayeron junto con su mirada.

—Como pensaba... —Él escupió.

Extendí un brazo y mi palma hacia él.

—Padre. No permitas que esa ira te ciegue la razón.

—¿Razón? —Había tal repulsión en sus ojos, cuando su mirada se posó en Honora, que todo mi cuerpo se puso rígido—. Eres tú quien está cegado a la razón por esa zorra astuta y deshonesta. Como dije desde el principio, ella será nuestra ruina. Y esto... —Dio unos pasos más y alzó la mano en nuestra dirección—. ¡Este engaño es imperdonable!

—¿Este engaño? —Una oleada de irracionalidad me recorrió, ante su hipocresía—. ¿Qué hay de tu engaño? ¿Seguramente, no eres tan hipócrita, como para no ver la ironía de tus acusaciones contra Honora?

Honora me dio un ligero tirón en el brazo.

—Graham —susurró.

—¿De qué engaño hablas exactamente? —Mi padre gruñó, sus ojos se redujeron a simples rendijas—. ¿La señorita Crauford también ha estado diciendo mentiras sobre mí?

Mi piel se erizó de rabia.

—Sabes exactamente de lo que estoy hablando. La verdad que no sabes leer ni escribir, que casi nos arruinas por tu orgullo. Y aún así, tienes el descaro de condenar a Honora. Has pasado años mintiéndoles a tus seres más cercanos.

Las fosas nasales de mi padre se dilataron.

—¡Es una mentira! Ella está tratando de ponerte en mi contra.

Vi uno de los libros de Judith en la mesa auxiliar y se lo entregué.

—Pruébalo, entonces.

Mi padre miró el libro que tenía en la mano y luego lo arrojó al otro lado del salón. El mismo chocó contra la pared con un fuerte ruido sordo, cayó al suelo y aterrizó abierto.

—No necesito demostrar nada.

Cerró el espacio entre nosotros con zancadas rápidas, y empujé a Honora detrás de mí.

—Quiero que se vaya mañana, a primera hora. —Su voz era baja y amenazadora, pero antes que pudiera responder, giró sobre sus talones y salió furioso del salón.

Mi corazón latía tan intensamente, que incluso mis ojos latían a ese ritmo. Respiré para calmarme y di la vuelta hacia Honora.

—El no se refería a eso... ¡Habló con ira! —A pesar de mis intentos, no pude quitar de mi voz la duda que se infiltraba en ella.

—Él quiso decir cada palabra. —Ella se llevó una mano a la base de su cuello.

—Entonces, nos negaremos a cumplir con sus exigencias. No irás a ninguna parte. Aún no.

Una lágrima se deslizó por su mejilla y ella se la secó.

—¡Soy todo lo que tu padre y Marie me han acusado de ser! Y lo peor es que me llevó tanto tiempo darme cuenta plenamente de ello: sentir el remordimiento adecuado por lo que había hecho. Los traté a todos ustedes como peones en mi juego contra mi padre. En un juego que estaba jugando con el único propósito de demostrar, que no debería ser considerada de esa manera. ¡Yo soy la tonta!

—No. Simplemente, intentabas irte a tu casa. —La acerqué y le di un beso en la cabeza. Se sentía en mis brazos, como si perteneciera allí—. Eres tú quien nos ha salvado. ¡Me has salvado!

—Yo no he... —Ella se apartó ligeramente, su frente se arrugó hasta que su mirada pensativa fue reemplazada por resolución—. Al menos no del todo, pero lo haré...

Busqué su expresión, esperando vislumbrar lo que quería decir, pero antes de descubrir algo, ella se liberó de mi agarre.

—Me iré mañana.

Mi pecho se apretó, estrangulando mis intentos de hablar.

—No. —Eso fue todo lo que pude decir.

Ella se alejó unos pasos de mí.

—Es lo mejor para todos, Graham. —Antes que pudiera rechazar su decisión, ella dio la vuelta y salió apresuradamente del salón.

—¡Honora! —Mi voz resonó en el silencio, ante el vacío que ella había dejado al partir.

Capítulo treinta y seis

GRAHAM

Entré por la puerta principal. Me quité los guantes y el abrigo, en un intento desesperado por liberarme de ciertos límites. Había resultado una mañana gélida para dar un paseo, una vez más, pero el escozor de mi piel, arrastrada por el viento, había sido una sensación bienvenida, en comparación con el dolor dentro de mí. Honora se había negado a hablar conmigo, después que ella huyó del salón, y yo pasé el resto de la noche sin dormir. Cuando llegó el amanecer, tuve que escapar de mis pensamientos o correr el riesgo de volverme loco. Un paseo matutino (más bien un galope matutino) había parecido lo ideal, pero ahora que había regresado, mi realidad asfixiante me esperaba.

Jameson tomó mis pertenencias.

—¿Puedo llevarme también su sombrero, milord?

Lo saqué de mi cabeza y se lo entregué.

—¿Está mi padre despierto?

—Está desayunando en el comedor.

Asintiendo en señal de agradecimiento, salí corriendo del vestíbulo de entrada. Necesitaba que mi padre entrara en razón y le permitiera a Honora quedarse unos días más. Cuando llegué al comedor, mi padre se estaba levantando de su asiento.

No entré sino que me quedé en el umbral.

—Honora se va.

El lacayo que estaba junto al aparador bajó la mirada.

Mi padre enderezó su postura, tirando casualmente de la parte inferior de su chaleco para enderezarlo.

—¡Qué alivio que no tenga un temperamento tan pendenciero como el personaje que creó!

—Pasó junto a mí y lo seguí hasta el pasillo.

—Debes darte cuenta que ella solo actuó por desesperación, padre.

Continuó caminando sin siquiera mirar de reojo.

—Ella ha restaurado lo que habíamos perdido, lo que podría haberse perdido sin su intervención. —Su ritmo era difícil de igualar, incluso con mis zancadas, igualmente largas—. Ella merece ser tratada mejor que esto.

Mi padre volteó hacia mí, cuando llegamos al vestíbulo de entrada.

—Ella está siendo tratada exactamente como se merece. Ha entrado en mi casa con el propósito de engañarme... de engañarnos a todos. —Sacudió la cabeza y la ira brilló en sus ojos—. Y que ella suponga que sabe algo sobre mí, cualquier cosa sobre las luchas que he enfrentado, es deplorable. Y lo que me sorprende es que no pareces tener reparos en nada de eso.

¿Realmente tenía la intención de continuar con su farsa? ¿No sintió ningún remordimiento por ocultar la verdad a su familia? Su expresión impenitente fue prueba suficiente y me obligué a dejar el tema en paz por el momento. No me serviría de nada.

—Ella se equivocó, padre. Y ella se disculpó.

Levantó una mano hacia mí.

—Sigues defendiéndola. Una mujer así no merece nuestra compasión ni nuestro perdón. Es demasiado obvio que su padre Nabab le enseñó a salir adelante, a cualquier precio. No permitiré

que ese costo afecte la reputación de nuestra familia.

La ira me atravesó.

—No sabes nada de ella.

—Sé lo suficiente. Ella nunca ha sido más que una fuente de dinero contaminada. En el momento en que llegó a Grandview, le deseé que volviera a la India. Y lo hago ahora más que nunca.

La rabia se apoderó de mí y me acerqué hasta que los dos nos quedamos cara a cara.

—Entonces, sí eres un tonto.

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera? —Los dientes de mi padre apretaron.

—¡Detengan esto de inmediato! —Honora salió de la puerta del salón con los ojos hinchados, que hacían juego con el color rojo de sus mejillas y su nariz. Corrió a mi lado y me agarró del brazo—. Por favor, Graham, ¡por nuestro bien! No puedo soportar causar más discordia en tu familia.

Su expresión estaba llena de tanta angustia que no podía negarlo. Retrocedí unos pasos en la dirección, en la que ella me empujaba, y me incliné cerca de ella, ignorando la mirada atenta de mi padre.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Su respiración se cortó.

—Estaba esperando al señor Swinton. Alicia envió un mensajero hace casi una hora con una misiva, pidiéndole que viniera tan pronto como pudiera. —Ella olfateó—. Alicia casi ha terminado de empacar mis baúles.

—¿Por qué debería ella estar empacando tus baúles? —Judith miró por encima de la barandilla, antes de bajar apresuradamente el resto de las escaleras hasta donde estábamos los tres fuera del salón.

Le señalé con la barbilla a mi padre.

—Está obligando a Honora a irse.

La mirada de Judith se desvió hacia su padre.

—Debes estar equivocado, Stanbury... Padre no es tan irracional. No después de todo lo que Honora ha hecho por nuestra familia, y la responsabilidad que él ha aceptado, como su tutor temporal, hasta que llegue su propio padre.

—Su abuelo puede asumir el rol de tutor. —Nuestro padre juntó sus manos, en la espalda.

—¿Y qué hay de la cena? —La frente de Judith se arrugó.

—No veo por qué no podemos continuar, como está previsto, a pesar de la ausencia de Honora. —Él se encogió de hombros

Las manos de Judith se posaron en sus caderas y su mirada inquebrantable desafió a su padre.

—El propósito de la cena es presentarle a Honora nuestras relaciones. Piensa en los rumores que se difundirán, si ella no está aquí. ¡Esto no servirá! Debo instarte a que permitas que Honora permanezca en Grandview, al menos hasta después de la cena.

—Judith. —La voz de Honora era inusualmente tranquila y odié que el duro trato de mi padre la hubiera dominado a ella de alguna manera—. Creo que tu padre tiene razón. Probablemente, será mejor si me voy.

La mirada de mi padre recorrió los rasgos de Honora, como si intentara detectar algún engaño oculto allí. No encontró nada que pudiera satisfacerlo.

—No. Esa no es una solución. —Judith se acercó a mi padre y entrelazó su brazo con el de él—. Padre, dile a Honora que deseamos que se quede unos días más.

Respiré profundamente y me contuve, esperando a ver si Judith lograba convencer a mi padre con su gentil guía. Él la miró fijamente, pero ella no lo rehuyó. Ella estaba decidida a salirse con la suya, y yo nunca me había sentido tan agradecido por una hermana entrometida. Aunque solo fueron unos días más, su oferta parecía maná caído del cielo.

Ella le dio un codazo en el costado.

—Continúa, padre...

—Supongo que unos días más no cambiarán mucho —lo dijo enfurecido.

Ella dirigió una sonrisa a Honora.

—Mira allá... Está todo arreglado. Te quedarás hasta el fin de semana.

Honora se movió a mi lado.

—Ya he enviado a buscar al señor Swinton. Debería estar aquí en cualquier momento.

—Entonces haremos que desayune con nosotros, cuando llegue. De esa manera podemos discutir lo que viene después.

La mirada de Honora recorrió el traje de montar de Judith.

—¿No estabas planeando dar un paseo?

—Habrá mucho tiempo para eso más tarde. —Judith agitó una mano desdeñosa.

Un fuerte golpe resonó en el suelo de mármol y apareció Jameson, moviéndose hacia la puerta.

—Buen día. ¿Está disponible la señorita Crauford? —La voz del señor Swinton llegó hasta donde estábamos, y Jameson miró a mi padre en busca de instrucciones.

—Déjalo entrar.

El señor Swinton pasó y nos vio.

—Buen día. —Mientras se acercaba, su mirada se posó en Honora y sus cejas se fruncieron al observar su apariencia—. ¿Pasa algo, muchacha?

Ella sacudió levemente la cabeza, aunque sus ojos una vez más se llenaron de lágrimas. Judith soltó a su padre y corrió al lado de Honora, le pasó un brazo por el hombro y le susurró algo al oído. Ante la preocupación de Judith y nuestras miradas concentradas, las lágrimas de Honora comenzaron a fluir.

Me acerqué, pero Judith levantó una mano para advertirme.

—Por favor, discúlpalos un momento. —Guió a Honora de regreso al salón y cerró las puertas detrás de ellas. Una vez más, me sentí sofocado por mi incapacidad de acudir a Honora para consolarla.

—¿Qué ha sucedido? —El señor Swinton me miró expectante y también a mí.

—Ha sido una noche llena de acontecimientos —respondió mi padre.

Aunque el señor Swinton era un hombre más pequeño, parecía hincharse con un impulso protector.

—¿Podría explicarme más eso, milord?

La mirada de mi padre se detuvo en la puerta cerrada.

—Es complicado.

Sabía que esa respuesta ambigua no satisfaría al señor Swinton.

—Ella informó a mi padre de su actuación.

Las cejas del señor Swinton se alzaron, la comprensión era evidente en sus rasgos.

—Lo veo.

Mi padre centró su atención en nuestro invitado.

—¿Conocía su plan? —Cuando el señor Swinton asintió directamente, mi padre dejó escapar un suspiro agitado—. ¿Y supongo que también la defenderá por realizar el engaño?

—Como hay muchas cosas que no entiendo de la situación, no estoy en condiciones de hacerlo. Pero tampoco la condenaré por lo que ha hecho. Simplemente, he venido porque mi nieta me lo pidió.

En el silencio que siguió, se escucharon voces apagadas provenientes del salón y el sonido desgarrador de los sollozos de Honora. Cambié mi peso, convenciéndome de quedarme quieto. No podía arriesgarme a intensificar el estado de Honora con la injusta ira de mi padre.

El señor Swinton se dirigió hacia mí:

—¿Por qué decidió anunciar su farsa anoche? ¿Pasó algo que la forzó a revelar la verdad?

Miré a mi padre, decidiendo cuánto debería transmitir. Honora le había contado a su abuelo acerca del plan para regresar a casa, pero no le había mencionado la situación financiera de nuestra familia. Tampoco se había referido a nuestras preocupaciones sobre el señor Waldorf, al menos no lo hizo, mientras estuve con ella.

—Recibimos noticias sobre una situación financiera favorable para el patrimonio de nuestra familia. Una situación que ha hecho innecesario nuestro compromiso.

El señor Swinton pareció confundido por mi explicación.

—Teniendo en cuenta lo que me dicen, parece una buena noticia para todos. Y, sin embargo, todos ustedes parecen abatidos esta mañana.

Esto era complicado.

—De alguna manera, creo que yo tengo la culpa —dijo mi padre secamente—. No me gustó que la señorita Crauford admitiera que me había mentado, y que nos había utilizado de malas maneras.

—Eso es comprensible —asintió el señor Swinton.

—Afortunadamente, ella confesó todo, antes que tuviera lugar la cena. No puedo imaginar el espectáculo que habría dado a nuestra familia, si le hubieran concedido la oportunidad.

—¡Oh! Pero Honora había planeado terminar todo, antes de la cena —dijo el señor Swinton con total naturalidad.

Giré hacia él y analicé su expresión para ver si decía la verdad, o si simplemente intentaba encubrir a Honora. Parecía hablar en serio.

—¿Ella dijo eso?

Él asintió.

—Cuando regresé ayer por la tarde, tuve un momento para hablar con ella a solas. Le pregunté cuánto tiempo pensaba continuar con su actuación, si había un final a la vista. Dijo que le confesaría todo a la familia, antes que se llevara a cabo la cena. En su conciencia, no podía llevar a cabo sus planes. No cuando dañaría la reputación de la familia, una que obviamente ha llegado a querer.

Mi padre se puso rígido y me miró. Traté de no mostrar mi sorpresa ante la revelación. Seguramente, él pensó: ¿cuánto tiempo hacía que ella había decidido ese camino? ¿Y por qué yo no se lo había mencionado?

—Entonces, ¿cuál es el plan a partir de ahora? —preguntó el señor Swinton, sacándome de mis pensamientos.

Levanté los hombros.

—Creo que eso aún está por determinarse.

El señor Swinton volteó hacia mi padre.

—¿Tengo razón al suponer que el contrato matrimonial será anulado?

—Lo será... —A pesar de que deseaba cuestionar la afirmación de mi padre, sabía que no me serviría de nada presionarlo delante del señor Swinton—. Ella regresará a la India,

exactamente como está decidida a hacerlo.

El señor Swinton asintió pensativamente.

—¿Qué pasa con el señor Crauford? No le agradará que le nieguen sus ambiciones.

—Entonces, nos ocuparemos que la señorita Crauford esté a bordo de un barco, antes de su llegada.

La puerta se abrió con un chirrido y salió Judith, seguida de Honora.

Honora levantó la barbilla y se acercó a su abuelo.

—Perdóname por el saludo fortuito, señor Swinton. —A pesar de su valentía, la voz de Honora temblaba—. Aprecio que hayas venido con tan poca antelación.

—Estoy agradecido de estar aquí, muchacha. —Él le tendió una mano y ella la tomó brevemente—. Espero que no te importe, pero en tu ausencia, Lord Denhurst y Lord Stanbury me contaron lo ocurrido.

La mirada de Honora bajó.

—Había planeado preguntar, si podría apelar a tu amabilidad. —Ella hizo una pausa—. Si pudiera ir y quedarme contigo por un tiempo.

—¿Conmigo? —El asombro llenó la expresión del señor Swinton.

La mirada de Honora se dirigió a Judith y ella vaciló.

—Ahora, esa es mi intención.

Judith le dirigió a Honora una mirada implorante.

—Nos encantaría que te quedaras unos días más, hasta después de la cena. Pero si deseas irte ahora... supongo que es tu elección.

Honora me miró y mi corazón casi se rompió, ante la disculpa escrita en su rostro.

—Creo que eso podría ser lo mejor. Puedo volver para la cena, si se puede arreglar.

—¿Qué pasa con Ansuya y Supriya? —Solté esas palabras, convenciéndome que no estaba rompiendo mi promesa, simplemente retrasando el inevitable cumplimiento de la misma—. ¿Y los otros? Llegarán aquí mañana.

Honora hizo una pausa y frunció el ceño.

—Odiaría decepcionarlos por no estar aquí. Quizás debería quedarme hasta que regresen a casa el sábado.

Mi alivio fue instantáneo. Todavía no había perdido a Honora.

El señor Swinton giró hacia Honora.

—Tengo algunas cosas que arreglar, antes de nuestra partida, pero con un breve viaje a Londres, creo que podría tenerlo todo arreglado y regresar el sábado.

La cabeza de Honora se inclinó hacia un lado.

—¿Y adónde vamos a ir desde aquí?

—La India es mi suposición.

Honora miró fijamente a su abuelo.

—¿Irías a la India conmigo?

—Sin duda. Siempre que eso te convenga.

Por primera vez desde anoche vi la sonrisa de Honora.

—Eso me sienta muy bien.

—Lamento no estar aquí para la cena de despedida, pero si estás segura que deseas permanecer en Grandview, en mi ausencia, me encargaré de los arreglos necesarios para mi propiedad, y también de conseguírnos un pasaje en el próximo barco a Madrás.

La mirada de Honora se posó en mí, antes de asentir resueltamente.

—Gracias, señor Swinton.

—Entonces, estaré en camino.

—¡Oh! Hay una cosa que quería preguntarte. —Honora se retorció las manos nerviosamente y miró de reojo a mi padre—. Mencionaste que contrataste a un hombre para localizarme, mientras estaba en la India.

—¿Sí?

—¿Sigues en contacto con él?

—Reside en Londres. Podría contactarlo, mientras estoy allí.

—¿Y confías en él?

—Indudablemente.

Honora respiró lentamente.

—¿Podrías ver si está dispuesto a emprender una investigación que involucre al señor Wilford Waldorf, el principal agente del patrimonio de Lord Denhurst?

Mi padre miró fijamente a Honora, antes de dirigir una mirada curiosa al señor Swinton.

—¿Tienes alguna indicación de dónde reside o dónde podría encontrarlo? —preguntó el señor Swinton.

Honora sacó un pequeño trozo de papel doblado de su guante y se lo entregó al señor Swinton.

—Según los libros de contabilidad, aquí es donde se envían sus pagos. Ya no está allí porque ha huido, pero espero que esto sea un buen punto de partida.

El señor Swinton leyó las pocas líneas anotadas y lo volvió a doblar.

—Escribiré a mi hombre esta mañana, antes de salir de Lanford.

—¿Necesita algún sustento antes de partir? —preguntó Judith—. Puedo hacer que te preparen una canasta para tus viajes.

—Me las arreglaré bastante bien, pero le agradezco su oferta. —El señor Swinton tomó la mano de Honora y le dio unas palmaditas—. Te veré el sábado.

—Hasta entonces. —Honora dio un vacilante paso atrás.

El señor Swinton se despidió del resto de nosotros, dirigiéndose hacia la puerta.

—Señor Swinton. —Mi padre lo llamó, deteniéndolo—. Insisto en pagar la tarifa de ambos pasajes a la India. Déjeme saber la suma cuando regrese.

El señor Swinton abrió la boca como si fuera a protestar, pero después de un breve momento la cerró, e hizo una pequeña reverencia.

—Es muy amable de su parte, milord. Gracias.

¿Estaba mi padre tan decidido a deshacerse de Honora, que se había ofrecido a pagarles el viaje de regreso, o se trataba de algún tipo de oferta de paz, una pequeña admisión que tal vez se había equivocado respecto a ella?

—Gracias, Lord Denhurst, por su amabilidad. —Honora hizo una pequeña reverencia.

A cambio, mi padre bajó la barbilla.

—Es lo menos que puedo hacer.

Quizás todavía había esperanza, aunque fuera mínima. Pero en este punto, depositaría cualquier esperanza en el vacío, que había sufrido desde anoche.

Capítulo treinta y siete

HONORA

—Alicia, no es necesario desempacar el baúl. Solo estaré aquí unos días más y no quiero que usted tenga que encargarse de esta tarea por segunda vez.

Alicia me miró, mientras sacaba otro vestido de una de las grandes cajas de madera.

—No lo retiraré todo. Solo las cosas que sé que necesitará, en los próximos días. —Sacudió el vestido y lo mantuvo alejado de ella para poder ver mejor su estado. Ella chasqueó la lengua —. Aún no soy muy hábil para hacer las maletas. Me temo que será necesario planchar la mayoría de estos, antes de usarlos.

—¡Deje de agobiarse! Ya me siento bastante mal porque usted pasó la mitad de la noche ayudándome con los preparativos para irme. ¡Usted debe estar exhausta!

—No más que usted.

Enviándole a Alicia una mirada agradecida, caminé hacia la ventana y miré al océano, una vista que no hacía mucho me había llamado. Sin embargo, ya la misma no lo hacía. Obligué a que las emociones, que habían aumentado sin previo aviso, volvieran a su lugar. El mero recuerdo de mi despliegue emocional de esta mañana (con todos menos Marie como testigos) me enfermó de mortificación. Si me hubiera quedado en mi habitación, esperando a que llegara el señor Swinton, me habría ahorrado una buena cantidad de vergüenza. Pero no lo hice.

Alicia me lanzó una mirada cautelosa.

—Supongo que la señorita Shaw ya ha llegado. —Se me hizo un nudo en el estómago.

—Sí. Supongo que sí. —Alicia se mordió el labio.

Sabía que quería preguntarme por qué parecía tan abatida, cuando fui yo quien rechazó la invitación de Graham para ir a la fiesta de bienvenida de la señorita Shaw. Pero estaba demasiado cansada para hablar de ello. Demasiado cansada para explicar cómo Marie no me habría querido allí ni yo quería estar presente, cuando le contaran a la señorita Shaw... bueno, fuera lo que fuera lo que la familia consideraba oportuno contarle sobre mí.

Sonó un ligero golpe en mi puerta y mi corazón se elevó desafiante ante el familiar golpe.

—Supongo que es Lord Stanbury, otra vez —dijo Alicia, moviéndose para abrirla.

—Buenas tardes, Alicia. —A pesar de mi conmoción, la voz de Graham trajo un alivio instantáneo a mi atribulado corazón—. ¿Puedo hablar con Honora... otra vez?

Alicia miró por encima del hombro, obviamente sin saber cómo responderle.

Me acerqué a la vista de la puerta abierta.

—¿Qué pasa, Graham?

—He venido para ver si puedo convencerte que camines con nosotros hasta Lanford.

—¿Marie sabe que me estás invitando?

Se apoyó contra el umbral y su silencio fue suficiente.

—A Marie no le agrada en lo más mínimo que me extiendas una invitación.

—¿Y eso qué tiene que ver con cualquiera de nosotros?

Lo inmovilicé con una mirada.

—Creo que es mejor si me quedo en mi habitación tanto como sea posible. Ya he causado suficientes problemas.

—No sacrificaré el poco tiempo que tengo contigo para apaciguar a mi hermana ni a nadie

más. Así que si estás decidida a negarte a pasar tus últimos días, en compañía de mi familia o de la señorita Shaw, entonces yo también me veré obligado a hacerlo.

Observé su expresión enmascarada.

—No lo harás.

—¿No lo haré? —La creciente sonrisa de Graham me dijo que haría exactamente eso.

Crucé los brazos sobre mi pecho.

—¿Por qué eres tan obstinado?

—¿Por qué no debería serlo? —Él se encogió de hombros.

A pesar de mis mejores intentos, una sonrisa se dibujó en las comisuras de mi boca.

—Tienes razón.

—¿Entonces, vendrás a caminar con nosotros?

Un paseo me parecía una cosa tan trivial y anhelaba salir al aire libre. Sin embargo, no estaba segura de tener la fuerza para no seguir mi plan ni enfrentarme a la señorita Shaw. Dudé.

—Si prefieres no venir con nosotros, con gusto estaré afuera de tu habitación hasta que estés dispuesta a salir. —Aunque todavía sonreía, yo estaba plenamente consciente que no estaba bromeando.

—Muy bien. Déjame prepararme y estaré abajo, en un rato.

Él se retiró al pasillo e hizo una ostentosa reverencia.

—Estaré esperándote.

Cerré la puerta, sacudiendo la cabeza con frustración y diversión, a partes iguales, por sus incesantes travesuras.

—¡Este hombre es absolutamente exasperante!

—Es bueno verla sonreír. —Alicia se acercó a mí con mi pelliza colgada del brazo, mis botas de montaña en una mano y mi sombrero en la otra.

Inspeccioné su carga.

—¿Era tan evidente que me rendiría ante él?

—¿Sería más agradable, si dijera que solo tengo esperanzas que lo haga? —Ella apretó los labios

Solté un gemido patético y me quité las pantuflas. Moviéndome al asiento más cercano, las reemplacé con las botas de cuero oscuro.

—Y ahora, debido a la extraña influencia que Graham ejerce sobre mí, me veré obligada a soportar la compañía de la señorita Shaw. —Terminé de atar la primera bota y comencé con la segunda—. Me arrepiento totalmente de haber mencionado alguna vez la idea de invitarla aquí.

—¿Por qué insistió en que viniera?

Me puse de pie y encaré a Alicia, alisándome el vestido.

—Fue otra estratagema para irme a mi casa. Sabía que me estaba apegando demasiado a Graham y pensé... —suspiré—. Ni siquiera sabía lo que estaba pensando. Quizás pensé que si ella venía, le recordaría a la mujer con la que se suponía que debía casarse. ¡Que se enamoraría de ella, facilitando mi tarea de irme! Que de repente dejaría de cuestionarme, qué era lo que más deseaba. Realmente, todo fue sin sentido.

Alicia se acercó a mi lado y levantó mi pelliza para ayudarme a ponérmela.

—¿Qué es lo que más desea?

Deslicé mis brazos en las mangas.

—Anoche, por un momento fugaz, me di cuenta que tenía lo que quería. —La calidez de la tela se instaló sobre mí, su comodidad contrastaba fuertemente con el vacío, que se instaló dentro de mí, al recordar lo que había perdido—. Y ahora es demasiado tarde.

Alicia se paró frente a mí con mi sombrero y lo colocó en mi cabeza, poniéndose de puntillas, mientras lo aseguraba alrededor de mi peinado.

—¿Usted está segura de eso?

Estaba segura que sería la ruina de Graham, tal como lo había declarado Lord Denhurst desde el principio. Nunca sería aceptada en la alta sociedad ni entre los compañeros de los Whitworth. Graham y sus hermanas sufrirían por su conexión conmigo. Nuestra posteridad sería objeto de burla, durante generaciones, debido a su relación con un humilde Nabab. ¿Y cómo podría pedirle a Graham que equilibrara una vida en la que los miembros de su propia familia se oponían a nuestra unión? La discordia sería incesante, y yo conocía demasiado bien el dolor, que provocaban esos matrimonios. Había una última forma en la que realmente podía salvar a Graham: podía salvarlo de mí. Até la cinta debajo de mi barbilla.

—Demasiado segura.

Ella frunció el ceño y me abrió la puerta.

—Lo siento mucho.

—Como yo. —Con un agradecido apretón de su mano, salí de la habitación y la puerta hizo clic detrás de mí—. Esto no tomará mucho tiempo.

Me puse una mano en el pecho y giré para encontrar a Graham, apoyado contra la pared al otro lado de mi puerta.

—¡Cielos, Graham! Me asustaste.

—Quería asegurarme que vendrías, antes de ir con los demás.

—¿Mi palabra ya no vale nada ni siquiera para ti?

Graham bajó la barbilla y me lanzó una mirada indignada.

—Eso no es lo que quise decir, y tú lo sabes.

—Perdóname. Estoy un poco de mal humor con todo y ahora... —Solté un suspiro.

—¿Estás ansiosa por reunirse con la señorita Shaw?

—¿Ella lo sabe? —asentí

Graham miró hacia el pasillo.

—Sí. Al menos sobre la cancelación de nuestro compromiso. Aunque ha estado sola con Marie durante la última hora, no me sorprendería saber que le han contado todo.

—Supongo que es lo mejor. Ella puede odiarme con la conciencia tranquila.

—Ella no es una persona tan terrible como crees. En verdad, es posible que la encuentres agradable, si se lo permites.

Una pesadez se apoderó de mí, ante la defensa de Graham de la señorita Shaw.

—Incluso si la descubriera así, dudo que el sentimiento fuera mutuo. Especialmente después del informe de Marie sobre lo que he hecho.

—¿Vamos a averiguarlo? —Graham me envió una sonrisa cautelosa y me hizo un gesto para que avanzara.

—Parece que no me has dado otra opción al respecto. —Sabía que estaba siendo un poco ridícula, pero no pude evitarlo. La mera idea de la señorita Shaw, con sus rizos dorados y sus ojos de color azul marino, ya era bastante desconcertante. Ahora tenía que interactuar con ella. Era la primera vez desde anoche que me arrepentía de haber puesto fin a mi farsa. ¡No me iba a ir bien! De eso estaba segura.



Mis ojos se posaron involuntariamente en la señorita Shaw, quien se movía entre Marie y Graham, en el camino delante de nosotros. Era incluso más encantadora de lo que recordaba y me encontraba observando constantemente a Graham para ver con qué frecuencia la miraba, o sonreía cuando ella hablaba. Algo andaba mal conmigo. Y lo que lo empeoró aún más fue lo cordial que ella había sido durante todo el paseo, incluso enviándome una sonrisa de lástima, después de cada uno de los agudos desaires de Marie.

Judith unió su brazo al mío y se acercó.

—¿Estás emocionada de volver a casa?

Aparté la mirada de la figura tambaleante de la señorita Shaw, delante de nosotros, en el camino. La idea de mi partida ya era bastante difícil, pero pensar en que la señorita Shaw estuviera aquí cuando yo no... Me hizo... Ni siquiera estaba segura de qué... Pero eso no me gustó.

—Sí. Bueno, no por el viaje en sí, ya que probablemente pasaré la mitad del tiempo enferma por el movimiento.

Judith esbozó una sonrisa comprensiva.

—Aún no es demasiado tarde para decidir si prefieres quedarte en Inglaterra, y salvarte de la miseria.

Permanecer en Inglaterra y no estar en Grandview parecía cien veces más tortuoso que el viaje a la India.

—La miseria hace que la recompensa sea mucho más dulce.

—¿De qué están hablando ustedes dos con tanta concentración? —preguntó Marie, retrocediendo y dejando que la señorita Shaw y Graham continuaran juntos. La boca de mi estómago se apretó ante la vista.

—Mi partida —dije con franqueza.

—Hablando de eso, quería que supieras que a pesar de lo que hiciste, y de lo verdaderamente horrible que fue, sería negligente, si no te ofreciera mi gratitud, por tu contribución a la restauración de nuestro patrimonio.

Mi mirada se posó en Judith, que parecía casi tan sorprendida como yo por la declaración de Marie.

—Me alegro de haber podido ayudar.

Marie sintió enérgicamente, como si hubiera completado una tarea espantosa, pero necesaria.

—Es un gran alivio saber, una vez más, que hay un futuro brillante para cada uno de nosotros. —Su mirada se deslizó hacia Graham y la señorita Shaw—. Harán una combinación maravillosa, ¿no?

Judith apretó su brazo alrededor del mío.

—Marie, no creo que Stanbury tenga tales intenciones hacia la señorita Shaw, y sería perjudicial hacerle pensar lo contrario.

—Veremos. —Marie centró sus ojos brillantes en mí—. Es extraño pensar cuánto tiempo hace que se conocen.

No quería morder el anzuelo de Marie, pero mi curiosidad era demasiado fuerte.

—No me di cuenta que se conocían desde hace mucho...

—¡Oh, sí! Se conocieron en una fiesta en casa, después de su primera temporada. Él la había considerado la dama más encantadora, pero era un poco joven. Y luego estaba la situación de su familia, en ese momento: su falta de dote, que afortunadamente se ha solucionado. —Marie dio un suspiro de satisfacción—. Sí. Se portarán muy bien, el uno por el otro.

Judith le lanzó una mirada a su hermana.

—Marie.

La risa de la señorita Shaw flotaba en la brisa y mi cuerpo se tensó ante el sonido.

Graham se detuvo y volteó hacia nosotras.

—¿Deberíamos tomar el camino que baja a la cala?

El rostro de la señorita Shaw se iluminó de una manera irritablemente encantadora, su piel de porcelana brillaba bajo el sol del final de la tarde.

—Me encantaría verlo.

Marie se acercó a su amiga con paso rápido.

—Yo, por mi parte, creo que es una gran idea. Aunque debemos tener cuidado y permitir que Stanbury vaya primero. Al final hay un desnivel que requerirá asistencia.

—Honora lo logró sola. —Graham movió su barbilla hacia mí.

—Sí, bueno, no todas podemos ser como la señorita Crauford —dijo mi nombre con intención, como si le recordara que no tenía más motivos para usar mi nombre de pila.

Judith se acercó a mí.

—¿Qué prefieres?

Miré de Graham a la señorita Shaw.

—Creo que estoy lista para regresar a la casa —le susurré.

Judith me guió hacia adelante.

—Honora y yo continuaremos. Pero, diviértanse.

Los hombros de Graham cayeron y su mirada se posó en mí.

—No necesitamos ir, si no lo deseas.

—Ya has puesto nuestras esperanzas en ello, Stanbury. Seguramente, no nos decepcionarás ahora. —Marie hizo un puchero.

La señorita Shaw se movió y su mirada se posó en mí.

—Pensándolo bien, me siento bastante cansada después de una caminata tan larga. ¿Quizás podríamos regresar otro día?

Marie dejó escapar un suspiro.

—Muy bien —dijo, obviamente disgustada con este acuerdo.

Graham hizo un gesto a la señorita Shaw y a Marie para que se acercaran y aprovechó la oportunidad para esperarnos a Judith y a mí. Se puso a mi lado y se acercó, haciendo que mi corazón se alegrara, a pesar de todo.

—Pensé que te gustaría volver a bajar a la cala.

—Normalmente lo haría, pero no en este momento.

—¿Tiene esto que ver con tu falta de naturaleza celosa? —Una de las cejas de Graham se arqueó.

Lo miré boquiabierto.

—De ninguna manera. Yo simplemente... —No tenía ninguna excusa que ofrecer, lo que le hizo sonreír aún más.

—Stanbury —llamó Marie, aparentemente al darse cuenta de la ausencia de Graham—. La señorita Shaw tiene una pregunta para ti.

Miré hacia donde estaba la señorita Shaw, con las manos entrelazadas delante de ella y las mejillas rojas. Al menos tuvo la cortesía de parecer avergonzada por los esfuerzos de Marie.

—Será mejor que vayas —le dije, tratando de mantener mi voz libre de irritación—. No me gustaría decepcionar a tu hermana en sus objetivos.

—No me importan sus objetivos y preferiría quedarme contigo.

—¡Stanbury! —Marie volvió a llamarlo.

Me mareé de exasperación, pero obligué a mis labios a sonreír.

—Ve... Necesito hablar con Judith... a solas.

Él inclinó la cabeza hacia un lado, la sospecha era evidente en sus rasgos.

—¿Como si ustedes dos no hubieran estado solas la mayor parte de nuestra caminata?

—Sí, bueno, en realidad parece preferir mi compañía. —La acusación irracional se escapó de mí, antes que pudiera contenerla.

Graham echó hacia atrás la cabeza y exhaló su agitación, antes de bajar la mirada hacia Judith.

—Mientras respondo la pregunta de la señorita Shaw, asegúrate de informarle a Honora lo absolutamente ridícula que está siendo. —Sus ojos se encontraron con los míos—. Que ni por un momento he preferido la compañía de nadie a la de ella. —Dio la vuelta y se reunió con las mujeres que lo esperaban.

Judith y yo avanzamos sin prisa.

Después de varios minutos, ella me miró con un atisbo de sonrisa, bailando en sus labios.

—¿Escuché correctamente que no eres de naturaleza celosa?

—Es posible que haya hecho el anuncio un poco prematuro. —Mis mejillas se pusieron calientes.

—La vida tiene una manera de humillarnos, ¿no es así? —Su sonrisa surgió.

—Ciertamente, es así —admití, demasiado dispuesta a cambiar de tema—. Quería preguntarte: ¿has recibido alguna respuesta de Lord Kenton sobre la cena del viernes?

—Él aceptó.

—¿Y está consciente del cambio de circunstancias? —Evalué la actitud de Judith.

—Aún no. Planeo decírselo el viernes.

—Bueno, estoy segura que se declarará, antes de la cena. Y si no, me inclinaré a intervenir, aunque probablemente no apreciarás mis métodos descarados.

—Tal vez lo haría.

Me reí.

—Espero que sepas que lo tomo como un permiso. —¡Qué agradecida estaba por su

amistad! No solo extrañaría a Graham, cuando me fuera. Judith también merecía lo mejor que la vida tenía para ofrecerle—. Ahora cuéntame todo sobre Lord Kenton y cómo ustedes dos se enamoraron.

Durante el resto de nuestro paseo hasta Grandview, escuché a Judith hablar de su apuesto novio. Su animada explicación evitó que mi mirada se posara en Graham y la señorita Shaw con demasiada frecuencia, aunque no pude evitar preguntarme de vez en cuando qué pregunta requería una respuesta tan completa y prolija.

—¿Estás bien? —La voz de Graham estaba demasiado cerca, cuando entré a la casa.

Me desaté el sombrero y me lo quité.

—Sí, gracias.

—Milord. —Jameson se acercó, haciendo una pequeña inclinación de cabeza—. Su padre desea verlo a usted y a la señorita Crauford, en el estudio.

—Gracias, Jameson. —Solté las palabras, desesperada por cada oportunidad para expresar mi gratitud retenida durante mucho tiempo.

Él se dobló por la cintura, retirándose rápidamente.

Con una sonrisa divertida, Graham me extendió un brazo.

—Perdónennos. Los encontraremos a todos más tarde.

A pesar de la mirada de molestia de Marie, lo agarré del brazo.

Comenzamos a caminar por el pasillo, a paso lento.

—Ciertamente te tomó mucho tiempo responder la pregunta de la señorita Shaw —dije, arrepintiéndome inmediatamente de mi elección de conversación.

Me miró por el rabillo del ojo.

—Por alguna razón desconocida, ella tiene la impresión que a ti no te importa su compañía.

—Bueno, ¿cómo se puede competir con la señorita Shaw? —Era como si mi buen sentido y mi capacidad para mantener la calma hubieran sido usurpados por la irracionalidad.

Graham se burló.

—Cada vez que intento caminar contigo, me ahuyentas.

Levanté un poco la barbilla, intentando mantener mis comentarios sarcásticos.

—¿No es el propósito de la visita de la señorita Shaw conocerte mejor? —Estaba desesperada, ante una simple marioneta de los celos, que una vez había afirmado que no me ataban.

Graham giró hacia mí.

—Ella está aquí porque tú insististe que la invitaran.

—Bueno, fuiste tú quien primero me trajo a la mente la idea de la señorita Shaw.

Graham miró hacia la puerta del estudio, a unos pasos de distancia, y bajó la voz.

—Una elección de la que me he arrepentido desde que la mencioné por primera vez, ahora más que nunca.

Mi corazón se hinchó, ante su admisión, pero lo ignoré. Mi apego a Graham no me impediría hacer lo mejor para él. Fui decidida en mi rumbo. Podría pasar unos días más aquí, por su bien.

La puerta se abrió para revelar a Lord Denhurst.

—Me pareció escuchar voces... ¡Vengan!

Negándole otra mirada a Graham, entré al estudio y descubrí que Lord Denhurst no estaba solo.

—Señor Vicent.

Él asintió a modo de saludo, sin parecer afectado en lo más mínimo al escucharme hablar

con una voz inalterada. Tal vez Graham había estado en lo cierto y mi actuación se había diluido un poco en su compañía.

—¿De qué se trata esto? —preguntó Graham, lanzando una mirada cautelosa a su agente.

Lord Denhurst parecía tan ansioso como yo de repente.

—Mientras caminaban, llegó una carta del padre de la señorita Crauford.

Me puse rígida. Si mi padre le escribió a Lord Denhurst, solo podría significar una cosa: él había llegado a Inglaterra.

Capítulo treinta y ocho

GRAHAM

Honora se puso rígida a mi lado.

—¿Qué dice la carta?

Mi padre le hizo un gesto al señor Vincent para que se la entregara.

—“*Lord Denhurst*”. —Su voz era solo un susurro, cuando comenzó a leer, y me acerqué para escucharla—. “*He llegado a Londres. Espero noticias para transferir la suma acordada. Mis direcciones están incluidas. Si no recibo una respuesta, antes del sábado, lo haré...*” —Las palabras de Honora se fueron apagando, su expresión se llenó de temor, mientras sus ojos repasaban el resto. Empujó la carta hacia mí, aparentemente incapaz de terminarla en voz alta.

La tomé y leí el último fragmento para mí:

“Me dirigiré a Grandview, donde podremos decidir cuál es la mejor manera de proceder para evitar más retrasos en el matrimonio.

Señor Crauford.”

El rostro de Honora se había vuelto pálido y la agarré del codo.

—Aquí, ¿por qué no te sientas un momento? —Ella asintió vacíamente, permitiéndome llevarla a la silla, que normalmente ocupaba Alicia. Volví a mirar a mi padre—. ¿Qué se debe hacer?

—El señor Vincent tuvo la idea de una especie de distracción, algo que nos diera tiempo hasta que el señor Swinton regrese, y podamos acompañar a la señorita Crauford, en su camino.

Entonces, mi padre le había contado al señor Vincent la situación de Honora.

—¿Qué tipo de distracción? —pregunté, mirando al señor Vincent.

—Pensé que podríamos avisarle que un agente se reunirá con él el lunes, impidiéndole venir a Grandview, mientras la señorita Crauford todavía esté aquí. El lunes se le informará que no solo se ha revocado el contrato matrimonial, sino que su hija ya está de camino, a su casa, en la India.

—No es culpa suya —dije con resolución. Honora me había contado que su padre la había amenazado con repudiarla si no cumplía, y yo no me arriesgaría a que eso sucediera—. Se le debe decir eso.

El señor Vincent y mi padre compartieron una mirada, antes que el señor Vincent asintiera con la cabeza.

—Eso podría funcionar. —Me acerqué a Honora y le puse una mano ligera en la espalda—. ¿Qué piensas, Nora?

Ella levantó su mirada hacia mí, pareciendo como si no hubiera escuchado una palabra de lo que se había dicho.

—Si llega aquí antes...

—No lo hará. —Con la intención de mantener las cosas en movimiento por el bien de Honora, fijé mi mirada en el señor Vincent—. ¿Está dispuesto a regresar a Londres y reunirse con el señor Crauford, en nuestro nombre?

—Con mucho gusto.

—Bien. Le escribiré una carta informándole de la reunión del lunes y la franquearé mañana a primera hora.

—¿Qué pasa si no llega a tiempo? —Había tal desesperación en la voz de Honora que apenas podía soportarla—. ¿O qué pasa, si él se pierde?

—Ese es un punto válido —intervino mi padre.

—Puedo buscarlo en Londres. —La oferta del señor Vincent llamó nuestra atención—. Podría irme directamente y encargarme de entregarle la carta mañana. Si lo desean, por supuesto. Honora dejó escapar un suspiro audible.

—Eso ciertamente me tranquilizaría, y si va a Londres para reunirse con él...

—Considérello hecho. —Bajó la cabeza.

—Debe usar nuestro conductor —dijo mi padre—. Es un viaje largo y es mejor viajar con cierta comodidad.

—Agradezco el gesto y aceptaré con gusto su oferta.

—¿Escribo la carta? —pregunté, tratando de no hacer mi pregunta demasiado directa.

Mi padre se dio unas palmaditas en el chaleco y recorrió con la mirada el escritorio.

—Supongo que debes hacerlo. Parece que nunca puedo hacer un seguimiento de mis gafas.

Ni Honora, ni el señor Vincent se inmutaron ante su inventada excusa, y yo hice lo mismo. Había cosas más importantes en las que centrarse, que en su inútil engaño, del que todos éramos muy conscientes. Cuando terminé la carta, la empujé por encima del escritorio hacia mi padre y le entregué la pluma. Raspó su firma, apenas legible en la parte inferior y, mientras lo hacía, me maravilló su consistencia. Quizás teniendo talento para el arte, lo haría de manera similar. Era una forma para dibujar, más que una palabra para escribir. Debería tener que preguntárselo algún día.

Mi padre devolvió la pluma a su lugar y sellé la carta, antes de entregársela al señor Vincent.

—Creo que estamos en deuda con usted por todo lo que ha hecho para ayudarnos la semana pasada.

El señor Vincent guardó la carta en el bolsillo interior de su chaleco.

—No. Soy yo quien está en deuda con ustedes por permitirme esta oportunidad.

Mi padre dio un paso adelante.

—Le daré instrucciones a Jameson para que prepare a nuestro conductor.

—Gracias, milord. —La mirada del señor Vincent se dirigió a Honora—. Y considerando que probablemente no volveré a verla, deseo decirle lo contento que estoy que se haya aventurado en Inglaterra.

Honora esbozó una sonrisa.

—Como yo...

Con una última reverencia, el señor Vincent se fue.

Mi padre se acercó a donde yo estaba, y puso una mano sobre mi hombro.

—Lo hiciste bien, hijo.

—Gracias padre. —Intenté no parecer demasiado asombrado por sus elogios.

Honora se puso de pie, aparentemente recuperando un poco de sus fuerzas, pero yo me moví a su lado, en caso que necesitara mi ayuda. Ella de buena gana me tomó del brazo y miró a mi padre.

—Creo que Graham será un activo valioso para usted, si se lo permite, milord.

Mi padre no pareció ofendido en lo más mínimo por su audacia.

—Creo que lo será.

La sonrisa que me dedicó Honora estaba llena de admiración y orgullo, y no podía apartar la mirada de ella.

—Bueno, creo que deberíamos volver con los demás —dijo mi padre, abriendo la puerta y haciéndonos un gesto para que saliéramos.

Honora pasó primero y yo la seguí.

—¡Oh, Stanbury! Hay algo de lo que deseo hablarte en privado.

Los ojos de Honora se posaron en mí, pero antes que pudiera ofrecerle algún tipo de disculpa, ella bajó la mirada y desapareció en el pasillo.

—¿Qué es? —pregunté, cuando mi padre volvió a cerrar la puerta detrás de nosotros.

Mi padre juntó las manos a la espalda.

—Quiero empezar diciendo que he pensado en lo que dijiste sobre la señorita Crauford.

—¿Y? —Examiné su expresión cautelosa.

—Y estoy agradecido que, a pesar de todo lo que ha hecho, me has convencido de no devolverla a la India inmediatamente, como tenía intención de hacer a su llegada.

El recordatorio de mi culpa habría sido un tormento suficiente, pero ahora que el señor Crauford había llegado a Inglaterra, mi traición pesaba aún más sobre mis hombros. Honora debería haber regresado a casa hace semanas, pero gracias a mí, ella todavía estaba aquí. Y lo peor fue que no me arrepentí. La necesitaba aquí... todavía la necesitaba.

Como no respondí, mi padre continuó:

—Por lo tanto, reconozco que, sin ella, podríamos haber perdido una fortuna importante... tal vez todo.

—¿Y entonces? —Evalué su expresión premonitoria.

—Y aún así, debes dejarla ir. Ahora que nuestra riqueza ha sido restaurada...

—Una verdad que descubrimos, gracias a Honora. —La exasperación era evidente en mi voz.

—Sí, sí. Y como dije, estoy agradecido por todo lo que ha hecho la señorita Crauford, pero aquí tienes la oportunidad de hacer una pareja adecuada. Una dama que la alta sociedad no te menospreciará. Alguien de quien tus hermanas no deben avergonzarse.

Lo miré fijamente, incapaz de formar un pensamiento coherente en mi irritación.

—La señorita Shaw es una cosita bonita. Si no la prefieres, habrá muchas otras de la aristocracia, a quienes considerar, ahora que una dote considerable no tiene por qué ser un requisito. —Mi padre tuvo el descaro de darme una mirada comprensiva—. Será mejor para todos.

—Tienes razón. Pensar en pedirle que enfrente toda una vida así. —Le lancé una mano y sacudí la cabeza con disgusto—. Honora se merece algo mucho mejor.

La cabeza de mi padre se inclinó hacia un lado.

—¿Entonces, no le pedirás que se quede?

Solté una risa irónica y abrí la puerta de un tirón.

—Solo porque le prometí que no lo haría... —Sin siquiera mirar detrás de mí, cerré la puerta de golpe.

Capítulo treinta y nueve

HONORA

Corrí a mi habitación, maldiciendo mi incapacidad para aprender la lección. No debería haberme quedado cerca del estudio, cuando Lord Denhurst pidió hablar con Graham en privado, y aún así lo hice. No pude evitarlo sabiendo que estarían hablando de mí. Y yo tenía razón.

Cuando cerré la puerta del dormitorio, Alicia se puso de pie y se dirigió hacia mí.

—¡Oh! Señorita Crauford. ¿Cuál es el problema?

Miré los amables ojos de Alicia y todas mis emociones surgieron, en un intento desesperado por ser liberada.

—Ha llegado una carta de papá. Está en Londres.

Alicia se llevó una mano a la boca.

—¿Cuándo llegará a Grandview?

—El señor Vincent debe entregarle una carta a papá, y concertar una reunión para el lunes. Debería darnos tiempo suficiente para que el señor Swinton regrese, de modo que los dos podamos seguir nuestro camino.

La postura de Alicia se relajó un poco.

—Y sin embargo, usted no parece satisfecha con la idea.

—No es eso... bueno, no del todo. Graham me ha traicionado. —Respiré, ordenando a mis lágrimas que permanecieran en su lugar—. Cuando Lord Denhurst mencionó su deseo anterior de devolverme a la India y la intervención de Graham, pensé que Graham lo negaría o diría que lo había entendido mal. Pero solo el silencio siguió a la admisión de Lord Denhurst: un silencio pesado y lleno de culpa. Me había dado la determinación que necesitaba para alejarme y no escuchar más... Ya estaría de camino a casa, si él no hubiera convencido a su padre para que me quedara.

Alicia extendió una mano hacia mí y la agarré.

—¿Por qué cree que lo hizo?

Ni siquiera necesitaba preguntarme cuál fue su motivo: ¿por qué animaría a su padre a mantenerme en Inglaterra, cuando apenas nos conocíamos?

—Creía que yo le resultaría útil por mis conocimientos financieros.

—Tal vez todo sucedió por una razón, porque si no hubiera estado aquí, su abuelo nunca la hubiera encontrado.

Puse una sonrisa temblorosa.

—Eso es verdad. Y si me hubiera ido tan rápido, nunca habría imaginado la querida amiga que usted resultaría ser.

Alicia me devolvió la sonrisa.

—O Lady Judith.

—Sí. Lady Judith también —asentí.

Por la forma en que Alicia se mordió el labio, supe que ella también quería mencionar a Graham, pero afortunadamente se resistió. Todavía estaba demasiado furiosa con él, en este momento, para reconocer lo mucho que realmente significaba para mí.



Caminé por el suelo de mi habitación, esperando que Alicia regresara. Su compañía había sido mi gracia salvadora, el único respiro de mis implacables pensamientos desde que me encerré en mi habitación, ayer por la tarde.

Probablemente Graham no estaba contento con mi ausencia, especialmente después de haber venido a mi habitación anoche y nuevamente esta mañana. Me negué a verlo y tampoco respondí a la misiva que me envió sobre los planes de un picnic para hoy. Mi rumbo estaba fijado. El señor Swinton había enviado un mensaje, diciendo que había logrado conseguirnos pasaje, en un barco mercante, que zarparía a primera hora del lunes por la mañana. Como no podíamos viajar el sábado, debíamos salir de aquí el sábado al mediodía. Seguramente, podría aguantar dos días más, como este.

Un ligero golpeteo me envió hacia la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, la señorita Alicia.

Los latidos de mi corazón disminuyeron y abrí la puerta. Alicia trajo el té, y rápidamente cerré la puerta detrás de ella. No necesitaba que Graham irrumpiera aquí sin avisar.

Alicia dejó su bandeja.

—Ha llegado el grupo del asentamiento *lascar*.

—¿Debería bajar y saludarlos?

—No. Creo que mi tía tiene la intención de traer a Ansuya para hablar con usted. No deberían tardar mucho.

—¿Le ha hablado la señora Platt de mi farsa? —dudé.

La mirada de Alicia se dirigió hacia mí.

—Ella me preguntó, si lo había sabido todo el tiempo.

—¿Estaba enojada con usted, cuando le dijo que sí?

Alicia vertió el agua humeante en la taza y le añadió un poco de azúcar.

—Creo que vio la sabiduría que yo no dijera nada... después de un tiempo.

—Lo siento mucho Alicia. Le pedí demasiado.

—Usted me dijo exactamente qué era lo que estaba aceptando, y no cambiaría la elección que hice. —Ella me entregó la taza de té.

Bebí un sorbo del líquido tibio, permitiendo que las palabras de Alicia me tranquilizaran. Ya me había disculpado con Jameson, pero la señora Platt había sido la víctima de mi duro trato con más frecuencia, y todavía no había tenido la oportunidad de hablar con ella.

—Estoy segura que todos los sirvientes se sentirán muy aliviados con mi partida.

—Solo porque no la conocen.

Le di a Alicia una sonrisa agradecida, deseando poder llevarla conmigo a la India. Pero su familia no podía prescindir de ella.

Un golpe rápido envió a Alicia hacia la puerta y yo devolví ansiosamente mi taza a su platillo.

Alicia mantuvo la puerta abierta de par en par, con una sonrisa en su rostro.

—Adelante. La señorita Crauford las está esperando.

Ansuya y Supriya entraron y sus ojos recorrieron la gran habitación.

—Es tan bueno tenerlas aquí —dije, dando un paso adelante para saludarlas. Me devolvieron la sonrisa, antes que mi atención se posara en la señora Platt, todavía en la puerta detrás de ellas. Ella desvió la mirada y regresó al pasillo.

—Si ustedes dos me disculpan, solo un momento —dije, enviando a las mujeres una sonrisa de disculpa—. Regresaré rápidamente.

Ansuya asintió y yo corrí detrás de la señora Platt.

—Señora Platt —la llamé—. ¿Puedo hablar con usted?

Había logrado recorrer una distancia impresionante en tan poco tiempo, pero se detuvo al oír mi voz.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

Caminé hacia ella.

—Para permitirme disculparme. El trato que le di a usted, y a todos los sirvientes, fue deplorable, y aunque no espero que me perdone por ello, sí espero... Bueno, espero que sepa lo mal que me siento. Aunque tenía mis razones, no justifican mi crueldad. Lo veo ahora.

—Le agradezco sus disculpas —dijo la señora Platt, asintiendo brevemente.

—Y también quiero decirle que su sobrina ha superado con creces mis expectativas. No tenía idea de cuánto necesitaba a Alicia.

El hermoso rostro de la señora Platt se sonrojó y esbozó una pequeña sonrisa.

—Ella es una buena chica.

—Ella es la mejor. Me he tomado la libertad de escribirle una recomendación exhaustiva, y ya he liquidado mi propio pago con ella.

—Gracias.

—Gracias, señora Platt.

La señora Platt dio un paso atrás.

—Bueno, le deseo todo lo mejor en su viaje, señorita Crauford.

—Es muy amable. También le deseo toda la felicidad.

La señora Platt asintió en señal de reconocimiento y reanudó el camino por el pasillo.

Aunque la disculpa se había ofrecido demasiado tarde, regresé a mi habitación con paso más ligero. Ansuya y Supriya permanecieron junto a la puerta y, con mi regreso, los ojos ansiosos de Alicia se posaron en el baúl al que se aferraba Ansuya.

—¿Cómo estuvo el viaje? —le pregunté a Ansuya—. Espero que el conductor que contratamos fuera aceptable.

Ansuya sonrió.

—Perfectamente cómodo. Y los demás están en las habitaciones de los sirvientes,

acomodándose.

—Avísenme, si necesitan algo, mientras estén aquí. —Observé cada uno de sus bellos rostros, abrumados por la alegría de haber llegado—. Es tan bueno verlas a ambas. —La cena había adquirido un propósito completamente nuevo para mí ahora que no era parte de mi plan. No cambiaría mucho aparte de mi comportamiento, pero estaba ansiosa por compartir con los Whitworth y sus amigos, algunas de las glorias de la India, que eran las de mi hogar. Y más que nada, estaba ansiosa por darle a Graham un pequeño vistazo de lo que contenía la otra parte de mi corazón. Quizás la cena sería el recordatorio que ambos necesitábamos de dónde pertenecía yo.

Ansuya habló con Supriya en hindi y una cálida y hermosa sonrisa iluminó su rostro arrugado. La mujer tomó mi mano con la suya y la acarició, asintiendo con la cabeza en aparente acuerdo. ¡Oh, cómo necesitaba esto!

—¿Debemos empezar? —Ansuya levantó la andrajosa maleta—. Y déjeme asegurarle que el paquete no es una representación de lo que tengo adentro.

Ofrecí una pequeña sonrisa, sin saber cómo responder.

—Admito que estoy ansiosa por ver cómo ha resultado.

—Aquí, déjeme ayudarla a desvestirte —dijo Alicia, acercándose detrás de mí, mientras Ansuya dejaba su maleta en el suelo. Cuando Alicia trabajaba en mis cierres, vi a Ansuya sacar un vestido esmeralda oscuro de un bolso. Toda mi aprensión desapareció, cuando ella lo levantó, permitiendo que las faldas se desplegaran.

—Eso es hermoso. —Mi voz salió tranquila y aireada. Admiré el corte sencillo y las mangas rectas con un toque de bordado dorado, a lo largo del puño a juego con el dobladillo. Alicia bajó mi vestido al suelo para que pudiera quitármelo.

—No es tan brillante como el verde Scheele, que sé que es la última moda, pero pensé que la seda más oscura le quedaría mejor.

La tela parecía cambiar con la luz, pasando del verde oscuro a casi negro en las sombras. Sonreí.

—Creo que eligió bien.

Ansuya dio un paso hacia mí, ayudándome con cuidado a ponerme el vestido. Mientras ella abrochaba la espalda, deslicé mis manos por la suave tela.

—Hay que asimilarlo un poco aquí —dijo, agarrando la tela de mi cintura—. Y tal vez aquí —añadió, pellizcando la parte superior de ambas mangas—. Pero, en general, encaja decentemente.

Supriya observó con total deleite, moviendo la cabeza en rápida aprobación.

—Se siente maravilloso —dije.

—Y sé que quería algo un poco más exótico que los estilos típicos, así que le he hecho un sobrevestido, si le gusta. Si no, no me ofenderé.

Miré su maleta con entusiasmo.

Me encantaría verlo.

Ansuya regresó a su maleta y sacó una tela transparente con un tono similar de verde. Levanté los brazos y ella lo colocó sobre mi cabeza. La tela se posó sobre un hombro y no sobre el otro

—Lo hice con una sola manga, para que pareciera una especie de *sari*.

Froté la delicada tela entre mis dedos.

—¿Esto es muselina de Dhaka?

Una hermosa sonrisa iluminó el rostro de Ansuya.

—Lo es.

Con prisa me acerqué al espejo, mis labios se abrieron con asombro, ante el vestido que Ansuya había creado. El vestido transparente añadió una belleza muy femenina, moviéndose en diagonal, a lo largo de la base de mi cuello hasta el hombro opuesto. La tela me cubría el brazo y el exceso colgaba detrás de mí.

—Nunca había visto algo así. —Fue una fusión perfecta de dos mundos de la moda.

Ansuya se paró a mi lado, analizándome en el reflejo.

—¿Así que usted está contenta?

La miré, reprimiendo mi extraño deseo de llorar. ¿Qué me pasó?

—Muy contenta, Ansuya. Es absolutamente perfecto en todos los sentidos.

—Bueno, disfruté mucho la tarea. Fue mi primer intento de hacer un vestido de estilo inglés, pero hace tiempo que quería intentarlo.

—Hizo un trabajo magnífico. Realmente.

Ansuya agachó la cabeza y sus mejillas se llenaron de color.

—Gracias.

—Es exquisito. —Alicia se acercó a mi otro lado con la caja de joyas de boda de Inayat en sus manos—. ¿Vamos a ver cómo quedan estas con él?

Asentí y ella abrió la caja.

—Esas son impresionantes. —Ansuya le indicó a Supriya que se acercara y las cuatro nos reunimos para admirar las hermosas piezas.

Un fuerte golpe obligó nuestra atención a la puerta, y Alicia me entregó la caja para abrirla.

—¿Puedo hablar con Honora? —La desesperación en la voz de Graham debilitó mi actual discordia hacia él, pero de todos modos, no tenía intención de dejar que me viera con mi vestido.

Alicia me miró y yo negué con la cabeza.

—Lo siento, milord. No está en condiciones de recibir visitas.

—¿Cuándo estará en un estado aceptable?

—No estoy seguro, milord.

Podía escuchar su exhalación frustrada desde donde estaba.

—¿Podría al menos preguntarle si quiere acompañarnos hoy en el picnic?

—Un momento. —Alicia cerró la puerta y corrió hacia mí—. Él desea saber...

—Lo escuché. Pero me temo que tengo mucho que hacer para prepararme para la cena de mañana.

—¿Está segura que no podrá recorrer al menos una parte? Parece tan melancólico. —Los hombros de Alicia cayeron.

Tragué, evitando las miradas curiosas de Ansuya y Supriya.

—No puedo. Pero dile que intente disfrutar.

Alicia hizo un puchero sutil y regresó a la puerta, abriéndola.

—Me temo que tiene mucho que hacer para la cena de mañana, pero espera que usted lo disfrute.

No hablé, pero supe que todavía estaba allí porque Alicia aún no había cerrado la puerta.

—¿No piensa hablar conmigo, durante el resto de su estancia? —preguntó.

Alicia vaciló.

—No lo sé exactamente.

—Honora —llamó, haciendo que mi estómago se revolviera—. Sé que puedes oírme y, a menos que desees que entre a la fuerza en tu habitación, ¿podrías venir a hablar conmigo?

Resoplé. Sabiendo que no dudaría en cumplir su amenaza, me moví justo detrás de la

puerta.

—Graham, estoy en medio de una prueba de vestido. No hay necesidad de tanto dramatismo.

—Entonces dime, ¿por qué has permanecido escondida en tu habitación desde ayer por la tarde?

Incluso si quisiera, lo cual no era así en nuestra compañía actual, no tenía ningún deseo de continuar esta conversación con una puerta entre nosotros. Miré por el borde.

Cuando Graham me vio, me dedicó una sonrisa de lo más lastimera.

—Es increíble cómo una mirada tuya es como un bálsamo para mi alma cansada.

A pesar de toda razón, una sonrisa apareció en mis labios.

—Otra vez con el dramatismo.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿De verdad no vendrás con nosotros al picnic? Podemos esperarte, si necesitas vestirme.

—Ansuya y Supriya acaban de llegar, y hay mucho que hacer antes de mañana.

Graham se pasó una mano por la mandíbula.

—¿Pero nos acompañarás más tarde?

—Graham...

—No me robes estos dos últimos días. Por favor, Honora. —La desesperación en su voz era demasiado para soportarla, y supe que era inútil rechazarlo.

—Muy bien —dije, más para apaciguarlo que otra cosa.

—Prométeme...

Su mirada expectante no vaciló, provocando que una batalla interna se desatara dentro de mí. Todavía estaba enojada con él por haberme mentido, pero sabía que me arrepentiría de permitir que mi rencor arruinara mis últimos días aquí. Eran mis últimos días con Graham. Dejé escapar un suspiro.

—Prometo que iré más tarde.

Su sonrisa hizo que mi concesión casi valiera la pena.

—Será mejor que me vaya. —Giró y yo me moví para cerrar la puerta, cuando su mano se levantó, impidiendo que se cerrara—. Y no puedo esperar a verte con ese vestido mañana.

Cuando la puerta se cerró, me quedé de espaldas a la habitación, permitiendo que el calor de mi rostro se disipara, antes de enfrentar a las tres mujeres, cuyas miradas me quemaban.

—Bueno, ¿continuamos? —Regresé al tocador, esperando parecer algo serena.

—¿Usted se marcha? —preguntó Ansuya.

—Sí. Abordaré un barco de regreso a la India, el próximo lunes.

—Pero, ¿por qué?

—Es complicado. —Jugué con la tela para distraerme—. Pero es lo mejor para todos nosotros.

La mirada de Ansuya se dirigió a Alicia.

—Sé que probablemente no sea mi lugar, pero ni usted, ni Lord Stanbury parecen ansiosos por su partida.

Di un golpe ausente al aire.

—Me temo que el sentimentalismo se está apoderando de nosotros. Pero con el tiempo, ambos estaremos perfectamente contentos.

—Por lo que he visto, no estoy segura que sea así.

Un ceño fruncido se dibujó en las comisuras de mis labios.

—No pertenezco aquí, Ansuya. Nunca seré vista como una de ellos.

Había tal comprensión en la expresión de Ansuya, que al instante supe que ella estaba mucho más familiarizada con mi situación de lo que yo podía entender.

—Sé muy bien lo que es estar en un lugar donde los demás no creen que pertenezca. Pero eso no significa que acepte sus opiniones como verdad. Yo decido a dónde pertenezco, como debería hacerlo usted. Inglaterra es mi hogar. Quizás también sea el suyo.

Tan pronto como la esperanza se encendió en mi pecho, la apagué. Esto no se trataba de mí. Se trataba de Graham. A pesar de lo enojada que había estado con él, desde ayer, todavía quería su felicidad y la de su familia. Mi innoble nacimiento y mi dinero contaminado solo les traerían la ruina.

—Me probaré el collar ahora —dije, desesperada por dejar el tema atrás, porque no podía permitir que mi resolución se debilitara.

Capítulo cuarenta

GRAHAM

El eterno picnic finalmente había terminado, y, afortunadamente, por el momento, ya había dejado de ser el amable anfitrión y el hermano obediente. Ahora lo único que quería era buscar a Honora.

Su risa musical salió por la puerta abierta del salón, lo que hizo que mi tarea de localizarla fuera fácil. El estallido de color que observé me hizo detenerme. El salón estaba cubierto de telas de colores brillantes y se colocaron almohadas ornamentadas, en casi todos los asientos disponibles. Todos los muebles habían sido apartados y ni uno solo había escapado a la transformación. Pero cuando mis ojos se posaron en Honora cerca de la esquina trasera, todo lo demás se arremolinaba en un caleidoscopio de color con Honora en el centro.

Honora estaba junto a la joven madre del pueblo, Ansuya, aplaudiendo, mientras un hombre mayor hacía una pequeña reverencia. No estaba segura de lo que acababa de lograr, pero el absoluto deleite en el rostro de Honora hizo que su placer fuera evidente.

—¡Eso es maravilloso! —Su voz me envolvió, haciéndome señas hacia ella—. Podrías rivalizar con los mejores malabaristas de Madrás.

Los ojos sonrientes del hombre me vieron y bajaron, lo que hizo que Honora mirara hacia atrás.

—Graham, has regresado. —Para mi alivio, ella sonrió tranquilamente y se dirigió hacia mí—. Te acabas de perder la exhibición de malabarismo más maravillosa.

—¿Vamos a tener malabaristas?

—Solo uno. Nachiketa es uno de los músicos, pero una vez que descubrí sus habilidades de malabarismo, supe que sería una diversión espectacular. Es tan bueno como cualquiera de los famosos malabaristas de Madrás, y tenemos suerte que haya aceptado actuar.

—Estoy ansioso por verlo.

Honora se detuvo delante de mí y me hizo un gesto.

—¿Qué opinas?

Mi mirada recorrió el salón nuevamente, incapaz de ocultar mi sonrisa burlona.

—Es colorido.

Honora arqueó una ceja y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Colorido? ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Ya estás en terreno inestable conmigo.

—No me dejaste terminar.

—Continúa, entonces. —Sus labios se apretaron.

—Es colorido... y creo que es agradable.

Honora me lanzó una mirada poco divertida.

—¿Eso es lo que estabas esperando? ¿No podrías complacerme un poco más de lo que creo que te agrada?

—Complacerte nunca parece llevarme a ninguna parte. —Le guiñé un ojo, arrancándole una sonrisa—. Pero con toda sinceridad, es realmente maravilloso. Ahora, ¿qué quisiste decir con que yo estoy en terreno inestable contigo? ¿He hecho algo más para molestarte?

—No deseo hablar de eso.

—¿Así es?

—Sí. Pero después de pensarlo mucho y de un poco de influencia de Alicia, he decidido no dejar que esto arruine mi penúltima noche aquí.

—Recuérdame agradecerle a Alicia más tarde.

Honora enlazó su brazo con el mío y me guió hacia adelante.

Mientras caminábamos, no pude evitar buscar en mi mente lo que podría haber hecho. No había visto a Honora, desde que nos separamos ayer. Y cuando salió del estudio, parecía de buen humor, considerando todo. ¿Qué podría haber cambiado eso? Me quedé quieto, dándome cuenta de repente de cuál podría haber sido la causa. Mi estómago se retorció.

—Escuchaste mi conversación con mi padre, ¿no?

La mirada de Honora bajó, como si fuera ella quien debería avergonzarse de sus acciones.

—Solo el comienzo...

Me sentí mal al darme cuenta.

—¿Cuando mi padre habló de cómo lo convencí que deberías quedarte en Grandview?

Ella asintió levemente.

Todo había cobrado sentido ahora. No era de extrañar que ella me hubiera estado evitando. Me lo merecía. No, merecía algo mucho peor que el simple silencio por su parte.

—Debería habértelo dicho.

Su mirada se posó en la mía.

—Sí, deberías haberlo hecho. Y, sin embargo, ¿quién soy yo para juzgar? Sé muy bien lo que es actuar por desesperación por algo que te importa.

La miré a los ojos. Había allí una comprensión que no merecía.

—¿Me perdonarás?

Ella levantó juguetonamente los hombros, como si mis malas acciones fueran un asunto trivial.

—Parece que debo hacerlo, si queremos tener alguna posibilidad de una separación adecuada. —Antes que pudiera responder, ella volvió a tirar de mi brazo—. Ahora ven a saludar a Supriya y Ansuya, porque estarán felices de verte. Y te presentaré a Nachiketa y a los demás.

Todavía asombrado por recibir el perdón de Honora, le permití que me acompañara hasta el pequeño grupo de personas que nos observaban. Al saludar a las dos mujeres conocidas, escuché a Honora decir los nombres de los demás con sorprendentemente poca dificultad. Les hice una pequeña reverencia a cada uno, preguntándome si podría recordar sus nombres, si fuera necesario.

—Y los músicos están ahí. —Honora señaló la esquina y fue entonces, cuando vi a tres hombres más sentados en una alfombra con instrumentos de aspecto interesante, rodeándolos.

Levanté una mano hacia el grupo y todos inclinaron la cabeza a cambio. Volví a mirar a Honora.

—¿Hay más por hacer?

—Creo que hemos terminado aquí y planeamos decorar el comedor mañana. —Honora miró a Ansuya, quien asintió con la cabeza en señal de confirmación—. Pero los hombres iban a ensayar algunas de sus canciones y yo tenía muchas ganas de escucharlas. ¿Te importaría acompañarme?

No pude hacer más que asentir, agradecido porque las palabras de perdón, que ella había pronunciado, no fueran meras palabras.

—Absolutamente.

Seguí a Honora y a los demás, quienes tomaron asiento, cada uno sobre una gran alfombra colorida, que habían colocado en el suelo. Yo también me senté.

Honora me envió una sonrisa juguetona.

—No te preocupes. No haré que tus invitados se sienten en el suelo. Mañana la música se reproducirá, mientras la gente conversa, no será como en una actuación.

Antes que pudiera responder, comenzó un sonido de tambor. El ritmo no se parecía a nada que hubiera escuchado antes, y cuando los otros hombres se unieron con su recopilación de instrumentos, simplemente me quedé mirando con asombro.

Honora señaló hacia donde un hombre marcaba el ritmo animado.

—Ese conjunto de tambores de mano es una *tabla*. Y el instrumento de cuerda más pequeño, que está ahí, se llama *sitar* —susurró Honora—. Y fíjate cómo la flauta es más grande de lo que estamos acostumbrados. Está hecha de bambú.

—¿Qué es eso? El de Nach...

—Nachiketa.

—Nachiketa —repetí, mientras mis ojos se fijaban en el gran instrumento de cuerda colocado en el suelo—. ¿Qué instrumento está tocando? El sonido no se parece a nada que haya escuchado.

—Eso es un *tanpura*. Es hermoso, y es evidencia de la vida que Nachiketa había llevado, antes de venir a Inglaterra. —Honora se acercó y, por primera vez desde que me senté, no pude concentrarme en el concierto que teníamos ante nosotros. Su dulce olor por sí solo casi me deshizo, y eso sin mencionar su voz baja y su cálido aliento sobre mi piel—. Nachiketa era un querido sirviente de un capitán de la Compañía Comercial de las Indias Orientales. Al parecer, el capitán quería tanto a Nachiketa, que lo convenció que regresara a Inglaterra con él. Pero cuando el hombre murió, Nachiketa quedó en la indigencia. Lo único que tenía eran sus instrumentos y pasó casi dos años, tocando en las calles por dinero, antes de llegar a Portsmire. Fue allí donde conoció a los demás y lo trajeron como a uno de los suyos.

—Seguramente, el capitán no habría sido tan descuidado con un sirviente valioso.

—Pensaría que no, pero, por desgracia fue así... —Señaló con la barbilla al hombre—. El pobre Nachiketa es evidencia del descuido de los hombres. Es desgarrador escuchar lo que esta buena gente ha tenido que soportar aquí en Inglaterra. Y muchos lo pasan mucho peor que ellos, sobre todo los *lascars*.

Miré los rostros de quienes estaban sentados a nuestro alrededor, sus sonrisas apenas indicaban las dificultades que debieron haber enfrentado.

—No lo sabía.

Honora me miró.

—A menudo no lo sabemos, no hasta que surge una oportunidad que nos permite ver las cosas con mayor claridad. —Ella sonrió tímidamente y luego miró a los músicos, aunque permaneció donde estaba, cerca de mí, tal como yo prefería.

Capítulo cuarenta y uno

HONORA

Mi corazón latía al ritmo de la *tabla*. A pesar de mi mejor juicio, no había corregido mi postura y permanecí inclinada hacia Graham. Su hombro estaba directamente detrás del mío y su mano no estaba lejos de la mía. Yo era demasiado consciente de ello.

El aliento de Graham acarició mi cuello, mientras se inclinaba aún más cerca, enviándome escalofríos.

—¿Crees que podría pertenecer a la India?

Mi mirada voló hacia la suya, nuestros rostros estaban separados por un pequeño movimiento.

—¿Qué quieres decir?

Él dio una pequeña sonrisa.

—Solo que si estás segura que perteneces allí, empiezo a preguntarme si yo también.

Me alejé de él, instantáneamente llamado al arrepentimiento por mi comportamiento egoísta.

—Te necesitan aquí, Graham —susurré—. Tu familia... tu patrimonio... No puedes plantearte tal cosa. —Me puse de pie, atrayendo la mirada de Ansuya, y me dirigí hacia la puerta. ¿Graham realmente había querido decir lo que dijo, o había llegado por capricho, a una especie de pensamiento no procesado? De cualquier manera, esto no nos sirvió de nada, a ninguno de los dos. Él no podía ir a la India y yo no podía quedarme, donde él sería condenado por su relación conmigo.

Casi había llegado a la puerta, cuando su mano agarró mi muñeca, deteniéndome.

—Honora. Perdóname. No debí haber dicho eso. Recuerdo mi promesa.

Se me hizo un nudo en la garganta, como si supiera que no debía decir lo que deseaba decir.

—Una parte de mí desea que pertenezcas allí. —Lentamente giré hacia él, acercándome para que pudiéramos escucharnos por encima de la música. Al menos esa fue la razón que me di para estar tan cerca de él—. Me gustaría que no tuvieras responsabilidades de las que ocuparte: un padre que no confiaría pronto en ti para administrar la propiedad y hermanas que pudieran soportar tu pérdida. —La ceja de Graham se alzó, sus ojos buscaron los míos con tanta intensidad, que estaba segura que él podría vislumbrar la verdad: que quería quedarme—. Pero esa no es nuestra realidad.

Sus hermosos labios se apretaron.

—No puedo ir y tú no puedes quedarte. —Lo afirmó como un hecho, aunque era una pregunta.

—No puedo. —Miré su mano, que se había deslizado sobre la mía. Entrelacé nuestros dedos, tratando de ignorar la sensación familiar y embriagadora—. Estaré siempre agradecida de haber venido a Inglaterra. Y ahora estoy segura que siempre guardará un pedazo de mi corazón.

Soltó una fuerte exhalación, apretando mis dedos entre los suyos.

—Estoy seguro que mi corazón estará con ustedes en la India.

—¿Qué ha pasado aquí? —La nariz de Marie estaba arrugada y su labio curvado permanecía hacia arriba con disgusto, mientras contemplaba el salón decorado con la señorita Shaw a su lado.

Rápidamente, deslicé mi mano lejos de la de Graham, justo cuando la mirada de la señorita Shaw se posó en nosotros.

—Hemos terminado de decorar para la cena de mañana... bueno, aquí lo hemos hecho. Mañana arreglaremos el comedor.

—¿De una forma similar? —Marie miró hacia la esquina trasera—. ¿Y esa es la música que tendremos que sufrir?

Graham se acercó detrás de mí y supe que tenía la intención de corregirla.

—Creo que esto es hermoso —intervino la señorita Shaw, ofreciéndome una sonrisa tímida.

—Bueno, al menos ocurre una sola vez. —Marie no parecía nada contenta con los elogios de su amiga.

Hice una pequeña reverencia.

—Por favor, discúlpenme, les haré saber a nuestros huéspedes que pueden irse.

—¿Huéspedes? —La cabeza de Marie se tambaleó hacia atrás—. ¡Qué cosa más extraña! Considerar así a un grupo de indios.

Me congelé, mi ira oscureció los bordes de mi visión.

—Son invitados aquí en Grandview. —La voz de Graham tenía un tono de cautela—. Y los respetarás como tales.

—¿Por qué siempre debes estar de su lado, Stanbury? —Marie frunció el ceño.

Graham me dio una mirada de disculpa.

—Porque ella siempre tiene razón. —Hizo una pausa y una sonrisa traviesa apareció en su rostro—. Bueno, casi siempre.

Pronto reflejé su expresión.

—La música —dijo la señorita Shaw, atrayendo nuestra atención—. ¿Es la misma que se toca en su lugar de origen, señorita Crauford?

—En parte. —Observé su piel perfecta, sus amables ojos azules y su expresión inocente—. Los cuatro hombres que tocan son de diferentes regiones de la India, por lo que creo que es una recopilación de estilos.

Ella ofreció una sonrisa amable.

—Lord Stanbury me ha contado algunas de sus historias de la India. Suena como un lugar maravilloso.

—Lo es. —Me negué a mirar a Graham.

Ella me consideró un momento.

—¿No encuentras Inglaterra de tu agrado?

—Lo admito, Inglaterra se ha vuelto más querida para mí de lo que jamás hubiera creído posible.

La mirada de la señorita Shaw se dirigió a Graham y había tristeza en su expresión.

—No lo dudo.

Marie se aclaró la garganta ligeramente con los ojos fijos en mí.

—Bueno, ¿vas a decirles a tus invitados que pueden seguir su camino?

Mi cabeza está empezando a palpar por el ataque que mis sentidos habían soportado desde que ella entró en ese salón.

—Sí. Perdóname. —Me retiré algunos pasos, sin duda dispuesta a reunirme con los demás. Al menos cuando regresara a casa, ya no necesitaría sufrir la atención rencorosa de Marie.

Capítulo cuarenta y dos

HONORA

Alicia abrochó con cuidado el collar de esmeraldas, bañado en oro, alrededor de mi cuello.

—¿Está segura que no desea usar el *tikka* también? Es tan hermoso que parecería una princesa extranjera.

—No me sentiría bien usándolo. No soy una novia. —Yo tampoco era india. Por alguna razón, la idea era desalentadora. Quizás por el recordatorio que Graham y yo nunca nos casaríamos, o quizás era porque de repente me pregunté dónde encajaba en este mundo. Inayat siempre había dicho que mi alma no podía decidir adónde pertenecía: a la India o a Inglaterra. ¿Qué pasa si no pertenezco a ninguno de los lugares? Quizás ser hija de un Nabab era lo único que realmente podía justificar.

—Se ve absolutamente impresionante. —El cumplido de Alicia me sacó de mis pensamientos y evalué mi reflejo—. Solo desearía poder ver la expresión del rostro de Lord Stanbury, cuando la vea.

Un ligero golpe en la puerta llamó nuestra atención.

—Quizás tenga la oportunidad.

Alicia me lanzó una sonrisa emocionada y corrió hacia la puerta.

—Buenas noches, Alicia.

—Lady Judith. —Alicia hizo una rápida reverencia.

—He venido para ver si Honora está lista para bajar.

—Ella lo está. —Alicia abrió la puerta de par en par, permitiéndole a Judith verme.

—¡Oh, cielos! Mírate. —Judith se apresuró a entrar—. Y tu vestido... es precioso. —Ella dio vueltas, a mi alrededor, asimilando todo. Sus ojos se elevaron hacia mi collar—. ¡Y qué hermosa pieza de joyería!

—Era de Inayat.

Judith sonrió.

—¡Qué maravilloso que ella pueda participar en la celebración de tu última noche con nosotros!

Parpadeé para contener las lágrimas rebeldes, que amenazaban con manchar mi cutis, justo antes que llegaran los invitados.

—Bueno, como eres la imagen misma de la belleza, me pregunto cuánto tiempo le tomará a Lord Kenton ofrecerse por ti, por segunda vez.

Las mejillas de Judith se sonrojaron.

—Me temo que estoy temblando, ante la mera idea de verlo, aunque estoy tratando de no permitir que mis esperanzas crezcan demasiado. Ha pasado más de un año desde nuestra última reunión. Muchas cosas pueden cambiar, en ese período de tiempo.

—No si es un hombre digno de tus afectos, como crees que es. —Agarré el brazo de Judith y le lancé a Alicia una mirada de despedida—. Compartiré todos los detalles cuando regrese, Alicia.

Ella me sonrió y salimos de la habitación.

—¿Ustedes dos también van a bajar? —La voz angelical de la señorita Shaw flotaba por el pasillo detrás de nosotras.

Nos detuvimos y volteamos hacia ella. Mi corazón se hundió. La propia Afrodita podría palidecer en comparación con la señorita Shaw esta noche: su suave vestido azul complementaba su color casi a la perfección, y sus rizos dorados rebotaban suavemente, mientras se deslizaba hacia nosotros.

—Lo haremos —dijo Judith, sonriendo—. Y eres bienvenida a venir con nosotras.

Solté el brazo de Judith porque no quería que la señorita Shaw se sintiera desagradable.

—¿Qué vestido tan bonito, señorita Shaw!

—Iba a decir lo mismo de ustedes... Bueno, de ustedes dos. —Ella se detuvo delante de nosotros—. Pero nunca he visto un vestido como el suyo, señorita Crauford. ¡Es extraordinario! ¿Hecho en la India?

—No. Ansuya lo hizo.

—¿Ansuya? —Sus cejas se juntaron.

—Una de las mujeres que ayudó con la cena.

La mirada de la señorita Shaw se volvió pensativa.

—¡Oh, sí! Dijiste que ella es de Portsmire, ¿no?

—Lo hice.

La señorita Shaw sonrió.

—¿Crees que podría hacerle un encargo? Tengo muchas ganas de encontrar una modista cualificada cerca de Portsmire. Nuestra local, la señora Nash, no es muy buena.

La miré fijamente, sin estar segura de haberla entendido correctamente.

—¿Quieres que Ansuya te haga un vestido?

—Solo si ella no se opone.

No tenía la más mínima idea de lo que Ansuya pensaría del asunto, pero seguramente no estaría de más preguntar. Quizás incluso resultaría ser una relación útil para ambas. Después de todo, Ansuya había mencionado cuánto había disfrutado la tarea.

—Hablaré con ella mañana por la mañana, antes de partir.

La sonrisa de la señorita Shaw brillaba en el pasillo en penumbra, iluminado por velas.

—Gracias.

Empezamos a avanzar de nuevo, Judith y la señorita Shaw entablaron una conversación tranquila sobre el día ajetreado, que habíamos tenido, ultimando las decoraciones y arreglando las flores para las mesas. En realidad, había resultado bastante agradable, e incluso Marie había estado dispuesta a ayudar, aunque probablemente solo estaba ansiosa por terminar la cena para que yo pudiera seguir mi camino.

Cuando llegamos a las escaleras, me detuve y miré hacia el pasillo vacío detrás de mí. No me haría ningún bien en este momento pensar en lo encariñada que me había vuelto con Grandview y, sin embargo, no podía detenerme.

—Buenas tardes, damas. —La voz de Graham me sacó de mis cavilaciones y di la vuelta hacia él. Ofreció a la señorita Shaw y a Judith una cortés reverencia, antes que sus ojos se posaran en mí. Se detuvo a medio paso y su sonrisa creció hasta iluminar todo su rostro—. El esmeralda fue la elección de color perfecto para ti.

Mi rostro se calentó bajo todos los ojos vigilantes.

La señorita Shaw miró a Judith.

—Le prometí a Marie que la traería, cuando estuviera lista.

La mirada de Judith revoloteó hacia nosotros antes de asentir.

—Te acompañaré.

Continuaron hacia las habitaciones de la familia y me invadió la culpa por no detenerlas,

por permitir que ocurriera un momento privado entre Graham y yo. Pero no estaba segura de cuántas oportunidades más tendría de estar a solas con él, o si tendría alguna otra oportunidad. Me tragué mi mezcla de emociones y me encontré con la mirada inquebrantable de Graham.

—Eres una visión absoluta, Honora. ¿Lo sabes?

Tratando de parecer algo compuesta, sonreí.

—Si tu expresión es un indicador, diría que sería difícil no saberlo.

Me dio una sonrisa diabólica, acercándose hasta quedar justo delante de mí.

—He descubierto que no entiendes la sutileza, así que me veo obligado a mostrar mis sentimientos al máximo.

—Estás haciendo un buen trabajo. —Puse mis manos en sus solapas, alisándolas como si así lo requirieran—. Y tú también te ves bastante apuesto.

—Me alegro que mi horrible apariencia haya crecido en ti desde tu llegada, aunque solo sea por poco.

Me reí.

—Tu familia debería haber reconocido mi farsa, en el momento en que pronuncié esas palabras.

Graham respiró lentamente y sus ojos se pusieron serios.

—¿Puedes creer que es hora que te vayas?

Sacudí la cabeza y bajé las manos.

—Lo hemos pasado bien juntos, ¿no?

—El mejor de los tiempos.

—Extrañaré tus modestas habilidades de actuación y tus excesivos coqueteos.

—Y yo, tus sermones y travesuras ridículas.

Bajé la mirada y mis emociones afloraron a la superficie.

—Espero que sepas que, más que nada, deseo tu felicidad.

Su mano llegó a mi barbilla y levantó mi mirada hacia la suya.

—Y yo la tuya. —No me moví, cuando sus ojos se posaron en mis labios, su pulgar recorrió mi mandíbula y descendió lentamente por mi cuello. La sensación fue vigorizante y tortuosa. Sabía que debía alejarme y, aún así, me incliné más cerca, sin ningún pensamiento lógico. Mis labios se abrieron con anticipación.

Se inclinó, sus labios rozaron los míos, cuando se calmó y se alejó. Bajó la mano.

—Tengo una promesa que cumplir.

Cuando se alejó, el vacío que dejó era insoportable.

—¿No se puede ofrecer un beso también como señal de despedida... otorgado para conmemorar el afecto entre dos personas, que han llegado a preocuparse profundamente el uno por la otra?

Miró de un lado a otro entre mis ojos, obviamente tan sorprendido como yo por la audacia de mi pregunta.

—No deseo causarte más dolor, Nora.

Me acerqué un paso más, cerrando el terrible espacio entre nosotros.

—El dolor vendrá de todos modos. Y en este punto, espero sentirlo inmensamente.

Sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba, ante el recordatorio de sus propias palabras, aunque era una sonrisa triste.

Mi cuello se estiró hacia arriba.

—Además, dudo que un simple beso pueda causar mucho más dolor.

Bajó la cara, apoyando su frente contra la mía.

—Quizás tus expectativas sean demasiado bajas.

—Parece que solo hay una manera de averiguarlo. —Solté una risa aireada.

Mis sentidos se intensificaron y todo mi cuerpo se puso alerta, cuando Graham deslizó su mano por mi cintura, colocándola en mi espalda baja. Luego me atrajo lentamente hacia él, deteniéndose justo, antes que nuestros labios se tocaran.

Cerré los ojos, mi pecho subía y bajaba con cada respiración acelerada que compartíamos. El calor de su otra mano se posó en mi nuca y nuevamente me llevó hacia adentro hasta que la suavidad de sus labios se posó contra los míos. La sensación envió una ola de deseo, a través de mí, un anhelo de intensificar sus movimientos suaves y controlados. Entonces, la verdad de lo equivocado que había estado casi me abrumó: este beso no solo aumentaría mi dolor, sino que su recuerdo intensificaría mi dolor inminente... diez veces.

Y todo esto valió la pena.

Capítulo cuarenta y tres

HONORA

Me alejé de Graham y la pareja con la que conversaba, esperando que los próximos invitados no desviarán su atención de mí tan fácilmente, en una muestra tan descarada de superioridad. La mirada de la matrona anterior no se había encontrado con la mía ni una sola vez durante la conversación, y aunque probablemente los caballeros no lo notaron, sentí su desprecio, en cada momento que pasaba. Y, sin embargo, estaba decidida a hacer todo lo posible para dejar a los invitados de los Whitworth una impresión favorable de mí y de la cena. Era una de las últimas cosas que podía ofrecer, como recompensa por lo que habían hecho.

—Ya conoces a nuestro próximo invitado —dijo Judith, guiando a la señora Breckon y a un caballero, que supuse que era su marido, hacia mí.

Hice una pequeña reverencia y de repente deseé volver a la otra conversación, en la que no había necesidad de hablar con una mujer que había sido testigo de mi farsa.

—Señora Breckon. ¡Qué bueno es volver a verla!

La señora Breckon no pareció sorprendida en lo más mínimo al escuchar el tono normal de mi voz, y supuse que el señor Swinton había encontrado la oportunidad de contarle todo lo que había ocurrido. La idea fue un gran alivio.

—Me gustaría presentarle a mi esposo, el señor Breckon... Querido, ella es la señorita Crauford.

Los ojos del hombre brillaron.

—He oído mucho sobre usted la semana pasada, además de la intromisión de mi esposa en sus asuntos.

Una sonrisa genuina apareció en mis labios y la tensión en mi cuerpo se relajó un poco.

—Permítanme asegurarles a ambos que estoy totalmente agradecida por su intromisión, al igual que el señor Swinton.

Le envió a su marido una mirada de autocomplacencia, antes de mirar alrededor del vestíbulo de entrada.

—¿Está su abuelo aquí?

—No. No volverá hasta mañana. Tiene algunas cosas que hacer, antes de nuestra partida a la India.

La señora Breckon se acercó, como si no me hubiera oído correctamente.

—¿El señor Swinton tiene intención de ir a la India con usted?

—¿Cómo podría resistirse? —Graham apareció a mi lado, aparentemente habiendo terminado su conversación con los invitados anteriores.

—¡Ah! Lord Stanbury. Es tan bueno verlo. —El señor Breckon le tendió la mano a Graham para que se la estrechara—. Ha pasado demasiado tiempo.

—Es así... Pero nos alegra ver tantas caras conocidas esta noche. —La facilidad de trato de Graham con todos los invitados fue impresionante y confirmó mi decisión de manera más sólida. Esta era la vida que le impediría, si me quedaba.

—¿Lord y Lady Morton? —preguntó, mirando detrás de nosotros—. No me había dado cuenta que ya habían regresado de la ciudad.

—Querida... ¿Cuándo es que se va? —Me preguntó la señora Breckon, mientras los

hombres continuaban su conversación.

—El lunes por la mañana. El señor Swinton nos ha conseguido pasaje en un barco mercante.

—¿Y también tiene la intención de quedarse en Madrás... cuando regrese su padre?

—No estoy segura todavía, pero espero que él y papá puedan reconciliar sus diferencias. Me gustaría mucho que el señor Swinton fuera parte de mi vida.

La señora Breckon apoyó una mano sobre la mía.

—Es el mejor de los hombres, señorita Crauford. Sé que ha pasado mucho de lo que él se arrepiente, al igual que su dulce abuela, que en paz descanse, pero puedo prometer que ambos han sufrido mucho por eso.

—Creo que tiene razón y estoy ansiosa por sanar la pérdida que ambos sufrimos.

—¡Qué alegría trae esto a mi corazón! —La señora Breckon me dio una palmadita en la mano y miró hacia atrás—. Les dejaremos continuar con las presentaciones, y no simplemente porque estoy ansiosa por saber de dónde viene esa música encantadora.

Hice un gesto hacia el salón y ella agarró a su marido del brazo.

—Querido, creo que nuestros anfitriones deben seguir dando la bienvenida a los invitados.

La mirada de Graham se desvió por la puerta abierta, donde Lord Denhurst y Judith centraron su atención en una mujer que descendía de un carruaje.

—No se apresuren por nosotros, aunque en el salón se sirve la limonada más divina.

—Eso suena delicioso —dijo el señor Breckon.

—Es una variedad india a la que se le han añadido algunas especias y hojas de menta — dije, sintiendo la necesidad de advertirles, que no se parecía en nada a la versión aguada de limonada que probablemente conocían—. Es un poco más fuerte y un poco más ácida de lo que quizás estén acostumbrados, pero espero que ambos la disfruten.

—Estoy seguro que lo haremos. —La señora Breckon asintió al despedirse y el señor Breckon la siguió.

Los observé, esperando vislumbrar su reacción, cuando miraron por primera vez al salón. La señora Breckon se detuvo en el umbral, su mirada se volvió hacia su marido y una sonrisa emocionada marcó sus labios.

Graham se acercó.

—Eres natural, Honora.

Mi atención volvió a Graham, sin querer explicarle cómo me sentía realmente. Me iría mañana. No había necesidad de hablar de los innumerables (aunque sutiles) desaires que ya había sufrido.

—Tú eres el natural. Simplemente me alegro de no tener que desempeñar el rol de una heredera mimada y completamente ridícula.

—Eso es comprensible. Aunque debo decir que estaba esperando con ansias el espectáculo.

Le sonreí.

—No te creo ni por un momento. No por lo irritado que estabas, cuando te conté mi plan por primera vez.

—El señor Swinton mencionó que habías planeado poner fin a la farsa, incluso antes que te obligaran a presentarte. —Su expresión se suavizó.

—Resulta que tengo límites en cuanto a lo que estoy dispuesta a hacer para llegar a casa.

—¿Límites? ¿En plural? —La sonrisa de Graham era demasiado entrañable para mi bien—. Quizás estarías dispuesta a compartir los otros límites conmigo. No es que tenga la intención de utilizar la información para mal, eso sí.

Chasqueé.

—El pasado es un buen indicador de adónde nos llevan tus intenciones.

Él se rió entre dientes.

El murmullo de voces se escuchó a través de las puertas abiertas del salón, y miré detrás de nosotros hacia donde ahora estaban reunidos la mayoría de los invitados. Una pesadez se apoderó de mí.

—¿Crees que fue un error de mi parte quedarme en el grupo? —No había podido alejar la sensación de pavor, que había sentido durante todo el día. Había pensado que eran los nervios por conocer a los familiares e invitados de Graham, pero ahora que las presentaciones casi habían terminado, me di cuenta que esa no había sido la causa—. No puedo evitar pensar que debería haberme puesto en camino en el momento en que me enteré de la llegada de papá.

—¿Antes que regresara el señor Swinton?

—No dije que fuera un pensamiento lógico.

Graham se acercó más.

—Estoy seguro que el señor Vincent ha logrado contactar a tu padre. No hay necesidad de preocuparse.

Me froté los brazos con las manos y me di cuenta del frío que sentía al estar cerca de la puerta abierta.

—No puedo evitar la sensación que él logrará llegar, antes que yo me vaya.

—Y sin embargo, aquí estoy yo, deseando que lo hiciera.

—¿Y romper otra promesa que me hiciste? Yo creo que no. —Empujé mi hombro hacia Graham.

—Solo espero que tu padre sea tan dictador como tú lo retratas, eliminando así cualquier necesidad que yo cumpla la promesa.

Mi mirada se posó en sus labios sonrientes, y el recuerdo de su beso envió calor pulsando a través de mí. Bajé la mirada, sin tener intención de permitirle a Graham presenciar lo afectada que estaba por el mero pensamiento de sus labios contra los míos.

—Señorita Crauford. —El acercamiento de Judith obligó a levantar mi atención, a pesar del color que todavía se acumulaba en mis mejillas—. Me gustaría que conocieras a Lady Clement... Lady Clement, esta es la señorita Honora Crauford.

Lord Denhurst acompañó a esa mujer elegante hacia nosotros, su cuello alargado lucía acentuado por el alto ángulo en el que sostenía su barbilla. Hice una reverencia.

—Es un placer conocerla, Lady Clement.

Sus labios se curvaron hacia arriba, pero ella no respondió. En cambio, centró su atención en Graham.

—No podía dejar pasar la oportunidad de viajar desde Londres para ver si la noticia era cierta.

—¿Y qué noticia es esa? —preguntó Graham, poniéndose más alto.

—Que la hija de un Nabab ha llegado a Grandview. —Hizo una pausa y su mirada se posó en mí con disgusto—. Y te horrorizaría saber lo que dice la gente sobre su llegada.

Parpadeé. ¿Cómo, en nombre del Cielo, había llegado ya a Londres la noticia de mi presencia, y mucho menos del motivo de mi venida?

—La señorita Crauford vino de visita y regresará a la India el lunes. —Lord Denhurst se aclaró la garganta.

La ceja de Lady Clement se alzó, lo que provocó que su piel recién arrugada se profundizara en los pliegues.

—¿Es así?

—Desafortunadamente lo es. —Graham dijo, antes que yo pudiera responder.

—En ese caso, es un placer conocerla, señorita Crauford. —Ella inclinó su barbilla hacia mí, aunque desvió la mirada, antes de que fuera necesaria una respuesta de mi parte—. Ese no resultará un viaje tan agotador como había pensado.

Lord Denhurst tuvo la decencia de parecer desconcertado.

—¿La acompaño al salón? Creo que casi todos los invitados han llegado.

—Espero que tenga un refrigerio satisfactorio. Estoy bastante sedienta, después de un viaje así. —Los labios de Lady Clement formaron una línea recta.

Graham señaló hacia el salón.

—La limonada es deliciosa, aunque espero que no sea demasiado dulce para tu gusto.

Sus ojos se entrecerraron hacia Graham, pero Lord Denhurst la hizo avanzar.

—De hecho, a mí también me pareció un poco amarga. Aunque tiene un sabor singularmente agradable.

—No dejes que te moleste —me susurró Judith, cuando la mujer ya no estaba lo suficientemente cerca para escucharnos—. Ella siempre es así.

—¿Y sin embargo deseabas que la invitara?

Los hermanos compartieron una mirada vacilante.

—No tenemos otra opción con algunas invitaciones —dijo Graham—. Lady Clement es la hermana de nuestro padre.

Miré hacia atrás. Su esbelta figura permanecía rígida en el umbral del salón junto a Lord Denhurst, como si no quisiera aventurarse a entrar.

—¿Esa mujer es tu tía?

—Tía Liliás. —Graham pronunció su nombre, como si le resultara amargo en la lengua.

Aparté mi mirada de ella.

—De repente, me siento afortunada que esta cena no fuera para anunciar nuestro compromiso. —Las miradas escrutadoras y los saludos poco sinceros que había recibido, durante las presentaciones, habían disminuido en severidad, en el momento en que Lord Denhurst anunció mi inminente regreso a la India, una tarea que me había asignado a mí misma, y que se aseguró que no quedara en el camino. Para muchos, pasé de ser una amenaza a una exhibición algo interesante en un instante. Sin embargo, la mirada gélida de Lady Clement no cedió, cuando descubrió la noticia. Y su aparente desaprobación me había helado hasta los huesos.

Los ojos de Judith se movieron hacia afuera, donde un carruaje acababa de detenerse, y una hermosa sonrisa iluminó su rostro.

—Lord Kenton ha llegado.

La mirada de Graham voló hacia la puerta, cuando Judith nos dejó para darle la bienvenida.

—¿Qué está haciendo él aquí?

—Fue invitado.

Graham analizó mi expresión de complicidad.

—¿Tengo que agradecerte por extenderle una invitación a ese réprobo? Seguramente, no lo incluí en la lista.

—Si lo haces... Eso no será nada.

—¿Sabes que por esto no soy sincero en mi gratitud? —Bajó la ceja.

—Muy consciente. Aunque supongo que una vez que te des cuenta de lo descabellado que estás siendo, me lo agradecerás sinceramente.

—¿Descabellado? —Graham se burló—. Lord Kenton rechazó a mi hermana, cuando ella

más lo necesitaba, después de la pérdida de mi madre y de lo que pensábamos que era la pérdida de su dote. Ella lloró durante semanas y estuvo de mal humor aún más.

—Y sin embargo, no se ha casado desde que terminó su compromiso. Seguramente eso dice algo sobre su devoción por ella. Quizás también estaba obligado a actuar según las órdenes de su padre.

—O tal vez nadie lo aceptó —refunfuñó.

Lo hice callar.

—Aquí vienen. ¡Ten tu mejor comportamiento!

Judith condujo a un vacilante Lord Kenton hacia nosotros, con su mirada implorante fija en Graham.

—Stanbury, ¿recuerdas a Lord Kenton?

Los hombros de Graham se echaron hacia atrás y se enderezó en toda su altura.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

Lord Kenton hizo una cautelosa reverencia.

—Es bueno verlo de nuevo, Lord Stanbury.

Envolví mi brazo alrededor del de Graham y le di un apretón de advertencia.

Afortunadamente, Graham asintió, mordiendo la lengua.

Judith volteó hacia mí.

—Lord Kenton, me gustaría presentarle a nuestra invitada de honor y mi querida amiga, la señorita Crauford.

Lord Kenton hizo una reverencia y yo también hice una reverencia.

—Es un placer conocerlo, Lord Kenton.

—El placer es mío —dijo Lord Kenton, ofreciendo una sonrisa encantadora. Contrariamente a la alegación de Graham, un rostro tan hermoso, además del título que tuviera, debía haber sido la esperanza de muchas aspirantes a damas, y él me agradaba aún más sabiendo que su apego a Judith debía ser sincero.

—Lord Kenton. —Lord Denhurst se acercó detrás de nosotros con una expresión de perplejidad en su rostro—. No me di cuenta que estaría presente.

Lord Kenton se movió nerviosamente y Judith le rodeó el brazo.

—Espero que sea una sorpresa agradable —dijo.

La mirada de Lord Denhurst se fijó en la expresión implorante de Judith.

—Sí. Por supuesto.

—Gracias, padre. —El deleite de Judith era evidente.

Lord Denhurst me hizo un gesto.

—¿Y supongo que conoces a nuestra invitada de honor?

—Sí... —Lord Kenton me envió otra sonrisa.

—Ha venido de visita y regresará a la India el lunes —dijo, tal como lo había hecho con los demás invitados.

—Es un gran viaje para una visita tan corta. —Los ojos de Lord Kenton se abrieron como platos.

—Valió la pena —dije, forzando una sonrisa en mis labios, mientras la mano de Graham se posaba sobre la mía.

Capítulo cuarenta y cuatro

GRAHAM

Teniendo en cuenta la constante multitud de invitados que habían clamado por Honora toda la noche, como si fuera una especie de novedad, apenas había pasado un momento en su compañía, después de las presentaciones. Para mi disgusto, habían colocado a Honora en el asiento de honor junto a mi padre, al otro extremo de la mesa. Y aunque la cena había sido un éxito rotundo (la mayor parte de la comida fue devorada y los invitados estaban tan entusiasmados con Honora como con el tema), maldije a todo el asunto por alejarme de ella. Esta fue nuestra última noche, juntos, y los recordatorios siempre constantes me impidieron disfrutar de ello.

Desesperado por encontrar una excusa para buscar a Honora, tomé una limonada para llevarla como ofrenda.

—¡Qué velada tan sorprendentemente encantadora ha sido esta! —Mi padre se acercó a mí, en la mesa de los refrigerios, y sus palabras fueron una completa e inesperada contradicción con mis propios sentimientos. Me dio una fuerte palmada en la espalda que casi hizo que el líquido se saliera de la taza que sostenía—. Hace un momento, Lord Morton dijo que esta es la mejor cena a la que él y Lady Morton han asistido este año. Y no lo dudo. ¡Esa comida estaba deliciosa!

Lo analicé, intentando descubrir la razón detrás de su inusual exuberancia. ¿Simplemente, había tomado más vino del que le correspondía, en la cena, o realmente se estaba divirtiendo? ¿Disfrutaba de estar rodeado de otras personas por primera vez en demasiado tiempo? Fuera lo que fuese, era bueno verlo.

—No es que me gustaría comerlo todos los días, pero disfruté especialmente el curry de color amarillo con patatas. —Mi padre hizo una pausa y su mirada se volvió pensativa—. ¡Ah! Y esos deliciosos postres redondos que se sirvieron al final. ¿Cómo los llamó la señorita Crauford?

—Creo que ella los llamó *gulab jamun*.

—Sí. —Hizo una pausa como si fuera a intentar decirlo—. Esos... El ligero toque de rosa en ellos es extrañamente satisfactorio. Y no fui el único que lo pensó. Varios otros insinuaron que intentarían obtener la receta de la cocinera.

—¿Seguramente, les dijiste a los que preguntaron que nuestra cocinera no preparó la comida?

—No. No sentí la necesidad de preocupar a nuestros invitados con explicaciones sobre quién la preparó. Creo que su interés es simplemente una forma de hacer sus cumplidos.

La indignación me atravesó.

—La cocinera no debería recibir crédito por una comida que no preparó.

—De hecho —dijo mi padre distraídamente, mirando alrededor de la habitación, observando los rostros de satisfacción de nuestros parientes y compañeros, y sonriendo—. Parece que he subestimado una vez más el interés de la gente por lo exótico.

—¿Por qué la gente tiende a desear lo exótico? —Tía Lillas se puso a mi otro lado, y su mirada gélida me atravesó—. Debo admitir que nunca he entendido la fascinación.

—Le permite a uno ver las cosas desde una perspectiva diferente a la que están acostumbrados. —Sostuve su mirada.

Una sonrisa dura apareció en sus labios.

—Supongo que hay algo de verdad en eso, aunque encuentro que la alta sociedad acepta un poco más a un extraño, cuando esa persona no está invadiendo lo que no le pertenece. ¡Así es! —Movi6 la nariz en direcci6n a la que estaba Honora—. La se1orita Crauford parece ser la favorita, en este momento, porque los invitados saben que pronto se ir6. Y una vez que ella se haya ido, ser6 olvidada. La obsesi6n por lo ex6tico tiende a desvanecerse r6pidamente.

—Hablando de eso —levant6 la limonada, incapaz de permanecer un momento m6s en compa1a de mi t1a, cuando pod1a estar con Honora—. Creo que mi obsesi6n ex6tica requiere un refrigerio. —Ignorando el grito exasperado de la t1a Lillas, fij6 mi mirada en la expresi6n animada de Honora, quien hablaba con un peque1o grupo de personas y, aunque no pude o1rla, las expresiones de asombro de quienes la rodeaban me hicieron preguntarme, si estaba compartiendo su experiencia con la cobra. O tal vez les cont6 una historia, que yo a1n no hab1a o1do. La idea me provoc6 una oleada de envidia y aceler6 el paso.

—Stanbury. —Marie se interpuso en mi camino, arrastrando a la se1orita Shaw con ella—. La se1orita Shaw y yo necesitamos desesperadamente divertirnos.

Me tom6 toda la paciencia que pude reunir para no simplemente pasar por alto a ambas.

—Probablemente, podr1an escabullirse, si est6n demasiado aburridas. Dudo que a mi padre le importe, incluso si viniera a descubrirlas.

La mirada de Marie se dirigi6 a la limonada que ten1a en la mano.

—¿Eso est6 destinado a la se1orita Shaw?

Mir6 el cristal para ocultar mi creciente impaciencia con Marie y su tediosa intromisi6n. Pero sabiendo que no hab1a otra respuesta apropiada, levant6 la bebida.

—Si ella lo desea.

Las mejillas de la se1orita Shaw ard1an, cuando levant6 la mirada, y me sent1 muy mal porque con demasiada frecuencia estaba atrapado en el fuego cruzado. De mala gana, ella cogi6 la limonada.

—Gracias.

Marie ten1a una mirada de satisfacci6n.

—Ir6 a buscar un refrigerio para m1. Disc1lpenme.

Los dos nos quedamos all1, rodeados por la cacofon1a del ajetreado sal6n.

—¿Te est6s divirtiendo esta noche? —pregunt6, resignado a la situaci6n y a la frustraci6n de estar alejado de mi objetivo.

—Mucho, gracias. —Tom6 un sorbo de su bebida, lo que me dio la oportunidad de mirar a Honora, o al lugar donde Honora acababa de estar, pero ya no se encontraba all1. Detuve mi b1squeda, cuando sent1 los ojos de la se1orita Shaw sobre m1 nuevamente—. ¿Y te est6s divirtiendo, milord?

—En la mayor parte. Gracias.

—Lord Stanbury, ¿puedo hablar con valent1a? —suspir6 la se1orita Shaw.

Una repentina necesidad de huir me abrum6 y cambi6 mi peso para compensarla.

—Si lo deseas.

—Me trajeron aqu1 con la impresi6n que te hab1an obligado a aceptar un compromiso que no quer1as. Considerando que validaba lo que yo misma hab1a visto, no me sent1 mal al aceptar la invitaci6n de tu hermana con la esperanza que pudieras encontrarme como una pareja m6s adecuada. Y luego, para mi gran sorpresa, cuando llegu6, me dijeron que el compromiso hab1a sido roto.

Di un trago fuerte, mi garganta estaba seca bajo mi cobarde y apretada corbata.

Ella lade6 la cabeza y sus ojos azules me consideraron.

—Lo que no puedo entender es por qué permitirías que terminara el compromiso, cuando es evidente que no quieres que así sea.

Me enderecé, sorprendido por la dirección que acababa de tomar la conversación.

—¿Es tan obvio?

La señorita Shaw soltó una carcajada.

—Desde mi llegada no has hablado más que de la señorita Crauford. Y la forma en que la miras... —Su sonrojo volvió a aumentar—. Puedo ver cuánto te preocupas por ella. —Hizo una pausa—. Y ella es solo un poco mejor a la hora de ocultar sus sentimientos por ti.

Sonreí ante su revelación.

—¿Crees que Honora lo oculta mejor que yo?

—Teniendo en cuenta que no lo ocultas mucho, creo que la respuesta es evidente. Aunque es obvio que ella también te ama.

—¿Crees que ella me ama? —Mis palabras fueron casi inaudibles.

—Sin duda.

Mi corazón casi saltó de mi pecho, antes de caer de nuevo, reanudando el doloroso latido al que me había acostumbrado.

—Pero, ¿qué hago? Ella se marcha mañana.

—Debes decirle cómo te sientes. Dile que quieres que se quede.

—Haré... bueno, no directamente... sino de todas las formas indirectas posibles —dudé—. Verás, le he prometido que no obstaculizaría su regreso a casa. No puedo romper esa promesa.

—Y, sin embargo, si no lo haces, es posible que la pierdas para siempre.

La verdad de sus palabras me impactó con tanta fuerza que me vació los pulmones tan fácilmente, como una caída de mi caballo. Tenía que hacer algo esta noche. Si no Honora abordaría un barco y nunca la volvería a ver. Levanté la mirada.

—Gracias, señorita Shaw —dudé nuevamente—. Y lamento que Marie te haya hecho creer...

Ella agitó una mano para detenerme.

—No... Habría venido de todos modos. Hace tiempo que anhelo ampliar mi amistad con Lady Marie, así que estoy agradecida de haber tenido finalmente la oportunidad.

—Ahí estás, Graham. —Honora se acercó a mí con una limonada en la mano.

Mi corazón se aceleró.

—Nora.

—¿Sí?

No pude encontrar nada más que decir y me quedé allí sin sentido.

Honora me examinó, pareciendo en parte perpleja y también divertida por mi incómodo saludo. Aparentemente, incapaz de descifrar el motivo de mi extraño comportamiento, se enfrentó a la señorita Shaw:

—¿Lo estás disfrutando?

La señorita Shaw reprimió una sonrisa risueña.

—Mucho. Y de los invitados solo he oído comentarios muy amables sobre cómo ha resultado todo.

—Aprecio que hayas dicho eso. —Honora le devolvió la sonrisa—. Si estás interesada, el malabarista comenzará en un momento. Será lo más destacado de toda la noche.

La mirada de la señorita Shaw se posó en mí.

—Si me disculpas. Entonces, buscaré a Lady Marie para hacérselo saber.

La mirada de Honora siguió a la señorita Shaw.

—¿De qué estaban hablando ustedes dos con tanta concentración?

—De mucho...

—¿Eso es todo lo que me dirás? —Su fuerte mirada se dirigió hacia mí.

—Planeo decírtelo más tarde.

Honora me evaluó.

—¿No deseas simplemente informarme ahora y terminar con esto?

Una parte de mí lo quería hacer. Pero ahora no era el momento. La visitaría esta noche para poder tener nuestra conversación en privado. Donde podría convencerla que se quedara. La mera idea de intentar tal tarea me emocionaba y aterrorizaba al mismo tiempo, pero con la seguridad de la señorita Shaw del amor correspondido de Honora, así como el recuerdo del beso que Honora y yo habíamos compartido, y que aún ardía en mis labios, me sentía optimista.

—No... Disfruto demasiado burlándome de ti.

—¿Por qué no me sorprende escuchar eso? —La mirada de Honora se movió por encima de mi hombro y sonrió—. Los dos apenas se han separado en toda la noche.

Seguí su línea de visión hasta donde Judith y Lord Kenton hablaban con las cabezas inclinadas, demasiado cerca el uno de la otra.

—Sí. Creo que ya están circulando rumores sobre el propósito de una exhibición tan descarada.

—Bueno...

Mi atención volvió a Honora.

—¿Cómo es que eso es bueno?

Honora tomó otro sorbo de su bebida y su rostro resplandeció a la luz de las velas.

—Todos quedarán satisfechos con sus suposiciones, porque no creo que pase mucho tiempo, antes que Lord Kenton se ofrezca nuevamente a buscar a tu hermana.

—La verdad es que me sorprendería que no se aprovechara de la situación en el momento en que le informen que la dote no ha sido robada.

Honora cruzó los brazos sobre el pecho, y supe que estaba a punto de recibir una merecida charla.

—Tu hermana es una dama muy inteligente. Puede que a veces sea demasiado amable, pero no creo que sea capaz de juzgar mal por eso. Ella obviamente está enamorada del hombre. Y tan pronto como esté lista, ella agradecería tu apoyo.

¿Por qué nunca podría negarle nada a Honora?

—Lo consideraré.

Ella me miró fijamente.

Solté una exhalación exagerada.

—Muy bien, ayudaré a Judith a asegurar al réprobo.

—¡Qué noble de tu parte! —El rostro de Honora se iluminó—. ¡Oh! Mira, aquí viene Nachiketa. —Ella me agarró del antebrazo y miró a su alrededor—. ¿A dónde se fue tu padre?

—¿Mi padre?

Honora buscó entre la multitud.

—¡Oh, ahí está! —Ella lo saludó con la mano y él asintió como si entendiera lo que quería decir—. Le pedí que anunciara el entretenimiento y está de tan buen humor que aceptó de buen grado.

—¡Si pudiera tener su atención! —La voz de mi padre resonó en el salón, atrayendo las miradas de la mayoría y provocando que la música se detuviera—. Hemos organizado una última diversión para ustedes, antes que la velada llegue a su fin. Si se reunieran todos alrededor de los

bordes, sería apreciado.

Sonaron voces silenciosas y expresiones ansiosas miraron a su alrededor, mientras la multitud seguía las instrucciones de mi padre.

—Pueden reunirse en algunos... —Mi padre les indicó que estrecharan los círculos que habían formado—. Allá... Creo que estamos listos, señorita Crauford.

Honora le dedicó a Nachiketa una sonrisa incitante y él entró en el círculo. Ella soltó mi brazo y se unió a él.

—Madrás, el lugar de la India donde he vivido la mayor parte de mi vida, es famoso por muchas cosas, pero rara vez he conocido a una persona que lo supiera y no haya oído hablar de nuestros famosos malabaristas. Nachiketa es el mejor malabarista, que he visto jamás, y ha accedido muy amablemente a actuar para nosotros.

—Necesito una persona. —Él levantó un dedo.

—¡Oh! Sí. Bien. ¿Alguien quisiera ser voluntario? —Honora arqueó las cejas

—Hazlo tú —dije, provocando que un hermoso sonrojo se formara en las mejillas de Honora.

—No desearía quitarle la oportunidad a otra persona. —Miró a su alrededor, pero nadie dio un paso adelante—. Muy bien. ¿Qué debo hacer, Nachiketa?

Él vació una pequeña bolsa que había dejado en el suelo delante de él y le entregó a Honora varias pelotas.

—Cuando te lo diga, lanza una al aire.

—Suficientemente fácil.

Tomó tres en sus propias manos y empezó a hacer malabarismos.

—Ahora —llamó y Honora le arrojó una que él incorporó fácilmente para deleite de la multitud.

—Ahora —dijo de nuevo. Cinco veces le pidió que hiciera esto y la multitud aplaudió y cada uno de ellas se agregó con éxito.

Nachiketa mantuvo una intensa concentración en las bolas giratorias.

—Te las devolveré ahora.

—No estoy segura de poder atrapar ninguna, Nachiketa. —El sonido de la risa de Honora era melódico.

—Ahora —dijo, lanzando una al aire. Sin dudarle un momento, ella la atrapó y la colocó en el suelo, lista para el siguiente. Los aplausos sonaron cada vez que logró atrapar otra hasta que Nachiketa le lanzó su última pelota. Le hizo un gesto a Honora y ella le hizo una reverencia, antes de volverse hacia él, quien hizo una reverencia similar.

—¿Eso es todo lo que necesitas, Nachiketa?

Él asintió y ella volvió a ocupar con entusiasmo su lugar, a mi lado, mientras él continuaba con su siguiente demostración de malabarismo.

Me incliné cerca de ella.

—Estuviste absolutamente encantadora. Y claramente no soy el único que piensa eso. —Miré a mi alrededor a todas las caras sonrientes—. Ellos te adoran.

Su atención permaneció en Nachiketa.

—Eso es porque me voy. —Apenas podía oírla por los gritos de asombro que sonaban a nuestro alrededor, mientras continuaba el acto de malabarismo—. Les puedo asegurar que esta noche habría sido muy diferente, si se hubieran dado cuenta de mi propósito al estar aquí.

La advertencia de tía Liliás dio vueltas en mi mente, burlándose de mí.

—No lo saben.

Su mirada se dirigió hacia mí.

—¡Oh! Pero lo sé. Pude verlo en sus ojos. Han soportado mi presencia con paciencia, incluso algunos se han deleitado con ella, porque yo no era una amenaza sino un espectáculo digno de contemplar. Una invitada de honor que pronto estará de camino a casa, lejos de aquí y lejos de ti.

—Bueno, si esa es la verdad, no me importa lo que piensen.

—Por eso debo hacerlo —suspiró y luego volvió a mirar a Nachiketa.

El aplauso final desvió mi atención de Honora. Nachiketa juntó las palmas de las manos a la altura del pecho, e hizo una pequeña reverencia, antes de reunirse con sus compañeros músicos, en el rincón más alejado de la habitación.

—¡Qué manera de terminar la noche! —Mi padre dio un paso adelante, todavía aplaudiendo. Hizo una pausa, mirando los rostros de nuestros invitados—. Les agradecemos por venir esta noche. Ha pasado demasiado tiempo desde que organizamos algo aquí, en Grandview, y es bueno saber que, a pesar de nuestra negligencia, tenemos tantos amigos y familiares leales.

Varias personas asintieron, en señal de comprensión.

Mi padre se aclaró la garganta.

—Y esa es una razón para celebrar. —Hizo un gesto a Honora—. Eso y el honor que hemos tenido de la visita de la señorita Crauford estas últimas semanas. Le deseamos un regreso seguro a su amada India.

La multitud aplaudió por segunda vez y Honora, cuyo rostro había adquirido un hermoso tono rosado, hizo una pequeña reverencia. Sus ojos recorrieron a los asistentes y ellos le devolvieron una sonrisa. Entonces, de repente, se quedó quieta. La sonrisa de sus labios y el color de su rostro desaparecieron.

Seguí su mirada hasta un hombre desconocido, cuya figura intimidante estaba cerca de la puerta. Su mirada estaba fija en Honora con tal intensidad que pensé en protegerla de ella.

—¿Quién es ese? —pregunté, pero ya sabía la respuesta.

—¡Papá! —Su respiración se estremeció.

Capítulo cuarenta y cinco

HONORA

Mis piernas se volvieron inestables debajo de mí. Extendí la mano hacia Graham y su brazo ya estaba allí para estabilizarme. Incluso desde donde estaba, podía ver el tic en el cuello de papá con su mandíbula apretada y su cara empezando a enrojecer. No había duda que había oído a Lord Denhurst anunciar mi partida, y darme cuenta de eso me hizo sentir, como si pudiera enfermarme allí mismo, delante de todos.

—Debemos ir a hablar con él —susurró Graham.

Logré asentir, o al menos eso pensé, y le permití que me guiara hacia adelante. El salón se había quedado en silencio, y pude sentir las miradas curiosas que nos seguían hasta donde estaba mi padre con los puños apretados a los costados.

—Papá... —dije, incapaz de evitar que mi voz temblara—. No te esperábamos tan pronto.

—Parece que no —gruñó, manteniendo su mirada fija en mí.

Graham dio un paso adelante, como si intentara protegerme de mi padre.

—¿Buscamos algún lugar, donde podamos hablar en privado, señor Crauford?

Mi padre observó el salón lleno de gente, detrás de nosotros, y agradecí que no fuera un hombre típico para hacer una escena.

—Lo seguiré.

Graham me llevó junto a papá hacia el vestíbulo de entrada, donde estaba el mayordomo con una expresión exasperada en el rostro.

—Jameson, por favor asegúrate que mi padre venga con nosotros, en el estudio, tan pronto como pueda.

—Sí, milord. —Jameson hizo una reverencia, y continuamos caminando por el pasillo, iluminado por velas, en un incómodo silencio.

Mi temor crecía con cada paso. Papá se pondría furioso conmigo, si le explicara todo lo que había hecho: ¡era mi traición contra él! Había asumido que tendría meses en el mar para perfeccionar mi historia y mi petición de perdón, y ahora aquí estaba con apenas unos momentos para prepararme. Mi mente estaba en blanco.

Graham abrió la puerta del estudio y le hizo un gesto a papá para que entrara delante de nosotros. Cuando él pasó, Graham me miró con simpatía y aprensión a partes iguales.

—Todo estará bien —me susurró.

Cómo desearía que así fuera.

Solté su brazo, sabiendo que había llegado a depender demasiado de su apoyo. Ya no podía hacerlo. Al entrar al estudio con poca luz, mi mirada se posó en la figura de mi padre.

—Papá. Sé cómo debe parecer esto...

—¿Qué quiso decir Lord Denhurst con tu regreso a la India? —La voz de papá atravesó el aire mohoso y me silenció—. ¿Qué diablos ha pasado?

Bajé la mirada. ¿Qué podría decirle?

Graham dio un paso adelante.

—Con la ayuda de su hija, descubrimos que nuestra situación financiera no es lo que parecía, cuando lo llamaron por primera vez sobre el acuerdo matrimonial.

La atención de papá se centró en Graham.

—¿Qué tiene eso que ver con esto? Seguramente, la palabra de un caballero no depende de un cambio de circunstancias.

—Y sin embargo, en este caso, parece que sí.

Papá negó con la cabeza.

—Creo que los tribunales tendrán una opinión diferente sobre el incumplimiento de la promesa por parte de su padre.

La mirada de Graham se posó en mí y se enderezó en toda su altura.

—Mi padre es su par, señor. El único tribunal que siquiera evaluaría su caso es el Tribunal de la Cancillería en Westminster. Y si, en alguna rara posibilidad, incluso lo aceptan, es probable que el resultado no sea a su favor. Su reclamo de un título no alcanzado para su hija no le servirá de mucho.

El pecho de papá subía y bajaba con movimientos lentos, su respiración agitada llenaba el silencio.

—Honora, nos vamos.

—Sí, papá. —Me puse rígida.

Graham se interpuso entre nosotros y la puerta.

—¿Por qué no se quedan al menos a pasar la noche y podremos continuar nuestra discusión mañana? Ya es tarde, y... bueno... por favor.

Papá me agarró del brazo y tiró de mí con él hasta que estuvimos justo delante de Graham.

—Nada de lo que puedas decirme podría tentarme a quedarme un momento más. ¡Muévete! Graham no se movió.

—Te moveré si es necesario.

—¿Qué pasaría si se pudiera llegar a otro acuerdo? —Graham echó hacia atrás los hombros y se mantuvo firme.

Reprendí mi corazón levantado y sacudí la cabeza, advirtiéndole a Graham que no cayera, ante la estrategia de papá. Graham no me miró.

—¿Y cuál será esa oferta? —El agarre de papá disminuyó en mi brazo.

Graham me envió una mirada de disculpa, antes de volver a mirar a papá.

—Otro acuerdo matrimonial con respecto a Honora... Entre nosotros dos, directamente.

Sus palabras partieron mi alma en dos: una parte de mí estaba encantada, pero la otra parte, más lógica, estaba lívida... Lívida que Graham sugiriera algo como esto, sin mi consentimiento. Lívida porque socavaría mi capacidad para salvarlo (y a su familia) de la ruina. Y furiosa por haber roto otra promesa.

—¿Entre ambos? —Liberé mi brazo del agarre de papá, desesperada por sentirme en control de mí misma—. ¿Cómo pudiste, Graham?

Se tomó un trago rápidamente.

—Disculpe un momento, señor. Deseo hablar con su hija.

Papá asintió enérgicamente y avanzó unos pasos.

Crucé los brazos sobre el pecho, evitando que Graham tomara mi mano.

Se acercó, en voz baja.

—Perdóname. Pensé que después de...

—¿Que quería que me vendieran por segunda vez? ¿Que quería que me obligaran a hacer algo sin poder opinar? —Sacudí la cabeza—. De todas las personas, tú deberías haberlo sabido mejor. Me prometiste...

Sus hombros cayeron.

—Nora. ¡Te amo! La idea que te vayas de aquí... —Sus palabras se apagaron—. ¡No puedo

perderte!

Se me llenaron los ojos de lágrimas, ante su admisión, pero a pesar de lo mucho que deseaba decirle que lo amaba a cambio, no lo haría. Esta noche había visto apenas vislumbres de las dificultades que le traería (desaires cortésmente disfrazados y preguntas directas relacionadas con mi humilde posición), y fue entonces cuando se conoció mi partida. Graham tenía el mundo, ante él ahora, y yo no comprometería esa perspectiva. Una vida conmigo lo mancharía, ante los ojos de la sociedad, los ojos de su familia y sus conocidos más cercanos.

—Nunca quise nada de esto. —Las palabras que me obligué a decir alguna vez habían sido ciertas, pero ya no lo eran—. De ninguna manera.

—Tú no tienes voz y voto en esto, Honora. —La mirada furiosa de papá me fulminó desde donde estaba.

La atención de Graham se centró en él.

—Si es así... No firmaré ningún acuerdo, si Honora se opone.

—Honora. —Papá apretó los dientes y se acercó a nosotros—. Debes ver a qué estás a punto de renunciar.

Observé la expresión abatida de Graham, pero lo que vi fue toda una vida con esa mirada. Sería toda una vida viéndolo oprimido, porque no había considerado las consecuencias de su elección al casarse con la hija de un Nabab. Y las consecuencias no solo serían suyas, sino que recaerían sobre su familia y los niños que algún día podríamos traer a este mundo. El amor era ciertamente ciego, y por mucho que deseara cerrar los ojos a la realidad de lo que podría venir, no pude. Graham merecía algo mejor. Los Whitworth merecían algo mejor.

Levanté la barbilla, esperando parecer resuelta. Esta era una negociación, en la cual no permitiría que papá tuviera éxito.

—¡No me casaré con él!

Mi padre dio un paso hacia mí.

—Eres una chica terca y tonta.

Graham se interpuso entre mi padre y yo.

—No le hables de esa manera.

El pecho de papá se hinchó hacia afuera, su gran figura y sus anchos hombros resultaban intimidantes.

—Hablaré con ella de la manera que crea conveniente. Ella ya no es de tu incumbencia.

Graham no retrocedió sino que se acercó.

—No me quedaré quieto y dejaré que la trates de esa manera.

—Detengan esto, ustedes dos. —Agarré el brazo de Graham—. Por favor.

—¡Qué caballero! —Una risa burlona se le escapó a papá, con los ojos fijos en Graham—. ¿O hay otra razón por la que permitiste que se rompiera el acuerdo? ¿Quizás la vergonzosa ascendencia de Honora, o su sucio dinero extranjero? —Sus palabras dolieron, pero sabía que no estaban destinadas a causarme daño sino a hacer que Graham actuara. Papá podía ver el apego de Graham hacia mí y lo usaría en su beneficio.

Cuando Graham no respondió, mi padre continuó:

—Vamos, Lord Stanbury. Dame más detalles, porque me gustaría saber de qué se quejará el próximo pretendiente... —Los ojos de papá volvieron a mí, su mirada recorrió el vestido que Ansuya había hecho para mí—. Con respecto a esta abominable heredera extranjera.

Antes que pudiera siquiera procesar el insulto que papá me había lanzado, Graham se abalanzó hacia delante y metió las manos en el pecho de papá.

—¡Tirano!

Papá se tambaleó hacia atrás, aparentemente no preparado para el encuentro.

—¡Que te lleve el diablo! —Cuando corrigió su equilibrio, avanzó con determinación, con los puños cerrados.

—Papá. —Me interpose en su camino, mis extremidades pesaban como el plomo, cuando levanté los brazos para detenerlo—. Por favor. Déjalo en paz, papá.

La puerta se abrió, deteniendo el inminente altercado. Lord Denhurst intervino. Su mirada nos recorrió. Yo estaba encajada entre las figuras tensas de papá y Graham.

—¿De qué se trata esto?

Papá volteó para mirar a Lord Denhurst.

—Parece que has enviado a tu hijo a hacer el trabajo sucio.

Lord Denhurst respiró lentamente y cerró la puerta tras él.

—¿Supongo que le ha informado sobre el contrato matrimonial revocado?

—Me ha informado que la palabra de un caballero no vale nada. Aunque no me sorprende. —Papá se dirigió hacia Lord Denhurst, acercándose tanto que Lord Denhurst dio un paso atrás para evitar una colisión—. Pero permitiré que me lo digas y me confirmes que tengo la razón. Si realmente tienes la intención de romper el contrato legalmente vinculante que firmaste, el mismo acuerdo que instigaste... ¡La promesa que nos ha traído hasta aquí desde el otro lado del mundo!

Graham dio un paso hacia los hombres y extendí una mano para detenerlo, la fuerza de mi agarre le rogó que permaneciera a mi lado. Papá era un hombre de intimidación, no de encuentros físicos. Pero si hay demasiada provocación por parte de Graham, podría demostrar que es lo último que haría.

Graham se detuvo, aunque su mirada no se apartó de ellos.

Lord Denhurst, como si no quisiera dejarse intimidar, levantó un dedo hacia mi padre.

—Ese acuerdo fue concertado por un hombre que ahora está prófugo de la ley. Cualquier contrato legal que haya celebrado en mi nombre es nulo y sin efecto.

—¿De qué delito se acusa al señor Vincent? —La frente de papá se arrugó.

La mirada de Lord Denhurst se dirigió hacia Graham y a mí.

—Estoy hablando del señor Waldorf, nuestro agente principal, no del señor Vincent.

—Pero mis comunicaciones fueron con el señor Vincent.

Graham y yo compartimos una mirada inquieta.

—¿Todas ellas? —preguntó Graham.

—Sí. Y esta misma mañana me reuní con ese hombre para entregarle la dote de Honora.

Me quedé sin aire, ante el golpe de su declaración.

—¿Te reuniste con el señor Vincent... hoy? ¿Y enviaste la dote?

Papá miró entre nuestras tres expresiones de asombro.

—Ayer por la tarde, él me envió una misiva, pidiéndome que me reuniera con él, en el banco, a primera hora de la mañana.

Graham negó con la cabeza.

—El señor Vincent debía informarte del acuerdo revocado, no cobrarte la dote de Honora. ¿No te dijo nada de eso?

Papá sacudió la cabeza, evidentemente perplejo por lo que estaba pasando.

Mi mente se apresuró a encontrarle sentido.

—¿Por qué el señor Vincent actuaría en contra de nuestras instrucciones, a menos que...? —Miré a Graham—. ¿Y si nos equivocamos al confiar en él? ¿Y si hubiera estado ayudando al señor Waldorf todo el tiempo? —Me llevé una mano a la boca, intentando disimular el horror—. ¿Y si nos han robado la fortuna de ambos?

—Debe haber otra explicación —dijo Lord Denhurst, aunque la duda empañó su declaración.

—¡Maldita sea! —La atronadora voz de papá llamó nuestra atención—. ¿Alguien podría decirme qué diablos está pasando aquí?

Caminé al lado de mi padre.

—Un ex agente les dijo a los Whitworth que su fortuna se había agotado, pero en las últimas semanas nos dimos cuenta que era mentira. ¡Que la fortuna no se había perdido! Pero que sus cuentas... —El pánico me invadió y volví a fijar mi mirada en Graham—. Pero, ¿hay que creer en algo que el señor Vincent nos dijo? Él fue quien nos transmitió toda esa información.

—Pero nos trajo la confirmación de los bancos. Esto fue verificado.

—O falsificado. —Mi cabeza daba vueltas, mareándome. ¿Por qué no había enviado yo misma las cartas, preguntando por las cuentas de los Whitworth, a los bancos? ¿Por qué había confiado en el señor Vincent para que se encargara de la tarea? Toda esta terrible experiencia podría haberse evitado, si hubiera confiado menos en él. ¡Ese sinvergüenza!

—No sabemos nada con certeza todavía —dijo Graham, como si discerniera mis pensamientos. Se pasó una mano por la mandíbula apretada, con la mirada distante—. Pero debemos ir a Londres sin demora.

—¿Ahora? —vaciló Lord Denhurst—. Es casi medianoche.

—Graham tiene razón —dije—. Es muy posible que el señor Vincent y el señor Waldorf, ya se hayan ido con toda su riqueza y mi dote. No podemos perder un momento.

Papá volvió su mirada hacia Lord Denhurst.

—Si estos hombres han robado la dote de Honora, lo haré responsable.

—Con toda honestidad, señor —dijo Graham—. Considerando el posible estado de nuestros asuntos, no estoy seguro que eso le sirva de nada.

Papá dejó escapar un suspiro agitado.

—¡Vámonos!



Los cuatro volvimos a caminar por el pasillo. No se pronunció una palabra, aunque había mucho que decir. Cuando llegamos al vestíbulo de entrada, todavía quedaban invitados, y me

obligué a sonreír, encontrando sus miradas curiosas y asintiendo con la cabeza, a varios de ellos, mientras pasábamos. No había renunciado a todo por los rumores que manchaban la reputación de los Whitworth.

—Los seguiremos tan pronto como podamos —dijo Graham, acercándose—. Simplemente, necesitamos ver al resto de los invitados en camino.

—Aún tengo que cargar mis baúles, así que tal vez no estemos muy lejos.

—Honora. —La voz hosca de papá sonó desde la puerta.

Podía sentir varias miradas sobre nosotros y le hice una pequeña reverencia a Graham.

—Adiós, Lord Stanbury.

El rostro de Graham estaba lleno de preocupación o tristeza, o tal vez ambas cosas.

—Por ahora. —Hizo una reverencia y yo le di la espalda.

El camino de Grandview todavía tenía varios vagones estacionados a lo largo del círculo exterior, y seguí a mi padre hacia uno que esperaba con el conductor estacionado en el asiento.

Mientras nos acercábamos, miré a papá.

—Mis baúles están listos, si pueden traerlos.

La mirada de papá se posó en mí y pude sentir su ira aumentando de nuevo por mi traición.

—Informaré a los sirvientes para que los traigan. —Él se alejó.

—¿Señorita Crauford? —Judith se sostuvo la falda con una mano y bajó apresuradamente las escaleras de la entrada, agarrándose las manos, cuando llegó hasta mí—. ¿Qué ha sucedido?

No quería preocuparla, pero ella merecía algún tipo de explicación.

—Al parecer, papá transfirió mi dote esta mañana a petición del señor Vincent.

Los ojos de Judith se agrandaron.

—Pero eso no tiene sentido.

—Vamos a ir a Londres, inmediatamente, para descubrir el motivo.

—¿Y regresarás a Grandview, después que se haga el descubrimiento?

Las lágrimas nublaron mi visión.

—No. Me temo que esta será mi última vez aquí.

Judith frunció el ceño.

—Al menos volverás a casa pronto.

Se me dio un vuelco el estómago al recordar mi situación. Ahora que mi padre había llegado, probablemente nunca volvería a ver mi casa. Me vería obligada a desfilar por Londres, esperando la próxima temporada o la siguiente oferta aceptable. Pero Judith no tenía por qué saberlo, no cuando se preocuparía por algo que no podía evitarse o, peor aún, le contaría a su hermano mi destino.

—Sí. Supongo que todo ha salido, como tenía que salir.

—Y aún así, no pareces convencida. —Ella buscó mi expresión.

—Estoy segura que se debe únicamente a cómo surgió. En unos días todo estará bien. —Intenté esbozar una sonrisa con poco éxito—. Solo desearía tener tiempo para una despedida adecuada.

—Estaré encantada de llevar cualquier mensaje que desees.

Mi angustia se alivió un poco, ante la amabilidad de Judith.

—¿Le dirás a Alicia lo agradecida que estoy por su amistad?

Judith asintió.

—Y Supriya y Ansuya, y todos los que vinieron a ayudar con la cena, ¿les agradecerías de mi parte? ¡Ah! ¿Y te encargarás que a Ansuya le den todas las sedas? ¿Y qué le informen del deseo de la señorita Shaw de encargarle un vestido? —Mi mente estaba dando vueltas con todas

las cosas que aún tenía que hacer, y con todas las despedidas que no me habían permitido.

—Ciertamente.

Miré a mi alrededor, asegurándome que papá todavía estuviera ocupado.

—¿Y le dirás al señor Swinton que encontraré la manera de escribirle? —Lo último que necesitaba que papá supiera ahora era que había estado en contacto con mi abuelo—. Y díles a Marie y a la señorita Shaw que les deseo lo mejor.

Papá se acercó a nosotros y Judith me abrazó.

—Se lo diré al señor Swinton y les daré a todos tus mensajes y tu amor.

—¡Qué querida te has vuelto para mí, Judith! —Mi voz tembló—. ¡Te extrañaré mucho!

—Y yo a ti, pero nos mantendremos en contacto. Prométeme...

—Sí. —Ella me soltó y se alejó unos pasos, cuando papá se acercó.

Él abrió la puerta del carruaje.

—Espérame adentro.

Con una última mirada a Judith por encima del hombro, salí a la oscuridad y papá cerró la puerta detrás de mí.

—Mi dulce chica, ¿qué ha pasado? —La voz familiar envió mi atención hacia las sombras.

—¿Inayat? —Me acerqué a ella en un movimiento desesperado, sin siquiera esperar a que mis ojos se acostumbraran para poder ver su hermoso rostro—. ¿Eres realmente tú? Pero pensé que papá había dicho que no...

—Shhh... ven, dime qué te pasa. —Su mano cálida y curtida encontró la mía y me atrajo hacia su abrazo.

—¡Oh, Inayat! —Sin poder contener más la avalancha de emociones, que surgían a través de mí, las lágrimas comenzaron a fluir—. He cometido tantos errores.

Capítulo cuarenta y seis

HONORA

Paseaba por la sala de estar de la casa, que mi padre había alquilado para su estancia en Inglaterra, mirando por la ventana, cada vez que oía un carruaje retumbando por Harley Street. La mañana era gris, como si supiera lo que sufría, al quedarme atrás, mientras papá y los Whitworth iban al banco.

—Si no quieres dormir, mejor toma un refrigerio. —Inayat se acercó a mí con una taza de té en la mano.

—Gracias. —Acepté la taza y el platillo—. Pero dormí mucho en el camino hasta aquí. —Estaba tan exhausta que apenas me había movido en toda la noche. Y aunque mi cuerpo estaba rígido por la falta de cambios de posición, estaba agradecida por el resto. No había nada como dormir para aliviar el malestar causado por el movimiento y olvidar el dolor—. Además, eres tú quien ha pasado unos días muy largos, viajando de un lado a otro, desde tu llegada. Insisto en que vayas a descansar. —Tomé un sorbo y le lancé una mirada implorante por encima del borde de mi taza—. Por favor, Inayat.

Ella me analizó.

—Tú lo amas.

—Por supuesto que sí. Aunque papá no siempre lo merece, especialmente últimamente, siempre lo amaré. —Le di una sonrisa rígida.

Inayat se acercó y sus ojos se movieron entre los míos con intención.

—Tu padre no... Lord Stanbury. Lo puedo ver en tus ojos.

Bajé la mirada hacia el líquido oscuro en la taza.

—Eso no importa.

—¿Él te ama?

—No soy su igual. Sería una paria entre sus compañeros y su propia familia, y él se vería obligado a soportar esa carga.

—¿Está dispuesto a asumirlo? —El cálido toque de Inayat se posó en mi muñeca.

Mis emociones rebeldes amenazaron con liberarse y me encontré con su mirada amorosa.

—No... Lo dejaré. Se merece algo mejor.

—¡Ah! ¿Y eres la designada para determinar la vida que él debería tener? —asintió Inayat en voz baja y dejó caer mi mano.

Me quedé mirando a Inayat. No estaba acostumbrada a sentirme reprochada por ella.

—Nunca ha sido indeseado ni menospreciado. No puede entender lo que se le pediría que sacrificara.

—O tal vez sí. —Las palabras flotaron en el aire entre nosotras—. Creo que iré a descansar ahora.

La declaración de Inayat se repitió en mi mente, durante varios minutos, después que ella se fue. Aunque no lo había dicho directamente, era evidente que creía que yo estaba actuando de forma egoísta. Pero mi única esperanza era la felicidad de Graham. Y no una felicidad temporal, sino una que podría durarle toda la vida. Una felicidad que no tendría por qué verse opacada por una esposa, que alguna vez fuera excluida, una que no atraería nada más que contención y menosprecio, incluso el de su familia. Estaba haciendo esto por Graham.

El ruido de los caballos se detuvo, justo afuera, y corrí hacia la ventana, a tiempo, para ver a mi padre salir volando del carruaje. Dejé mi taza en una mesa auxiliar cercana y corrí hacia la entrada.

Mi padre irrumpió por la puerta, antes que el mayordomo lograra llegar. La vena de su frente se hinchó y su rostro ardía de furia.

—¡Se fue! ¡Ese sinvergüenza se fue con toda tu dote!

—Pero, ¿cómo? —Se me cayó el estómago.

—Regresó al banco, después que yo me fui, y le dijo al banquero que se había equivocado al haber colocado los fondos allí, que Lord Denhurst insistió en invertirlos directamente en una especulación. Una empresa cuyo único propietario no falsificado resultó ser el propio ladrón. Tan pronto como movió el dinero, el señor Vincent lo transfirió a otra parte, disolvió la empresa y se fugó con la suma total. —La expresión de papá se volvió oscura—. El banquero nos aseguró que no tenía conocimiento del plan del señor Vincent, que el señor Vincent era un representante de confianza, y que por eso no lo cuestionó cuando ochenta y cinco mil libras salieron de su banco. ¡Ochenta y cinco mil libras! —gritó papá, haciéndome estremecer—. El banquero debe haber recibido una buena recompensa para dejar que semejante suma salga de su banco, en un abrir y cerrar de ojos. Y no descansaré hasta que se descubra la verdad y cada hombre involucrado sufra por ello.

—¿Y qué pasa con la fortuna de los Whitworth? —pregunté, tratando de no acobardarme, ante la mirada que papá me lanzaba.

—La fortuna de los Whitworth permaneció intacta. —Levantó las manos hacia arriba, paseándose como un loco.

—¿Intacta? No entiendo.

Giró hacia mí.

—Ya somos dos. —Sacudió la cabeza—. ¡No puedo creer que confiaras en un estafador así! ¿No te enseñé algo mejor que esto?

—¿Me estás culpando? —Mi boca quedó abierta.

—Tú y los Whitworth... después de todo, era su hombre.

—¡Oh, sí! Porque nunca nada es culpa tuya... Ni enviarme aquí contra mi voluntad, ni ofrecer la mitad de tu fortuna para comprar un lugar dentro de la aristocracia... Y ciertamente, no es tu descuido al entregar toda mi dote a un hombre, sin siquiera verificar la credibilidad del banco donde la depositaste. ¡Sí! ¡Maldíceme! —Empecé a subir las escaleras hacia mi habitación.

—¡Los Whitworth pagarán por esto! —gritó papá—. Presentaré una demanda contra ellos en el Tribunal de la Cancillería, y pagaré por la mejor representación para garantizar que se corrija su error. —Levantó un dedo y me señaló—. ¡Nunca volverás a ver a ese joven!

Todo mi ser se rebeló contra ese pensamiento, a pesar de haber llegado a la misma conclusión. Me incliné sobre la barandilla.

—Debo decir, papá, que me alegro que se me haya acabado la dote. ¡Y espero que nunca la recuperes!

—¡Oh! La recuperaré, aunque sea lo último que haga. No he renunciado a veinte años de mi vida para que mis planes no funcionaran. Para que todo esto quede en nada.

Mi pecho hervía de indignación.

—¿Es tu amor tan condicional como eso?

—El amor es lo que me impulsó a esto. —La voz de papá se entrecortó y bajó la mirada, llevándose la mano a la frente—. Mira lo que me ha hecho el amor.

Su inusual exhibición me sacó de mi ira, pero antes que pudiera decidir cómo reaccionar, él giró sobre sus talones y salió del lugar.

Capítulo cuarenta y siete

GRAHAM

Estaba muy nervioso, mirando la casa de la ciudad, desde la seguridad de nuestro carruaje.

—¿Crees que el señor Crauford nos verá?

—No estoy seguro. —El señor Swinton parecía tan aprensivo como yo—. Espero que las noticias que traemos lo tientes lo suficiente como para escucharnos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que ambos hablaron?

—Más de veinte años.

—¿Y estás seguro que deseas apoyarme?

La mirada del señor Swinton volvió a mí.

—No... De ninguna manera... Pero lo haré por el bien de Honora.

—Yo también. —Respiré larga y lentamente para calmar mis nervios. Nunca me había sentido tan intimidado por un hombre, como por el señor Crauford, después de descubrir que el señor Vincent se había llevado con éxito la dote de Honora. En su ira, apenas había logrado mitigar un altercado físico entre él y mi padre. Y ahora, solo unos días después, me preguntaba, si simplemente estaba tentando a un león voraz, al ir a su residencia. Pero, ¿esto no se podía evitar! Me sentía responsable de lo que había ocurrido, incluso si mi padre no lo sentía, y haría todo lo que estuviera en mi poder para ayudar a remediar la situación. Para ayudar a Honora.

—No estoy seguro que sentarnos aquí con miedo a lo que está por venir nos sirva de algún bien. —El señor Swinton abrió la puerta—. Mi imaginación se vuelve más creativa con cada momento que pasa. ¿Haremos nuestro intento?

Seguí al señor Swinton, rezando para que el señor Crauford no considerara oportuno asesinarnos a los dos, en la puerta de su casa.

Después de un fuerte golpe, la puerta se abrió, revelando al mayordomo.

—¿Puedo ayudarlos, caballeros?

—Estamos aquí para hablar con el señor Crauford sobre asuntos urgentes —dijo el señor Swinton.

—¿Y qué nombres debo anunciar?

El señor Swinton me miró.

—Un tal Lord Stanbury y un tal señor Swinton.

El mayordomo hizo una pequeña reverencia.

—Sí, esperen aquí, veré si el señor Crauford atiende visitas.

Nos quedamos en las escaleras, durante varios minutos, antes que regresara el mayordomo.

—El señor Crauford desea saber qué asunto urgente desean discutir, antes de decidir si permitirá su entrada.

—Información sobre el señor Vincent —ofrecí.

El mayordomo volvió a cerrar la puerta.

Agucé mis oídos a cualquier ruido interior, escuchando la voz de Honora, cuando oí el arrastrar de pies, acercándose de nuevo.

La puerta se abrió de par en par y el mayordomo nos indicó que entráramos.

—Por aquí. —Miré alrededor del vestíbulo de entrada y escaleras arriba, en busca de alguna señal de Honora, desesperada por verla. Mi decepción por el área vacía fue visceral. El

mayordomo nos condujo a una gran sala de estar, donde estaba el señor Crauford, apoyado contra una ornamentada repisa de piedra. El mayordomo hizo una reverencia—. Lord Stanbury y el señor Swinton quieren verlo, señor.

Examiné la sala en busca de Honora.

—La envié a su habitación —gruñó el señor Crauford—. Le he prohibido volver a verlo. — Se levantó de la repisa de la chimenea y me escudriñó, antes de dirigir su mirada al señor Swinton—. Lo que todavía estoy tratando de descubrir es cómo está usted involucrado en esto, señor.

El señor Swinton sostuvo la mirada del señor Crauford.

—Descubrí que Honora estaba en Grandview y fui a visitarla.

—No tenía ningún derecho. —La mandíbula del señor Crauford se flexionó.

—Soy su abuelo.

—¡Un abuelo que nunca quiso tener nada que ver con ella durante la mayor parte de su vida!

—Cometí un error, Robert. Fui irracional y me equivoqué. —La mirada del señor Swinton bajó.

Los ojos del señor Crauford se entrecerraron.

—No deseo escuchar sus arrepentimientos. Se merece hasta el último de ellos. Ahora, dígame en qué está involucrado y por qué tuvo el descaro de presentarse, en mi casa.

Los hombros del señor Swinton se arquearon.

—Estuve en Grandview, justo después de descubrir que el señor Waldorf estaba involucrado en malversación de dinero de la propiedad de los Whitworth. De allí fui a Londres, donde contacté a un hombre para investigar la supuesta fuga del señor Waldorf. Sin embargo, cuando mi hombre apareció en la casa del señor Waldorf, esperando reunir pistas sobre dónde podría haber ido, el señor Waldorf todavía estaba en su residencia. Nunca se había ido ni se dio cuenta que había un motivo para hacerlo. Parece que el señor Vincent le había escrito una semana, antes de su visita programada a Grandview, informándole que sería necesario posponerla para más adelante.

—Tan pronto como me contaron todo lo ocurrido, me dirigí a Grandview para informar a Lord Denhurst. Sin saberlo, cruzamos nuestros carruajes esa noche, y llegué solo unas horas después de su partida.

—¿Entonces, el hombre fue incriminado? —preguntó el señor Crauford, pasando por alto el firme intento del señor Swinton de advertirnos.

El señor Swinton me miró a los ojos y levantó la palma abierta, como si deseara que yo continuara en su lugar.

—El señor Waldorf no es en modo alguno inocente —dije—. Desempeñó un rol fundamental a la hora de hacer creíble toda la historia: presentarle a mi padre pruebas falsas y organizar las cosas para que nuestro patrimonio pareciera insolvente. Pero, aparentemente, el señor Vincent era la mente maestra detrás de todo. Según el señor Waldorf, el señor Vincent había investigado a diferentes miembros de la nobleza. Se dio cuenta que mi padre no asiste a las sesiones del Parlamento, y escuchó conjeturas sobre el motivo.

—¿Y por qué no lo hace?

—No me corresponde a mí decirlo. Pero diré que la razón ha impactado la forma en que administra su patrimonio. El señor Vincent debe haberse dado cuenta de esto, porque se acercó al señor Waldorf con la esperanza de que le dieran un puesto, como agente residente de Grandview, cuando surgiera la oportunidad. No mucho después murió el señor Hull y le dieron el puesto al

señor Vincent. Usted verá, le había prometido al señor Waldorf una gran suma, si ayudaba a que pareciera que mi familia estaba al borde de la bancarrota, para que nos viésemos obligados a contactarlo y tentarlo con lo que todos los demás Nababs quieren: una conexión con la aristocracia.

El señor Crauford se cruzó de brazos sobre su ancho pecho, aunque no refutó la afirmación.

—¿Por qué me atacó, específicamente?

—Al parecer, el señor Vincent adoptó un nombre falso. Su verdadero nombre es Leeroy. —Ante mi revelación, los ojos del señor Crauford se iluminaron con un reconocimiento, que pronto fue reemplazado por indignación.

—Él es el nieto... del oficial Leeroy de la Compañía Comercial de las Indias Orientales. —Las fosas nasales del señor Crauford se dilataron y el tono rojo de su rostro se hizo más intenso—. Un hombre contra el que escribí un testimonio, cuando lo juzgaban por los crímenes que había cometido en la India.

—Sí. Se dijo que su testimonio selló su destino. La Corona despojó al oficial Leeroy de todos sus honores y tomó posesión de su fortuna, dejando a sus hijos y nietos nada más que con una reputación arruinada.

—¿Entonces, esto es una retribución? ¿Lo hizo para vengarse de mí?

—Sí. Y parece que el señor Waldorf cayó en sus meticulosas intrigas tan completamente como todos nosotros. Ni siquiera sabía que Honora había llegado a Inglaterra todavía, y mucho menos que el señor Vinc... el señor Leeroy —corregí y seguí—, lo había incriminado y se había fugado con su dote, una dote de la cual se suponía que el señor Waldorf habría recibido una parte sustancial.

La mirada del señor Crauford estaba hacia abajo, y se frotaba la frente con una mano.

—¿Sabe el señor Waldorf, a dónde se fue el señor Leeroy?

—No. Y creo que habló en serio, considerando que su ayuda podría significar la diferencia entre la deportación o la saga.

Los ojos del señor Crauford se alzaron hacia los míos.

—Lo culpo a usted y a su padre por esto. —Se acercó y todos mis músculos se tensaron ante su comportamiento amenazador—. Nada de esto habría sucedido, si se hubieran tomado más precauciones por parte de ustedes. ¡Y tendrán que pagarme!

La puerta de la sala se abrió de golpe y Honora entró dando tumbos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —ladró el señor Crauford, alejándose un paso de mí—. ¡Te dije que te fueras a tu habitación!

Honora miró fijamente a su padre, sin moverse ni acobardarse.

—Graham no confiaba en el señor... —Hizo una pausa—. Señor Leeroy. Me advirtió que tuviera cuidado, pero no le hice caso. Si no hubiera estado tan ansiosa por creerle a ese hombre vil, probablemente habríamos descubierto la verdad de antemano. —Volvió a detenerse y sus ojos se movieron hacia mí—. Si no hubiera estado tan cegada por mi deseo de regresar a casa, podría haberlo visto tal como era en realidad. Lo que me dijiste que era, Graham.

Me moví, sin saber si debía decir la verdad, mientras el padre de Honora nos escuchaba. Pero si no lo hacía ahora, era posible que nunca tuviera la oportunidad.

—Me temo que mi falta de confianza en el señor Leeroy tuvo más que ver contigo, que a mis temores por la herencia.

—De todos modos, debería haberte escuchado. —Honora esbozó una débil sonrisa.

Los ojos del señor Crauford pasaron de Honora a mí y viceversa.

—Si eso es todo, creo que ustedes, caballeros, deberían seguir su camino. Cualquier

comunicación adicional que sea necesaria entre nosotros, Lord Stanbury, se realizará a través de correspondencia.

La mirada suplicante de Honora se posó en su padre.

—¿Podríamos al menos ofrecerles un poco de té?

—No. Ya les he permitido entrar a la casa, y eso es más hospitalidad de la que cualquiera de ellos se merece.

—Pero, papá...

—Honora, eso es suficiente.

La ira me invadió y di un paso hacia ella, pero me quedé quieto, cuando ella levantó discretamente la mano para detenerme.

—¿Podría al menos acompañarlos, papá? —Respiró hondo y lo contuvo, mientras esperábamos su respuesta.

El señor Crauford la miró fijamente y luego resopló.

—Tienes cinco minutos. Diles adiós, porque esta es la última vez que los verás.

—Robert. Por favor. —Los hombros del señor Swinton cayeron.

—Cinco minutos —gruñó el señor Crauford, luego dio la vuelta y se fue.

Honora se acercó a la puerta y la seguimos hasta las escaleras de la entrada, donde estaba esperando el carruaje.

—Gracias a ambos por venir. —Honora nos dedicó a cada uno de nosotros una sonrisa triste—. Sé que papá no parecía agradecido, pero lo estaba. Y yo estoy...

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó el señor Swinton—. ¿Vas a regresar a la India?

La expresión de Honora era cautelosa.

—Creo que lo haremos, una vez que averigüemos la situación con el señor Vinc... señor Leeroy.

—Al menos, esas son buenas noticias.

—Sí —dijo con un tono carente de emoción—. Y a pesar de lo que diga papá, señor Swinton, le escribiré a menudo.

—Me alegro de eso. Aquí... —El señor Swinton sacó una tarjeta de su bolsillo y se la entregó a Honora—. Mis direcciones.

Leyó la impresión, luego se inclinó y se la metió en la zapatilla.

—No se lo haré saber a papá.

El señor Swinton sonrió y su mirada se movía entre nosotros.

—Adiós, Honora.

Honora extendió una mano. Él la tomó entre las suyas y la apretó.

—Eres todo lo que esperaba que fueras y mucho más.

—Gracias, abuelo.

Los ojos del señor Swinton brillaron ante su reconocimiento, y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—¡Que estés segura en tus viajes!

—Lo estaré.

Y con una última mirada vacilante, abrió la puerta del carruaje y subió al interior, dándonos a Honora y a mí algo de privacidad. Ambos nos quedamos allí por un momento, había demasiadas cosas que decir y, sin embargo, no pudimos encontrar la manera correcta para comenzar.

Honora dio un pequeño suspiro.

—Me cuesta creer que el señor Leeroy tuviera todo eso planeado. No es de extrañar que me

vigilara tan de cerca, siempre mirando por encima de mi hombro. ¡Qué tonta fui!

—No, no lo eres. No eras más tonta que el resto de nosotros.

—Eso no es nada prometedor. —Una fugaz sonrisa asomó a sus labios.

—Me alegro de brindarte tanto consuelo. —Solté una pequeña risa.

Su expresión se volvió distante.

—Y pensar que se le echó la culpa al leal agente de tu abuelo. Y a su esposa... —Su mirada se encontró con la mía—. ¿Dijo el señor Waldorf dónde estaba?

—Se hicieron arreglos para que la señora Hull se mudara cerca de su hermana, antes que mencionaran la estafa de malversación de fondos del señor Hull. Era una muestra de gratitud por el valioso servicio de su marido, durante todos esos años, me dijeron.

—¿Y ella no se dio cuenta?

—No que yo supiese. —Noté la preocupación en los ojos de Honora, asombrado que estuviera preocupada por el bienestar de una viuda, a la que nunca había conocido, cuando le habían robado toda su dote—. Nora...

—Lo siento —dijo al mismo tiempo que yo—. Perdóname. Sigue...

—No, tú.

—Solo iba a decir que lamento no haber tenido una despedida adecuada. —Sus mejillas adquirieron un hermoso tono rojo.

Tomé su mano entre la mía y ella entrelazó nuestros dedos, como siempre lo hacía.

—No puedes darte cuenta de lo decepcionado que estoy por eso.

Ella soltó una pequeña risa. Sus ojos brillaban a la luz del día (el verde y el marrón contrastaban fuertemente entre sí) y mi corazón casi se rompió, preguntándome si esta era realmente la última vez que los contemplaría.

—Nora, no puedo irme sin disculparme por mi locura. Nunca debí haber sugerido llegar a un acuerdo con tu padre, rompiendo la promesa que te hice. —Miré nuestras manos—. Pensé que tendría la oportunidad de decirte cómo me sentía, esa noche, de preguntarte adecuadamente, si te quedarías, pero cuando tu padre dijo que te ibas... —Mis palabras se apagaron—. Estaba desesperado. Perdóname...

—No hay necesidad de eso. Puede que me haya molestado en ese momento, pero hace mucho que te perdoné. —Su mano se posó en mi mejilla—. Si tan solo las cosas fueran diferentes.

Busqué en su expresión enmascarada cualquier indicación que este no era el final. No había nada allí que me diera esperanza. Tomando su mano, la llevé a mis labios y le di un beso en la palma.

—¡Honora! —La voz retumbante del señor Crauford nos sobresaltó a ambos.

Ella bajó la mano.

—Ya voy, papá. ¡Solo un momento más! —De repente, ella se quitó la máscara y apareció una mujer en guerra consigo misma—. Sé que no es apropiado que mantengamos correspondencia, ahora que ya no estamos comprometidos, pero, ¿tal vez por un tiempo podríamos pasarlo por alto? Al menos hasta que te hayas... calmado. —Su respiración se entrecortó y me acerqué a ella.

Las lágrimas nublaron mi visión.

—No puedo soportar esto, Nora.

—Yo tampoco puedo. Y, sin embargo, debemos hacerlo. —Levantó sus ojos hacia los míos y una lágrima rodó por su mejilla. Luego otra—. Te escribiré.

—Y yo te... —Sentí que mi corazón iba a implosionar por la rapidez con la que se perdió

toda esperanza—. Adiós, mi Nora.

Se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla, la sensación de sus labios en mi piel me calentó y me llenó de una insoportable sensación de anhelo. Ella permaneció cerca de mi oreja.

—Te extrañaré en todo momento —susurró. Pero antes que pudiera encontrar las palabras para responder, ella se agachó y se dirigió hacia su padre.

La miré hasta que el señor Crauford la hizo entrar, su mirada se detuvo en mí, durante un momento incómodo, antes que él también desapareciera. Pensaba que me habían dado la oportunidad de casarme con ella, y ahora la había perdido para siempre. Con los hombros tensos, subí al carruaje, junto al único hombre que podía comprender el dolor que sufría por la insoportable pérdida de Honora.

Capítulo cuarenta y ocho

HONORA

Mi padre se sentó frente a mí, en la sala de estar, y analicé su expresión pensativa. Habían pasado días sin una palabra de los hombres contratados por papá, y comenzaba a dudar que alguna vez oyéramos algo del señor Leeroy. Casi no me importaba. Solo quería volver a casa, donde el dolor de extrañar a Graham no fuera tan agudo e insoportable. Cada respiración... cada pensamiento era un recordatorio de lo que había renunciado. El dolor agudo, en mi corazón, como si nunca fuera capaz de volver a respirar profundamente, me dio el coraje para finalmente responder a la pregunta no formulada.

—Papá, ¿debemos regresar a casa?

—¿La India? —La mirada de papá se elevó hacia mí.

—Sí. A la India. —Bajé el libro que había estado hojeando sobre mi regazo.

—Permanecerás en Inglaterra indefinidamente, y yo permaneceré aquí por el momento.

Mis músculos se tensaron, pero sabía que la lógica era mi mejor camino.

—¿Cómo continuará tu negocio sin ti?

—Como está ahora. Con hombres capaces y dignos de confianza, que tienen una importante participación en la fortuna.

Mi respiración se aceleró, lo que hizo imposible mantener mi conducta tranquila.

—Pero, ¿qué pasa con Inayat? ¿Seguramente, no pretenderás que ella viva el resto de sus días aquí en Inglaterra?

—Ella tomó su decisión. Le dije que podía vivir el resto de su vida en Madrás, que yo me ocuparía de ella económicamente, y que no tendría que mover un dedo, a menos que así lo deseara. Pero ella no lo permitió. Dijo que su hogar está dondequiera que estemos.

Mi ira no se disipó, ante esos sentimientos.

—¿Qué hay de mí, papá? ¿Ignorarás por completo lo que deseo?

—No eres la única con deseos sin atender, Honora. Y como ya te dije, Inglaterra es tu hogar.

—No puedes decirme a dónde pertenezco.

—No. Pero puedo decirte dónde vas a vivir. Es posible que hayas alcanzado la mayoría de edad, y aunque tu escasa acumulación de fondos personales podría ser suficiente para organizar una fiesta extravagante y hacer vestidos a tu gusto, no es una suma suficiente para mantenerte.

Mis lágrimas amenazaban con caer, pero tenía mis límites. No lloraría delante de mi padre. Él había estado ganando demasiadas batallas últimamente y, aunque no tenía más energía para participar en otra, dejaría esta con mi dignidad. Me tragué mis emociones.

—Entonces, ¿qué pretendes? ¿Vamos a quedarnos aquí en Londres?

—Aún eso no está decidido.

Miré mi libro y lo arrojé sobre la mesa con irritación.

—Avísame, cuando hayas decidido cuál será mi vida.

—Ciertamente, lo haré.

Sonó un golpe en la puerta y el mayordomo entró.

—El marqués Freemont quiere verlo, señor.

—Hazlo pasar.

Mi mirada se dirigió a mi padre

—¿Conoces al hombre? —susurré, esperando la visita de uno de los hombres que mi padre había contratado y no de un marqués.

—No nos han presentado en persona, pero hemos mantenido correspondencia entre nosotros.

—¿Acerca de qué?

La mirada de papá se dirigió a la puerta y se puso de pie.

—¡Ah! Lord Freemont. ¡Qué placer es conocernos finalmente!

Me puse de pie como esperaba y giré para encontrarme con un hombre de mediana edad, vestido a la moda, cuyos ojos calculadores me recorrieron de una manera inquietante. Una sonrisa apareció en su boca.

—Se lo aseguro, el placer es mío. —Su voz, mezclada con una intención lasciva, me provocó escalofríos.

—Honora, este es Lord Freemont. Lord Freemont, mi hija, la señorita Honora Crauford.

Hice una pequeña reverencia.

—Mi padre apenas estaba empezando a explicar cómo ustedes dos se conocen.

Lord Freemont se movía alrededor del sofá, evaluándome con demasiado interés.

—No nos conocemos. Nuestra única comunicación ha sido con respecto a usted. Verá, necesito una esposa y su padre cree que encajaremos bien.

Se me revolvió el estómago y miré a mi padre.

—¿Es así? —Por supuesto, él ya tenía un plan secundario preparado para mí.

—Lo es. —Mi padre tenía una expresión cautelosa.

—Venga ahora, déjeme mirarla. —Lord Freemont levantó su bastón y me dio unos golpecitos en el costado de la pierna.

Aleje el bastón con un golpe.

—No soy un caballo para ser tasado, milord. Soy una mujer.

Lord Freemont se rió.

—Ciertamente usted lo es, y es tan enérgica, como indicó su padre.

—Pero lo que mi padre aparentemente olvidó mencionar es que no estoy en venta.

Papá me lanzó una mirada de advertencia.

—Honora, esta vez me obedecerás.

—No. No lo haré. —Sacudí la cabeza hacia atrás.

Lord Freemont sonrió.

—Creo que ella me sentará bastante bien, de hecho. —Él hizo una pausa—. Siempre y cuando la dote sea lo que ha dicho.

—Sí. Será... —vaciló mi padre.

—¿Será? —Lord Freemont resopló—. Explíquese...

—Ha habido una ligera complicación, pero hay que resolverla...

—Me han robado la dote —dije, lanzando a papá una mirada mordaz. Sus labios formaron una línea recta.

Lord Freemont miró a papá.

—Bueno, eso sí cambia las cosas. ¿Por qué no lo dijo en la última carta?

—Como dije, pronto será recuperada. Y aunque no sea así, tengo otros fondos.

Lord Freemont meneó la cabeza en un movimiento repetido.

—Supongo que eso podría funcionar. En verdad, solo necesito quince mil libras para cubrir mis deudas actuales. Y, considerando lo encantadora que es su hija, aceptaría gustosamente su

oferta con la condición que se pague una parte de la dote ahora, y el resto dentro de dos años.

Me quedé boquiabierta, incapaz de convencer a mi boca que se cerrara, o que mis piernas se movieran, mientras observaba este acuerdo comercial realizarse ante mí.

—Papá... por favor.

Mi padre me miró fijamente.

—Haré que mi abogado prepare la documentación y le avisaré cuando esté lista para firmarla.

—Y me ocuparé de obtener una licencia especial, aunque necesitaré los fondos para pagarla.

Papá bajó la barbilla en señal de acuerdo.

Lord Freemont se acercó y junté las manos a la espalda por si a él se le ocurría agarrarme una.

—Bien, bien. ¡Qué arreglo tan delicioso resultará esto!

—Le aseguro que no será tal cosa. —Levanté la barbilla.

A Lord Freemont se le escapó una carcajada y se dirigió hacia la puerta.

—Debería estar en camino. Un hombre de mi rango siempre tiene mucho de qué ocuparse. Pero estaré esperando ansiosamente noticias sobre cuándo se completará el acuerdo matrimonial. Y cuanto antes se pueda hacer, mejor. —Sin mirar atrás, salió de la sala.

—Bueno, parece que tengo trabajo que hacer. —Mi padre se dirigió hacia la puerta.

—No te alejes de mí, papá. —Mi pecho palpitaba por la injusticia.

Se detuvo y lentamente se dio la vuelta.

—¿Dime que fue algún tipo de broma? ¿Quizás una lección sobre cómo estar agradecida por lo que tengo? —Rodeé el sofá hasta donde estaba él—. Dime cualquier cosa menos que realmente permitirás que un hombre tan horrible se case conmigo. Por favor.

—Tuviste tu oportunidad y la desperdiciaste, Honora. Hay un número limitado de hombres con títulos, que aún no tienen un heredero, y que además están lo suficientemente desesperados, como para casarse con la hija de un Nabab. Lord Freemont es la consecuencia del lío que causaste con Lord Stanbury.

—¿Por qué insistes tanto en casarme para obtener un título? ¿Qué estás tratando de demostrar?

—Cada elección que he hecho...

—Durante los últimos veinte años ha sido para esto... Lo sé... Pero dime por qué, papá.

—No quiero que mis nietos sean menospreciados por su estatus. Nunca quiero que alguien juzgue su valor, basándose en su humilde nacimiento. —Se acercó hasta que estuvo justo frente a mí, su mano estaba empujando hacia abajo a su costado, mientras hablaba—. No quiero que les retengan una bendición matrimonial porque no tienen los medios ni las conexiones. No quiero que se queden, donde no puedan cuidar de los suyos. Quiero que estén por encima de todo, como yo no lo estaba. —Hizo una pausa y respiró entrecortadamente—. Quiero demostrar que fui digno de tu madre, todo el tiempo. A pesar de lo que todos creían, de lo que creían sus padres, ¡yo era digno de ella!

Dejé caer los hombros y vislumbré, por primera vez, una parte de papá que no me había permitido ver antes.

—¿Por qué importa lo que piensen los demás? Ella te amaba, a pesar de todo: tu humilde nacimiento, tu falta de medios, tu posición, te amaba. Incluso su padre vino y dijo que estaba equivocado. ¿Estás tan cegado por tus propios planes, que has perdido de vista lo que tienes? —En el momento en que dije esas palabras, me di cuenta que no eran solo para mi padre. Aquí

estaba, condenando a mi padre por lo mismo que yo había hecho.

La vena se le hinchó en el cuello.

—No desperdiciaré los veinte años de planificación y trabajo que se invirtieron en esto, Honora.

—¿Eso entró en qué... papá? ¿A mí? ¿Convertirme en alguien que puedas vender, cuando quieras?

—Cuando tu madre agonizaba en mis brazos, le prometí que te daría una vida mejor, y a los hijos que algún día tendrías. ¡Le fallé y no le fallaré otra vez! Daré cualquier cosa para cumplir mi promesa. Daré cualquier cosa para demostrar que mis detractores están equivocados.

—Y tú... Has renunciado a tu hija. —Me alejé un paso de él—. Te amo, papá. Pero hasta que no te des cuenta que mi valor no está determinado por la unión que hagas, que no puedes venderme a quien quieras, no tendré nada más que ver contigo.

—Honora. —Papá extendió una mano hacia mí.

—No. —Levanté una mano para detener su avance—. Debes darte cuenta que estás haciendo exactamente lo mismo que los padres de mamá le hicieron a ella: alejar a tu hija. Y no solo eso, sino obligarme a casarme con ese hombre vil sin preocuparte por mi felicidad. ¿Es esa la mejor vida, que le prometiste a mamá que me darías? —Hice una pausa y respiré para fortalecerme—. Seguramente, incluso tú puedes ver la ironía en todo esto.

La mirada de papá bajó.

Observé sus hombros redondeados y me pregunté, si se disculparía por lo que había hecho. Si reconociera la situación en la que me había colocado. Pero no importó. Yo había hecho mi elección. Retrocedí.

—Tengo que irme.

Sus ojos se elevaron hacia los míos.

—¿A dónde irás?

—Para encontrar dónde pertenezco, papá.

Capítulo cuarenta y nueve

GRAHAM

Sonaron voces desde la sala de estar y aligeré mis pasos, esperando poder pasar desapercibido por las puertas abiertas.

—¡Stanbury! —Hice una pausa, ante la voz de mi padre—. Ven a saludar a tu tía.

No estaba de humor para tales cosas, ya que había tenido otro encuentro fallido con un ladrón, que intentaba rastrear al señor Leeroy, pero no podía negarme ahora que mi padre había solicitado mi presencia. Crucé el umbral.

—Tía Liliás. ¡Qué bueno que has venido!

—Bueno, después de tu apresurada partida el viernes por la noche y de dejarme sola con Judith y Marie, como anfitrionas, pensé que ustedes dos estarían ansiosos por disculparse. Pero, por desgracia, ya hace casi una semana que estás en la ciudad, y no he recibido ni una palabra de ninguno de ustedes.

—Perdónanos, tía. Hemos estado ocupados en otras cosas.

—Parece que vas a ser tan críptico como tu padre con respecto a tus propósitos al estar aquí. —Ella alzó una ceja expectante. Cuando no respondí, soltó un pequeño resoplido—. No importa. Ha pasado demasiado tiempo desde que estableciste tu residencia en la ciudad, así que no podía dejar pasar la oportunidad de hacerte una visita. —Miró alrededor de la pequeña sala de estar—. Aunque prefiero tu casa en la ciudad a este lugar.

—Esa está alquilada para la temporada.

—Eso he oído. —Ella sonrió satisfecha.

Hice una reverencia.

—Bueno, no deseo entrometerme en tu visita. Si me perdonas.

—¿Te irás, antes que comparta contigo las noticias que te he traído?

No se me ocurría ninguna noticia que traería tía Liliás, que pudiera ser de mi interés.

—¿Y qué chismes traes?

Ella me evaluó con los labios apretados.

—No estoy segura que merezcas saberlo, considerando tu deplorable comportamiento.

—Pido disculpas, tía. Ha sido una semana difícil.

Ella suspiró.

—Deberías sentirte afortunado, que no esté en mi naturaleza guardar rencor. —Me tragué mi comentario sarcástico, desesperado para que ella continuara y así poder seguir mi camino—. Esta misma mañana me enteré que tu pequeña amiga, que iba a regresar a la India... ¿cómo se llama?

De repente, ella tuvo toda mi atención.

—Honora.

—Señorita Crauford —corrigió mi padre.

—Sí, señorita Crauford. Bueno, resulta que, después de todo, ella no regresará a la India.

El aire de la sala se volvió pesado y difícil de inhalar.

—¿Qué quieres decir?

—Su padre ha hecho arreglos para que ella se case con un lord... y no con cualquier lord, sino con Lord Freemont. —Su expresión de alegría me repugnaba—. Incluso yo no puedo evitar

sentir lástima por la pobre querida. Aunque puedo ver la tentación que él se case con una chica que tiene la mitad de su edad. Necesita un heredero legítimo.

Me sentí físicamente enfermo al pensar en ese arrogante patán cerca de Honora y, sin embargo, no pude responder con el odio irracional que me recorría.

Mi padre me lanzó una mirada inquieta.

—¿Es creíble tu fuente, Lillas?

—Lo escuché de labios de su propio padre. —Ambas cejas se alzaron, como desafiándonos a cualquiera de nosotros a dudar de ella ahora—. Estaba en la sombrerería esta mañana, cuando, ¿quién entró? ¡El propio señor Crauford! Reconocí instantáneamente al hombre, a pesar de haberlo vislumbrado solo durante esos breves momentos, cuando llegó al final de la cena. —Era evidente lo complacida que estaba consigo misma por haberlo recordado, aunque sería difícil olvidar al señor Crauford—. Aparentemente, había ido allí para comprar un sombrero de boda para su hija. Otro caballero lo acompañó y los dos hablaron abiertamente sobre el acuerdo. Con la voz retumbante del señor Crauford, me resultó fácil escuchar todo lo que se decía sin que se dieran cuenta. —Su sonrisa estaba llena de satisfacción—. Así que es verdad. Tu amiguita pronto se casará.

—¿Qué tan pronto? —Exigí, finalmente encontrando mi voz.

Ella se llevó una mano al pecho, ofendida por mi trato descarado.

—Estoy seguro que nunca he...

El padre se inclinó hacia adelante en su silla.

—Lillas. Cuéntanos lo que sabes.

Ella resopló, su mirada estaba moviéndose entre nosotros con molestia.

—No lo sé. Aunque mencionó que se obtendrá una licencia especial del arzobispo, es probable que se lleve a cabo sin demora.

Me dirigí hacia la puerta principal.

—¿A dónde vas, Stanbury? —Mi padre me llamó, siguiéndome hasta el pasillo.

Hice una pausa, mirándolo.

—Voy a asegurarme que Honora no se case con el hombre equivocado.

—No nos apresuremos. Estoy tan impactado por la noticia como tú, pero tal vez sea lo mejor.

—¿La condenarías a una vida con Lord Freemont? Seguramente, tu conciencia no te lo permitiría. No después que la trajiste aquí. ¡No después de todo lo que hizo por nuestra familia!

—Es en ti en quien estoy pensando: en ti y en tus hermanas.

—Te explico tu farol. Solo estás pensando en ti mismo. Esa es la única persona a la que realmente consideras.

—Eso no es verdad. —La mandíbula de mi padre se flexionó.

—Sin embargo, continúas ocultándome la verdad. —Miré hacia la sala de estar, absteniéndome de mencionar el secreto de mi padre, mientras la tía Lillas estaba cerca—. Y has ignorado descaradamente mis sentimientos por Honora. ¡La amo! La única razón por la que pude intentar soportar su despedida fue porque sabía que ella regresaría a su hogar en la India. Pero esto... —Sacudí la cabeza—. No me quedaré de brazos cruzados y permitiré que ella se case con esa alimaña. —Mi mirada recorrió su expresión preocupada—. Por una vez en tu vida, padre, confía en mí lo suficiente, como para dejarme tomar mi propia decisión.

Se quedó inmóvil y casi le di la espalda en mi afán por seguir mi camino, cuando él asintió enérgicamente.

—Muy bien.

Lo miré fijamente, sin estar seguro de haberlo entendido correctamente.

—Muy bien, como en...

—Muy bien, ya que he sido testigo de tu desánimo lo suficiente como para saber que hablas en serio. —Un atisbo de sonrisa iluminó sus ojos y arrojó un brazo hacia la puerta—. Será mejor que te des prisa.

Mi pecho se hinchó de esperanza.

—Gracias, padre.

Vislumbré su gesto de despedida, mientras salía apresuradamente de la casa, esperando más allá de toda esperanza no llegar demasiado tarde.



Golpeé la puerta de la casa de los Crauford, mi corazón latía al compás de mi puño.

La expresión de sorpresa del mayordomo apareció a la vista, cuando abrió.

—¿Puedo ayudarle, milord?

—Necesito hablar con la señorita Crauford. ¡Es urgente!

—Ella no está en casa.

—¿Dónde está ella?

Me miró fijamente.

—No importa, ¿está el señor Crauford?

—Lo siento, pero el señor Crauford me ha ordenado que no lo admita. —Cuando el hombre iba a cerrar la puerta, puse mi mano sobre ella, la abrí y entré—. Milord. No puede simplemente irrumpir...

—¡Señor Crauford! —grité, deteniéndome para mirar la sala de estar vacía. Al no verlo seguí adelante—. ¡Señor Crauford!

Su gran figura apareció por la esquina, lo que me hizo quedarme quieto.

—¿Qué diablos está haciendo, Lord Stanbury?

—¿Ha hecho arreglos para que Honora se case con Lord Freemont?

—¿Y si los hice? —Sus ojos se entrecerraron.

Me sentí irracional por la ira.

—No la entregué para que la vendiera a otro matrimonio. Ella debía regresar a su hogar en

la India.

—Desafortunadamente, ese nunca fue el plan.

Mis dedos se flexionaron a mis costados.

—Dígame... ¿Se casará con Lord Freemont?

Me vio detenidamente.

—Se lo diré, si primero me informa qué es lo que piensa hacer.

—Seguramente, eso ya es obvio. —Incliné la cabeza hacia atrás con incredulidad.

Simplemente, se quedó allí y supe que no cooperaría hasta que lo dijera en voz alta.

—La amo, señor. Tengo la intención de casarme con ella, si ella me acepta.

—¿Y qué piensa su padre de esta declaración? —Él me consideró.

—Él sabe que estoy aquí. Ahora, dígame... ¿Usted ha arreglado un matrimonio entre ella y ese derrochador?

—No negaré que se haya discutido tal acuerdo.

—¿Cómo pudo...? —Apreté los puños.

Él levantó una mano, en señal de advertencia.

—Antes que siga con esa mala cara, debo informarle que Honora se ha negado a obedecer, una vez más, y se ha ido a vivir con su abuelo por el momento.

Sus palabras sacudieron la ira de mí.

—¿Con el señor Swinton?

Él asintió.

—¿Cuándo se fue?

El señor Crauford sacó un reloj de bolsillo del bolsillo de su chaleco.

—Han pasado dos horas. —Él volteó para mirarme—. ¿Supongo que sabe dónde encontrarlos?

—Sí.

—Bueno, entonces, no lo retendré más.

Me dirigí hacia la puerta principal y me detuve, girándome hacia él.

—Señor Crauford, ¿podríamos contar con su bendición, si ella acepta mi oferta de matrimonio?

—¿Importaría si la rechazara?

—No. Pero me gustaría de todos modos.

—Entonces, la tendrás.

La sonrisa que apareció en sus labios me hizo detenerme.

—¿Por qué tengo la sensación que usted está obteniendo exactamente lo que quiere?

Él levantó casualmente su hombro.

—Porque estoy...

Sacudí la cabeza con disgusto.

—Esto podría sorprenderle, milord, pero me preocupa profundamente por mi hija. Todo este asunto, Lord Freemont, mi visita a la mercería, en el momento exacto en que su tía chismosa estaba allí, dejar que Honora se fuera a casa de su abuelo... todo fue por ella. Fue para conseguirle lo que quiere de una manera que realmente lo acepte.

Parpadeé. ¿Este hombre habló en broma o simplemente estaba loco?

—¿Cómo usted puede creer que habría casado a mi única hija con un hombre como Lord Freemont?

Mi mente daba vueltas para darle sentido a lo que estaba diciendo, para determinar qué era verdad y qué no.

—¿Y qué hay de enviar a Honora a Inglaterra en primer lugar? Usted sabía poco del hombre que yo era. Seguramente, no se puede pretender ser altruista allí.

La mirada del señor Crauford bajó y fue la primera vez que la culpa apareció en su expresión.

—Siempre había sido mi plan que Honora asistiera a una temporada en Londres. Ella iba a hacer una pareja, una buena pareja, claro está, pero sería su elección. Entonces, llegó la oferta de su padre. Incluso en mis mayores esperanzas, no había pensado que se pudiera lograr un matrimonio con un compañero de tan alto rango. La tentación fue demasiado grande.

Su mirada se posó en la mía.

—Desde el momento en que le conté lo que había hecho, supe que ella no cumpliría. La verdad es que no me sorprendió mucho, cuando me presenté en Grandview y descubrí que había logrado liberarse del acuerdo. —Una sonrisa divertida iluminó el rostro del señor Crauford—. Aunque debo admitir que no esperaba que ella tuviera planeado un viaje de regreso a la India. ¡Es una mujer obstinada y testaruda! —Su mirada se volvió distante y su sonrisa se hizo más profunda—. Igual que su madre.

—Si lo que dice es cierto, ¿por qué se indignó, cuando descubrió lo que había ocurrido?

Sus ojos se volvieron a enfocar y su atención volvió a mí.

—En el momento en que los vi a los dos juntos, fue obvio que ella estaba enamorada. Me trajo mucho alivio y entonces su padre anunció la partida. Ahí, empezó mi enfado. Al principio, supuse que la obligaban a irse porque la habían encontrado deficiente.

—Ningún hombre sensato encontraría jamás a Honora deficiente.

El señor Crauford asintió con la cabeza.

—Me tomó un tiempo darme cuenta de lo que había salido mal: que era Honora, quien estaba impidiendo su propia felicidad, probablemente debido a alguna noción de sacrificio, que se le había metido en la cabeza. O tal vez porque también se parece demasiado a su padre. —Cruzó los brazos sobre el pecho—. Por su propio bien, hice un plan para ayudarla a entrar en razón. Y con ese fin, estuve dispuesto a desempeñar el papel del tirano sin corazón. —La imponente figura del señor Crauford se acercó a mí y apoyó una pesada mano en mi hombro—. Pero para que lo sepa, hay un verdadero tirano dentro de mí, listo para ser desatado en el momento, en que alguien lastime a mi hija.

Tragué, pero sostuve su mirada.

—Entiendo, señor.

Respiró hondo y se enderezó, dándome una sonora palmadita en la espalda.

—Muy bien entonces. Será mejor que siga su camino.

Sin siquiera darle una palabra de despedida, me dirigí hacia la puerta.

—¡Ah! ¿Lord Stanbury?

Me detuve.

—¿Sí?

Las manos del señor Crauford estaban entrelazadas delante de él, y sus pulgares se golpeaban entre sí, a un ritmo lento y pensativo.

—Podría abstenerse de contarle a Honora nuestra conversación por el momento. Como suele suceder con ella, la decisión de casarse con usted debe ser suya y solo suya.

—No lo haría de otra manera.

Esbozó una sonrisa de satisfacción y, en ese momento, me di cuenta que queríamos exactamente lo mismo: la felicidad de Honora.

Capítulo cincuenta

HONORA

Inayat me ayudó a desempacar las pocas cosas, que había traído de la casa de mi padre.

—Empacaré el resto de tus baúles y me encargaré que los traigan mañana.

Dejé mi camisón sobre la cama y pasé una mano distraídamente por el encaje.

—¿Tomé la decisión correcta, Inayat? Además de ti, soy todo lo que papá tiene.

—Con demasiada frecuencia, cualquiera no se da cuenta de lo que tiene hasta que lo pierde.

Asentí, sabiendo muy bien lo conmovedora que podría ser esa lección.

—Bueno, espero que no pase mucho tiempo hasta que me recupere. Seis meses sin él ya eran bastante insoportables.

Inayat sonrió.

—Él te ama demasiado como para mantenerse alejado. —Y yo sabía que así era. A pesar de sus acciones, en estos últimos meses, él siempre me había amado tanto como podía.

Giré para mirarla.

—¿Supongo que debes estar en camino?

—Regresaré a primera hora de la mañana —asintió ella.

—Muy bien. ¿Te acompaño a salir?

—No... debes terminar de desempacar.

—Gracias, Inayat. —La rodeé con mis brazos.

—¿Por qué, hija mía?

Me solté de su abrazo y observé su hermoso rostro, ahora lleno de arrugas.

—Porque estoy donde pertenezco.

—Aquí mismo... Siempre... —Inayat tocó su corazón

Con un último adiós, Inayat se fue.

Menos de un cuarto de hora después, sonó un golpe suave. Miré hacia atrás y vi al abuelo parado en el umbral.

—¿Necesitas algo?

—No. Creo que ya casi estoy asentada. —Sonreí.

Sus ojos recorrieron la habitación.

—Esta era la habitación de tu madre. Nunca cambiamos nada, cuando ella se fue, ni aquí, ni en su habitación de nuestra finca.

Miré a mi alrededor, hacia las preciosas cortinas azules y la cama que combinaba con esos colores.

—¿Estás seguro que no deseas ponerme en otro lugar?

—No. Hasta que apareciste hoy, no me di cuenta que tú eras la razón por la que nunca cambiamos esta habitación... Verte aquí ha traído más paz a mi alma de la que he sentido... Bueno, desde que ella se fue.

Me parecía extraño saber tan poco sobre mi madre, cuando fue ella quien me unió con el abuelo.

—Papá no habla mucho de mi madre. Siento que apenas sé nada sobre ella.

El abuelo asintió pensativamente.

—Para algunos es difícil hablar de aquellos a quienes han perdido, especialmente cuando

ese amor era tan profundo, que duele incluso recordarlo.

Sus palabras me pincharon y supe que me parecía a papá, en más aspectos de los que quería admitir. Había tratado de mantener alejada mi desesperación lo mejor que podía al no pensar en Graham, porque cada recuerdo de él, de lo que casi tenía, era agonizante. Pero ese no era el peor atributo que compartíamos papá y yo. Nuestra implacable determinación de salirnos con la nuestra, cueste lo que cueste, había resultado ser nuestra mayor ruina. No había confiado en que la vida pudiera tener mejores planes para mí, que los que yo tenía para mí. Y ahora, ya era demasiado tarde.

El abuelo me miró con ojos perspicaces.

—Pero a mí me resulta útil hablar de ellos. Es como si no estuvieran muy lejos, cuando lo hago.

—Me gustaría mucho oír hablar de la madre y la abuela.

El abuelo sonrió.

—Me alegro de ello. Y habrá mucho tiempo para eso, pero por ahora deseo hablar de tus deseos.

—¿Qué quieres decir?

—No hace ni una semana querías regresar a la India. Si todavía lo deseas, te llevaré allí.

—¿Seguirías yendo a la India conmigo?

—Iré a dondequiera que estés, y si eso es la India, ahí es donde estaré.

Por primera vez la elección fue mía. Podía ir a donde quisiera, a donde sintiera que pertenecía. ¿A dónde pertenecía realmente? Ya lo sabía.

—Amo la India. Ha sido mi hogar durante los últimos quince años, apenas tengo un recuerdo anterior. Pero, ahora... ahora tengo tantos recuerdos aquí en Inglaterra... Inayat y papá están aquí. —Le sonreí al abuelo—. Y tú —suspiré, mirando alrededor de la habitación de mi madre—. Quizás Inayat tenía razón, cuando dijo que podemos pertenecer a más de un lugar. Y por mucho que extrañe a mi amado país, no puedo evitar pensar que aquí es donde se supone que debo estar, por ahora.

—¿Y qué hay de Lord Stanbury? ¿No sientes que perteneces a él?

Mi corazón tembló, ante su mención de Graham.

—Sí, pero me temo que lo descubrí demasiado tarde. Ninguno de nuestros padres permitirá ese matrimonio. Y aunque me he dado cuenta de lo tonta que fui al pensar que sabía lo que era mejor para él, al negarle la oportunidad de tomar su propia decisión, no puedo pensar que eso cambiaría el resultado, incluso si pudiera volver atrás.

—Si pudieras cambiar el resultado, ¿lo harías?

—No veo por qué eso importa, ahora.

—Si pudieras cambiar el resultado, ¿lo harías? —El brillo en sus ojos hizo que mi corazón se acelerara.

—Me gustaría.

—Quizás deberías preguntarle a Lord Stanbury, si él también lo haría.

Bajé la mirada para ocultar mi sonrojo.

—No estoy segura de tener pronto la oportunidad.

—Teniendo en cuenta que está sentado abajo en el salón esperándote, creo que podrías...

Me tambaleé hacia el abuelo.

—¿Hablas en serio?

—Apareció aquí poco después que Inayat se fuera y declaró que no se irá hasta que hable contigo. ¡Amor joven! —Él se rió entre dientes y sacudió la cabeza—. Perdona la demora, pero

necesitaba asegurarme de dónde estaba realmente tu corazón, antes de permitirte influir en tu opinión con esos cobardes encantos suyos.

—Él es extraordinariamente encantador, ¿no? —Tenía una sonrisa tonta y fui incapaz de reprimirla.

—Y él está claramente enamorado de ti. Será mejor que vayas a tranquilizarlo sobre tus sentimientos, antes que venga a atacarnos, como aparentemente consideró conveniente hacerlo en la casa de tu padre en la ciudad. —Las mejillas del abuelo se arquearon de diversión—. Estaré abajo momentáneamente.

Casi salí volando de la habitación por la emoción, pero me detuve en la puerta y regresé para darle un rápido beso en la mejilla al abuelo.

—¡Qué agradecida estoy que hayas regresado a mi vida!



Graham se puso de pie, cuando entré al salón, y dejó caer su sombrero sobre una larga mesa colocada contra el respaldo del sofá.

—Nora.

Mientras cerraba las puertas detrás de mí, mi corazón latía sin piedad.

—El abuelo me dijo que deseas hablar conmigo.

Se apresuró hacia donde yo estaba, y se detuvo justo delante de mí.

—He venido a convencerte que te quedes en Inglaterra... conmigo. Y si te niegas, te seguiré a la India.

Mi corazón dio un vuelco.

—No tengo intención de regresar a la India, en este momento.

—¿No la tienes? —Bajó la ceja.

—No.

—¿Y por qué es eso? —Él tragó.

—Te lo diré. —Hice una pausa—. Aunque primero, estoy muy ansiosa por escuchar las razones, que estabas dispuesto a darme, con la esperanza de convencerme, que me quede en Inglaterra.

—¿Lo estás? —Dio un paso más cerca.

—Más de lo que crees.

Un lado de su boca se alzó en una sonrisa parcial.

—Bien, entonces. Quizás te guste saber que Alicia ha sido contratada como doncella en Grandview con la esperanza que puedas regresar.

Señalé el moño suelto que había intentado esa mañana.

—Esa es una información bastante oportuna.

—Pensé que eso podría tener cierta influencia. —La mirada de Graham se posó en mi cabello y su sonrisa se ensanchó—. No es que no te veas hermosa, cuando pareces un poco desaliñada.

—¿Parezco desaliñada?

Apreté los labios en un intento fallido de evitar su diversión.

—¿Quizás debería simplemente continuar con mis razones para que no tomes una decisión equivocada prematuramente?

Me reí.

—Eso, probablemente, sería prudente.

—Está el hecho que Judith desea que la ayudes a planificar su próxima boda con Lord Kenton.

—¡Qué maravilloso!

—Y luego está la señorita Shaw.

—¿Qué pasa con la señorita Shaw? —Entrecerré los ojos.

Graham se rió entre dientes.

—Bueno, hay algo que tu naturaleza celosa apreciará: su regreso a Braxley Manor... —Sacudí la cabeza consternada, pero él continuó—, pero le prometí que te diría sobre qué estábamos hablando, cuando nos encontraste durante la cena.

—¿Y qué fue eso?

—Que aparentemente fuiste terrible al ocultar tus sentimientos por mí.

Mi boca se aflojó, reflejando una fingida ofensa.

—¿Yo? ¿No tenía ella nada que decir sobre ti y tus descarados coqueteos?

Inclinó la cabeza hacia arriba, con una expresión pensativa en su rostro.

—No que yo recuerde. —Le di un manotazo, pero él atrapó mi mano y no la soltó—. ¡Oh! Espera, no, ella dijo algo, ahora que lo mencionas. Dijo que yo también era terrible ocultando mis sentimientos por ti. Al parecer, yo no podía dejar de hablar de ti, cuando tú no estabas.

Acerqué mis labios hacia adentro, reprimiendo una risa.

—¿Realmente?

—Sin tener vergüenza. —Él hizo una pausa—. ¡Ah! Y quizás también te interese saber que tu padre y el mío nos han dado sus bendiciones.

Mis ojos se agrandaron.

—¿Ambos? Pero, ¿cómo...?

—Parece que subestimamos su deseo de nuestra felicidad.

—¡Oh, Graham! —Mi corazón se hinchó y entrelacé mis dedos con los suyos—. Esa es una razón muy influyente.

—¿Y qué pasaría si te dijera que nunca antes había conocido a una mujer, como tú, que me siento como el hombre más afortunado del mundo por haberte forzado a entrar en mi vida?

Di un paso hacia él.

—El sentimiento es perfecto, aunque podrías beneficiarte de una reformulación.

Él se rió entre dientes.

—Que me siento el hombre más afortunado del mundo por haber tenido la oportunidad de conocerte. Que soy una persona mejor y más fuerte en todos los sentidos, gracias a tu llegada a mi vida.

—Mucho mejor. —Sonreí.

Él se acercó, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Y te convencería de quedarte, si te dijera otra vez que te amo? ¿Que no puedo imaginar a nadie más a mi lado, en todos los altibajos que trae la vida?

Mi respiración se cortó.

—Creo que eso sería suficiente. —Su mano se movió hacia los mechones sueltos, que habían logrado liberarse del nudo en mi cuello. Mi respiración se hizo más lenta, cuando su mano se deslizó por los rizos y las puntas de sus dedos rozaron mi cuello—. Siempre y cuando estés seguro que no me guardarás resentimiento por lo que quizás debas renunciar al amarme. Por las críticas y la exclusión que probablemente enfrentarás.

—¡Nunca! Lo vales todo mil veces. —Su mirada se movió entre mis ojos, su expresión era seria—. ¿Y no me odiarás por mantenerte fuera de tu casa? ¿Que la parte de tu alma que pertenece a la India está aquí, en Inglaterra?

Las lágrimas nublaron mi visión, cuando levanté los ojos hacia los suyos.

—Pero esa es la razón por la que no me iré. Me he dado cuenta que mi alma pertenece a donde quiera que yo esté. ¡Te amo, Graham!

No estaba segura de quién empezó, pero de repente nuestros labios se apretaron, era la suavidad y calidez de él dándome la bienvenida. Envolví mis brazos alrededor de su cuello, sus manos bajaron hasta mi cintura, atrayéndome hacia él con anhelo. Uno que palpitaba en cada parte de mí con cada latido de mi corazón acelerado.

Solo fui vagamente consciente del sonido de una puerta abriéndose, cuando Graham se apartó, rompiendo nuestro beso. Miré de reojo y encontré al abuelo parado en la puerta, con la mirada desviada.

—Perdónenme. Les daré unos minutos más. —Las puertas del salón se cerraron de nuevo.

Estallé en carcajadas y me llevé la mano a la boca con partes iguales de diversión y mortificación.

—Supongo que el abuelo es consciente de cómo han ido las cosas entre nosotros.

—Simplemente estoy agradecido que haya sido lo suficientemente astuto como para darnos unos minutos más. —El brazo de Graham se envolvió detrás de mi espalda y me tomó entre sus brazos.

—¿Qué estás haciendo?

Miró detrás de mí hacia donde caminaba y luego me sentó en la mesa donde descansaba su sombrero. Nuestros rostros ahora estaban a la altura el uno del otro.

—No puedo imaginar que estirar el cuello así pueda ser cómodo.

—Siempre tan considerado —dije, una vez más envolviendo mis brazos alrededor de su cuello—. Ahora, ¿dónde estábamos?

Me dio una sonrisa diabólica y me atrajo hacia adentro nuevamente, sin dudar en continuar justo donde lo habíamos dejado. Y a medida que nuestro beso se hizo más profundo, fue como si nuestras almas se unieran. En ese instante, supe que estaba en casa.

Epílogo

Grandview House
Noviembre de 1820.

HONORA

El sol estaba justo encima, pero hizo poco para calentar el aire de finales de otoño. Me envolví con fuerza en mi pelliza y me dirigí rápidamente hacia el carruaje cargado, usándola para bloquear la brisa helada que venía del mar.

Graham se acercó a mí y me miró con expresión divertida.

—¿Aún no estás acostumbrada al clima?

Un escalofrío me recorrió.

—Podría estar aquí toda la vida y no acostumbrarme al frío de tu isla.

Él se rió.

—Supongo que no me burlaré de ti, considerando lo feliz que estoy porque lo estás soportando.

—¿Creen que nevará? —Lord Denhurst miró hacia el cielo, mientras caminaba hacia nosotros desde la casa, con mi padre y Marie, pisándole los talones—. ¿Quizás deberías retrasar tu partida, Stanbury? Faltan solo unas semanas más para Navidad y estaremos encantados de tenerlos a ustedes dos aquí para celebrar con nosotros. —Hizo una pausa y su mirada se posó en mí—. Siento que apenas hemos tenido la oportunidad de conocer a Honora, la verdadera Honora, con ambas bodas y nuestra convocatoria a Londres para el juicio de la reina Caroline.

A pesar de la fachada de molestia que mostró Lord Denhurst, mientras hablaba del evento histórico, su orgullo por haber participado en el mismo era evidente. ¿Y por qué no debería estar orgulloso? Se había visto obligado a afrontar el miedo de ser descubierto en su incapacidad, o arriesgarse a que lo multaran con una gran suma por su ausencia, y lo había hecho. Con Graham y Lord Kenton a su lado, había cumplido con su obligación sin que nadie se diera cuenta ni siquiera Lord Kenton.

—Esa es una oferta tentadora, Lord Denhurst —dije, lanzándole una sonrisa a Graham—. ¿Qué dices, Graham?

—Padre, por favor no tientes a mi esposa. Es una negociadora despiadada. No puedes darte cuenta de las concesiones, que he tenido que hacer para que ella aceptara esto.

Lord Denhurst se rió entre dientes, pero mi padre asintió, con orgullo evidente en sus rasgos.

—Honora siempre pudo defenderse.

Le sonreí a mi padre, y me dolía el corazón, ante nuestra inminente despedida.

—Solo porque he aprendido de los mejores.

Marie resopló, llamando nuestra atención.

—¿Soy la única que piensa que es una locura que Stanbury esté trasladando a Honora hasta Surrey, antes de haber ido siquiera a evaluar el estado de su propiedad? Después de haberla dejado alquilar estos últimos años, no creo que sea adecuado para una dama.

—Gracias por tu voto de confianza en mí, Marie, pero Nora no es una dama típica. —Graham me guiñó un ojo.

Me acerqué a Marie, quien aceptó el gesto de mala gana.

—Eres amable, Marie. Pero te aseguro que estaré bien. Además, Judith y Lord Kenton vendrán con nosotros la próxima semana de regreso a casa, después de su viaje de bodas. —Suavicé mi agarre, antes de darle un último apretón a su mano—. Y, por supuesto, puedes visitarnos cuando lo desees.

Marie miró hacia Graham, quien asintió en señal de acuerdo.

—Quizás después de la temporada. —Su barbilla se inclinó hacia arriba—. Aún queda mucho por hacer para garantizar que mi tan esperado debut en la ciudad salga exactamente, como espero.

—Solo sé que siempre eres bienvenida. —La intrincada costura del vestido de día de Marie debajo de su pelliza me llamó la atención, y me tomé un momento para admirar la obra de Ansuya—. Asegúrate de darle mis saludos a Ansuya, la próxima vez que la veas. Y Supriya también, si está allí.

—Lo haré —dijo Marie. Sin pensar, pasó los dedos por el fino material—. Debo admitir que estoy bastante satisfecha con su trabajo. Aunque espero que la señorita Shaw se abstenga de informar a todos los curiosos sobre Ansuya. Tal como están las cosas, siento que ya estoy compitiendo con la mitad de la alta sociedad por ella.

Mi corazón se alegró por Ansuya y el éxito que había logrado.

—Simplemente, trátala como se merece, y estoy segura que seguirá siendo una amiga leal para ti.

El rostro de Marie se arrugó, pero su mirada se volvió pensativa.

—Sí. Simplemente, le mostraré lo apreciada que es.

Graham me envió una sonrisa de complicidad y abrió la puerta del carruaje.

—Bueno, deberíamos seguir nuestro camino. Ya nos vamos mucho más tarde de lo que anticipé.

Mi corazón latía nerviosamente y miré a mi alrededor, en busca de Inayat y Alicia.

—Están en el otro vagón —dijo Graham, obviamente consciente de a quién buscaba.

Miré a mi padre.

—¿Y estás seguro que podrás arreglártelas sin Inayat?

—Ella merece estar en un lugar seguro, contigo, no viajando por las Indias Occidentales, persiguiendo a un fugitivo esquivo.

Mi estómago se retorció, ante el mero pensamiento de papá, al otro lado del mundo, persiguiendo a ese hombre sinvergüenza.

—¿Puedes enviar a otro para atrapar al señor Leeroy? No veo por qué debes ser tú.

—¿Confiar en otra persona la tarea de recuperar tu dote? Yo creo que no.

—Entonces no te vayas, papá. ¡Eso no vale la pena! —Miré a Graham en busca de tranquilidad.

Graham negó con la cabeza.

—La dote de Nora no tuvo nada que ver con que me casara con ella, así que si buscas al señor Leeroy, debes saber que no es por nuestro bien, sino por el suyo propio.

Mi padre miró entre nosotros.

—No puedo permitir que ese hombre se salga con la suya, que me robe aquello por lo que he trabajado tan duro. —Sus rasgos se suavizaron, cuando su mirada se encontró con la mía—. Pero tendré cuidado.

Se me escapó una lágrima, que rodó por mi mejilla, y corrí hacia él. Me puse de puntillas y envolví mis brazos alrededor de su grueso cuello.

—¡Ay! Papá. Prométeme que regresarás.

—Lo prometo, Honora.

Apreté mi agarre, manteniéndolo cerca por un momento más.

—¿Cuándo voy a verte de nuevo?

Se soltó de mis brazos y me agarró la cara con sus grandes manos.

—Si no he detenido al señor Leeroy, dentro de un año, regresaré. Y cuando lo haga, tengo toda la intención de seguirte por Inglaterra y fijar mi residencia, dondequiera que estés. —Me atrajo hacia adelante para darme un beso en la frente—. Incluso si eso significa que seré vecino de tu abuelo.

A pesar de mi mal humor, me reí.

—Teniendo en cuenta que ya está de camino a Surrey para conseguir una propiedad cercana, diría que ustedes son más parecidos de lo que piensan.

Papá dejó escapar un profundo suspiro.

—Creo que estaba tan equivocado con él, como él con respecto a mí.

Asentí.

—Creo que él siente lo mismo.

—Y supongo que está el hecho que ambos tenemos suerte de tenerte en nuestras vidas.

Otra lágrima se deslizó por mi mejilla y la sequé.

—Allí está.

Papá soltó una pequeña risita, se paró frente a Graham y levantó una mano.

—Cuida a mi muchacha.

Graham agarró firmemente la mano de papá.

—Siempre.

—No lo dudo ni por un momento. —Mi padre dio un paso atrás, e hizo una leve reverencia en nuestra dirección—. Iré a despedirme de Inayat para que puedas seguir tu camino. —Se dirigió hacia el otro vagón.

—¡Papá!

Él se detuvo y miró por encima del hombro.

—Te amo.

—Te amo, Honora. —Una sonrisa genuina iluminó sus bellos rasgos.

Vi a papá abrir la puerta del carruaje, donde estaba Inayat, asomándose al interior.

La mano de Graham se movió hacia mi espalda.

—No hay nada en este mundo, que pueda impedirle regresar contigo.

—Lo sé. —Con un último suspiro para tranquilizarme, volví mi atención a Lord Denhurst y Marie, un poco avergonzada por las crudas emociones que había mostrado.

—Stanbury —dijo Lord Denhurst—. Estaba pensando que podría acompañarlos a todos ustedes, a Londres, para la temporada, si lo creen prudente.

Los ojos de los hermanos se abrieron al unísono.

—¿Hablas en serio, padre? —preguntó Marie.

—Lo estoy... Pensé que si finalmente tuvieras tu primera temporada, sería bueno estar allí. Y... —La voz de Lord Denhurst se apagó y tiró de su corbata.

—Deberías asistir a las sesiones conmigo, padre —dijo Graham—. A la Cámara de los Lores le vendrían bien unos cuantos hombres más sensatos como tú, eso me dice Honora.

—Ella es una dama inteligente, lo es. —Lord Denhurst me sonrió, antes de mirar a Graham—. Me encantaría estar en el Parlamento. Si estuvieras allí... conmigo.

—Puedes confiar en ello.

El padre de Graham dio un paso hacia él y los dos hombres se abrazaron.

—Cuídate, Stanbury.

Cuando se separaron, me sorprendió ver a Lord Denhurst acercándose a mí. Tomó mis manos entre las suyas.

—No sé si alguna vez te agradecí adecuadamente por todo lo que hiciste por nuestra familia. A pesar de nuestro difícil comienzo, soy muy consciente que Stanbury tomó una decisión acertada, cuando se casó contigo.

—Gracias, milord.

—Quizás deberíamos resucitar que me llames padre, si no te opones.

Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

—Eso me gustaría mucho, padre.

—Y supongo que también debería abrazarte —dijo Marie, soltando a Graham y acercándose a mi lado—. Somos hermanas, después de todo.

—Ciertamente, lo somos. —Me acerqué y ella no se resistió.

—Los veremos a ambos en enero —dijo Graham, ayudándome a subir al carruaje.

Papá regresó a donde estaban Lord Denhurst y Marie, y Graham subió al carruaje detrás de mí.

—Adiós —dije, conteniendo las lágrimas, mientras el carruaje avanzaba.

Graham me rodeó con su brazo.

—¿Estás segura que deseas ir a Surrey? Realmente, podemos quedarnos más tiempo, si así lo deseas.

Miré hacia la gran casa, recordando el momento en que vi Grandview por primera vez. Había representado una vida que no quería, pero ahora la misma se había vuelto tan querida para mí, como mi hogar en la India.

—Lo extrañaré... Pero lo visitaremos. —Miré nuevamente—. Además, estoy deseando que llegue nuestra próxima aventura.

Graham se inclinó y me besó, fueron sus labios suaves contra los míos.

—Te amo, Nora querida.

Le sonreí, recordando la conversación que habíamos tenido, cuando descubrió mi farsa.

—Y te amo, Lord Stanbury.

Él se rió entre dientes y se reclinó en su asiento, mirándome con una expresión curiosa.

—¿Qué es?

—¿Ya te ha llegado la moción?

—Aún no.

—Bien. Porque quería hablar sobre nuestro viaje de bodas.

—Pensé que habíamos decidido renunciar a semejante extravagancia, especialmente ahora que tu padre nos ha pedido que administremos toda la propiedad de Whitworth. —Incliné la cabeza hacia un lado.

—Pero cuando las cosas se calmen y podamos encontrar agentes, en quienes podamos confiar, ¿qué te parecería visitar la India?

Lo miré boquiabierto.

—¿La India? Ese no es un paseo breve, Graham. Solo viajar nos llevaría casi un año.

—Merece la pena.

Mi pecho zumbaba con un tumulto de emociones. Gratitud. Aceptación. Amor.

—Quizás algún día lleguemos allí. —Puse mi mano sobre la suya, entrelazando nuestros dedos—. Pero por ahora, centrémonos en las concesiones, que hiciste para lograr que me

mudara.

La risa de Graham resonó en todo el carruaje, antes de atraerme hacia él. Aquí era justo donde pertenecía.

El fin.

Otros libros de Jess Heileman

[Abigaíl: Un tierno romance de la Regencia](#)

[Una dama bien entrenada](#)

Nota de la autora

Ser una escritora histórica, a veces, es complicado. Queremos brindarles a nuestros lectores detalles históricamente precisos, aunque queremos hacerlo con cuidado y de una manera que sea a la vez agradable y edificante. No siempre es fácil y la línea tiende a ser un poco confusa sobre cómo manejarlo mejor. Dicho esto, hubo algunos temas que toqué en *La hija del Nabab*, que me preocuparon constantemente, durante el proceso de escritura, ciertamente, todavía los mismos me preocupan.

En primer lugar, escribir sobre otra cultura, así como sobre personajes de otra cultura, siempre resulta un poco intimidante. Si a ello le añadimos las mentalidades históricas (y con demasiada frecuencia desafortunadas) de la época, el asunto se vuelve aún más complicado. Mi esperanza con este libro era mostrar las maravillas de la India y su pueblo a través del amor de Honora, al mismo tiempo que combinaba esa admiración con las opiniones más imperialistas y a veces ingenuas de otros.

Los nombres de los personajes indios fueron seleccionados con la ayuda de una colega escritora de la India, S. Neha. Ella fue muy valiosa al ayudarme a elegir nombres tamiles apropiados para los de Madrás, y también me ayudó a seleccionar nombres para mis otros personajes indios que son de otras regiones de la India. Inayat (*ayah* de Honora) es un nombre musulmán que significa bondad, ya que Madrás tenía una población notable de musulmanes tamiles, lo que quería representar en mi selección de nombres.

Los *lascars*, como los que incluyo en mi historia (aunque mis personajes son ficticios), realmente se vieron obligados a vivir una situación horrible: abandonados en Inglaterra, sin recibir pago y sin ningún lugar a donde ir. Quería llamar la atención sobre su difícil situación de una manera que no dejara a mis lectores, sintiéndose desesperados. Para hacer esto, me concentré en lo que algunos de los *lascars* más afortunados podrían haber experimentado, y al mismo tiempo hice pequeñas menciones a la mayoría menos afortunada para mostrar la realidad.

Mi última preocupación fue cómo manejar el tema de la dislexia. Poco se sabía sobre las dificultades de aprendizaje durante la Regencia (de hecho, no fue hasta la segunda mitad del siglo XX que el gobierno británico reconoció la dislexia como una condición real). Por lo tanto, las personas que vivían en un ámbito de la vida, que les exigía leer, pero que no podían hacerlo, probablemente, se habrían sentido impotentes y avergonzadas por su “deficiencia”. ¡Qué carga tan difícil de llevar, y no era culpa suya! Mi esperanza al incluir este aspecto en mi historia era dar una idea de cómo podría haber sido esto durante la Regencia para aquellos con alguna forma (o varias formas) de dislexia, y al mismo tiempo mostrar la inteligencia y las capacidades, que una persona con esas dificultades de aprendizaje poseía.

En última instancia, espero que mis lectores sientan el cuidado y la compasión con los que traté de abordar estos temas difíciles.

Agradecimientos

Escribir los agradecimientos es una de las partes más desalentadoras de preparar en un libro para su publicación. No porque no esté agradecida por las innumerables personas que me ayudaron, sino porque me resulta difícil encontrar las palabras para expresar lo agradecida que estoy. Dicho esto, este es mi magro intento de expresar mi agradecimiento a las innumerables personas que me han apoyado, en mi viaje, como autora.

Primero que nada quiero agradecer a mi Padre Celestial. Él es quien me ha bendecido con cualquier talento para contar historias que me exijo a mí misma. Él es el oyente constante de mis súplicas, El que me sostiene cuando más lo necesito, y El que nunca me falla.

Mi maravilloso esposo merece todos los elogios que pueda darle. No solo me anima a escribir, sino que hace de mi tiempo una prioridad, lo que a veces significa hacer más de lo que le corresponde en las tareas domésticas y atender a los niños. No solo lee todos mis libros, sino que los lee varias veces. Él está aquí para recordarme mi valor, cuando no puedo verlo, y nunca está demasiado ocupado para ayudarme a trazar mis historias, o resolver los problemas con los que me he topado. Casarme con él fue la mejor decisión que he tomado.

Mi próximo saludo es para mis hijos. No solo tienen una paciencia increíble por el tiempo que dedico a trabajar en mis libros, sino que también me animan a hacerlo (y no solo para que puedan ver una película... estoy bastante segura). A veces me siento y me maravillo de estos niños con los que fui bendecida, y espero que cada uno de ellos sepa que, a pesar del trabajo que puse en mis historias, ellos son realmente lo mejor de mi vida.

Mi apoyo más amplio proviene de una familia increíble: mis padres, suegros, hermanos, abuelos, tías, tíos y primos, así como de los amigos más increíbles. ¡Soy quien soy, en gran parte, para todos ustedes que están en mi vida! Desearía poder nombrar a todos y cada uno de ustedes, y el impacto que han tenido en mí, pero entonces mis agradecimientos serían más largos que mi libro, así que solo diré: ¡ustedes saben quiénes son y los amo!

Cuando comencé a escribir, supuse que resultaría ser una tarea aislante. ¡Qué equivocada estaba! Y nunca me he sentido más feliz de estar equivocada. Los autores son mi gente y amo a todas las mujeres hermosas y únicas, que han sido un gran apoyo para mí. A la *Society for Obstinate Headstrong Girls* y a mis amigas de *Hidden Springs*: tengo el privilegio de conocerlas y compartir su genialidad.

A las administradoras de *Sweet Regency Romance Fans*, mis chicas independientes, ustedes hacen que los tiempos difíciles sean soportables y el éxito sea mucho más dulce. ¡Gracias por enseñarme sus métodos y darle la bienvenida a esta novata a su grupo con los brazos abiertos!

Kasey Stockton, Martha Keyes y Deborah Hathaway, ¡no tengo palabras! Si hubiera sabido el nivel de amistad que se podría desarrollar al unirme a un grupo de crítica, ¡las habría buscado a todas hace años! Espero ansiosamente nuestras reuniones semanales y disfruto mucho de nuestra conversación constante. Gracias por su amor, ejemplos y aliento. ¡Soy verdaderamente bendecida!

Jennie Goutet, estoy muy agradecida de ser una de las afortunadas que puede intercambiar lecturas beta contigo, y siempre espero con ansias nuestras sesiones de trazado. ¡Te adoro! Me has convertido en una mejor escritora y una mejor persona. Gracias por ser siempre un punto brillante en mi vida. Eres un verdadero ejemplo de servicio y amabilidad.

A mis otras amigas escritoras, no puedo dejar de mencionarlas por su nombre: Clarissa Kae,

Kaleena Shreeve y Celeste Cox. Gracias por mantenerme cuerda durante todos los momentos locos. ¡La vida es mucho más dulce con ustedes en ella!

¡Y ahora a agradecer a todos aquellos que ayudaron a preparar este libro para su publicación! Mis editoras, Jenny Proctor y Elise Griffin, ni siquiera puedo explicar las maravillas que hicieron en mi manuscrito. Jenny, tu capacidad para comprender la historia me resulta desconcertante. Tus comentarios enriquecen mis historias y mis personajes son más dinámicos. Elise, me haces parecer como si supiera cómo funciona la gramática. Gracias por realizar un seguimiento de mis cronogramas, ubicaciones y todos los demás detalles, en los que no me gustaría equivocarme.

A mis increíbles lectoras que han hecho un esfuerzo adicional conmigo (¡otra vez!): Whitney Wright, Susan Kuechenberg y Angie McCain. Su comprensión del idioma inglés es impresionante. Cada una de ustedes me hace querer seguir ampliando mi vocabulario y profundizar en las complejidades de las comas... algún día... ¡Muchas gracias por estar dispuestas a ayudarme a mejorar mi libro y hacer que las experiencias de mis lectores sean mucho mejores!

S. Neha, gracias por responder a un correo electrónico de una autora, que no conocías, y luego compartir conmigo información sobre tu hermosa casa. La experiencia de mantener correspondencia contigo sobre la India, sus costumbres y los nombres apropiados de los personajes fue un verdadero honor. Te deseo todo lo mejor y éxito en tu maravilloso libro de la Regencia.

A todos mis fabulosos lectores de ARC, ¡gracias por tomarse el tiempo de leer mi libro con anticipación! ¡He apreciado mucho sus dulces correos electrónicos y su entusiasmo (sin mencionar su ayuda para detectar esos molestos errores que pasan por todas las rondas de ediciones)! Hacen que la ansiedad durante la liberación sea mucho más llevadera.

Y a todos los maravillosos bookstagrammers que me echaron una mano: ¡muchas gracias! Especialmente aquellos de ustedes que encontraron espacio en sus ya ocupadas agendas para incluir mi libro en sus listas de lectura, cuando se los pedí. Busquen a estas damas, si necesitan excelentes recomendaciones de libros: @marilee.loves.to.read (Marilee), @bookswithnopictures (Ashlee), @the_clean_read_bookclub (Tasha), @lovelybookishdelights (Jessica), @probablybookinit (Mandy), @leslie_books_and_socks_rock (Leslie), @apageofpeace (Madi y Meg), @bookandacupofcocoa (Meredith) y @thebookscript (Lauren). ¡Estoy muy agradecida por cada una de ustedes! También un saludo a las otras damas de @theladysliterarysociety por su amor. ¡Son un grupo muy divertido de seguir!

¡Gracias, Tasha Bradford, por ayudarme a difundir mi libro! No solo es un placer trabajar contigo, sino que también estoy muy agradecida por tu sabiduría y conocimiento sobre un área de la publicación que no me gusta mucho. Realmente se necesita un equipo de personas para un lanzamiento exitoso, y me alegro que estés en mi equipo.

¡Muchísimas gracias a Janna Fox por narrar esto para mí! Tu talento me deja boquiabierta al igual que tu paciencia y amabilidad. ¡No puedo esperar para compartir tu interpretación de esta historia con el mundo!

Y por último, ¡gracias a todos mis increíbles lectores! ¿Dónde estaría sin ustedes? Sinceramente, no quiero ni pensar en ello. Han hecho que todo este proceso sea más significativo y agradable. ¡Sus dulces críticas y amables correos electrónicos y mensajes me animan en los días difíciles y todos los días! ¡Gracias! ¡Gracias!

Acerca de la autora



En kinder, Jess ganó una cinta del primer premio por su creación original *Pigs in Wigs* (*Cerdos con pelucas*). La trama era sólida: había un cerdo que llevaba una peluca y rimaba. ¿No te impresiona? Tampoco sus hijos lo estuvieron, cuando se les mostró la obra maestra que influyó en ella para convertirse en autora. —¿Ganaste una cinta por eso? —Sí. Si la gané.

Afortunadamente, desde entonces la vida la ha expuesto a una educación exhaustiva con su cuota de premios y reconocimientos y, lo que es más importante, a las pruebas y experiencias humanas, que forman el corazón de una narradora y la sustancia de las grandes historias.

Además de su amor por la escritura, Jess es una ávida lectora, una observadora descarada de la gente, una merodeadora de cafés internacionales y una fotógrafa parcialmente retirada. Le encanta ser madre de cinco seres humanos increíbles y esposa del hombre más grande que conoce.